

LA NACION

Buenos Aires, viernes 9 de octubre de 1992



GRUPO DE DIARIOS AMERICA

500 AÑOS

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

INDICE

Capítulo I – La historia

Capítulo II – La sociedad

Capítulo III – La espiritualidad



Director
Dr. BARTOLOME MITRE
Buenos Aires, 9 de octubre de 1992

Capítulo IV – Las artes y la cultura

Capítulo V – Las ciencias y la técnica

Capítulo VI – América, hoy

Mensaje del director de LA NACION



LA humanidad conmemora en estos días uno de los acontecimientos de mayor trascendencia de la historia universal. A cinco siglos de distancia, el descubrimiento de América adquiere, más allá de las inevitables controversias sobre sus múltiples implicancias de carácter filosófico, moral o político, la dimensión de un hito colosal.

Cuando se escruta el resultado histórico del fecundo proceso de confluencias étnicas y culturales que se puso en marcha en el Nuevo Mundo a partir del desembarco de Cristóbal Colón en la Española, se advierte que el 12 de octubre de 1492, cualquiera sea la perspectiva espiritual o ideológica desde la cual se lo examine, es mucho más que el punto de partida de una empresa de dominación o de conquista. Es, por encima de todo, la fecha simbólica que evoca el encuentro de dos mundos que necesitaban entrelazarse para que el escenario de la historia tuviera una dimensión acorde con el poder de expansión espiritual y material del hombre.

Para un sector de la historiografía, la llegada de Colón a las nuevas tierras marca, fundamentalmente, el momento en que la Europa civilizadora, depositaria de la antigua tradición cultural judeo–romano–cristiana, comenzó a proyectar su luz milenaria, por obra y gracia de la Corona de Castilla, sobre un espacio geográfico virginal. Otras corrientes de pensamiento prefieren poner el acento en la valoración de los vigorosos rasgos de identidad de las civilizaciones precolombinas, por muchos motivos admirables en su gran diversidad de matices étnicos y culturales. Entre ambas concepciones, hay un amplio espacio, por supuesto, para la síntesis fecunda y superadora.

Para los hombres comprometidos con la fe cristiana, el 12 de octubre señala, antes que nada, el comienzo de la redención espiritual de millones de seres humanos por la transmisión de la Palabra de Dios, perpetuada en el Evangelio.

Para los pueblos americanos, finalmente, sin distinción de credos ni ideologías, la fecha del 12 de octubre de 1492 tiene una resonancia casi cósmica: marca el punto de arranque del proceso integrador de culturas, creencias y lenguas que los define y les confiere entidad histórica.

El Grupo de Diarios de América –integrado por LA NACION, de Buenos Aires; El Mercurio, de Santiago de Chile; El Comercio, de Lima; El Comercio, de Quito, y El Tiempo, de Bogotá– ha querido evocar el acontecimiento entrañable del 12 de octubre de 1492, en su quinto centenario, con la presente realización periodística, integrada con colaboraciones de ensayistas, filósofos, historiadores, ex presidentes de naciones, políticos, sociólogos, diplomáticos y periodistas.

El número incluye un mensaje del rey de España, Juan Carlos I, heredero de la Corona que hace cinco siglos cambió el rumbo de la historia, que destaca la significación del hecho evocado.

Los temas desarrollados en este suplemento especial han sido agrupados en seis grandes capítulos: 1. La historia; 2. La sociedad; 3. La espiritualidad; 4. Las artes y la cultura; 5. Las ciencias y la técnica; 6. América, hoy.

Esta realización conjunta de los medios que integran el Grupo de Diarios América intenta ser un aporte a la profundización y el conocimiento de los grandes temas que el V Centenario ha puesto sobre las mesas de discusión. Aspira, también, a ser un testimonio más del espíritu de integración de esfuerzos que en el campo periodístico, como en tantos otros, se afianza cada día más en esta región del mundo y que difícilmente hubiera podido encontrar una oportunidad más propicia para manifestarse que la que brinda el magno suceso que España, América y la humanidad en su conjunto se disponen a rememorar.

El heredero de los Reyes Católicos, Juan Carlos I Rey de España



Con mucho gusto accedo a la amable invitación que me dirigen los importantes rotativos que integran el Grupo Diarios América, a quienes hago llegar mi saludo, extensivo a todos sus lectores, en este 12 de Octubre de 1992.

Esta fecha, siempre tan expresiva, tiene una especial significación en este año del Quinto Centenario, en que conmemoramos el comienzo de nuestra historia común y, sobre todo, vivimos su presente y preparamos su futuro.

Nuestros sueños y afanes de siempre, tan hondamente sentidos por todos, se han hecho recientemente realidad en la Comunidad Iberoamericana, cuya Segunda Conferencia hemos celebrado recientemente, y a través de la cual queremos hacer presente en el mundo de fines del siglo XX la importancia de nuestra lengua y nuestra cultura, nuestras posibilidades y recursos y el ánimo con que afrontamos y queremos resolver los problemas y proyectos que más urgentemente nos acucian, en el marco del sistema democrático.

Nadie más indicado que los medios de comunicación para impulsar y mejorar nuestro conocimiento mutuo, explicar la singularidad de nuestro proyecto al mundo que nos rodea, y ayudar a crear una opinión consciente y responsable sobre los temas clave de nuestro quehacer compartido.

Recibid, pues, mi personal felicitación y estímulo para vuestro proyecto de coordinación periodística y trabajo en común, al que deseo el éxito que merece vuestro esfuerzo, y en el que no os faltará el apoyo de los hispanohablantes de este lado del mar y de su Rey.

LA HISTORIA

Una fecha sin discusión

Por Germán Arciniegas (*)

AL celebrar este cumpleaños de América, el primero que se registra en la historia universal, me aparto, consciente, como un oscuro enamorado del Nuevo Mundo, de la alegre caravana de peregrinos que van a celebrar en Sevilla la esplendorosa fiesta de los quinientos años del imperio español. Las dos fechas coinciden. España, nuestra vieja, no olvida sus glorias, las celebra y remoza. América calla y olvida hasta el día de su nacimiento...

La fecha no tiene discusión. Es el 12 de octubre. Esa y no otra. No cuando el genovés salió de Cádiz, ni el día, el año noventa y tres, en que llegó de regreso del viaje afortunado. Ese día de octubre el europeo puso pie en las arenas de Guanahaní y quedó abierto el camino para unir definitivamente las dos mitades de la Tierra. En ese pedacito del mapa del Caribe se cumplió el milagro. Hasta esa mañana, los dos cascos de la esfera que habitamos no se habían juntado.

El 12 de octubre que produce el nuevo orden universal es, además, la fiesta de la entrada de América en las naciones cristianas o no cristianas o en la historia universal

Dos medias naranjas

Como si en el cielo de los siglos anteriores flotaran al azar dos medias naranjas. Hasta los santos padres decían que quien pensara en que por debajo de la Tierra podía vivir un hombre caminando con los pies contra la tierra y la cabeza al aire, al revés, era un hereje.

Piense usted en la naranja y póngale por debajo un hombre. ¿Cómo lo sostiene? Era peligroso decirlo. La parrilla estaba lista para asar a los incrédulos.

Estaba condenada, como doctrina, la unidad del planeta. Las universidades eran así. La atracción de la Tierra no es precolombina.

Colón va a corregir todo esto. Unirá las dos medias naranjas perdidas en el cielo equivocado de San Agustín. La consecuencia del viaje del genovés no va a traducirse sólo en abrir el camino para descubrir otras Indias y darle a Castilla dónde fundar un imperio.

Con el 12 de octubre se derrumbarán más que la ciencia de los aztecas, los mayas o los incas, la de los sabios de Salamanca, París y Bolonia, que venían construyéndola con recuerdos de Babilonia, Egipto y Siracusa.

Pero el 12 de octubre que produce el nuevo orden universal es, además, la fiesta de la entrada de América en la sociedad de las naciones cristianas y no cristianas o en la historia universal. Todo lo que no vieron los dos padres equivocados de la historia llamada universal, Maquiavelo y Hegel. La clara afirmación que corresponde a la realidad es elemental y simple: el 12 de octubre la historia comienza a ser completa, en la Tierra, por el ingreso de América en este mundo.

Téngase en cuenta que la primera vez que aparece el retrato de las dos medias naranjas –los dos hemisferios– en un mapa es en la orla del que dibujó Waldseemüller en 1507 para acompañar, con su planisferio, la publicación hecha por los canónigos de Saint Dié de la carta *Mundus Novus*, de Vespucci. Año de 1507.



Desembarco de Colón el 12 de octubre de I492 en la isla de Guanahaní

Colón abrió el camino, y esa gloria nadie se la quita... ni se la reconoce. Más bien se disminuye al nombrarlo descubridor –que no fue– de América. Murió escribiendo, y así lo pensaba, que era el Virrey de la Tierra Firme del Asia, esa tierra del Ganges –el Orinoco–, río que desemboca en la Boca del Dragón, donde estaba la isla de las perlas o el Paraíso Terrenal (Margarita, en las aguas de Venezuela).

En esa isla, para encontrar esa montaña tan bien modelada a la que hoy llaman Las Tetas de María Guevara, cretó estar en el Paraíso. Allí nacerían, como ríos de leche, el Ganges, el Eufrates, el Tigris y el Nilo. Eso se uniría con Egipto (Panamá) donde estaban las Minas de Salomón y China (Cuba)... La isla de Santo Domingo, en el Golfo Pérsico. Era Ofir.

Era, pues, Colón, un gran navegante de la Edad Media perdido en el laberinto de su geografía imaginaria. Encendiendo la lámpara oriental, sin saberlo, le dio al mundo lo que negaban, desde Platón hasta Salamanca, todas las academias.

El nacimiento de América, en sus manos enigmáticas de hebreo cristiano, es el primer paso hacia el realismo mágico, que, como es obvio, tiene por escenario el mar Caribe. América comienza como un mito y en el centro del mito está Colón.

El continente americano se descubre gracias al camino que abrió el genovés. El descubridor, el que lo topa y anuncia y publica, por quien se sabe, es Vespucci.

Gobernando una nave del rey de Portugal, el florentino que va a descubrir hacia el Sur la tierra ecuatorial, contrarió lo que había hecho Colón, que navegó siempre dentro del ámbito norte. Costeó todo el litoral de Brasil y descendió a la Argentina. El descubrimiento tocaba a Portugal.

El viaje era portugués, y se hacía de acuerdo con el convenio entre los reyes que habían trazado una raya, de Norte a Sur, dejando para el rey de Portugal lo que se encontrara al oriente de ese meridiano, y al occidente sería para Castilla.

La idea original de la raya fue de Colón. Y así Vespucci y los portugueses, al descubrir al Occidente un continente, cumplían lo que pidió Colón al solicitar el meridiano, principio del imperio español.

Lo extraordinario de este mundo de acontecimientos es que al mismo tiempo que iban naciendo los imperios con operaciones políticas como la de la raya que tiró el papa y corrigieron los reyes moviéndola unas millas marinas más al occidente, se iban a crear espacios para que los europeos que no encontraban espacio libre para vivir en Europa hallaran el Nuevo Mundo que acabarían haciendo suyo por la liberación, separándose para siempre de Europa.

Los 500 años son un proceso que comienza con la ilusión de que Europa va a extender su poder político hasta donde no se ponga el sol, fundando imperios ultramarinos, y termina con la liberación de sus hijos en el Nuevo Mundo. Es el ciclo de la libertad que en cinco siglos ha llegado al punto en que hoy lo vemos, en el proceso más original de los pueblos europeos.

(*) Colombiano, historiador y ensayista.

América no fue descubierta

Por Arturo Uslar Pietri (*)

DESDE un punto de vista rigurosamente histórico, no ocurrió nada el 12 de octubre de 1492 que pudiera llamarse, con alguna propiedad, el Descubrimiento de América y que, por ello mismo, ha constituido por siglos una fuente constante de errores de apreciación y de falsa interpretación de la historia.

Muchos fueron los equívocos y las deformaciones en que incurrieron los europeos del Renacimiento cuando toparon con un continente desconocido y se empeñaron en asimilarlo superficialmente a las nociones, creencias y concepciones que traían de su propia experiencia histórica. Algunos de esos errores tuvieron que desvanecerse con el tiempo, como el de la existencia de las amazonas, del Paraíso terrenal o de la fuente de la eterna juventud, pero, en cambio, el gran equívoco fundamental de la designación de la fecha ha persistido hasta nuestros días y está en el fondo mismo de las polémicas que la conmemoración del V Centenario ha suscitado.

En efecto, todos los manuales de historia repiten la frase, casi sacramental, de que "el 12 de octubre de 1492 Colón y sus compañeros de viaje descubrieron a América". Como afirmación irracional y absurdo lógico sólo podría compararse a la afirmación de que, en 1609, el navegante inglés Henry Hudson descubrió Nueva York, lo que, para descargo de los historiadores norteamericanos, no lo ha afirmado nunca nadie.

En el hecho americano se producen, desde el primer momento, dos procesos paralelos e íntimamente unidos, como son el del reconocimiento de unas nuevas tierras y sus habitantes y el simultáneo de la creación de una nueva sociedad y de una nueva situación cultural.

Colón y los primeros navegantes no conocieron el nombre de América, que vino a aparecer por primera vez en 1507 por el capricho retórico de un cartógrafo de la Lorena. Por largo tiempo creyeron haber llegado a algunas islas del continente asiático, y es sólo más tarde, después de que topan con la costa de la actual Venezuela, cuando adquieren la noción de una tierra firme, que no se convierte en verdadera certidumbre del hallazgo de un nuevo continente sino después del descubrimiento del Pacífico.

Toda la documentación de la época no refleja otra cosa que la sorpresa de haber hallado nuevas tierras y nuevos hombres y el afán de insertar esas novedades en el conjunto de los conocimientos geográficos e históricos de los humanistas de la época.

Una nueva realidad

Descubrimiento y creación marcharon juntos no sólo por las formas imaginativas en que se trataron de asimilar los nuevos hechos, sino porque, de inmediato, desde los días mismos de la Hispaniola, comenzó el proceso de creación de una nueva realidad por el encuentro de la mentalidad de los europeos del siglo XV con las primeras muestras de la tierra y de los hombres del futuro continente americano. Tampoco se le da el debido reconocimiento al papel que desempeñó en la formación de esa nueva circunstancia la presencia de los africanos.

Todavía, en las conmemoraciones oficiales, se habla del "Encuentro de dos mundos", cuando en realidad lo que ocurrió fue el encuentro de tres situaciones humanas y culturales distintas: la de los europeos, la de los indígenas, que fue variando en la medida en que se entró en contacto con las grandes civilizaciones americanas, y la de los africanos, que fue numerosa, continua y de inmensa influencia en el gran proceso de mestizaje cultural, que es la característica mayor de la creación del Nuevo Mundo.

En el encuentro todos cambiaron, los indios dejaron de ser lo que habían sido para entrar en un juego de valores distintos, con grandes dificultades de asimilación que abarcaban desde la lengua española y la religión cristiana hasta un nuevo concepto de la sociedad, del hombre y de la vida. Los negros, a su vez, que, después de los indígenas, constituyeron el más numeroso aflujo poblacional, trajeron con el aporte de su fuerza de trabajo muchas formas vivientes de culturas africanas, que penetraron y se expandieron con mucha fuerza y permanencia en el nuevo hecho americano.

En rigor, lo que Colón y sus compañeros de viaje encontraron no fue sino una parte, importante pero limitada, de lo que más tarde vino a constituir el hecho americano, como fueron la realidad geográfica y natural y la presencia del indígena. A diferencia de lo que ocurrió con las colonizaciones europeas en Asia y en Africa en el siglo XIX, el nuevo hecho histórico tomó de inmediato un papel preponderante. Haber logrado que en no mucho más de medio siglo las poblaciones indígenas y africanas se hicieran cristianas, hablaran español y entraran a formar parte de una nueva realidad social es un hecho sin paralelo en la historia moderna, que constituye el rasgo más importante y original de la historia americana.



Alegoría de América. Grabado de Jacob van Meves (1671)

¿Cuándo empieza a haber una América? El nombre mismo no aparece sino tardíamente y es lento en extenderse y ser aceptado. En rigor podría decirse que, a pesar de que el geógrafo lorenés estampó el nombre predestinado en el perfil geográfico de lo que hoy es el Brasil, la parte española y portuguesa, que hasta el siglo XVIII constituyó la inmensa mayoría de las tierras conocidas, empleó escasamente esa designación.

Los portugueses no hablaron nunca sino de "el Brasil" y los españoles, hasta el final del Imperio, se mantuvieron tenazmente fieles al absurdo apelativo de "las Indias Occidentales". El nombre de América parece haber predominado en las colonias inglesas de la parte norte y haber cobrado particular aceptación y predominio a partir de la independencia de los Estados Unidos y de las grandes novedades políticas que este hecho ofrece a los pensadores europeos de la Ilustración.

Colón y los primeros navegantes no conocieron el nombre de América, que vino a aparecer por primera vez en el año 1507 por el capricho retórico de un cartógrafo de la Lorena.

Problema semántico

Buena parte de la polémica que se ha suscitado en torno de la interpretación del gran hecho proviene del malhadado problema semántico que inevitablemente produce la idea, antihistórica, de que América, lo que hemos llegado a llamar América a través de cinco siglos, era algo que en lo esencial existía antes de la llegada de los españoles, cuando la realidad es que lo que Colón y sus compañeros hallaron no fue sino una pequeña parte geográfica y humana del inmenso fenómeno histórico y cultural que hoy abarcamos con el nombre de América.

Lo que hoy llamamos América no existió sino parcialmente antes del 12 de octubre. Lo que allí se inició es un gran hecho nuevo que poco tiene que ver con la realidad humana del continente antes de la fecha y que tampoco es, ni siquiera parcialmente, una continuidad exótica de una cultura europea traída por unos invasores.

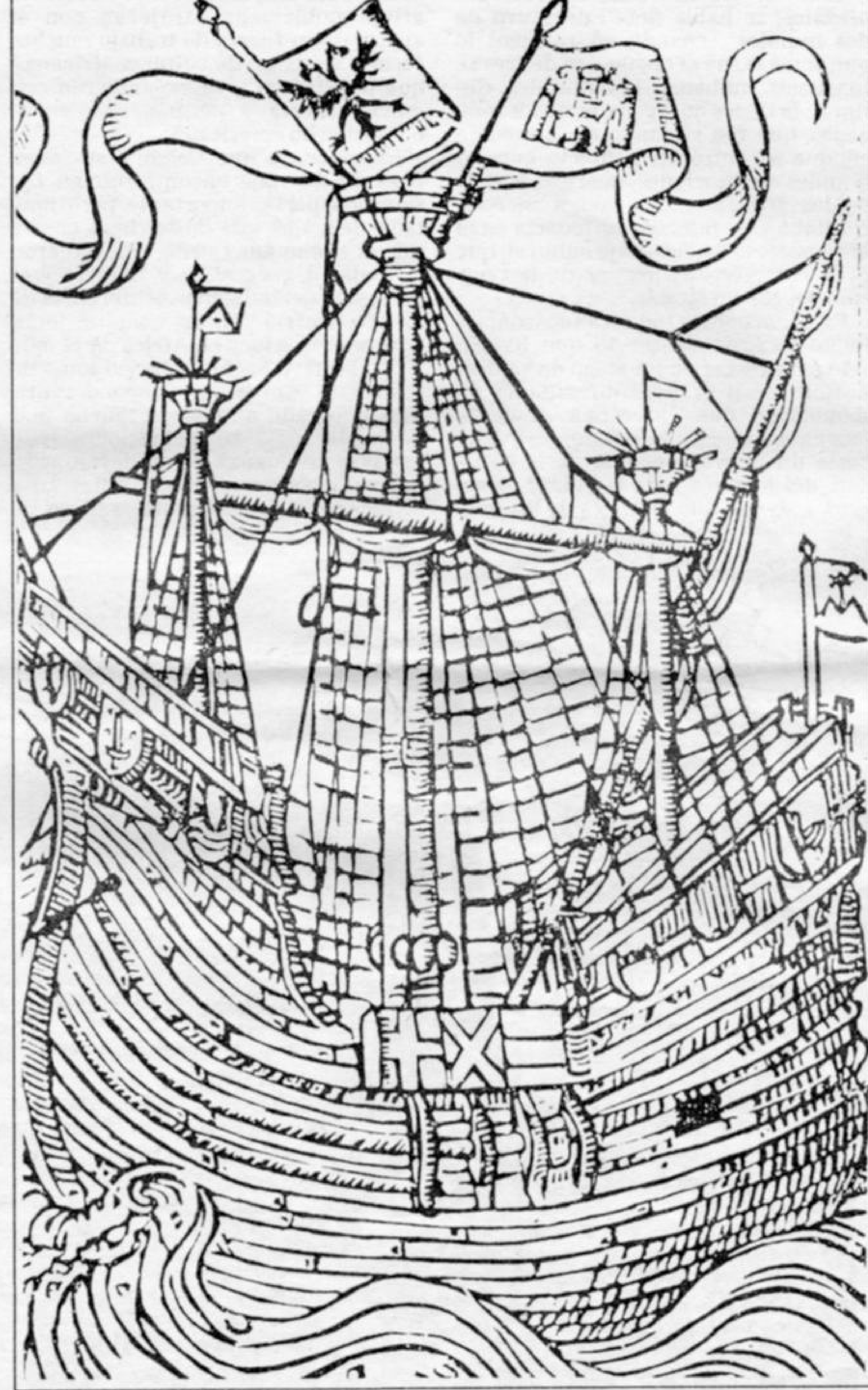
La realidad americana que se inició inmediatamente después de la llegada de los españoles no va a ser ni trasplante europeo ni continuidad de lo indígena, sino un hecho nuevo en continuo proceso de crecimiento y complejidad, provocado por el estrecho contacto de europeos, indígenas y africanos, en una nueva circunstancia, para una nueva historia.

La verdad es que lo que llamamos América no fue algo que se descubrió un día de 1492, sino una nueva realidad histórica y cultural que comienza a formarse a partir de ese día y que todavía no conocemos bien.

(*) Venezolano, ensayista y narrador.

El nombre del Continente

Por Bonifacio del Carril (*)



Navío característico del siglo XV

CUANDO el 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón pisó tierra por primera vez en una de las islas Antillas quedó consumado el trascendente acto del descubrimiento de América. Es indudable que desde el punto de vista de la población aborigen no se trató de un descubrimiento sino de un conocimiento. Pero resulta estéril discutir sobre la semántica de la palabra descubrir.

Para el centro de cultura universal, que era Europa en esos momentos, conocer por primera vez un territorio o un accidente geográfico significaba descubrirlo.

Más allá, pues, del sentido que los sectores indigenistas quieran atribuir a la palabra debe admitirse que, mediante la hazaña de Colón, fue incorporada al acervo cultural del mundo civilizado la existencia de un enorme continente habitado por millones de seres humanos, la cuarta parte de la Tierra. Ese descubrimiento fue además el punto de partida de numerosos viajes de exploración que los navegantes de distintas naciones realizaron en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII para ampliar y completar el conocimiento geográfico del planeta.

Vespucio propuso llamar Nuevo Mundo al continente descubierto por Colón, pero nunca sugirió que fuese llamado con un derivado de su propio nombre, Américo.

La cuestión primordial que quedó entonces planteada fue resolver si era o no necesario bautizar al continente descubierto por Colón con un nombre determinado. Es sabido que después del 12 de octubre el Almirante se encerró en la idea previa con que había iniciado su empresa. Colón creyó que había llegado a la costa occidental de las Indias, en Asia, y no admitió la posibilidad de haber descubierto un nuevo continente. Nunca pensó, por tanto, en la necesidad de dar un nombre a lo que ya lo tenía. El gobierno de Castilla aceptó plenamente la tesis de Colón, y llamó *Indias Occidentales* a las tierras descubiertas, negándose a designarlas con otro nombre.

Distinta fue la posición de Américo Vespucio, cuya importancia como descubridor de tierras y mares desconocidos no puede compararse con el significado y trascendencia que tuvo el viaje inicial de Colón. Vespucio tuvo clara conciencia, desde un primer momento, de que las tierras que se fueron descubriendo integraban un nuevo continente, y no el de Asia. Propuso, en consecuencia, llamar *Nuevo Mundo* al continente descubierto por Colón. Pero nunca, en momento alguno, sugirió que fuese llamado con un derivado de su propio nombre, Américo. Mantuvo, por otra parte, hasta la muerte del primer descubridor, una relación amistosa de trato cordial con él, como ha sido ampliamente documentado.

Un hecho inesperado

En plena indecisión sobre esta importante cuestión, ocurrió un hecho realmente inesperado. Un grupo de clérigos humanistas y poetas, que eran canónigos, o lo serían, de la iglesia de St. Dié, en el ducado de Lorena, constituyeron el llamado Gimnasio Vosagense o de los Vosgos, dedicado al estudio de la cosmografía sobre la base de la geografía de Ptolomeo.

Entusiasmados con las cartas descriptivas de los viajes de Vespucio, incurrieron en el error de creer que Américo era el descubridor del nuevo continente. Propusieron, en consecuencia, llamar *América* al continente con el nombre de pila de Vespucio. En un pequeño opúsculo, de importante contenido, titulado *Cosmographiae introductio*, o sea, Introducción a la cosmografía, que transcribe las cartas de Vespucio y un resumen de la obra de Ptolomeo, publicado en St. Dié, en el año 1507, expresaron el fundamento de su iniciativa.

"Verdaderamente, ahora que tres partes de la Tierra, Europa, Asia y Africa, –dice el opúsculo–, *han sido ampliamente descriptas, y que otra cuarta parte ha sido descubierta por Américo Vespucio, no vemos con qué derecho alguien podría negar que por su descubridor Américo, hombre de sagaz ingenio, se la llame Ameriga o bien América, como si se dijera tierra de Américo; tal como Europa y Asia tomaron sus nombres de mujeres."*

Como habrá podido advertirse, los canónigos de St. Dié creyeron con total buena fe que Vespucio había sido el descubridor del nuevo mundo y así lo dijeron. Su acción fue múltiple, junto con el libro citado imprimieron un gran mapa mural (2,32 m × 1,29 m), compuesto por doce xilografías, y un globo sólido (terráqueo) para mostrar su proyección en el mundo, incluyendo en las dos piezas la parte conocida del nuevo continente en la fecha mencionada, año 1507, con el nombre de *América*.

Nombres ilustres

Conviene detenerse un momento para recordar los nombres ilustres de los principales integrantes del Gimnasio de St. Dié que realizaron la tarea: el canónigo Vautrin Lud, capellán del duque de Lorena, que utilizaba el nombre latino de Gualtherus; el poeta alsaciano Mathias Ringmann, de inagotable imaginación, que habría sido el autor del pasaje sobre el bautismo de América; Basin de Sandaucourt, poeta francés y latinista distinguido, traductor de las cartas de Vespucio, y el cosmógrafo Martín Waldseemüller, alias Ilacomilus, alemán de Friburgo, que dibujó el mapa mural y el globo sólido.

La iniciativa de los canónigos de St. Dié se difundió rápidamente por los círculos científicos de Europa dedicados a los estudios geográficos y cosmográficos, especialmente en Alemania. El mapa de Waldseemüller fue copiado y reproducido muchas veces a pesar de que partía de un grave error inicial: la creencia explícitamente expresada de que Vespucio había sido el descubridor del nuevo mundo cuando no lo había sido, ni pretendió serlo en momento alguno.

En vano el propio Waldseemüller, consciente del error que había cometido, se retractó y eliminó de todos los mapas el nombre de América. En otro importante documento cartográfico, la carta marina de 1516, impresa también en St. Dié, ducado de Lorena, no sólo retiró del mapa todas las referencias al nombre de América sino que insertó una cartela estableciendo el orden de prioridad de los descubridores: primero, Cristóbal Colón; segundo, Pedro Alvarez Cabral, descubridor de Brasil; tercero, Américo Vespucio. Pero los dados estaban echados.

Muerto Waldseemüller en el año 1519, los principales cartógrafos de Europa, al margen de la verdad histórica, continuaron llamando América al continente descubierto por Colón.

En su conocido libro *Examen crítico de la historia de la geografía del Nuevo Continente*, Humboldt explicó las razones de este inesperado éxito. *"Se trataba de un nombre armonioso y poco común a la vez. Si Vespucio hubiese sido bautizado como muchos de sus antepasados con los nombres de Miguel, Rómulo o Blas, el sabio cosmógrafo de St. Dié que inventó el nombre de América no habría pensado en buscar entre esos nombres la denominación de una nueva parte del mundo."* Sea de ello lo que fuere, el nombre de América quedó definitivamente incorporado, en forma universal, para designar al nuevo continente y, en consecuencia, a la nación más importante de la Tierra que lo lleva desde hace más de doscientos años. (**)

(**) En una colaboración publicada en LA NACION el 4 de octubre de 1991, y en un libro recientemente aparecido, ha sido reproducida la documentación probatoria de todo cuanto ha sido dicho precedentemente.

(*) Argentino, historiador.

La navegación y la cartografía en el siglo XV

Por Laurio H. Destefani (*)

EN casi todo el siglo XV la cartografía que predominó fue la ptolemaica. En efecto, recién cuando los portugueses llegaron al sur de Africa, la cartografía sufrió importantes modificaciones; sin embargo, todavía a principios del siglo XVI se notaba la influencia del sabio alejandrino en varias cartas.

Claudio Ptolomeo nació en Egipto y vivió gran parte de su vida en Alejandría. Formado en la cultura griega, se destacó en la astronomía, la cosmografía y en las matemáticas. Durante su vida escribió grandes obras, como el *Almagesto*, sobre matemáticas; *Planispherium*, con estudios sobre proyecciones y, sobre todo, su *Geographia*, donde estudia la representación del mundo en la carta.

Alejandría fue destruida, incluso su fabulosa biblioteca, por un terrible incendio producido durante un sitio en 641 d/C., pero las principales obras de Ptolomeo se salvaron, posiblemente porque ya estaban en el mundo exterior.

En el monasterio de Vatopedi, en el monte Athos, apareció gran parte de su obra a principios del siglo XV, y en Bizancio aparecieron varios códices también con originales o copias de Ptolomeo. Es así como llega la cartografía ptolemaica del siglo XV a reemplazar los confusos e inexactos mapas medievales, circulares o no. Es cierto que existían ya desde hacía más de un siglo los llamados portulanos, cartas mediterráneas o regionales que habían logrado gran precisión, basadas en rumbo y distancia.

Veamos ahora cómo era el mundo habitado, según la cartografía ptolemaica, que había llegado al siglo XV. Comprendía Europa, bastante parecida a la realidad, el Mar Negro y el Caspio y un Mediterráneo muy correcto que la separaba del norte de Africa. Una gran parte de Asia figuraba esquematizada, sin su parte oriental. Tanto el sur de Africa como el extremo sudoriental de Asia se unían a un continente austral o antártico, dejando convertido al "Mare Indicum" en un inmenso lago. El Mar Rojo, Arabia, el Golfo Pérsico, se distinguían sin esfuerzo; pero la India aparecía sin el Decán, su parte meridional, y Ceilán era enorme.

El mapa ptolemaico solía estar representado rodeado de cabezas humanas que soplaban los vientos.

En el siglo XII y siguientes los genoveses, venecianos y pisanos vieron enormemente obstaculizado su comercio con Oriente, pues los musulmanes dominaban el Mediterráneo, sobre todo en su parte oriental, dificultando o impidiendo el comercio a través de Constantinopla, Asia Menor, Oriente, etcétera. Los genoveses resolvieron buscar otra ruta y salir al Atlántico.

Después de los genoveses y desde la segunda década del siglo XV, Portugal se hace presente, aumentando su conocimiento de la costa occidental africana y de islas y archipiélagos en el Atlántico.

Avance hacia el Oeste

Los viajes y la navegación portugueses tomaron mucho auge por el gran impulso que les dio el príncipe Enrique, hijo de Juan I de Portugal, y que mereció el nombre de "el Navegante". Establecido en Sagres, punta sudoccidental de Portugal, reunió un selecto grupo de cartógrafos, astrónomos, pilotos y otros nautas. Entre ellos estaban Jafuda Cresques, hijo de Abraham, y pilotos y cartógrafos venecianos. Enrique el Navegante nació en 1394 y murió en 1460. Durante ese tiempo los portugueses descubrieron las Azores con el piloto portugués Diego de Silves, en 1427, señalando un importante avance hacia el Oeste, a unas 750 millas de la costa portuguesa.

En cuanto a la navegación hacia el Sur por la costa africana, los portugueses llegaron a los cabos Noun y Bojador, este último en 26° Norte. A partir de allí se extendía una costa árida, sin agua y desierta. Costó mucho pasar al Sur, lo que logró Gil de Eanes en 1434, y Diego Gómez consiguió rebasar las islas del Cabo Verde en 1460, el año en que moría Enrique el Navegante. En 40 años de navegaciones los portugueses habían avanzado costeando Africa 1100 millas hacia el Sur y 750 hacia el Oeste. El rey de Portugal, más dedicado a los asuntos de la península, no apoyó los viajes, que momentáneamente languidecieron.

Durante la primera mitad del siglo XV las naves eran las grandes carracas de comercio en el Mediterráneo, anchas, pesadas y lentas, pero con gran capacidad de carga. Al salir al Atlántico, los genoveses utilizaron las naos, más finas y livianas, marineras y ligeras, y los portugueses usaron naos y carabelas. Estas últimas eran más alargadas que las naos, más rápidas y maniobrables. Eran capaces de navegar contra el viento haciendo zigzags y poniendo su rumbo hasta cuatro cuartas (045°) de la dirección de donde venía el viento. A esto se le llama ceñir contra el viento.

Para situarse y trazar su derrota, lo hacían con el método de estima y rumbo. La estima era el cálculo de la distancia recorrida, estimado por la experiencia de los pilotos y el rumbo con la brújula. Pero también podían medir la latitud con la altura de la estrella polar o del Sol a mediodía. En este último caso, utilizando las tablas de declinación. Las alturas las tomaban con el astrolabio o con la ballestilla, más liviana y manuable.

Las cartas de los viajes genoveses y portugueses no usaron el sistema de cuadriculado de latitudes y longitudes y lo reemplazaron por una escala o troncos de leguas cuya longitud era de 50 millas subdivididas en 10 partes de 5 millas y una red de rumbos que partía de varios puntos llamados "Rosas de los Vientos".

Es curioso que los viajes portugueses fueran recogidos en cartas genovesas, como la de Andrea Bianco, en que aparece el mar de los Sargazos como "Mar de Baga". Otros cartógrafos, como Pizingano, mostraban además islas fantásticas, como la Antilla. Los venecianos espiaban a los portugueses y recogían sus descubrimientos.

Los viajes portugueses no cesaron, porque había un incentivo económico. De la costa africana obtenían oro, marfil y esclavos.

En 1471, Fernao Gómez rebasó el Ecuador y allí se vio, al desaparecer la estrella polar, la necesidad de perfeccionar la navegación, pues al no haber una estrella similar a la polar en el hemisferio austral, la latitud se debía calcular con la altura meridiana del Sol y el conocimiento de la declinación. La fórmula consistía en que la latitud era igual a la altura del Sol meridiano más la declinación.

"El arte de navegar", dibujo de 1583

En 1481 sube al trono de Portugal el rey Juan II, que da gran impulso a los proficuos descubrimientos marítimos. Diego Cao, en un viaje de 1481 y en otro de 1485, descubre el río Zaire o Minicongo o Congo, cuya desembocadura explora y donde establece un Padrón Real. Con él viajó el joven Martin Behaim, que luego haría un célebre globo.

Costas de Africa

En 1487, Bartolomé Díaz consigue llegar al cabo de Buena Esperanza, en el extremo de Sudáfrica, y doblarlo, comenzando a destruir el sistema ptolemaico. Africa no estaba unida al continente antártico. Le tocaría al gran Vasco da Gama llegar a la India y después saber que tampoco por Oriente estaba cerrado el Indico y que no era un gran lago.

A todo ello, con estas hazañas descubridoras de Portugal, aparecieron varios mapas que iban registrando las costas de Africa, las islas Canarias, Madeira, Azores y Cabo Verde y, de acuerdo con las ideas de Ptolomeo, representaban, frente a Europa, la costa oriental de Asia.

Toscanelli, gran cosmógrafo florentino (1398-1482), escribió una carta al rey de Portugal en la que le aconsejaba buscar el Asia y la India por el Oeste y no por el Sur. Para él, Eurasia cubría de Oeste a Este las casi dos terceras partes del globo y el Atlántico el resto, 130 grados, es decir mucho más cerca, unos 100 grados menos de lo que está realmente.

Colón consiguió una copia de esa carta, decisiva para él.

En Murano, cerca de Venecia, Fra Mauro, a pedido del rey de Portugal, confeccionó, con la ayuda de Andrea Bianco, un mapamundi circular con todo lo conocido hasta 1588. Se considera como la suma de conocimientos cartográficos de la época.

Finalmente, en 1489, Henricus Germanus Martellus realizó un mapamundi de clara inspiración ptolemaica, pero aplicándole los descubrimientos portugueses. Así, Africa está muy correcta hasta el golfo de Guinea y luego tiene una inclinación muy exagerada al Sudeste. No está unida al continente antártico. La India sigue sin el Decán, cortada al ras, Ceilán está más grande y la Indochina y península de Malaca están más o menos exactamente representadas. Faltan islas y no hay rastros de Japón.

Martin Behaim (1459-1507), alemán que viajó al sur de Africa con Diego Cao, diseñó en 1492, en Nuremberg, un globo geográfico que contiene todo lo descubierto antes de Colón.

Esta era la cartografía que existía cuando Cristóbal Colón había desarrollado su genial idea de llegar a la India por el Oeste, desde Europa.

Durante su etapa portuguesa, Cristóbal Colón se convirtió en un excelente profesional del mar y maduró su idea de llegar a las Indias por el Oeste; el plan fundamental de su vida.

El gran marino

Colón era un gran marino. Había navegado el Mediterráneo desde su niñez.

Como marino mercante portugués, realizó numerosos viajes a las islas Canarias, Madeira y Azores. También recorrió la costa africana, hasta el cabo Blanco, cabo Verde y las islas de Cabo Verde, hasta llegar a San Jorge de Mina, en 13° Norte. Desde Lisboa viajó a Inglaterra, Irlanda y llegó hasta Islandia.

Durante su etapa portuguesa, Colón se convirtió en un excelente profesional del mar y maduró su plan de llegar a las Indias por el Oeste, el plan fundamental de su vida, el que le permitiría la gloria, las riquezas y los honores.

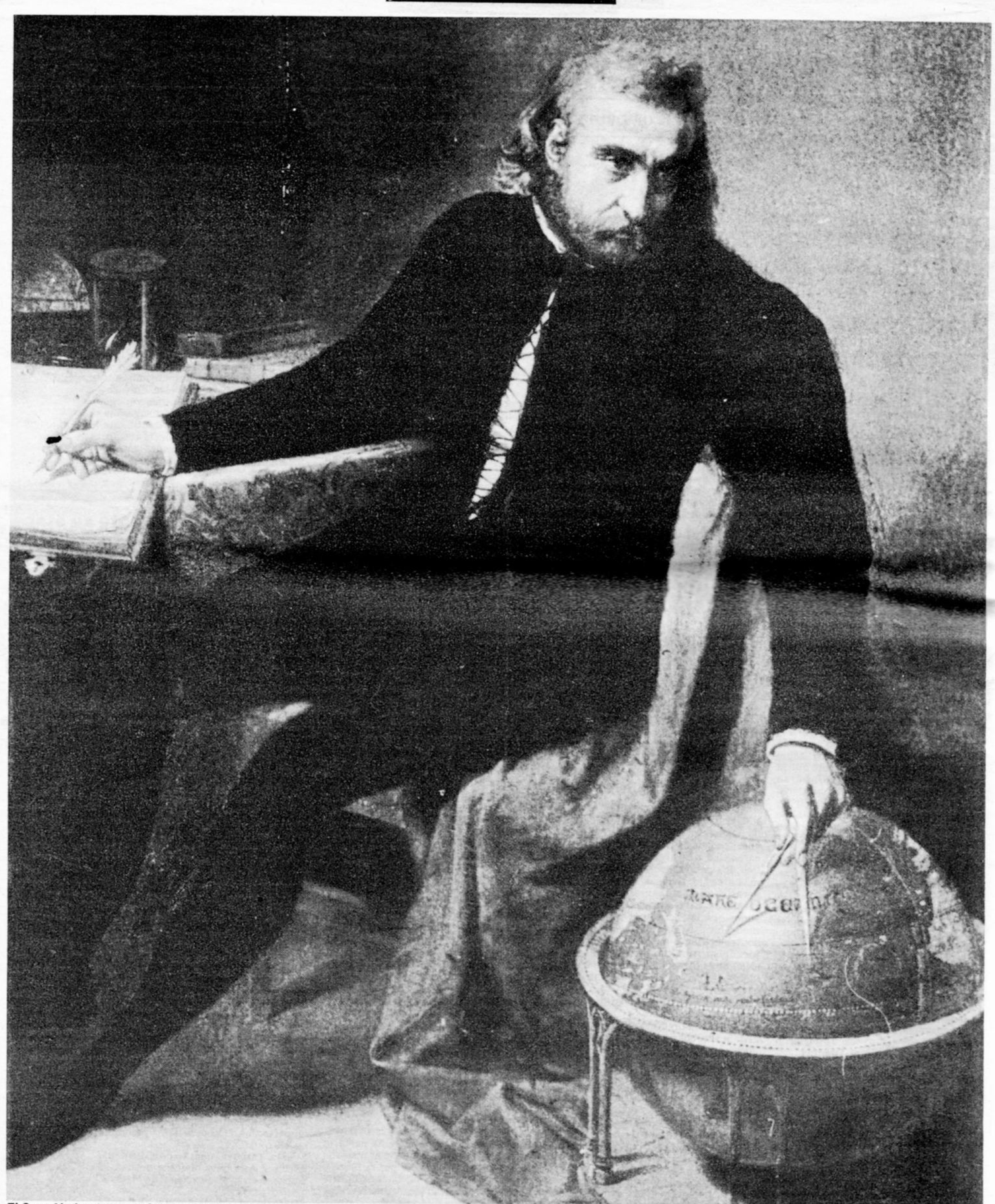
Los tres primeros viajes de Colón y los realizados por Alonso de Hojeda, Vicente Yáñez Pinzón, Cristóbal Guerra y Pero Alonso Niño, sobre el filo del 1500, hicieron que el gran piloto Juan de la Cosa diseñara en el puerto de Santa María su famosa "carta" fechada en 1500.

Juan de la Cosa viajó con Colón en sus dos primeros viajes y con Hojeda en 1499-1500, y su carta es la primera en que aparece el Nuevo Mundo, con el mar Caribe, sus principales islas y aun la "costa descubierta por los ingleses"; en parte. John Cabot la había recorrido en 1497.

Esta famosa carta, con Europa, Africa y Asia muy bien delineadas, se conserva en el Museo Naval de Madrid.

(*) Argentino, contralmirante (R), historiador.

LA NACION



El Gran Almirante genovés en una muy expresiva imagen soñadora de otros mundos

LA HISTORIA

Colón, el hombre

Por Enrique Mario Mayochi (*)

¿QUIEN fué Cristóbal Colón? ¿Dónde nació? ¿Qué saberes alcanzó? ¿Cómo era físicamente? ¿Entró en la historia y quedó en ella por casualidad o gracias a una leyenda harto bien forjada?

Obviamente, todas estas preguntas –algunas de las cuales comenzaron a circular apenas extinguida la vida del Almirante– recibieron a lo largo de los últimos siglos, a partir de la confirmación de que él había descubierto un Nuevo Mundo, las más diversas, y aun opuestas, manifestaciones hechas a modo de respuestas contundentes. Sin embargo, hoy, en el quinto centenario de la gran hazaña, la polémica, la posibilidad de su renovación, parece terminada con relación a los aspectos fundamentales y sólo quedarían por resolver, por esclarecer, algunos hechos menores de su existencia y de su acción. Para no abundar en nombres de autores ni en citas de diverso origen, nos animamos a afirmar que poco cabe agregar tras la exhaustiva investigación y las conclusiones a las que arribó Paolo Emilio Taviani.

Dónde y cuándo nació

Con el distinguido historiador italiano, cabe decir que "aunque toda la vida de Colón fue una novela, las polémicas acerca de su nacimiento han creado otra novela todavía más extraña y complicada". Es comprensible que algunos españoles hayan pretendido agregar a la hazaña castellana del 12 de octubre de 1492 la nacionalidad propia para quien fue su protagonista, "pero no se comprende –agrega irónicamente Taviani– qué monstruosos partos de la fantasía puedan haber engendrado un Colón griego, tres franceses y, por si esto fuera poco, un corso, otro suizo y tres portugueses".

Hoy se acepta, sin posibilidad de contradicción fundada, que nació en Génova, en torno de 1451, como que fue –sigamos con Taviani– también culturalmente genovés e italiano. Con relación al lugar, es el propio Colón el que lo dice en el acta de mayorazgo compuesta para determinar quién sería su heredero directo de títulos y privilegios: "...que siendo *yo nacido en Génova*, les vine a servir aquí en Castilla y les descubrí al poniente de tierra-firme las Indias y las dichas islas sobredichas".

Nació seis años después de Botticelli y uno antes que Leonardo da Vinci y Savonarola. Tres años corridos, vino al mundo Américo Vespucio.

La cultura colombina

Cuando Colón pasaba de la niñez a la adolescencia, su Génova natal, según anota el francés Fernando Braudel, estaba convirtiéndose en la metrópoli del capitalismo europeo. Este proceso se había iniciado centurias antes, desde los tiempos en que la ciudad italiana y su puerto eran una de las capitales marítimas del Mediterráneo. Un puerto del que habían salido soldados y naves para participar de las primeras Cruzadas, un puerto que había logrado predominar en el control del Tirreno sobre los sarracenos, Pisa, Provenza y Cataluña.

Diversos factores confluyeron para que, como afirma Giovanna Petti Balbi, se constituyera un imperio colonial genovés de carácter económico, no político, con empresas comerciales establecidas en distintos lugares del mar Mediterráneo, con emplazamientos propios en sus islas, en España, en el norte de Africa, en el Egeo y en el Mar Negro. Se formó así una red de intereses económicos que miraban tanto hacia el Atlántico como hacia Persia, la India y China.

Fue en esa Génova –sobresaliente por ser una de las capitales de la cartografía marítima– en la que, según Taviani, Cristóbal aprehendió en la escuela del gremio de los laneros, al que pertenecía su padre, los primeros elementos propios de los conocimientos geográficos y del arte náutico. "Por lo tanto –concluye– Génova no fue solamente el lugar de nacimiento del descubridor de las Américas, no fue sólo su patria natal, sino su patria cultural. Colón heredó de Génova las raíces de su carácter y de su fe, de su genio marinero, de su curiosidad científica y de su habilidad económica."

Su fe religiosa

En el vasto estudio dedicado al Almirante, el historiador italiano también ahondó en su fe religiosa, llegando a estas conclusiones: "Aunque de formación medieval, Colón fue cristiano y católico en sentido moderno. Tuvo una fe fuerte, sincera, inagotable. Libre –en todo momento, a pesar de las dificultades y de los peligros– de supersticiones e hipocresías". Agrega que es muy posible que haya sido fanático –integrista, como se suele decir ahora–, pero que ese fanatismo no lo distanció de los principios válidos, para cualquier época, en la concepción cristiana y católica, llegando a enfrentarse con prelados y clérigos cuando se trataba, en su concepto, de defender el auténtico cristianismo.

Devoto de la Santísima Virgen, como buen genovés, y de San Francisco de Asís, como buen italiano, conocía cabalmente los Evangelios y muchos textos del Antiguo Testamento. Taviani completa su juicio diciendo que "cuando fue alcanzado por la envidia, la maldad, la codicia, la perversidad de los hombres, y sobre todo cuando tuvo que sufrir la incomprensión y lo que él consideraba como una injusticia por parte del rey, el Almirante siempre reaccionó con la humildad del cristiano, con la resignación del creyente que tiene la mirada puesta más allá de los límites de la vida terrenal".

Cómo era físicamente

Ninguno de los retratos, y son más de ochenta, que nos presentan a Colón puede ser considerado auténtico. Cada artista, cada pintor, dio amplia libertad a su fantasía, salvo los casos en que algunos de ellos se ciñeron a las pocas noticias que nos legaron acerca de la persona física del Almirante varios de los que lo conocieron personalmente.

¿Cómo era, entonces, el gran descubridor? Recurramos a las descripciones hechas por Gonzalo Fernández de Oviedo, que actuó junto al Colón cuarentón; por fray Bartolomé de Las Casas, que alternó con él cuando llegaba al medio siglo de vida; por el veneciano Angelo Trevisa, que lo vio en España poco después, y por su hijo Fernando, que nació cuando su progenitor transitaba por los 37 o 38 años.

Fernando, o quien se valió de su nombre para escribir *Historias de la vida y los hechos de Cristóbal Colón,* lo presenta así: "El Almirante fue un hombre bien formado y de estatura más que mediana, de rostro alargado, mejillas un tanto subidas, ni grueso ni delgado. Tenía la nariz aquilina y los ojos claros, la tez blanca y teñida por vivos colores. En su juventud tenía los cabellos rubios, pero al llegar a los treinta años encaneció por completo".

Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo lo recordaba así: "Hombre de buena estatura e aspecto, más alto que mediano, e de recios miembros; los ojos vivos, e las otras partes del rostro de buena proporción; el cabello muy bermejo, e la cara algo encendida o pecoso".

Volvamos a Taviani, quien se inclina por la hipótesis "de que en su juventud, los cabellos de Colón se acercaban más al color rojo que al rubio, como dicen don Fernando y Las Casas, posiblemente por considerar al rubio más atractivo. Lo que sí es seguro es que ya en el primer viaje de descubierta (que inició a los cuarenta años), el marinero más famoso de todos los tiempos tenía los cabellos totalmente canos".

El historiador italiano pasa a otro rasgo de la persona de Colón: "Mucho más importante que su aspecto exterior es la capacidad sensorial del gran descubridor. Tenía un excepcional sentido del olfato, siendo éste el dato más seguro de su persona física. Todos sus escritos lo atestiguan". Agrega que "también tenía muy desarrolladas las facultades sensoriales de la vista y el oído. Se arruinó aquélla durante la travesía atlántica del tercer viaje (1498), tras transcurrir veintisiete tardes del mes de julio sobre cubierta, mirando fijamente el Sol para establecer el rumbo de Oriente a Occidente. Contrajo un oftalmia, pero no perdió las excepcionales e increíbles virtudes marineras, adquiridas siendo niño en los mares de Liguria y del Mediterráneo, y luego perfeccionadas en el Atlántico".



¿Casualidad, leyenda?

Volvamos al comienzo. La vida toda de Colón podría dar suficiente argumento para realizar una gran novela si no fueran ciertos, como lo son, todos los datos e informaciones dados precedentemente y tomados de quienes, por haber realizado concienzudos estudios y compulsado la más segura documentación, son los grandes hacedores de su auténtica biografía.

En cambio, sí resulta indudable que a partir de la muerte del Almirante, ocurrida en 1506, al año siguiente del nacimiento de Rafael, comenzó a forjarse la novelería más insólita y compleja acerca de sus hechos, dichos y viajes. Pero a quinientos años de su gran descubrimiento parece definitivamente despejado el camino de malezas y cizañas.

(*) Argentino, periodista e historiador.

El descubridor heredó de su Génova natal las raíces de su carácter y de su fe, de su genio marinero, de su curiosidad científica y de su habilidad económica.

Cristóbal Colón

LA HISTORIA

Reyes Católicos: entre la fe y la razón de Estado

Por Ernesto G. Castrillón (*)

¿SON los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla y León, monarcas auténticamente modernos? Aunque autores tan respetados como J. H. Elliot lo han puesto en duda, la respuesta, parece, merecería ser afirmativa.

Al pretender y alcanzar la plena restauración del poder real en sus reinos, limitando la fiera arrogancia de los señores, uniendo las piezas dislocadas de una España que hasta entonces no pasaba de ser una expresión de deseos; al lanzar sus carabelas a la conquista de los mares y a sus infalibles arcabuceros al combate en los fértiles valles italianos y las desérticas costas norafricanas; al tomar, en fin, con destreza las riendas del poder, los Reyes Católicos se convirtieron en un ejemplo vívido del soberano moderno tan certeramente descripto por Maquiavelo en *El príncipe*.

Isabel, profundamente religiosa, era visionaria e intuitiva en grado sumo; Fernando, de figura simpática, era más humano y con presencia menos rígida que la de la reina.

Difícilmente hubieran podido realizar su compleja obra de gobierno si la religiosidad y el sentido del deber real hacia sus súbditos no hubieran estado unidos a la astucia y a un desarrollado instinto de supervivencia.

En la Europa de Luis XI, rey de Francia y genial intrigante; de un César Borgia, que sabía reunir en su persona un innegable encanto y una absoluta inescrupulosidad, Fernando e Isabel no sólo no hubieran podido realizar su vasta obra de gobierno, sino que, tal vez, ni siquiera sobrevivir a las constantes intrigas palaciegas sin ser tan astutos y crueles como sus rivales.

Los Reyes Católicos no pudieron, entonces, evitar determinadas crueldades y bajezas en un tiempo en el cual las fronteras variaban como las estaciones, según el avance de los ejércitos de rudos mercenarios suizos, mientras la intriga y el crimen florecían en todas las cortes y el envenenamiento se había convertido en un arte muy apreciado.

Fernando e Isabel habían compartido una infancia y juventud difíciles, creciendo entre conspiraciones palaciegas y luchas fratricidas.

Isabel I de Castilla había nacido en 1451 en Madrigal de las Altas Torres (Avila). Luego de la muerte de su padre, toda su niñez y adolescencia estuvo signada por su difícil relación con el nuevo rey, su medio hermano Enrique IV, el Impotente. Su instinto de supervivencia le permitió mantenerse alejada de los enfrentamientos de la corte y de los planes de los enemigos del rey. Esta sabia actitud le permitió ser proclamada heredera del trono, para lo cual Enrique dejó de lado los intereses de su discutida hija, doña Juana, la Beltraneja.

Fernando de Aragón había nacido en Sos, provincia de Zaragoza, en 1452, hijo de Juan II. También había debido sobreponerse a las luchas por el trono, recibiendo entrenamiento militar



Fernando e Isabel la Católica. De "Historia General de España y de sus Indias"

desde muy joven. Las revueltas armadas, las intrigas cortesanas y el disimulo marcaron a fuego los años juveniles de ambos monarcas.

Su casamiento, concretado en Valladolid en 1469, fue una verdadera novela de aventuras. Isabel, demostrando la firmeza de su carácter, eligió a Fernando pese a las infinitas presiones y a la furia de Enrique IV y de los pretendientes desairados de las otras casas europeas. Fernando mostró toda su audacia y astucia al dirigirse disfrazado de criado al encuentro de su prometida.

Punto de inflexión

El entendimiento entre los dos príncipes fue mutuo, y al agrado y a la simpatía se unieron las exigencias dinásticas. Esta boda marcó un punto de inflexión. La guerra debía comenzar pues Enrique IV no podía contener su furia por la actitud rebelde de Isabel, que había rechazado a los otros pretendientes para elegir a Fernando. Un partido surgió para defender las prerrogativas antes descartadas de la Beltraneja.

La astucia y el cálculo diplomático de Fernando surgen en ocasión de la boda. Dado el carácter de primos de los novios, se necesitaba la dispensa de su parentesco de consanguinidad, que sólo podía ser expedida por el Papa. El documento aparece justo a tiempo, pero no es obra del Papa sino de Fernando, complotado con su padre Juan II y el arzobispo de Toledo, Alfonso de Carril. La unión de los cónyuges queda sellada, no así la de sus reinos. "La misma unión era puramente dinástica: una unión no de dos pueblos sino de dos casas reales. Aparte del hecho de que, en adelante, Castilla y Aragón tendrían los mismos monarcas, no habría en teoría ningún cambio ni en su estructura ni en la forma de sus gobiernos... La unión de las coronas estaba, pues, considerada como una unión entre iguales, cada uno de los cuales conservaba sus propias instituciones y su modo de vida propia." (1)

Entre 1474 y 1479, la muerte de sus antecesores los lleva al trono, y allí la consustanciación entre Isabel y Fernando es absoluta. Sus personalidades diferían, pero se complementaban asombrosamente.

Isabel, visionaria e intuitiva en sumo grado, profundamente religiosa, celosa de las innegables aventuras extramatrimoniales de Fernando. Apasionada y activa, parecía estar en todos lados y al mismo tiempo. Su figura real y la sinceridad de sus miras le dan una inmensa superioridad moral y un carisma muy especial, que se puso de manifiesto especialmente en el sitio de Granada, donde su presencia enardeció a las huestes cristianas.

Fernando, en cambio, más humano y terrenal, tanto en sus talentos como en sus debilidades, presenta una figura más simpática y una presencia menos rígida que la de la reina.

Dedicaba mucho tiempo, a veces más que el aconsejable, al ajedrez, la caza y la persecución de mujeres ajenas, en especial, las muy jóvenes. Extraordinario diplomático, uno de los mejores de su tiempo, hacía y deshacía alianzas con ligereza y cinismo, haciendo pensar a sus críticos que *El príncipe* estaba, en realidad, referido a él.

Juntos se dedicaron a afirmar el poder real y a ir desbrozando el camino hacia una futura unidad española. Como monarcas modernos frenaron a los nobles y cercenaron los privilegios de la Iglesia, las cortes y los municipios.

Reordenaron la administración de justicia, la hacienda, las fuerzas armadas; codificaron leyes, demolieron las imponentes fortalezas de los nobles dedicados al pillaje, vedaron el uso particular de las armas de fuego, y, mediante la Santa Hermandad, pusieron fin a las interminables guerras particulares de los señores.

Encontraron aún tiempo para reorganizar y modernizar las universidades e introducir en ellas libros extranjeros. Nada parecía quedar fuera de su acción de gobierno. El bienestar de sus súbditos, al mismo tiempo que el acrecentamiento obsesivo del poder real, era el centro de su acción.

Aspectos menos gratos

Otros aspectos de su reinado resultan menos gratos, juzgados con la mentalidad del siglo XX. Así, por ejemplo, la expulsión de los judíos en 1492, las conversiones a la fuerza y la expulsión final de los moros de Granada, la introducción en 1478 de la Inquisición en España, resultan especialmente repugnantes a nuestra sensibilidad, pero constituían medidas habituales del recetario de la monarquía moderna.

Antes y después de los Reyes Católicos, los monarcas franceses e ingleses mezclaron política y religión con funestos resultados. Es más, la búsqueda de la unidad racial y religiosa obtenida a toda costa podemos hallarla en épocas tan posteriores como durante esa sórdida carnicería que lleva el nombre de Guerra de los Treinta Años (1618-1648) o en la revocación del Edicto de Nantes durante el reinado de Luis XIV, un monarca no precisamente considerado oscurantista por los historiadores.

El talento de los Reyes Católicos se percibe también en la forma como ensamblaron un ejército moderno y temible, dando preeminencia en él a una infantería dotada de expertos arcabuceros y a una artillería eficiente, experta tanto en la guerra de sitio como en el combate a campo abierto. "En la batalla de Ravena, en 1512, la infantería española adquirió una alta reputación que iba a mantener por un siglo y medio. Lo que es único acerca de los españoles es que ellos desarrollaron y mantuvieron su propio carácter nacional desde el comienzo... Castilla y Aragón eran demasiado pobres para contratar mercenarios, la necesidad los obligó a contar con su propio pueblo para obtener recursos militares." (2)

Los últimos años de la pareja, pródigos en desgracias familiares, no frenaron el impulso de su reinado. Incluso la muerte de Isabel en 1504 no debilitó la energía y la habilidad diplomática de Fernando, dirigidas a aislar a Francia con oportunas alianzas matrimoniales. Hasta su muerte, en 1516, Fernando siguió manejando con eximia maestría los hilos de la diplomacia europea.

Pero para entonces ya todo estaba hecho. Los cimientos de la futura unidad española habían sido colocados, las bases americanas de su imperio se estaban afirmando. De sus universidades y círculos intelectuales surgirían pronto los creadores del mayor momento de esplendor de la cultura hispánica. Los Reyes Católicos podían descansar en paz. Antes de ellos, España era sólo una ilusión. Después de ellos, una rica posibilidad.

1) J. H. Elliot, La España Imperial. 1469-1716, Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1970.
2) H. W. Koch, Medieval Warfare, New York, Crescent Books, 1978.

(*) Argentino. Segundo Jefe del Archivo de LA NACION, especializado en historia.

LA HISTORIA

Muerte y resurrección de Amerigo Vespucci

Por Bartolomé de Vedia (*)

DE los múltiples personajes que participaron, directa o indirectamente, del Descubrimiento de América, ninguno tan desconcertante como el florentino Amerigo Vespucci. Por un lado, se le tributó un homenaje que ningún otro ser humano alcanzó: un continente lleva su nombre. Por el otro, se lo hizo objeto, a través de los siglos, de enconados ataques y se lo tildó de "embaucador" y "usurpador de glorias ajenas".

¿Cómo se explica que la posteridad haya sido tan veleidosa con este hijo de la culta Florencia, con este humanista de espíritu inquieto, lector de Ptolomeo, que amó la geografía en los libros y en los mapas y que, finalmente, cuando el mundo entero se entregaba a la fiebre de los viajes, se lanzó él también a explorar los mares y a descubrir nuevas tierras? La respuesta a ese interrogante obligaría a reconstruir las instancias de un juicio histórico kafkeano, que lleva más de cuatro siglos y en el cual Vespucci ha sido visto, casi siempre, como el rival inevitable de Cristóbal Colón.

Como si estuvieran sentados en los extremos opuestos de un sube y baja, el genovés y el florentino parecen condenados a no poder compartir el Olimpo de los elegidos de la historia. La posteridad inventó, curiosamente, una enemistad que los dos navegantes nunca tuvieron. En realidad, ni siquiera se sabe con certeza cuándo y cómo se conocieron, aunque la lógica indica que deben de haberse cruzado más de una vez en Sevilla, ciudad a la que Amerigo arribó en 1491 (o tal vez en 1489), para desempeñarse como agente comercial de los Medici y en la cual anduvo también, por esos años, el genovés Gianetto Berardi, uno de los banqueros que supuestamente financiaron la empresa de Colón. Sevilla era entonces un hervidero de italianos empeñados en urdir los más audaces proyectos comerciales y marítimos. Vespucci, Colón y Berardi estaban sumergidos en ese hervidero. Como dice Germán Arciniegas en su espléndido libro "Amerigo y el Nuevo Mundo", el Descubrimiento fue, en buena medida, un negocio italiano.

El Mundus Novus

Pero dejemos las vísperas del Descubrimiento y avancemos en el tiempo. Corre el año 1503. En distintas ciudades europeas comienzan a circular unas hojas impresas que llevan un título sugerente: "Mundus Novus". Son sólo cinco o seis hojas y su contenido no es otra cosa que la transcripción al latín de una carta dirigida a Lorenzo di Pierfrancesco de Medici –de la rama de los Medici "popolanos"– y firmada por un desconocido: un tal Amerigo Vespucci. En esa carta, Vespucci relata la navegación que hizo en 1501 por encargo del rey Manuel I de Portugal hacia las tierras recién descubiertas.

El "Mundus Novus" es un admirable relato geográfico y etnográfico. Amerigo afirma haber partido de Lisboa en dirección a Cabo Verde y haber navegado durante 67 días hasta llegar a un continente "habitado por más multitud de pueblos y animales que nuestra Europa o Asia o bien Africa".

La descripción que el navegante florentino hace de ese "continente" resulta, aún hoy, estremecedora. Habla con admiración de la fertilidad de su tierra y llega a decir que el Paraíso Terrenal "no debe estar lejos de aquellos países". Lo más impresionante, sin embargo, es su cruda descripción de las costumbres de los habitantes de esas tierras y, sobre todo, de sus feroces hábitos sexuales. Las mujeres son tan lujuriosas –dice el navegante-cronista– que durante sus actos de amor suelen dañar a los hombres en sus órganos genitales, causándoles a menudo lesiones irreparables, por lo cual muchos de ellos "quedan eunucos". Además, todos "viven juntos sin rey, sin autoridad, y cada uno es señor de sí mismo; toman tantas mujeres cuantas quieren, y el hijo se mezcla con la madre, y el hermano con la hermana, y el primero con la primera y el viandante con cualquiera que se encuentra".



Desembarco de Vespucci en América. Grabado de Johannes Stradanus

Más descarnada aún es la descripción de sus costumbres antropofágicas. "Se comen unos a otros", afirma Vespucci. Y agrega: "Yo he conocido a un hombre del que se decía que había comido más de 300 cuerpos humanos y aun estuve 27 días en una cierta ciudad, donde vi en las casas la carne humana salada y colgada de las vigas, como entre nosotros se usa colgar el tocino y la carne de cerdo".

Es fácil imaginar la sensación que el relato de Vespucci habrá causado entre sus contemporáneos. Pero la trascendencia del breve folleto reside, más que en la crudeza de sus descripciones, en la esclarecedora idea que emana de su título: Mundus Novus. Esas dos palabras significaban una revolución. Tal vez sea exagerado decir, como lo hace Stefan Zweig, que en el documento de Vespucci está la primera semilla de la independencia de América, pero lo cierto es que la carta del florentino introdujo el concepto de que se estaba ante un Mundo Nuevo; es decir, ante una tierra autónoma respecto de los demás continentes.

Los otros viajes

Hacia 1506, Amerigo vuelve ser noticia. Ese año se publica una nueva carta suya, esta vez dirigida a Pier Soderini, gonfaloniere perpetuo de la República de Florencia. En este nuevo documento, más extenso que el anterior, el florentino relata los cuatro viajes que dice haber hecho a las nuevas tierras, los dos primeros por encargo del rey Fernando de Aragón y el tercero y el cuarto por orden del monarca de Portugal. El tercero corresponde al que antes había descripto en "Mundos Novus".

Esta vez el testimonio del navegante no es sólo etnográfico: incluye también el relato –algo folletinesco– de las escaramuzas y batallas que su expedición debió librar contra aborígenes de irreductible espíritu guerrero.

Las cartas de Vespucci se hicieron muy populares. No es de extrañar, entonces, que cuando los monjes del monasterio de SaintDié, en el corazón de la Lorena, en Francia, imprimieron –en abril de 1507– su "Cosmographie Introductio", versión actualizada de la Geografía de Ptolomeo, decidieran que la nueva parte incorporada al mundo debía llamarse América, es decir, la tierra de Americus, en homenaje a quien suponían su descubridor.

Se abre el debate

En su carta a Soderini, Vespucci asegura haber hecho su primer viaje en 1497. Esa audaz afirmación lo convierte, de pronto, en el primer hombre que ha pisado tierra firme en el nuevo continente, ya que Colón no llegó a tocar tierra firme sino en su tercer viaje, en 1498. En los dos primeros sólo había explorado islas.

Amerigo no sospechaba, probablemente, que con ese intrépido testimonio estaba encendiendo la hoguera en la que su nombre iba a ser incinerado, sin piedad, durante casi cuatro siglos.

Quien se encargó de arrimar el primer fósforo fue fray Bartolomé de las Casas, el aguerrido defensor de los indios. Fray Bartolomé advirtió, escandalizado, que la noticia de que Vespucci había llegado al continente antes que Colón significaba una gravísima amenaza para los derechos de los descendientes del almirante, a los cuales estaba unido por lazos muy fuertes. El implacable dominico no vaciló en elevar su voz de trueno para denunciar a Vespucci como un impostor. Lo acusó de haber falseado las fechas de sus viajes para usurparle a Colón la gloria del descubrimiento.

Amerigo nunca se enteró de ese ni de ningún otro ataque. Había muerto mucho antes: exactamente, el 22 de febrero de 1512. Sus últimos años los dedicó a la tarea de dirigir la escuela oficial de navegación de España, como piloto mayor del Reino. Murió convencido, tal vez, de que la paz de su sepulcro sería duradera. Se equivocaba.

El grito de guerra lanzado por el belicoso fray Bartolomé fue como una consigna. Otros tomaron su posta y los ataques contra el florentino se multiplicaron. Antonio Herrera, historiador oficial de la Corona, en su "Historia de las Indias Occidentales", de 1601, afirma que Amerigo "falseó astutamente sus relaciones con el fin de escamotear a Colón el honor de ser el descubridor de América. Como dice Stefan Zweig con mucha gracia, "en el siglo XVII, Americo Vespucio era ya hombre al agua".

En los siglos XVIII y XIX se descubren nuevas cartas del sabio y navegante florentino. Son las llamadas *cartas familiares,* en las que proporciona nuevos pormenores de sus viajes, que sus detractores utilizarán para hacer aún más demoledora su artillería. "Extraña que toda América deba llevar el nombre de un ladrón", afirma Ralph Waldo Emerson. En su "Historia de América", William Robertson lo tilda de "impostor". Otros lo llaman "falsificador", "mentiroso" o "personaje fatuo". Mientras Vespucci recorre su calvario post-mortem, Colón cosecha gloria y honor a manos llenas.

La descripción que el navegante florentino hace de ese "continente" resulta, aún hoy, estremecedora; habla con admiración y hasta hace una comparación con el Paraíso Terrenal.

A medida que avanzan los siglos, la controversia sobre Amerigo crece y se torna confusa. Se duda de todo: de sus cartas, de sus viajes. Algunos consideran que el Mundus Novus y la carta a Soderini son textos apócrifos. Otros afirman que, al contrario, las que son falsas son las "cartas familiares". La madeja se enreda cada vez más. Decididamente, el juicio de la historia se ha vuelto kafkeano.

La reivindicación

Será necesario llegar al siglo XX para que la reivindicación de Amerigo tome verdadero impulso. El paso decisivo en esa dirección lo darán dos autores americanos: Roberto Levillier y Germán Arciniegas. El primero, con "América, la bien llamada" (1948), una obra de investigación verdaderamente ciclópea. El segundo, con "Amerigo y el Nuevo Mundo" (1954), un libro encantador, que revive magistralmente el espíritu de la Florencia del siglo XV. Tanto Levillier como Arciniegas reivindican la autenticidad de las cartas y los testimonios de Vespucci. En la misma línea se enrola Enrique de Gandía con su cautivante libro "Américo Vespucci y sus cinco viajes al Nuevo Mundo", editado el año anterior por la Fundación del Banco de Boston.

Para el geógrafo y navegante florentino, la reparación histórica llegó de América, la tierra misteriosa que exploró con insaciable sed de ciencia y de aventura. Su patria, Italia, no fue generosa con él en la valoración histórica, con algunas pocas excepciones. El hombre que llevó su amor a la geografía al plano de la exaltación lírica, como dijo Arciniegas, estaba tal vez predestinado a encontrar el premio a sus desvelos en un tiempo y un espacio remoto, casi inimaginable.

El espacio, América. El tiempo, cuatro siglos después.

(*) Argentino, periodista, subjefe de la Sección Editoriales de LA NACION.

Los viajeros precursores

Por Narciso Binayán Carmona (*)

COLON no descubrió América. Esta es, tal vez y sin tal vez, la afirmación más indiscutible que podemos hacer al cumplirse los 500 años de su llegada a las costas de nuestro continente.

El Almirante sería el primero en apoyarla. Siempre afirmó con obstinación, y contra toda evidencia, que lo que había hecho era un viaje exitoso entre Europa y el Extremo Oriente.

Pero si no descubrió América, ¿qué hizo? Tomemos perspectivas. El escritor chileno Benjamín Subercaseaux ha dicho –y es una gran verdad– que la nuestra es la época "en que los hombres no estaban preparados para nada". Exactamente al revés era en la Europa de finales de siglo XV. Aquello hervía. La imaginación no tenía límites. Esa generación no se arredraba ante las novedades ni ante los peligros ni ante las ideas más audaces, más peregrinas. Estaban preparados para todo. Se lanzaron al Renacimiento, a la Reforma, a la Contrarreforma y pusieron patas arriba a sus países y luego al mundo. España y Portugal, cada una a su modo y con su propio estilo, se sumergieron en la aventura. No era un misterio para nadie que había tierras del otro lado del Atlántico aunque no estuviera claro de qué tierras se trataba ni qué gente vivía en ellas. Un caso entre muchos: por simple lógica lo señaló el mallorquín Raimundo Lulio (1235-1315): "E océano "de nuestro lado se apoya en nuestro continente... del lado opuesto se apoya en otro continente que de aquí no vemos ni conocemos". Para encontrarlo bastaba con ir hacia el Oeste. Eso era todo.

Navegantes audaces y aventureros como los vikingos se arriesgaron por zonas muy lejanas, pero sólo buscaban provecho material y tangible.

Ahí está la gran diferencia entre el viaje de Colón y los anteriores, efectuados por otros navegantes, por otros países y en otros tiempos: aquél interesó, éstos no. Viajeros audaces y aventureros como los vikingos no trepidaban en llegar a cualquier lado a cualquier costo, pero no tenían un adarme de curiosidad. Buscaban provecho práctico, material y tangible. Descubrir por descubrir no les interesaba y hasta les molestaba como pérdida de tiempo. Por lo demás, no había interés público. Ni sus viajes ni los de otros precursores de Colón fueron en su momento "noticia", para decirlo en términos periodísticos. La "noticia" objetivamente hablando no existe, ya que depende de que determinado hecho o hechos le interesen o no a la opinión, con prescindencia de que sean o no importantes. A los europeos del siglo XI les era indiferente que América, "la tierra del otro lado", existiese o no. Pero era otra cosa en 1492. Colón fue el hombre oportuno en el momento oportuno. Con su viaje cambió el planeta e hizo que en lo sucesivo no fuera posible escribir la historia del hombre sin nombrar a España con mayúscula. Como escribió el gran tucumano Juan B. Terán: "Se abrió el mayor ciclo de la historia". Para Europa terminó la Edad Media, el mundo entero cambió, incluida América. En la nueva era y por primera vez desde que existe la humanidad, todos se pusieron mutuamente en contacto.

Frente a este hecho colosal es trivial el intento de rebajar la primacía en la llegada a América, reduciendo ese corte tajante en la vida de la especie, al nivel de una trivial competencia deportiva. Precursores de Colón hay para todos los gustos: auténticos, posibles, problemáticos, religiosos, inventados, legendarios, dudosos, imaginarios. Los hay de todos los colores y, aun en la forma más somera, es imposible enumerarlos a todos. Una forma de empezar tan buena como cualquier otra es por los celtas, que, después de todo, eran los que estaban más cerca.

Leyendas y realidades

La lista no empieza, como parecería evidente, con el obvio San Brandaán, sino con otro irlandés que, si los viajes son verdaderos, lo precedió y en alas de cuya fama llegó a dondequiera que haya llegado: Mernoc, hijo de Barinth, sobrino del rey Neil. Este Barinth era un anciano abad, quien le contó a San Brandán, su amigo, hacia 454, que su hijo había encontrado en la profundidad del océano una "isla deliciosa", habitada por monjes. La historia decidió al santo a partir teniendo ya más de 70 años. Pasó toda clase de peripecias y halló toda clase de maravillas: icebergs, islas –hasta una falsa, que resultó ballena– y un monasterio irlandés.

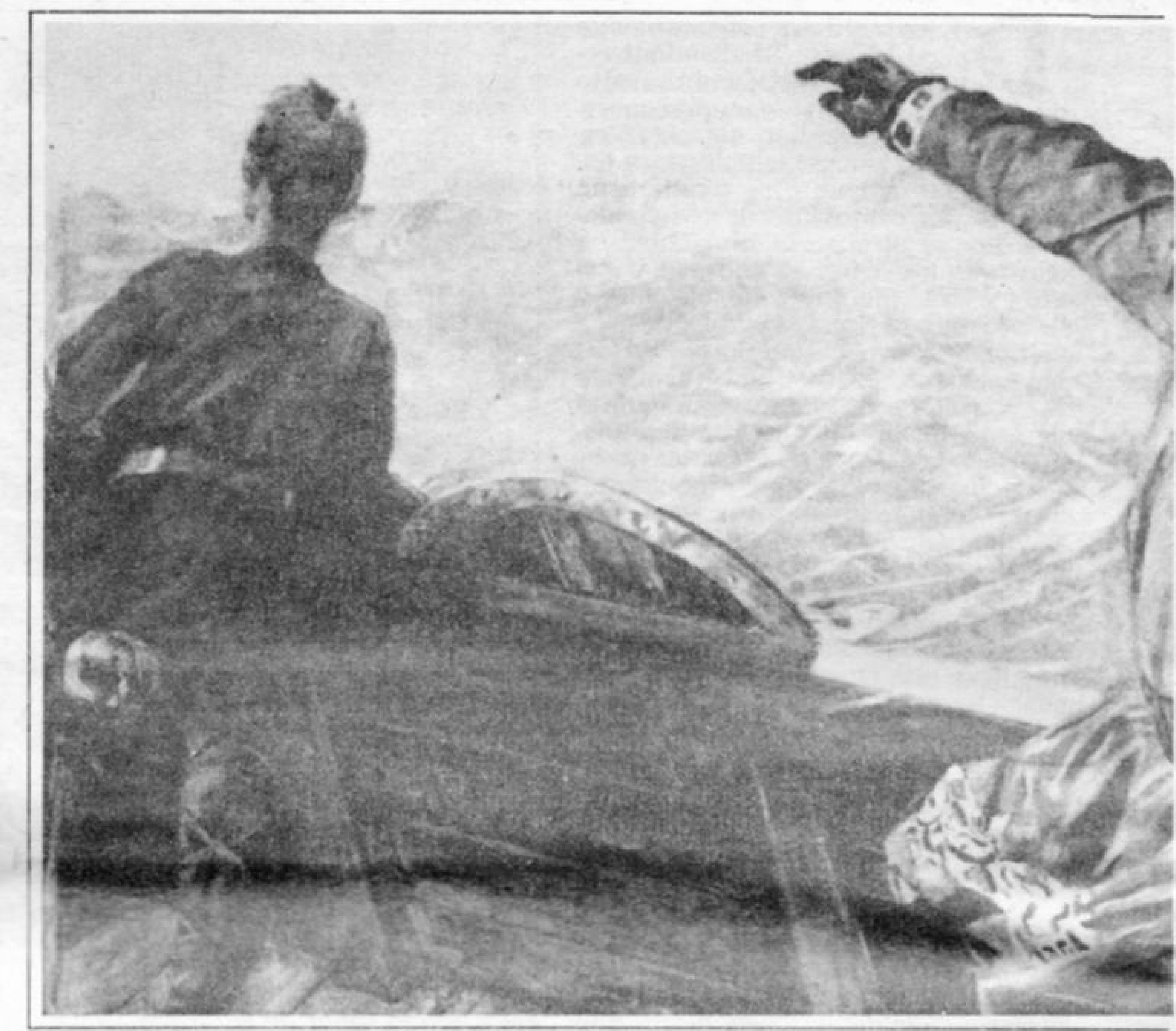
¿La historia es verdad o mentira? Para el norteamericano Samuel Eliot Morison la respuesta es categórica: "Descubrimiento de América, no", apenas "una historia cautivante que impulsó a los hombres de siglos posteriores a navegar hacia lo desconocido". Con prudente vaguedad Renan habló de "esta extraña topografía, deslumbrante a la vez de ficción y parlante de realidad". El problema es que si se concede a la narración algún porcentaje de realidad, cualquiera, el santo irlandés y sus predecesores habrían llegado a América. No se puede demostrar que Mernoc y San Brandán vinieron y no se puede demostrar que no. Es cuestión de opinión.

No hay ni sombra de duda, en cambio, para los ivjes de los irlandeses posteriores. Cuando los feroces vikingos invadieron su patria a partir de 790, algunos huyeron por el mar y en la deshabitada Islandia fundaron monasterios, pero cuando, poco después, los implacables hombres del Norte llegaron, a su vez, a las playas de la solitaria isla ártica, un número imponderable de piadosos monjes huyó otra vez hacia el Oeste. Esto consta por relatos vikingos posteriores.

Es un pasado de escasos y nebulosos testimonios, del que nada más sabemos ni sabremos nunca.

No parece haber nada de cierto, en cambio, en las eventuales expediciones del príncipe galés Madoc, hijo del rey Owen Gwyned, que habría llegado en 1170 y sobre las que se han tejido toda suerte de fantasías.

Está también, bastante poco antes de Colón, el extraño viaje de los hermanos Nicoló y Antonio Zeno hasta la Frislandia, donde reinaba el rey Zichmni. Puede que hayan llegado a América o puede, como lo sostiene una teoría más modesta, que sólo hayan ido hasta las Orcadas, donde se toparon con el conde Henry Sinclair, yerno del primer rey Eduardo de Escocia.



El legendario noruego Leif Erikson descubre tierra, por Christian Krohg

Del cruce del Atlántico, real o tentativo, no está ausente Africa, aunque es poco probable que sus marinos hayan concretado el viaje. Consta que el emperador mandinga Abu Bakary II, muerto en 1312, envió 200 piraguas para que llegaran hasta el extremo del océano. Sólo regresó una, y el monarca despachó una segunda expedición, esta vez con diez mil piraguas. Ninguna volvió y si alguna llegó, aquí se quedó. La tentativa fue auténtica pero no tuvo resultados.

Si la inquietud por conocer lo desconocido era grande entre los pueblos cultos blancos y negros, no existía para nada en los primeros europeos que llegaron a América con certeza absoluta, bien documentada.

Los vikingos

Es bien conocida la historia de Erico el Rojo que, huyendo de Noruega, descubrió (o redescubrió) Groenlandia en 984. Desde allí Bjiarni Herfulfson partió en 986 y tropezó –literalmente– con "un país llano y boscoso" que costeó sin desembarcar y que corresponde con la costa del Canadá actual. Su nula curiosidad ante esas tierras incógnitas no da más datos y lo coloca, por su excepcional estolidez, en un lugar singular entre los grandes descubridores. Es un "antihéroe", un "antiviajero". Sea dicho en honor del *jarl* Erico, que gobernaba Noruega a su regreso, que lo reprendió por no haber averiguado más de ese país desconocido.

Un poco más de interés demostró, quince años más tarde, Leif, hijo de Erico el Rojo, que, entre 1000 y 1005, exploró las costas avistadas por Bjiarni, a las que llamó Helluland, y más al Sur encontró otras comarcas a las que llamó Markland y Vinlandia (tierra de vides), respectivamente. En esta última se produjo el primer encuentro con los habitantes a los que llamaron "skrellings" (bárbaros). Los americanos pudieron ser indios o esquimales. ¿Cómo habrán denominado ellos a los intrusos rubios?»

Desde entonces comenzó un modesto pero continuo tráfico entre las avanzadas escandinavas de Islandia y Groenlandia y las costas del Canadá y, quizá, del norte de los Estados Unidos. Un módico interés por los descubrimientos de sus paisanos llevó a Thorfin Karlsefni a lanzarse a la exploración de Vinlandia por "suponer que contenía ese país muchas cosas admirables". En efecto, hallaron él y sus hombres "campos de trigo en las llanuras y viñas entre las lomas; los arroyos rebosaban de peces y los bosques estaban llenos de toda clase de animales". Hubo encuentros pacíficos y cruentos con los "skrellings"descriptos como "hombres de tez cobriza, de mal aspecto y largas melenas; sus ojos eran grandes y sus facciones bastas". En Vinlandia nació un hijo del viajero y los nativos les hablaron de una tierra "que debía ser Irlanda la Grande". Por la descripción se deduce que los nativos habían visto procesiones de monjes irlandeses.

Estos viajes no quedaron por completo en el olvido. Pocas décadas más tarde, en 1075, el rey Suenon de Dinamarca le habló de Vinlandia al cronista Adan de Bremen, que lo mencionó en su *Historia eclesiastica*. "Detrás de Vinlandia no se encuentra en este océano ninguna tierra habitable: son inmensidades cubiertas de hielo y sumergidas en la oscuridad". Dicho sea de paso, el rey Suenon era sobrino político del *jarl* Erico, que reprendió a Bjiarni. Ellos tres (suenan, Erico, Adan) fueron de los pocos contemporáneos para los que los viajes atlánticos fueron "noticia". Hubo también una discreta preocupación papal y siguieron viajes sin mayor eco. El último documentado llegó a



Markland en 1347. No cabe duda, sin embargo, de que esas narraciones se difundieron por la Europa medieval prerrenacentista contribuyendo a crear conciencia de que había tierras de este lado del océano. Historias confusas, degeneradas en simples cuentos, guardaron un resabio de esa verdad oscuramente recordada. Quizá, por su matrimonio, algo le pudo llegar a Colón, por los remotos ancestros escandinavos que tenía su esposa. Pero el "quizá" debe ser muy grande.

El viaje chino y otros

Algo más o menos parecido a los viajes portugueses y españoles del siglo XV había ocurrido mil años antes en China, siempre primera en todo, cuando centenares de monjes budistas peregrinaron hasta la India, la tierra de Buda, cruzando montañas, desiertos y mares. De esos viajeros piadosos hay uno que, muy posiblemente, llegó hasta América.

Hui Xian se llamó ese monje original que se dirigió al Oriente en vez del Occidente. Su narración no tiene la aceptación total que tiene la de los vikingos, en especial por la distancia que da una a otra costa del Pacífico: 40.000 li (20.000 kilómetros) o sea mucho más que la real. Sin embargo no es fácil descartarla sin más, porque ese recorrido puede ser correcto si costeó las tierras en vez de cruzar directamente. Hui Xian pude haber llegado a México o a América Central. Llamó *Fusang* al país que visitó, por unos árboles que allí crecían. No encontró *skrellings* salvajes como los vikingos medio siglo después, sino reinos civilizados en una época que coincide con la cultura olmeca y el período clásico maya. Hay más alternativas que considerar aún en torno de esta historia.

Por otra parte, existen referencias menos precisas de otras navegaciones por el Pacífico, afianzadas por el parecido entre los americanos y los amarillos. Se habla de viajes de mongoles, de japoneses y, en otro plano, los mormones piensan en dos navegantes judíos. Uno por el Pacífico, hace veintisiete siglos, y otro por el Atlántico, hace cuarenta. Estos son sólo algunos de los postulados.

Colón fue el hombre justo para el momento justo, y con su viaje modificó el planeta y dio comienzo a un nuevo ciclo en la historia de Europa y de América.

Si aceptamos cuantos viajes se han hecho en la realidad a América antes de Colón o se ha dicho, después, que se hicieron, resultaría que en 1492 había un conocimiento tan amplio, completo y difundido de América que el Almirante y sus hombres no hicieron nada más que un cruce de rutina. Sería una reducción al absurdo total.

Naturalmente que esto no es más que una humorada histórica. Y ahí debe hacerse un alto respetuoso y en los 500 años del gran viaje de Colón y de España recordar a sus primeros y auténticos predecesores. No sólo a los esquimales que en 1492 vivían, como ahora, en Asia y en América, si no a aquellos hombres y mujeres audaces que llegaron desde Siberia hace 25 o 30.000 años sin tener idea de que estaban descubriendo un continente virgen. Lo recorrieron a pie, lo exploraron adentrándose por selvas, ríos, desiertos y pantanos, cruzaron gigantescas cordilleras y poblaron toda América. A sus descendientes, Colón y nosotros los llamamos indios.

(*) Argentino, periodista e historiador.

Leyenda negra: una historia secular

Por Héctor López Martínez (*)

La primera vez que se conmemoró solemnemente el Descubrimiento de América fue en 1892. Al exaltar la figura de Cristóbal Colón, empecinado y visionario navegante ligur, apuntaron múltiples actividades que tuvieron como sede los lugares colombinos, cargados de historia y tradición: el Convento de La Rábida, el puerto de Palos de la Frontera, etcétera.

Sobre estos acontecimientos tenemos un testimonio magnífico, de primera mano, en las crónicas que envió a El Comercio, de Lima, el ya célebre tradicionalista Ricardo Palma, quien fue acreditado como representante del Perú a los numerosos congresos y ceremonias que durante varios meses agitaron y engalanaron a España, que vivía los años de regencia de la Reina María Cristina de Habsburgo y Lorena, durante la minoridad de Alfonso XIII.

La leyenda negra alcanzó sus cotas más altas en tres temas: los tribunales de la Inquisición, el rey Felipe II y la obra colonizadora de España en América.

Una centuria más tarde el espíritu con el que se aguardó el 12 de octubre ha sido muy distinto. Ha estado signado por controversias del más variado signo. Ya no existe la unánime aprobación y elogio a Colón.

Menudean, por lo contrario, las críticas, algunas injustas, demagógicas, durísimas. Al genovés se lo acusa de genocida, cruel, ambicioso, villano, destructor de la ecología, etcétera. Obviamente, ésta es una posición equivocada, inmadura. En ella no hay sustento histórico; no se hace historia sino, simplemente, se "usa el pasado" presentando los hechos de forma tal que puedan ser beneficiosos a una determinada posición ideológica, a un interés apasionado y presentista.

Igualmente inapropiado sería contraponer a esa renovada leyenda negra, que hoy en día tiene cultores dentro de la propia España, una leyenda rosa, donde el Descubrimiento y la Conquista de América aparecieran como tarea de santos, al margen de errores, imperfecciones y, por qué no decirlo, hasta de iniquidades.

Producto de su tiempo

Respecto de Cristóbal Colón, quien hoy está para algunos "en el banquillo de los acusados", debemos remarcar que fue un producto de su tiempo. Ni mejor ni peor que muchos hombres de su posición a finales del siglo XV y en los albores del siglo XVI; a caballo, todavía en muchas cosas, entre el Medioevo y el Renacimiento.

La leyenda negra antiespañola surge en las naciones europeas con las cuales estaba enfrentado el poderoso Imperio de Carlos V y de Felipe II por razones políticas, económicas y, sobre todo, religiosas. En Francia, Inglaterra, Alemania y Holanda hizo fortuna y se propaló con gran rapidez el tópico de la crueldad, fanatismo, atraso, pereza y perfidia de los españoles. "Mientras penetraba con mayor profundidad el poder español en Europa –ha escrito Geoffrey Parker– se extendía con él la leyenda negra." Por esos años Erasmo sentenció: "Non placet Hispania" ("No me gusta España").

La leyenda negra alcanzó sus cotas más altas en tres temas: el Tribunal de la Santa Inquisición, el Rey Felipe II y la obra colonizadora de España en América. Sobre este último asunto –motivo del presente artículo– hay un momento inicial perfectamente identificable: 1552. Ese año el dominico fray Bartolomé de las Casas, más tarde obispo de Chiapas, publica en Sevilla un librito titulado *Brevísima relación de la destrucción de las Indias.* Allí el tenaz y vehemente defensor de los aborígenes americanos hace impactantes acusaciones. "En estas ovejas mansas (los nativos) y de las calidades susodichas por el Hacedor y Criador así dotadas –dice Las Casas– entraron los españoles, desde luego que las conocieron, como lobos y tigres crudelísimos, de muchos días hambrientos.

"Y otra cosa no han hecho de cuarenta años a esta parte, hasta hoy, y en este día lo hacen, sino despedazallas, matallas, angustiallas, afligillas, atormentallas y destruillas, por las extrañas y nuevas y varias y nunca otras tales vistas, ni leída, ni oídas maneras de crueldad." Ya tenemos aquí los principales anteriormente mencionados argumentos para denostar la obra de España: crueldad implacable e insaciable sed de riquezas.

Julián Juderías, en un libro clásico titulado precisamente *La leyenda negra*, comentando las imputaciones del dominico, acota: "Bien fácil es suponer el efecto que producirían las denuncias del padre Las Casas en una época en que los españoles comenzaban a ser terriblemente odiados". Se explica así el éxito que tuvo dicho libro que en pocos años alcanzó 21 ediciones en holandés, ocho en italiano, seis en francés, cuatro en alemán, dos en inglés y dos en latín. Un verdadero suceso de imprenta, sin parangón en su tiempo, forjado principalmente por motivaciones de índole nacionalista y confesional, como ya quedó dicho.

Contribuyó también a la difusión de la leyenda negra la *Historia del Mondo Nuovo*, publicado en Venecia, en 1565, por el milanés Girolamo Benzoni. Este se inspiró en la *Historia general de las Indias* del humanista español Francisco López de Gómara, pero aumentando los rasgos de crueldad que salpicaban sus páginas. La Historia de Benzoni, traducida de inmediato al latín, francés y holandés, causó un nuevo revuelo en Europa afianzando la imagen negativa de España y los españoles.

Al finalizar la centuria quinientista, el impacto de lo escrito se refuerza con lo gráfico, representado con la mayor truculencia, cuando en 1590 el emigrado flamenco Teodoro de Bry edita en Francfort la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, acompañada de 16 grabados en madera, producto de su imaginación, donde se ven actos de crueldad increíbles. Esas imágenes –de más está decirlo– se han reproducido a porfía a través de los siglos.

La Conquista y sus autores

Es evidente que en el proceso de la conquista y la colonización del Nuevo Mundo hubo momentos de violencia y crueldad. Mas es absurdo pensar que se planeó un genocidio sistemático, implacable, obra tan sólo de una sevicia diabólica por todos compartida. Cierto es que las Antillas quedaron despobladas, pero la extinción de los taínos se debió, fundamentalmente, a su falta de defensas orgánicas para resistir a las enfermedades infecciosas traídas por los europeos. Dichas epidemias hicieron sucumbir a miles de personas, por lo que fue necesario repoblar las islas con mano de obra africana.

Claro está que hubo también excesos que impactaron en la población aborigen, pero estaban enmarcados en los usos y costumbres propios de aquellos tiempos en que eran admitidos la esclavitud, el tormento, la hoguera como suplicio, etcétera. Max Weber ha escrito que cada época debe ser juzgada según los valores que en ella regían y, por lo tanto, no es justo condenar a nadie por haber violado principios que desconocía.

Por otra parte, ¿no fueron acaso crueles en extremo las guerras de religión en Francia y Alemania? ¿Fue distinta la metodología aplicada por otras naciones europeas en sus conquistas en América, Asia y Africa? No se trata, empero, de cohonestar determinado comportamiento por el hecho de haber sido practicado por todos los pueblos del Viejo Mundo. Lo rescatable, lo singular, es, precisamente, que los problemas derivados de la colonización hispana produjeran un examen colectivo de conciencia en la metrópoli, donde se cuestionó los justos títulos de la corona de Castilla para poseer las Indias; las condiciones y práctica de la guerra justa; la condición humana de los aborígenes americanos; las normas que debían regir la relación con los nativos y los derechos de éstos a la libertad y las normas para la evangelización. Todas estas inquietudes generaron leyes, pragmáticas reales y otros documentos que buscaban corregir errores y excesos, paliar deficiencias y dar argumentos y respaldo a los misioneros para el mejor logro de su misión evangélica.

Lewis Hanke, en su libro *La lucha por la justicia en la conquista de América*, señala que otras potencias que tuvieron colonias en el Nuevo Mundo no se preocuparon grandemente por las cuestiones teóricas. "No surgió –afirma– ningún protector de los indios en las colonias inglesas o francesas de América".

Juan Friede, por su parte, indica que la justicia social tiene su digno precursor en fray Bartolomé de Las Casas –una de las grandes figuras de la historia– y en quienes lo antecedieron y siguieron en su obra apostólica dentro de la Iglesia. "El hecho de que la intervención de Las Casas fue tolerada por el Estado –remarca– hace honor a España." Es notorio también que Las Casas exageró, fantaseó con el loable propósito de conmover a la Corona y lograr justicia para los indios. Lamentablemente estas motivaciones no fueron comprendidas por el eminente historiador Ramón Menéndez Pidal.

Proyección

La leyenda negra ha sobrevivido a través de los siglos. Veamos algunos de sus momentos de mayor virulencia. En el siglo XVIII, Voltaire y Montesquieu esgrimen reiteradamente su antiespañolismo. Montesquieu, en una de sus famosas cartas persas, pretende que la crueldad sea "patrimonio exclusivo" de España.

En el siglo XIX, al calor de la guerra de la independencia americana, se habla y se escribe mucho sobre los "horrores" de la Conquista. Quedan como ejemplo textos del precursor Juan Pablo Vizcardo y Guzmán, del libertador Simón Bolívar o del poeta José Joaquín Olmedo. Varias de las letras de los himnos nacionales de las nacientes repúblicas recuerdan "las cadenas", "la servidumbre", "el yugo", etcétera. Esto se explica en un momento de incontenible emotividad.

Siempre dentro de la centuria decimonónica –en el siglo del Romanticismo– historiadores como los franceses Louis Adolphe Thiers y Jules Michelet, el inglés Thomas Babington Macaulay o el alemán Leopoldo von Ranke, dan nuevo aliento, con la fuerza de su prestigio, a la leyenda negra.

En nuestro continente el dedo acusador contra la Conquista y Colonización es levantado –entre otros– por Benjamín Vicuña Mackenna en Chile, Domingo Faustino Sarmiento en la Argentina y Manuel González Prada en el Perú. Ellos se refieren a "la triste herencia" hispana que nos hacía proclives al oscurantismo y la anarquía. La intervención de España en Santo Domingo y el envío de una escuadra a aguas del Pacífico, donde bombardeó Valparaíso y se batió el 2 de mayo de 1866 en el Callao, contribuyó a refrendar un clima antagónico entre la vieja metrópoli y las jóvenes repúblicas hispanoamericanas.

Todavía a fines del siglo XIX, a raíz de la guerra separatista de Cuba, la prensa sensacionalista norteamericana pintó a los españoles con los peores colores. Ya en la presente centuria, elementos indigenista de los más variados matices ideológicos han seguido cultivando la leyenda negra, rehusando aceptar planteamientos que desvirtuaban sus tesis, sustentados en sólidas investigaciones y a la luz de nuevos y muy valiosos aportes documentales. Ellos seguían –y siguen– aferrados a sus prejuicios. Ellos no entienden que el hecho americano ha creado una realidad distinta, con un mestizaje no sólo biológico sino que ha producido una nueva situación cultural. Un mestizaje con aporte europeo, indígena y también africano, que no tiene igual en la colonización de otros continentes. "Los colonizadores –ha escrito Arturo Uslar Pietri– fueron precisamente nuestros más influyentes antepasados culturales y no podemos, sin grave daño a la verdad, considerarlos como gente extraña a nuestro ser actual." No se puede, pues, renegar de una parte de nuestra herencia cultural; no se puede seguir cultivando la Leyenda Negra pues eso sería una actitud injusta y anacrónica; darle la espalda, desconocer nuestra verdadera identidad. Esa identidad que hoy, más que nunca, hace tanta falta para fortalecer nuestra unidad nacional.

(*) Peruano, historiador, periodista.

LA HISTORIA

En los prolegómenos de los viajes de Colón

Por Carlos María Gelly y Obes (*)

CUNA y sepulcro, conocimientos científicos y náuticos, inspiración espiritual de su empresa, seguridad de propósitos, descubridor cabal, intérprete de la intención de los Reyes Católicos o simple ejecutor interesado, sigiloso predescubridor de las Antillas, todos estos temas encuentran motivo de debates y controversias cuando se estudia a Cristóbal Colón y sus viajes entre 1492 y 1504.

Más allá de que el constante investigar que provocan estos acontecimientos produzca correcciones y eche luz sobre ellos, el largo camino transcurrido permite afirmar que el 12 de octubre de 1492 se fundó Hispanoamérica iniciándose un proceso que ensanchó el mundo, proyectó a España en las míticas comarcas de las Indias occidentales y sumó a la historia universal una genial empresa de difusión y afianzamiento de la fe católica, de un nuevo orden jurídico y una lengua que afirmándose en el siglo XV con la gramática de Nebrija dio unidad a un inmenso territorio.

Cristóbal Colón permitió la concreción del inicio de ese gran capítulo histórico. Su mundo había sido el Mare Nostrum de la antigüedad clásica, aunque habíase internado también en las aguas atlánticas en extremos nortes o en la ruta portuguesa que rodeaba al Africa.

Para Paolo Emilio Taviani, este "genio del mar", Colón, es genovés de origen, y la lista interminable de autores que lo prueban y sostienen, desde los cronistas de la época hasta los historiadores más eminentes del presente, es contundente. Al servicio de Portugal, nación que impulsada por Enrique el Navegante pugnaba por viabilizar la ruta a la India, Colón se familiarizó con las travesías riesgosas por el Mar Tenebroso.

Rómulo D. Carbia recuerda la existencia en la Catedral de Sevilla de libros de navegación con sus márgenes "llenos de anotaciones, de puño y letra de Colón". Son obras escritas después de 1477 y esos comentarios parecían corresponder a épocas posteriores al Descubrimiento. Colón había contraído matrimonio con Felipa Moniz, hija de Bartolomé Perestrello, capitán de Porto Santo, a través de cuya familia se vinculó con gente de experiencia marinera, familiarizándose con sus conocimientos.

Proyecto rechazado

El rey de Portugal Don Juan II no aceptó su proyecto de viajar por el Oeste hacia la India, inspirado en documentación y versiones que en muchos casos no eran convincentes. Sin poder afirmarse que Colón propusiera esa aventura índica a Génova, Venecia, Inglaterra o Francia, lo cierto es que emprendió viaje a España, viudo ya, con su hijo Diego y el ánimo contrito.

La Corte residía en Córdoba, próxima a emprender la definitiva recuperación del territorio peninsular, del que sólo Granada restaba en poder del invasor árabe. Corría 1485 cuando al parecer establece contacto con los franciscanos de La Rábida, fray Antonio de Marchena y fray Juan Pérez, llamados a tener más tarde preponderante influencia en el éxito de las ideas colombinas.



Colón con los Reyes de España. Grabado de las "Décadas" de Antonio de Herrera

Los duques de Medina Sidonia y Medinaceli fueron entrevistados por Colón y es en casa del último de ellos, en el Puerto de Santa María, donde reside casi dos años, a la vista de la bahía de Cádiz. Sus proyectos logran mover el interés del contador de los Reyes, Alonso de Quintanilla, del prominente cardenal Pedro González de Mendoza y del legado pontificio Antonio Geraldini.

La audiencia con los Reyes Católicos, el 20 de enero de 1486, en Alcalá de Henares, no significa avance apreciable. Retorna a Portugal dejando a su hijo Diego en el Convento de La Rábida, pero vuelve a España quizá nuevamente desilusionado.

En Salamanca entabla relación –que sería valiosa– con el dominico fray Diego de Deza. Ya por 1491 retorna a La Rábida. En 1488 había nacido su hijo Hernando, su futuro biógrafo, y los acontecimientos llenos de dilaciones habían minado su espíritu.

Creyó entusiasmar al Rey Fernando en su pretendida empresa, que financiaría la recuperación del Santo Sepulcro de manos infieles y flotaba en su derredor ese clima burlón y despectivo de filósofos, astrónomos, expertos en náutica, que le habían dado la sensación de que la ciencia y la política se oponían a apoyarlo.

Es en La Rábida donde en el marco austero en que flota el Santo de Asís, con el que se hallaba firmemente enfervorizado, dialoga con fray Juan Pérez, en términos propios de una confesión sacramental. De esa intimidad surgió el entusiasmo con que el fraile, de confianza de la reina Isabel, se transforma en su providencial pregonero. Resultado de esa intercesión fue su entrevista con la reina en el campamento de Santa Fe, en la vega de Granada.

La culminación de la Guerra de la Reconquista llegaba a su fin. Colón participa de la entrada triunfal en la Alhambra, símbolo enaltecido del califato que entregaba el débil Boabdil. Quizás ese marco de entusiasmo y las amarguras pasadas impulsaban a Colón –ya su apellido ha quedado así después de su etapa de Colombo– a exigir dignidades y proporciones económicas de gran envergadura.

Virrey, almirante, gobernador de las tierras por descubrir, diez por ciento de los beneficios por obtener, un ocho por ciento de las empresas comerciales por establecerse y supremo arbitraje en cuestiones mercantiles. Isabel rechaza sus pretensiones y el navegante emprende su regreso a La Rábida al tranco de su mula.

A seis kilómetros, en la aldea de Pinos, un mensajero real alcanza su triste viaje y le comunica la buena nueva de un retorno al diálogo. El camino de América abre su paso desde aquel momento.

El costo de la expedición

Luis de Santángel, abogado y financista de la monarquía hispánica, soluciona el costo de la expedición. Colón aportaría 250.000 maravedíes provenientes de comerciantes genoveses y florentinos; Santángel, como tesorero de la Santa Hermandad, sumaría 1.140.000 maravedíes, por cuyo préstamo la Corona aceptaba en base a tiempo e interés concertados. No fue necesario aceptar el gesto de Isabel de hipotecar sus joyas, que la historia un tanto romántica de esta época ha difundido inspirando estatuas como la que el escultor argentino Arturo Dresco levantó en Buenos Aires, con la reina entregando al descubridor un cofre cuajado de alhajas.

De todas formas las Capitulaciones de Santa Fe del 17 de abril de 1492 documentan el pacto triunfal de Cristóbal Colón. El 20, las dignidades que se le otorgaron fueron declaradas hereditarias.

De los tres navíos que integrarían la expedición dos podrían requisarse en el puerto de Palos y otro se obtuvo de Juan de la Cosa, navegante y cartógrafo, que lo cedió. Martín Alonso Pinzón y su hermano Vicente fueron clave para la obtención de los navíos prometidos por la Corona, y conocedores de las inquietudes e intereses de los moradores de Palos, Moguer y Huelva, equiparon convenientemente la Pinta y la Niña. La Gallega, de De la Cosa, fue rebautizada como Santa María y desde ella comandó la travesía Colón.

La monumental "Raccolta Colombina", publicada con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América, nos dio las dimensiones de las embarcaciones precursoras. La Santa María: puntal: 4,48 m; manga: 8,40; eslora: 26,30 m; quilla: 19,4 m; Pinta: puntal: 3,36 m; manga: 7.28 m; eslora: 25,20 m; Niña: puntal: 3,36 m; manga: 7,28 m; eslora: 24,08 m. El tonelaje aproximado era de 150 a 200 para la Santa María y de poco más de 100 para las otras dos naves.

No fue necesario aceptar el gesto de Isabel de hipotecar sus joyas, que la historia un tanto romántica de esta época difundió inspirando imágenes con la reina entregando sus alhajas.

La tripulación sumaba noventa hombres, sin precisión comprobable de esta cifra. Aragoneses, castellanos, vascos y andaluces de Palos, Moguer y Huelva integraban el rol, aunque algunos extranjeros se citan. Luis de Torres actuaría como intérprete de lenguas orientales. Los Mercedarios afirman haber participado con algún fraile.

Se sustituyeron las velas de la Santa María por lienzos cuadrados, reduciéndose a tres. En el palo mayor lucía un estandarte con las iniciales coronadas de Fernando e Isabel y con una cruz verde sobre campo blanco.

En el amanecer del 3 de agosto de 1492, luego de haber oído misa en la iglesia de San Jorge, bajaba las aguas del Tinto y el Oder la flota de Colón. Sorteada la isla o barra de Saltés, una ventosa corriente se embolsó en los velámenes y se puso en el rumbo que conduciría al descubrimiento trascendental.

Corresponde tomar conciencia de aquel esfuerzo ciclópeo, más allá de la minuciosa consideración de las debilidades humanas, que muestran en su fragilidad al navegante del Almirantazgo de Indias. El logró sin duda concretar un momento histórico de España que puso al orbe cristiano más allá de las Columnas de Hércules, para cumplir una proyección espiritual y material que aún hoy perdura. Sobrepasando hondas crisis de crecimiento, pero con una presencia universal propia, Hispanoamérica se halla presidida por una fe que no sucumbe, una lengua ricamente integradora y una armazón jurídica que tiene su raíz en la libertad cristiana que tanto bien ha dado al mundo.

(*) Argentino, profesor, historiador.

LA HISTORIA

La experiencia anglosajona

Por Tulio Halperín Donghi (*)

¿O más bien las experiencias? No debe olvidarse que mientras en las Antillas la colonización inglesa imprimió un matiz propio a sociedades neoafricanas formadas en el crisol de la plantación esclavista, en Canadá un retoño anglosajón se esfuerza por mantener distancia frente a ese otro retoño más vigoroso que es su vecino meridional.

Pero es inevitablemente este último el que ha de ocuparnos: fue en los Estados Unidos, en efecto, donde la colonización anglosajona logró crear una civilización original y dotada de formidable fuerza expansiva, marcada desde su origen por la tensión fecunda entre un individualismo radical y un vivo sentido de comunidad, en la que Tocqueville buscó el secreto de la armonización entre las exigencias de libertad e igualdad que la Europa posrevolucionaria había intentado en vano satisfacer.

Los comienzos de los Estados Unidos estuvieron marcados por la inseguridad política, indefinición institucional y un malestar económico agravado por la inflación.

Para la imagen tocquevillana todo comienza con la llegada de unos peregrinos en busca de libertad religiosa y que para asegurarla instauran la libertad política a la vez que hacen florecer en tierra ingrata una próspera economía agrícola que –ahora lo sabemos– ofrece terreno más fértil a la industria moderna que la más arraigada de las tradiciones manufactureras.

Sin duda Tocqueville no ignoraba que la experiencia anglosajona no se agotaba en ese episodio ejemplar: los peregrinos del Mayflower habían sido precedidos por otros tristemente involuntarios; en Virginia y pronto más al sur, los esclavos ofrecen la base de una economía más decididamente colonial, dominada por una *gentry* de instintos políticos tan fieramente independientes como en la Nueva Inglaterra. Pronto dos esbozos de metrópolis mercantiles –Nueva York y Filadelfia– florecen en las colonias intermedias, y muy cerca aún de la costa una población de pequeños agricultores escasamente prósperos comienzan el avance hacia el Oeste: es la frontera, donde las redes de poder y prestigio que encuadran a las poblaciones de tierras más asentadas se tornan más tenues.

En ese territorio un sistema de contratos y concesiones no muy distante en su origen del preferido por Castilla y Portugal ha creado eventualmente trece colonias cuya autonomía, ensanchada por la indiferencia de un soberano remoto, comienza a aparecer amenazada desde que el Nuevo Mundo se constituye en escenario de conflictos que, de europeos, se están transformando en mundiales: desde Londres parece totalmente equitativo transferir una parte de los acrecidos gastos de defensa, pero en las colonias se ve con alarma que quiera obligárselas a costear la creación de un ejército auténticamente imperial que ha de entregarlas inermes al despotismo regio. Mientras el imperio español sobrevive a las tormentas suscitadas por otras reformas de inspiración análoga, las trece colonias rebeldes alcanzan su independencia con varias décadas de ventaja sobre las iberoamericanas.

Comienzo difícil

Los comienzos de los Estados Unidos (que con algo más de tres millones de habitantes albergaban un quinto de los pobladores de las tierras hispanoamericanas) estuvieron marcados por inseguridad política, indefinición institucional y un malestar económico agravado por la inflación legada por la guerra.

En 1788, la Constitución busca dejar atrás esa etapa confusa: ella no es sino un pacto en que los Estados establecen (a menudo con deliberada vaguedad) la esfera de atribuciones que se reservan y la del gobierno federal por ellos creado; el precio de su aprobación por las legislaturas estaduales es la introducción de diez enmiendas que configuran una declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, en que algo sobrevive del generoso ímpetu revolucionario que había ganado eco universal para la declaración de independencia que Jefferson redactó en 1776.

Para Europa la nueva república con algunas figuras ejemplares –Washington, el moderno Cincinato; Franklin, hijo del pueblo y de la naturaleza a la vez que partícipe pleno de la refinada civilización de las luces– pero una realidad política aún modesta, marginada por la tormenta que estalla en Francia y no ha de amainar por un cuarto de siglo.

En esa etapa fundacional se esboza un sistema de partidos: el federalista favorece la primacía del gobierno central, que pone al servicio del interés comercial y financiero (Hamilton, su más decidido defensor, tiene sus raíces políticas en Nueva York); con Jefferson, la enemiga del *country party* de la madre patria contra los privilegios políticos y económicos acumulados por la corte sufre una inflexión democrática: para el Partido Republicano la descentralización debe asegurar el predominio político de una clase de agricultores independientes en quienes se encarnarán las virtudes cívicas.

Resultados paradójicos

Su victoria tiene resultados paradójicos: desde la presidencia, Jefferson asume atribuciones más vastas que las reivindicadas por los federalistas: gracias a ello puede agregar al territorio nacional de Luisiana, que lo duplica y abre para los Estados Unidos la perspectiva de una expansión de océano a océano.

Esa expansión había comenzado ya en el Norte hacia el *Midwest* de tierras más fértiles que las del litoral atlántico; en el Sur hacia el bajo valle del Mississippi, territorio de elección del algodón, del que la región está cerca de conquistar el monopolio mundial. Entre 1812 y 1814 los desastres de la segunda guerra de Independencia alcanzan un desenlace inesperado en una paz extremadamente favorable: la antigua metrópoli reconoce en los Estados Unidos un elemento útil en el marco del orden mundial del que está conquistando la hegemonía. Unos años después la doctrina de Monroe



William Penn, personalidad cuáquera, fundador en 1682 de la colonia inglesa de Pe

articula un desafío a los poderes del Viejo Mundo, de cuyos designios la nueva potencia que surge se sabe protegida por la fosa atlántica señoreada por la Royal Navy.

Rápida expansión

Las décadas de rápida expansión que han de seguir introducen al país en la era del ferrocarril y de la inmigración masiva (irlandesa en las grandes metrópolis del Este; alemana y escandinava en el Midwest y luego en el Oeste).

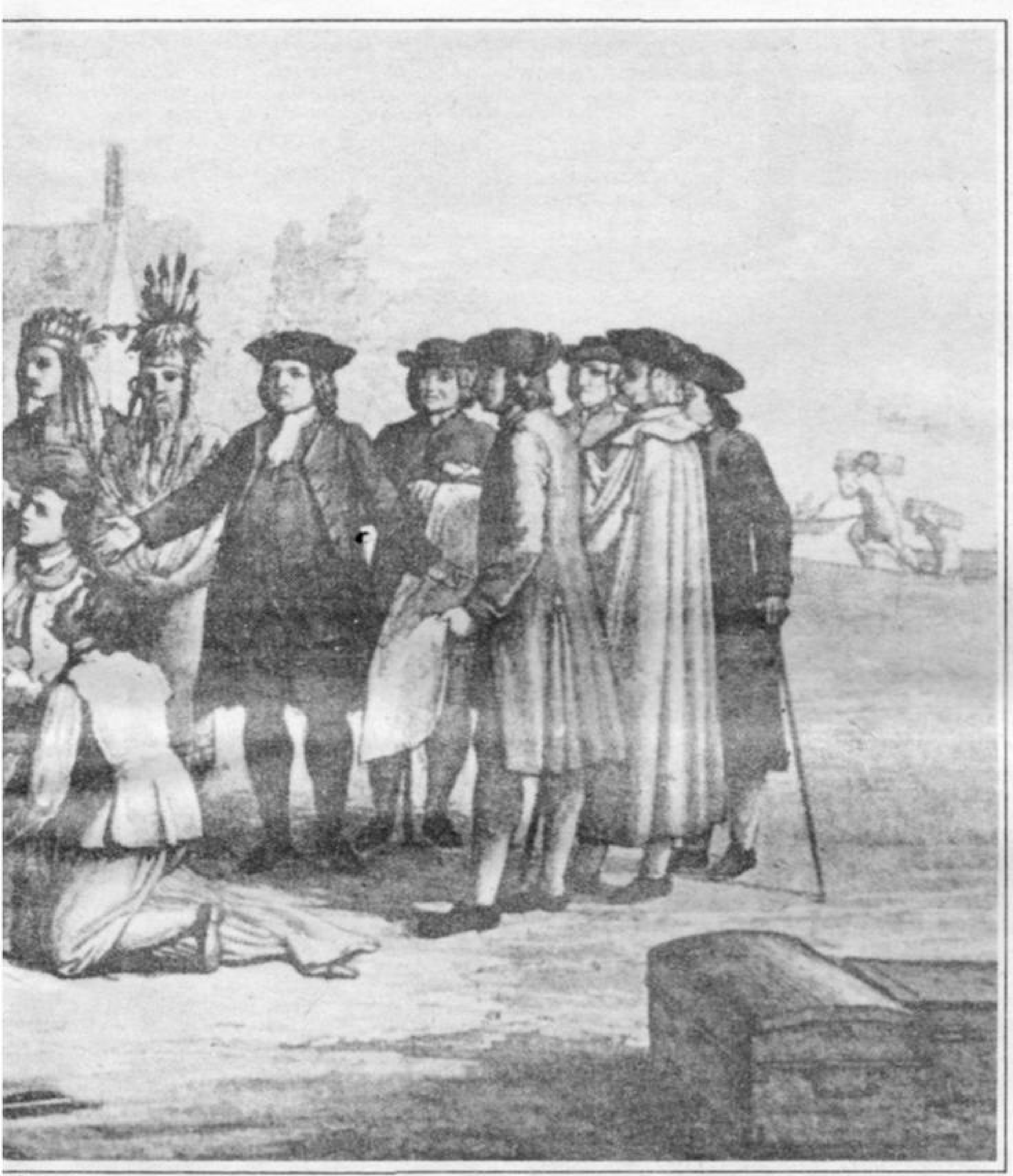
Mientras, el país crece vertiginosamente, la vida política se estanca: los demócratas y los *whigs* retoman a nivel más pedestre las querellas de republicanos y federalistas; los primeros imponen con Jackson el estilo aplebeyado de la frontera, mientras los segundos se identifican aún más estrechamente con el interés financiero.

Pero, por detrás de esos rutinarios dilemas, avanza inexorablemente a primer plano otro demasiado terrible para que no traten todos de eludirlo: es el planteado por la esclavitud, que se torna agudo con cada nuevo avance de la frontera. Se hace cada vez más difícil asegurar una base territorial y una representación parlamentaria suficiente para defender su supervivencia.

En 1850 es aún posible distribuir pacíficamente el inmenso botín territorial dejado por la victoria sobre México, al que sus vencedores despojan de la mitad de su territorio, pero pronto un nuevo partido, el republicano, se rehúsa a nuevas contemporizaciones con el interés esclavista; en 1860 su candidato presidencial triunfa; en 1862 es la guerra civil. Abraham Lincoln opone a la rebelión del Sur una movilización en masa; las carnicerías que han de seguir no serán superadas hasta las grandes hecatombes de la Primera Guerra Mundial.

La guerra resolvió para siempre el conflicto regional: junto con el cuasimonopolio algodonero, el Sur perdió la prosperidad. Los antiguos esclavos eran ahora *share-croppers* (aparceros), pero tanto ellos como los terratenientes que habían sido sus amos sufrían la dura tutela de una nueva clase de comerciantes del algodón y otros frutos; excepto en algunos oasis de industrialización, la región se estaba transformando en una colonia interna. Políticamente, luego de una etapa de ocupación norteña y predominio de los emancipados, el poder volvió a manos del partido demócrata, que despojó a los negros de sus derechos electorales y desde fines de siglo les impuso un minucioso sistema de segregación social.

Mientras el Sur involucionada, el resto del país avanzaba a ritmo aún más febril que en el pasado: unificado por el ferrocarril, no sólo se transforma en gran proveedor ultramarino de minerales y alimentos para el Viejo Mundo sino en la gran potencia comercial, financiera e industrial que Jeffer-



ylvania

son tanto había temido. A fines de siglo, gracias a los avances tecnológicos y la concentración empresaria, la siderurgia norteamericana ha dejado atrás a la inglesa y alemana. Ni la corrupción que se exhibe con sereno impudor ni las crecientes desigualdades (frente a las que reacciona el naciente movimiento sindical) hacen vacilar el predominio del partido republicano durante esa *gilded age* (edad del sobredorado), aunque gracias a William Jennings Bryan los demócratas logran sumar el apoyo del Sur al apoyo menos completo y seguro del Oeste agricologanadero, que el gran agitador muestra clavado en la "cruz de oro" de la gran finanza del Este.

En el nuevo siglo, mientras el predominio norteamericano se perfila aún más claramente en nuevas industrias, desde la eléctrica hasta la del cinematógrafo, el ingreso en la era del motor de explosión tiene consecuencias particularmente favorables. Primer productor de petróleo del mundo, el amplio mercado creado por su población en alza y niveles de ingresos más altos que los europeos confiere a los Estados Unidos una ventaja decisiva.

Hegemonía norteamericana

A su vez, los Estados Unidos pasan a contar entre las grandes potencias mundiales. A la expansión territorial hacia el Oeste sucede la de su influjo hacia el Sur iberoamericano: en el filo del nuevo siglo la guerra de Cuba y el golpe de mano de Panamá aseguran la indisputada hegemonía norteamericana en América Central y en el Caribe, a la espera de que dos guerras mundiales consumen el desplazamiento del centro hegemónico del planeta del Viejo Mundo a su gigantesco vástago transatlántico.

La primera traslada de Londres a Nueva York la capital de las finanzas mundiales; la segunda no sólo lo hace beneficiario del eclipse temporario de las economías industriales del Viejo Mundo sino lo constituye en cabeza del "mundo libre", esa coalición que cubre cinco continentes en respuesta a una amenaza soviética en verdad menos temible de lo que pudo parecer en la inmediata posguerra.

El país se resistió largamente a asumir ese destino imperial. A la primera guerra siguió una etapa de satisfecho ensimismamiento, sólo quebrada por la gran crisis económica que por un instante hizo vacilar las convicciones que subtendían la entera experiencia histórica estadounidense. Franklin Roosevelt, llevado a la presidencia por el Partido Demócrata, encaró la reorganización socioeconómica que iba a salvar a un orden peligrosamente cercano al colapso. Sus innovaciones respetaban demasiado el genio nacional para tomar por modelo los Estados de bienestar en avance en Europa; recurrieron en cambio a un conjunto apretado de programas ad hoc y de alcance limitado, completados por la acción militante de los sindicatos, que gozaban por primera vez del favor oficial.

Esas políticas consolidaron y ampliaron el séquito de la llamada coalición rooseveltiana, que congregaba a las masas urbanas norteñas y a los segregacionistas sureños. Con aún mayor prudencia iba a guiar Roosevelt el avance hacia una intervención plena en los asuntos mundiales, que iba a culminar en la Segunda Guerra Mundial. El formidable avance económico suscitado por ésta puso fin a la depresión.

En el clima ideológico cerradamente conservador suscitado por la guerra fría las módicas audacias del *New Deal* comenzaban a parecer subversivas, y ello facilitó el retorno al poder de los republicanos.

Aunque éstos iban a respetar escrupulosamente los nuevos equilibrios sociales, la prosperidad los estaba ya modificando de modo peligroso para la coalición rooseveltiana; los sectores antes populares más favorecidos por ella habían comenzado la emigración a los suburbios –como iba a lamentar un parlamentario demócrata, gracias a la acción de su partido se estaban incorporando a las clases acomodadas que votaban a los republicanos– mientras la sociedad urbana era afectada por una polarización y tensiones crecientes, agravadas aún más por las oleadas de negros expulsados del Sur por la mecanización de la agricultura y atraídos a las metrópolis del Norte por la industrialización de guerra.

La creciente militancia de la minoría negra forzó al Partido Demócrata a optar por ella contra los segregacionistas sureños: pronto el Sur dejaría de ser su coto cerrado.

Revolución pacífica

Vuelto al poder en 1962 gracias a la ajustadísima victoria de Kennedy, el Partido Demócrata espera utilizar la incomparable prosperidad de esa década para lanzar una cada vez más abarcadora revolución pacífica: tras eliminar las discriminaciones legales contra las minorías, Johnson se promete y promete abolir la pobreza.

Pero la impopular guerra de Vietnam apaga los últimos fuegos de la llamarada de idealismo político suscitada por Kennedy, y un cinismo cada vez más desengañado avanza en la siguiente década de estancamiento, durante la cual primero los republicanos, comprometidos por los abusos de la administración de Nixon, y luego los demócratas, afrontan la tarea de salvar lo salvable de los avances pasados mientras los Estados Unidos pierden inexorablemente terreno frente a Europa y el Lejano Oriente.

Aunque de nuevo en el estilo poco sistemático que refleja al genio nacional, el demócrata Carter propone respuestas que obligan a asumir esa odiosa nueva realidad. El país no quiere oírlo, y es abrumadoramente derrotado por Ronald Reagan, cuya sencilla prédica niega la existencia de problemas serios e invita a desencadenar la codicia que ha de liberar las energías gracias a las cuales los Estados Unidos han de conocer una nueva aurora.

Bajo su égida, la adaptación a la era posindustrial se hace aún más difícil por el retroceso cada vez más marcado de la industria norteamericana frente a sus rivales, pero sus consecuencias son atenuadas por el recurso sistemático al crédito externo que hace posible un permanente déficit fiscal. Mientras el clima social de creciente desigualdad y tolerancia casi admirativa por la corrupción recuerda el de la *gilded age*, lo que no vuelve a vivirse es el afiebrado avance económico de aquellos años.

El despertar de sueños tan gratos no podría ser placentero, pero ya hoy se admite que una reconstrucción abrumadoramente costosa (puesto que ha de abarcar desde la infraestructura de transporte hasta el sistema educativo y fortalecer la muy deteriorada estructura familiar, para lo cual se requerirán también –en un país que no reconoce siquiera el derecho legal a licencia sin sueldo por maternidad– otras onerosas innovaciones) no podría posponerse por mucho más tiempo.

La guerra de Vietnam apaga los últimos fuegos del idealismo político suscitado por Kennedy, y un cinismo cada vez más desengañado avanza en la siguiente década de estancamiento.

Al mismo tiempo, esas mayorías, cuyos ingresos han retrocedido incesantemente en medio de la tan desigualmente distribuida prosperidad de la década pasada, vacilan muy comprensiblemente en sacrificarlos aún más para poner en manos de una clase política de la que han aprendido a esperar muy poco, los recursos necesarios para esas vastas transformaciones.

Esas vacilaciones se intensifican también debido a una circunstancia paradójica: tales transformaciones suponen un apartamiento sin duda parcial y limitado, pero aun así innegable, del modelo de capitalismo cerradamente individualista del que los Estados Unidos fueron pioneros, precisamente cuando éste avanza impetuosamente en el resto del mundo.

Afrontar esa transformación ineludible requiere que los Estados Unidos recuperen plenamente la que fue su inspiración originaria; que en ellos vuelva a vivirse la tensión fecunda entre un individualismo radical y un no menos poderoso sentido de comunidad. Esa peregrinación a las fuentes no se anuncia fácil para una comunidad irremediablemente multiétnica y agitada por otras tensiones a menudo destructivas: se comprende que ante un desafío distinto quizá no menos grave que el de la esclavitud, el país vacile y postergue, pero de que se decida a afrontarlo depende todo su futuro.

(*) Argentino, historiador, profesor en Berkeley, EE. UU.

LA HISTORIA

Descubrimiento y conquista del Brasil

Por Jorge Salvador Lara (*)

BRASIL, el más grande de los Estados iberoamericanos, tanto en extensión como en población, es también el país con mayor número de católicos. Sin duda alguna es ya una potencia protagonista en los acontecimientos mundiales, como lo demuestra su participación en las dos grandes guerras mundiales del siglo XX. Mientras las antiguas colonias españolas, al acceder a la independencia no lograron unificarse pese al fuerte vínculo del idioma español, las colonias lusitanas de América del Sur forjaron el Brasil como un solo Estado federativo donde las fuerzas centrípetas superan a las centrífugas.

La concepción cristiana de la vida, impuesta por los primeros misioneros, tornó extraña en el Brasil la descriminación racial, por lo que la gran nación es resultado de un intenso proceso de mestizaje, verdadero crisol de razas, donde a las raíces aborígenes, portuguesas y africanas se han añadido modernamente a otros aportes europeos, tanto alemanes como italianos, o procedentes de varios países eslavos, cuanto asiáticos, en particular japoneses.

La falta de mano de obra indígena y la proximidad de Africa impulsaron al tráfico negrero, que habían iniciado décadas atrás los navegantes portugueses.

La pujanza de todos tiende a superar los innegables problemas de tan variopinta procedencia. El pueblo del Brasil, forjado a lo largo de quinientos años, no por fecundos menos inquietos y problemáticos, se levanta ahora, por sobre sus dificultades, como una de las sedes donde la esperanza humana puede todavía labrar un futuro de dinamia y promesas.

Para mejor comprender pasado y futuro de ese noble pueblo, parece conveniente rememorar algunos episodios de su origen y trayectoria, resumidos con breves palabras para esta edición conmemorativa de los 500 años.

Sea el primero el *Tratado de Tordesillas*, origen remoto del Brasil, ya que mediante él se delimitó la órbita de acción de Portugal y España tras el viaje descubridor de Cristóbal Colón.

Las dos grandes naciones oceánicas, sin ese documento, pudieron verse envueltas en graves conflictos, pues las naos lusitanas habían sido pioneras en los viajes atlánticos que bordearon las costas occidentales de Africa y el cabo de la Buena Esperanza, tras nuevas rutas a la India. Mientras tanto, las islas Azores y de Cabo Verde eran avanzadillas lusitanas en los confines misteriosos de la Mar Océana. El celo originado por la hazaña de Colón y las bulas dictadas por el papa Alejandro VI en favor de los Reyes Católicos (que delimitaban las posesiones de España y Portugal mediante una línea a cien leguas de Cabo Verde) condujeron a la suscripción en 1594 del Tratado de Tordesillas, así llamado por haberse suscripto en esta población vallisoletana donde residía la princesa Juana la Loca.

Victoria diplomática

En ese célebre documento, modificando las bulas alejandrinas, se trazó, de polo a polo, a 370 leguas al oeste de Cabo Verde, nueva línea demarcatoria de las posesiones de España y Portugal. Juan II obtuvo así una victoria diplomática notable, ya que posteriores viajes de sus experimentados marinos le permitieron el acceso a las costas del Brasil.

Quizás este remoto episodio explique los orígenes de la siempre hábil y tenaz diplomacia brasileña que ha acreditado sobremanera el palacio de Itamaraty.

Las costas del Brasil fueron, en efecto, descubiertas el 22 de abril de 1500 por Pedro Alvares Cabral, navegante portugués que comandaba una poderosa expedición de 13 navíos y 1300 hombres a la India.

Desviado de su ruta, al parecer por la fuerza de los vientos alisios, pero en realidad deliberadamente, para inspeccionar las lindes lusitanas según el Tratado de Tordesillas, aportó en las cercanías de la actual Bahía, de las que tomó posesión en nombre del rey de Portugal bautizándolas con el nombre de Terra de Santa Cruz. Aunque Cabral continuó su viaje a la India en medio de cien vicisitudes, su exploración inicial a las costas sudamericanas inició la vigorosa acción descubridora y colonizadora de Portugal que dio nacimiento al Brasil.

Múltiples empresas particulares de navegantes portugueses, debidamente autorizados por su rey, comenzaron a establecer factorías en las costas brasileñas habitadas por escasas tribus tupiguaraníes que apenas ofrecían resistencia, pues preferían retirarse al interior. La explotación del llamado "palo del Brasil", que dio nombre al país, fue el principal rubro de la actividad colonizadora. No todas esas expediciones, sin embargo, tuvieron un éxito suficiente que les permitiera quedarse y prosperar.

Entre tales empresarios descuella Martín Afonso de Souza, establecido en la región de Pernambuco, actual Recife, en la extremidad oriental de América del Sur, donde inició con éxito las plantaciones de caña de azúcar. La falta de mano de obra indígena y la proximidad de Africa impulsaron al tráfico negrero, ya iniciado desde hacía varias décadas por los navegantes portugueses. Sólo hacia mediados del siglo XVI la monarquía lisboeta dio importancia a sus nuevas posesiones del Brasil, diseminadas a lo largo de la costa, y las centralizó bajo el mandato de Tomé de Souza, primer gobernador y capitán general, residente en Bahía.

La acción portuguesa en las costas del Brasil originó la fundación de nuevas ciudades y la expansión hacia el interior. Misioneros jesuitas y franciscanos trataron de contrarrestar con sus prédicas la explotación inmisericorde de los colonizadores civiles y militares guiados predominantemente por el afán de lucro, sin escrúpulo alguno de naturaleza ética. Esta lucha dio lugar a medidas de represión y



Mapa de Brasil realizado en 1519 por el portugués Lopo Homen



fuerza contra los misioneros, que solamente con su sentido de servicio a ideales superiores, su tenacidad, capacidad de privaciones y sufrimiento, lograron mitigar la dureza de la explotación mercantilista.

Varias son las admirables figuras de misioneros franciscanos y jesuitas. Entre todos se destaca el padre José de Anchieta, jesuita natural de las islas Canarias, educado en Coimbra, verdadero "apóstol del Brasil", donde vivió casi medio siglo hasta su muerte.

Dotado de un carisma extraordinario, considerado taumaturgo y hasta profeta, su poderosa predicación extendió su órbita de influencia tanto entre las clases dominantes como en el pueblo y los reductos indígenas. Hombre de alta cultura, alternó con el estudio sus recorridos misioneros que lo llevaron a explorar toda la cuenca del río Paraná, haciendo valiosas anotaciones científicas en el campo de las ciencias naturales, de todo lo cual dejó testimonio escrito, trascendental aporte para el conocimiento de amplias regiones del Brasil, la Argentina, Paraguay y Uruguay.

Llegó a ser provincial de los jesuitas y es venerado por la Iglesia Católica.

Codicia europea

Como las riquezas del Brasil atrajeron la codicia de otras potencias europeas, particularmente Francia y Holanda, que intentaron varias veces apoderarse de las factorías lusitanas y establecerse de modo definitivo en sus costas, se fueron multiplicando nuevas ciudades hacia el interior, por ejemplo San Pablo, fundada en 1554 por misioneros jesuitas (entre ellos el padre Anchieta) o el establecimiento de fortificaciones; así nació, por ejemplo, Río de Janeiro, en 1565. Belem do Pará fue fundada en la ribera sur del Amazonas, cerca de la desembocadura del gran río descubierto por Francisco de Orellana, en 1542, con la expedición que partió desde Quito al "país de la canela".

La resistencia lusitano-española impidió la permanencia de los asaltantes franceses y holandeses, que en ocasiones lograron establecer por algún tiempo su dominio y que al fin fueron expulsados.

La marcha hacia el interior prosiguió en el siglo XVII por obra de los *bandeirantes*. Es célebre la expedición del capitán Pedro de Texeira, que desde San Pablo, en 1637, marchó acompañado por 75 soldados y cerca de 2000 indígenas hasta Belem do Pará, punto de partida para su viaje Amazonas arriba, logrando llegar al territorio de la Real Audiencia y Presidencia de Quito. Al saberse en esta ciudad su proximidad se envió un grupo de comisionados para recibirlo. Llegó en triunfo a mediados de 1638 y tras breve permanencia en la hoy capital del Ecuador tornó a viajar por el mismo Amazonas, misionado para entonces por los jesuitas quiteños, reeditando así el viaje pionero de Orellana. Se recuerda también la expedición, en 1647, de Antonio Raposo Tavares, que asimismo desde San Pablo cruzó el Brasil de Este a Oeste y llegó a la frontera con la actual Bolivia para luego continuar hacia el Nordeste, hasta llegar al Amazonas y bajar por el gran río a Belem.

La acción de los *bandeirantes* se multiplicó en el siglo XVIII y a ella se debe, en buena parte, la colosal expansión del Brasil hasta alcanzar sus linderos actuales, en una extensión jamás soñada por Juan II cuando obtuvo para Portugal únicamente la extremidad oriental de América del Sur.

Con razón ha erigido San Pablo un vigoroso conjunto monumental a los *bandeirantes*, que lograron extender los dominios portugueses en el Brasil, tal como la reina Dido, que con el simple permiso para extender un solo cuero de res en un reducido borde de las costas de la actual Túnez alcanzó en la Edad Antigua la expansión púnica que dio origen a Cartago.

Aleijadinho ("Lisiadito"), apodo que se puso al artista mulato Alejandro Francisco Lisboa, dinamiza la siembra del barroco en el Brasil. La gran riqueza proveniente del descubrimiento y desarrollo de la minería, oro y piedras preciosas en Minas Gerais, estimula la construcción de iglesias, santuarios y monasterios, varios de ellos debidos a la habilidad de Aleijadinho, como la iglesia de San Francisco, en Ouro Preto.

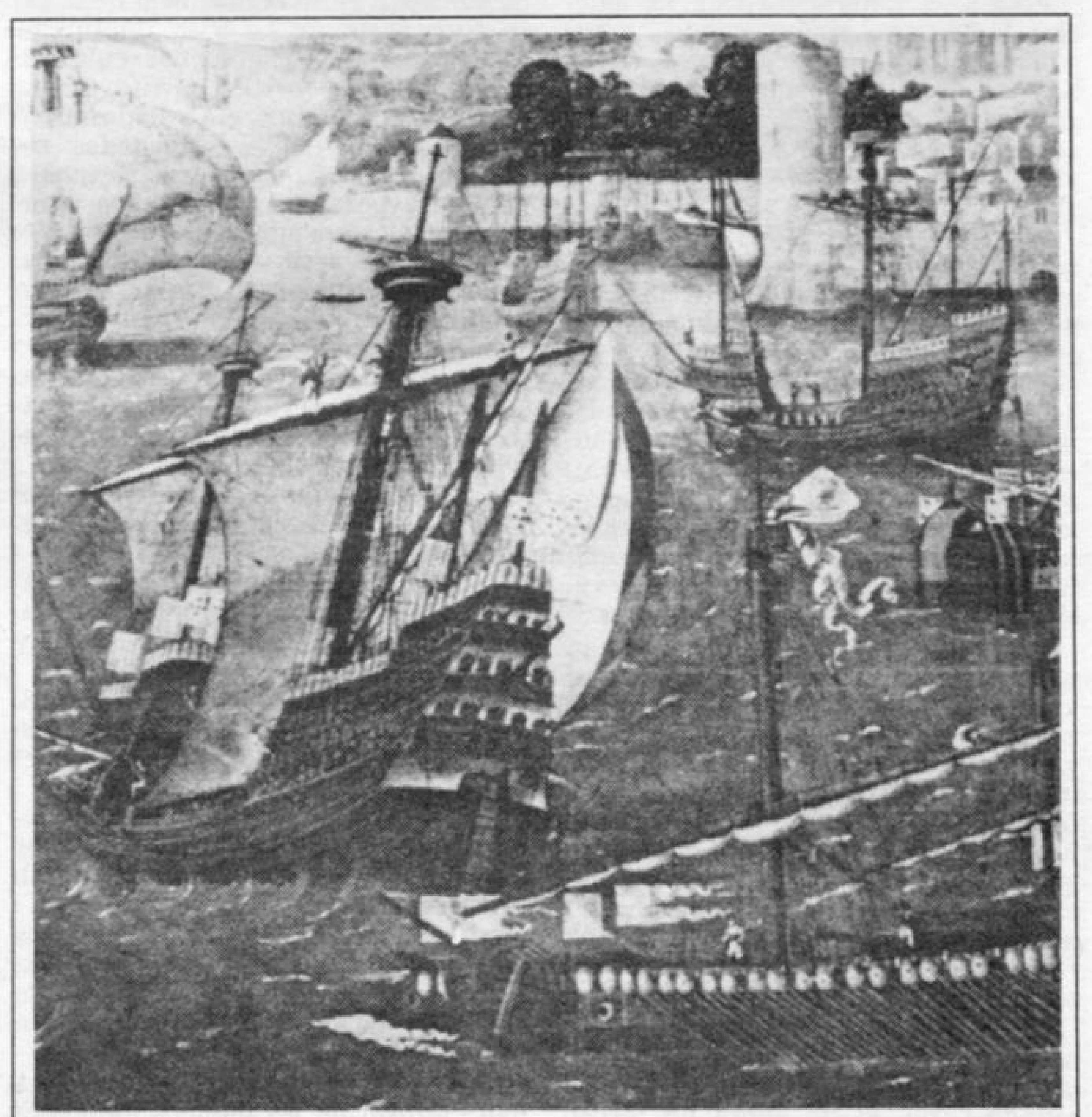
Las costas del Brasil fueron descubiertas el 22 de abril de 1500 por Pedro Alvares Cabral, navegante portugués, al frente de una expedición de 13 navíos y 1300 hombres.

Pero también en Recife, El Salvador, Bahía y Río de Janeiro proliferan las obras de notables artistas de la época colonial, cultores de la abigarrada decoración barroca, no sin influencias indígenas, aunque principalmente negroides, obras costeadas por munificentes mecenas, pero también por la dinámica cooperación popular de gremios y cofradías que imprimen en el Brasil una recia tradición de trabajos comunitarios, visible aún hoy, aunque con otros objetivos, por ejemplo en las famosas escuelas de samba, en las que perdura el amor al arte, la fantasía barroca de los atuendos y decorados, el sacrificado esfuerzo de todos para hacer triunfar su propio grupo y la mezcla indiscriminada de razas, risas y alegría.

El pacífico tránsito de la sociedad colonial a la independencia, gracias al establecimiento de la monarquía portuguesa en territorio del propio Brasil, que dio lugar al grito de Ipiranga (1822), la experiencia del imperio bajo don Pedro I, la abolición de la esclavitud (1888) y luego el ordenado tránsito a la República (1889) contribuyen a explicar cómo territorio tan extenso y población tan numerosa, lejos de disgregarse, encontraron en la solución federativa y el lema de su bandera –*Ordem e progreso*– un camino para conciliar la variedad de regiones e intereses con la centralización y descentralización gubernativas en diversas órbitas del vivir cívico y económico.

Ese mismo orden se advierte en la pacífica transferencia de la capitalidad, primero de Bahía a Río de Janeiro y luego de esta última a la novísima Brasilia. Amantes de la paz, sufridos, trabajadores, pero alegres, risueños, abnegados y pacientes, buena parte de los aspectos positivos de la civilización brasileña se debe a su admirable pueblo.

(*) Ecuatoriano, columnista de *El Comercio*, de Quito, ex canciller.



Carracas portuguesas del siglo XVI

Los pueblos indios en 1992

Por José Matos Mar (*)

A pesar del peligro de extinción inminente que amenaza a numerosas etnias minoritarias del continente, la tendencia al crecimiento del conjunto de los pueblos indios es cada vez mayor. Su acelerado ritmo de expansión y el incremento notable de su migración al mundo urbano contribuyen a hacer imprecisas las fronteras del universo indígena.

La explosión demográfica afecta, fundamentalmente, a México, Perú, Bolivia, Guatemala y Ecuador, donde la población indígena acusa la más numerosa y fuerte presencia en todo el continente. Estos países corresponden a las dos áreas donde se configuraron los mayores procesos de desarrollo independiente del mundo antiguo precolombino.

La población indígena de estas áreas, mermada seriamente por la conquista en los siglos XVI y XVII, resultó diezmada por las epidemias y la brutal explotación colonial, manteniendo un reducido volumen de habitantes hasta fines del siglo XVIII.

Los pueblos indios representan actualmente una minoría que fluctúa entre el 5 y el 6 % del total de América. Ocupan el nivel más bajo de la estructura social.

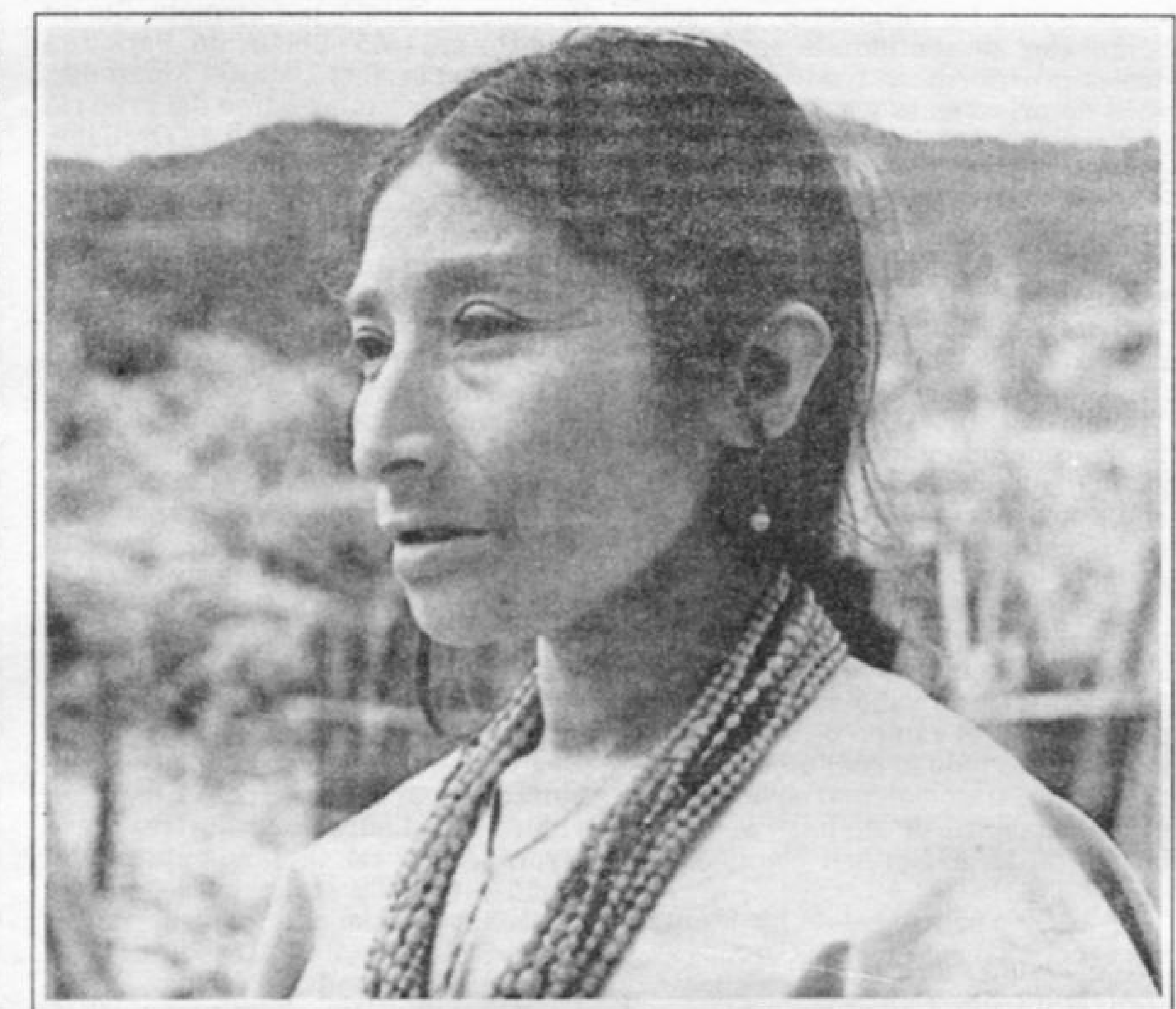
Desde entonces, hasta avanzado el siglo veinte, se produjo una lenta recuperación, y fue sólo en la década de 1940 cuando empezó a superarse el número de habitantes que existía al momento de la conquista. A partir de entonces, la población indígena, favorecida por el avance científico y tecnológico mundial, experimenta un espectacular crecimiento.

Las masivas campañas de erradicación de epidemias y endemias, el empleo de los antibióticos y otros avances científicos, especialmente en el campo de la alimentación y la salud, han reducido la mortalidad y ampliado las expectativas de vida. En el caso de México, por ejemplo, la población que en 1900 era de dos millones alcanza en 1990 los ocho millones (diez por ciento de la población total). En 1940, en el Perú, esta población era ligeramente superior a los dos millones, estimándose en 1990 en más de ocho millones (36 por ciento de la población total).

Sin considerar el conjunto ambiguo de población urbanizada, los pueblos indios representan actualmente una minoría que fluctúa entre el cinco y el seis por ciento del total de América. La proporción varía de país en país, de tal manera que en algunos constituyen minorías numéricamente poco relevantes.

En otros, en cambio, como Bolivia, Guatemala, el Perú y Ecuador, no sólo constituyen poblaciones significativas que oscilan entre el treinta y el sesenta por ciento del total nacional, sino que su destino y su situación están íntima y recíprocamente entrelazados con la situación general de sus respectivos países y su futuro.

Los pueblos indígenas se distribuyen en todo el ámbito americano y mantienen una notable y fuerte presencia histórica, cultural y social. No existe una relación completa de las actuales etnias aborígenes americanas. Sólo en América del Sur se estima que hay aproximadamente más de 400, la mayoría de las cuales conserva sus idiomas, y muchos de éstos tienen una serie de variedades dialectales.



India lacandona (maya) México

Tres grandes grupos

Pese a su heterogeneidad, los pueblos indios americanos pueden agruparse en tres grandes conjuntos, en relación con el grado de desarrollo logrado antes del siglo XVI y con el proceso histórico de las nuevas naciones americanas donde tuvieron que convivir.

El primer conjunto, el más importante de los tres, se ubica en las áreas donde existieron los mayores desarrollos americanos antes de la conquista europea. Lo constituyen pueblos y etnias que mantienen los rasgos básicos de esas altas culturas –idioma, conocimientos, técnicas, valores, cosmovisión, estilos de vida–, con importante volumen demográfico, y que son indispensables para comprender la situación actual y definir el futuro de países como Guatemala, Bolivia, Ecuador y el Perú. México forma parte de este conjunto.

En cambio, en aquellas áreas donde no se alcanzó este alto desarrollo, por lo general los actuales pueblos indios poseen bajos volúmenes demográficos y su situación y sus problemas no son tan significativos para las sociedades donde subsisten. Este segundo conjunto, constituido por varios cientos de grupos étnicos, está distribuido en todo el continente y es el más heterogéneo (Canadá, los Estados Unidos, países de América Central, los grupos de la Amazonia, Paraguay, Chile y la Argentina).

A consecuencia del notable incremento de la población, de la expansión urbana y de la descomposición del mundo rural, existe ahora un tercer conjunto, cada vez más numeroso, que crece a expensas de los dos anteriores. Es el de la población indígena en proceso de creciente participación en la vida moderna de sus respectivas sociedades. Este conjunto es el más complejo debido a su condición étnica ambigua, a su situación de tránsito de grupo étnico a clase y a su carácter urbano.

En términos globales, los pueblos indios ocupan el nivel más bajo de la estructura social de América. Continúan deprimidos y discriminados cultural, social, política y racialmente; viven agobiados por la pobreza y la desnutrición; azotados por enfermedades; sometidos a la depredación de su medio ambiente por agentes privados e incluso por los mismos gobiernos, y, frecuentemente agraviados por intentos, disimulados o abiertos, de exterminio o asimilación e integración forzadas. En suma, los pueblos indígenas, rurales o urbanos, constituyen el estrato que sufre con mayor crudeza y más directamente la pobreza crítica del continente.

Entre las múltiples situaciones y problemas que las afectan debe tenerse en consideración:

- La gran heterogeneidad de las etnias nativas en materia de demografía, hábitat, cultura, organización social y grado de desarrollo.
- La condición de pobreza y discriminación de los pueblos indios dentro de las estructuras de las sociedades del continente americano.
- La acelerada movilidad geográfica, cultural y social, adquirida por los pueblos indios en el curso de las últimas décadas.
- La creciente complejidad de los sistemas de articulación intermedia que se generan en su interacción con la sociedad nacional, especialmente en las ciudades.
- La diferenciación y la especificidad cultural de los pueblos indígenas que demandan tratamientos, políticas y estrategias acordes con su situación y la realidad de los respectivos países.
- El contexto ideológico, político, económico, cultural y social de los países de América latina, inmersos en una de sus crisis más profundas y decisivas.

En algunos países la estructura jurídica del Estado establece todavía limitaciones para el ejercicio de los derechos ciudadanos a quienes no acrediten el dominio de la lengua oficial y son analfabetos. En otros, pese a haberse concedido el derecho al voto a los analfabetos y monolingües indígenas, éstos siguen limitados en el pleno disfrute de tal derecho, por el condicionamiento total de la vida económica, social y política impuesto por el uso de la lengua oficial.

Desamparo

Por una u otra razón, formal o prácticamente, en ciertos países de América gran parte de los pueblos indios mantienen una condición ciudadana disminuida o de segunda clase y de desamparo político, social y económico frente a las arbitrariedades del poder privado o público. Esta situación, rezago de una dominación secular en las regiones donde la concentración indígena es mayor, ha ido cambiando de forma a través del tiempo. Inicialmente implicó despojo de tierras, servidumbre, segregación cultural y social y sojuzgamiento político. En las últimas décadas ha ido haciéndose más sutil, restándole importancia a los criterios raciales y étnicos y enfatizando en las condiciones de clase.

En el tránsito lento y tortuoso de raza segregada a clase explotada, a lo largo de siglos, los pueblos indios han sido víctimas de distorsiones profundas en sus estructuras sociales, sus formas de vida y sus mismos rasgos psicológicos.

Al empobrecimiento forzado de sus tradiciones, conocimientos y valores autóctonos se han sumado la impregnación de elementos culturales occidentales y una impronta servil derivada de la opresión y la miseria. Es un hecho indiscutible que la condición actual de esta población americana se encuentra alienada por medio milenio de dominio colonial y republicano, y que el desarrollo de sus potencialidades está bloqueado por la estructura de dominación interna que persiste en América latina.

Incluso en esta condición heredada de mutilación y empobrecimiento cultural, social y psicológico, los pueblos indios que sobreviven al largo proceso de despoblamiento y dominio se mantienen aún conscientes y activos en sus continuidades históricas. En las últimas décadas, América asiste a su resurgimiento.

Los grupos indígenas se afirman en sus raíces culturales, se organizan en el marco de los nuevos contextos que ofrece la historia reciente de sus respectivos países, establecen variadas alianzas sociales y buscan, vigorosa y activamente, integrar la tradición heredada y los medios modernos en una identidad renovada, orientada al futuro. Propiciar esta emergencia y liberar potencialidades frustradas y latentes se presenta como una de las grandes tareas políticas de América en los próximos años.

(*) Peruano, antropólogo

Indias y españolas

Por Teresa Piossek Prebisch (*)

LAS indias de nuestro continente eran aproximadamente 7.500.000, si nos atenemos a las cifras de Angel Rosenblat, que calcula 15.000.000 de habitantes para la América del descubrimiento y conquista hispanos. Las españolas, en cambio, vinieron de otro continente y durante el siglo XVI sumaron unas 42.000 –contra 200.000 o más hombres– que se dispersaron desde las Antillas y México hasta el Arauco, el Tucumán y el Río de la Plata. Unas y otras, indias y españolas, aportaron lo suyo para la forja de Hispanoamérica, raza y sociedad.

Hispanoamérica nació el 12 de octubre de 1492, cuando pisaron suelo de Guanahaní los hombres que habían navegado el océano desconocido y que, al cabo de meses de encierro en sus naves, llegaban a una tierra paradisíaca. No es errado pensar que ese día mismo se gestaron los primeros mestizos, los primeros hispanoamericanos, cuando aquellos varones que habían dejado a sus mujeres en España se unieron a las de otra raza, cuyo buen porte y mansedumbre Colón describió en su *Diario de navegación.*

En ese momento comenzó a existir una estirpe nueva sobre el planeta, resultado de la relación del español con la aborigen; es decir que de los términos femeninos mencionados inicialmente, el primero en hacer sentir su acción forjadora de una inédita realidad humana fue la india.

Ella aceptó pertenecer al extranjero como algo natural, inherente a su condición de mujer, pues su sociedad la había criado en esa actitud: ser propiedad del varón, que debía compartir con otras mujeres, sumisa al destino que él quisiera darle. Tal panorama básico de relación entre los sexos encontró el español en América y prontamente se acogió a él olvidando sus tradiciones culturales. La india fue suya, ya incluida en el botín de guerra, ya obsequiada por jefes, padres o hermanos, ya por amor. Le sirvió como acostumbraba servir a los varones de su raza, del que era mano de obra, reproductora y amante; muchas veces lo amó con devoción y algunas fue correspondida, llegando a ser esposa.

En cuanto al español, adoptada por él la costumbre de poseer muchas mujeres la erigió en la habitual relación entre los sexos, dentro de la comunidad hispanoamericana temprana. El padre Motolinia, al referirse al México inmediato a la Conquista, escribe: *Había... muy poquillos españoles casados,* y cuenta que cuando predicaba a los indios instándolos a abandonar la poligamia, ellos *se excusaban y decían que también los españoles tenían muchas mujeres.*

Ambos testimonios valían para todas las áreas conquistadas, en algunas de las cuales se alcanzarón los extremos de la promiscuidad. Era excepción el hombre de vida matrimonial ordenada; en cambio, era común el hombre engendrador de una prole de mestizos, que quizá no conociera en su totalidad, hijos de madres diseminadas por las tierras de su encomienda y por la ruta de sus andanzas. El fenómeno se producía como un testimonio más de la fuerza arrolladora, tantas veces brutal, de la vida que de ese modo engendraba, en el vientre de madres anónimas, de piel morena, una raza nueva para un mundo nuevo y, como al inicio de la Creación, reinaba el caos. Para aumentarlo se sumaba la intromisión de la sangre africana a través del esclavo traído por el blanco. Semejante estado de cosas originó una comunidad que Alberto Mario Salas define, en cuerpo y alma, con un solo adjetivo: *cimarrona.*

Preocupación

La Corona la veía con justificada preocupación e intentó corregirla con disposiciones tales como promover el casamiento mixto o exigir a los españoles casados traer a las esposas que habían dejado, a riesgo de ser devueltos a España. Pero esta exigencia era fácilmente desobedecida y el casamiento mixto no excedía el 10 o 15 por ciento de los matrimonios. Tal era, a grandes rasgos, el espectáculo que ofrecía la naciente comunidad hispanoamericana en sus momentos iniciales. Afortunadamente sobrevino un cambio corrector, en gran medida, cuando entró a desempeñar su papel el segundo término femenino de los arriba mencionados: la mujer española.

Tanto la sociedad indígena como la hispana eran lo que hoy se dice machistas; sin embargo, la segunda lo era menos. Valoraba más a la mujer y ese valor aumentó cuando la española se trasladó a América. No pudo haber sido de otra manera: tenía una formación hispana, era blanca y muy escasa en número, lo que la transformaba en prenda codiciada por el español para esposa y madre de hijos legítimos, eje de un hogar al uso de la tierra natal.

Era la mujer criada para desempeñar el papel de *señora,* culminación de un ideal femenino. Su figura estaba estrechamente ligada a la del matrimonio monogámico, institución novedosa para América, consistente en la unión de un solo varón con una sola mujer, puestos ambos en posición pareja al deberse mutua fidelidad hasta la muerte ante Dios y la ley; unidos sacramentalmente para convivir bajo un mismo techo, tener hijos y formar una familia.

El español, al margen de su aprovechamiento de la india, echó de menos a esa mujer y a ese tipo de institución matrimonial, no sólo por la añoranza de vivir según las ideas y las costumbres en que se había criado, sino porque había medido el desquicio de la comunidad que estaba creando y la imposibilidad de un desarrollo positivo de la colonia a partir de ella. Se necesitaba un cambio y la clave estaba, antes que en la predicación religiosa en la presencia de la mujer española, de la señora española.

El paso inicial de ese cambio ocurrió en el nivel individual, ya que el primero en experimentarlo fue el varón, al contraer matrimonio y transformarse cabalmente en *vecino con casa poblada en la ciudad,* esto es, con hogar habitado por una familia estructurada a la española. Paralelamente, empezó a valorizarse al varón ya no sólo por sus hazañas, sino en tanto *hombre casado* y por la honorabilidad de su vida privada.

El segundo paso del cambio lo dio el hogar constituido en núcleo desde el que se irradiaron nuevos conceptos de familia, de vida, de conducta, transformándolos en modelos para la sociedad, y su eje era la mujer: el hombre podía fallar, pero ella no, y mientras se conservara firme en sus convicciones sociales y religiosas, la comunidad tendría un quicio donde ajustar. Es verdad que en su acción la española estuvo respaldada por la jerarquía que le daba el matrimonio monogámico, por el prestigio de su pertenencia a la elite conquistadora, pero, por otra parte, jugaba en su contra el poco número, apenas unas 42.000 para cubrir un inmenso territorio. No obstante, cambió a la sociedad hispanoamericana, le dio un tono, ejerció sobre ella un influjo depurador, ordenador de las costumbres.



Princesa inca con traje español, según Francis de Castelnau, en "Antiquités"

Anécdota

Hay una anécdota colonial que condensa todo lo antes expuesto. Ocurrió en el antiguo Tucumán y la narra Juan Ramírez de Velasco, hombre de reconocida probidad tanto en su vida pública como privada, su gobernador entre 1586 y 1593, en carta al rey:

En esta gobernación había número de españoles amancebados... Abrá veinte y cinco días que tuve aviso de San Miguel de Tucumán... cómo (Juan Bautista Muñoz)... hijo de un vecino de allí se había levantado y subido a la sierra con los indios de guerra... y llevado... cincuenta indios de un pueblo de su padre y a la hora despaché... un capitán con cincuenta soldados para que con ellos fuese en su seguimiento... La ocasión que tuvo (Muñoz) para hacer este disparate fue haber seis años que estaba amancebado con tres o cuatro indias... y no hacía vida con su mujer, y como entendió que (yo) ya había mandado hacer información de esto y que a nadie perdonaba, y visto que le había de quitar sus mancebas, acordó de subirse al monte con ellas. He mandado me lo traigan aquí para hacer justicia con él, con los demás culpados...

Por un lado, las mancebas indias y, por otro, la esposa; unas y otras símbolo de un cambio de etapas en las costumbres de una sociedad. En el medio el varón libertino.

Por un lado, las mancebas indias y, por otro, la esposa, unas y otras símbolos de un cambio de etapas en las costumbres de una sociedad. En el medio, el varón libertino aferrado a las usanzas que se querían erradicar. Si su delito se hubiese limitado al amancebamiento, la sanción hubiera consistido en intimarlo a casarse con una sola mujer. Lo grave del caso era que ya estaba casado, pero había abandonado a su esposa, y este agravio a la mujer legítima –y junto con ella, a la institución matrimonial– era el delito social cometido por Muñoz, merecedor de severo castigo. Lo que antes fue exceso impune se había vuelto punible y este cambio de mentalidad se debió, en gran medida, a la influencia de la mujer española sobre la sociedad. Si la misión trascendental de la india en la forja de Hispanoamérica fue ser coautora de una nueva raza, la de la española fue contribuir a reglar la comunidad de ella surgida.

(*) Argentina, historiadora.

LA SOCIEDAD

Criollos y mestizos entre las castas coloniales

Por Fernando Silva–Santisteban (*)

LOS últimos quinientos años de la historia universal están señalados por la supremacía de Occidente. Por causas de índole fundamentalmente económica, pero también de proselitismo religioso y por el afán de dominación, a partir del siglo XVI –del cual decía Campanella que produjo más historia que todos los siglos anteriores– las potencias europeas de vocación imperial y oceánica, Portugal y España las primeras, comenzaron a incorporar a sus dominios vastas zonas geográficas y humanas del planeta. Como dice Toynbee: "El mundo ha sido atacado, duramente atacado, por Occidente".

Fue el encuentro y colonización de América lo que habrá de representar el más grande ensanchamiento occidental, no sólo por la trascendencia que tuvo en el orden económico, especialmente en la transformación de las estructuras que habrán de dar origen al capitalismo moderno, sino también en los aspectos político e ideológico en general.

En la cumbre de la pirámide social se hallaban los blancos peninsulares y después venían los criollos; la base eran esclavos e indígenas y en el medio la "gente mezcla".

Occidente halló en América su propia utopía: los occidentales se convencieron a sí mismos de haber encontrado en su "raza" y su civilización los arquetipos de toda posible universalidad.

Connotaciones peyorativas

Desde que empezó a usarse en Europa el término raza para designar a una categoría de pueblos a los que por sus rasgos físicos podía atribuírseles una misma ascendencia, la palabra tuvo connotaciones peyorativas. En el viejo castellano el término se empleaba para destacar una imperfección en los paños y significaba también defecto o culpa. Servirá después para explicar las causas del mayor o menor desarrollo de las culturas.

Esta idea de la superioridad e inferioridad de unas y otras razas ha tenido enorme gravitación histórica, no solamente en la interpretación de los hechos sino fundamentalmente en la configuración de las sociedades.

La estratificación social de América latina estuvo referida e ideológicamente sustentada por las diferencias raciales y los matices que en torno de ellas se establecieron.

Como resultado del cruzamiento de los tres grupos raciales de los que descendemos, la gran mayoría de los latinoamericanos, indios, europeos y negros, desde mediados del siglo XVI empiezan a tomar cuerpo las primeras generaciones de criollos, mestizos, zambos y mulatos, mientras disminuye dramáticamente la población indígena, diezmada por las epidemias traídas de Europa y por las condiciones de trabajo impuestas en las minas, obrajes y granjerías.

Pronto la sexualidad traspuso los prejuicios discriminatorios entre los individuos de todos los grupos y dio lugar a la formación de multitud de "castas", como se llamó durante el coloniaje a los grupos más o menos tipificados con criterios arbitrarios y subjetivos; aparecieron los mestizos "reales", cuarterones, quinterones, ochavones, cholos, puchuelas, sacalaguas, zambahigos, cambujos, salto-atrás, cuarterones de chino, etcétera.

Entre los europeos y criollos no existían diferencias raciales, era sólo la contingencia de su nacimiento; sus ancestros, costumbres y formas de vida eran los mismos.

No obstante, surgió una gran diferencia psíquica acentuada por el recelo de las autoridades peninsulares y el hecho de impedirles desde un principio el acceso a los cargos públicos importantes.

La palabra *criollo*, que aparece también cargada de prejuicio eurocéntrico, es adoptada del portugués *crioulo*, que significaba originalmente "esclavo" que nace en casa de su señor" o "negro nacido en las colonias"; después pasó a significar blanco nacido en las colonias.

En 1562 el virrey Conde Nieva informaba al monarca español que "los criollos no tienen amor por los reyes ni los reinos de España sino que los aborrecen por no conocerlos y con el tiempo serán tan naturales del Perú como los indios".

Por su lejanía les eran extrañas las cosas de la península; como es natural, sintieron apego por la tierra y una rivalidad lógica con los peninsulares.

Con los criollos, mestizos, zambos y mulatos nace el sentimiento de patria.

Dicotomía

Sustentada en la dicotomía entre dominantes y dominados se configura el agregado social de las colonias con el trasplante de la sociedad jerárquica estamental y corporativa de la península al formidable escenario americano.

En ninguna otra parte del planeta ni en otro momento de la historia se ha producido tan gigantesco entrecruzamiento de razas como el que se generó en América latina y el Caribe.

Las sociedades se estructuran en función del control de los excedentes de la producción, pero su configuración se resuelve a través de la organización política, del sistema jurídico y de la ideología.

El argumento fundamental de la dominación fue el paganismo de los indios, pero la referencia que señalaba su condición fue el color de su piel. En la cumbre de la pirámide social se hallaban los blancos peninsulares, venían después los criollos y la base estaba conformada por toda la gente de piel oscura, esclavos e indígenas; en medio se hallaba la "gente de mezcla". Lipschuz, con gran acierto, ha denominado a este sistema pigmentocracia.

Los criollos tendieron a identificarse con los mestizos, tenían menos prejuicios etnocéntricos y los unía el amor por la tierra, y los mestizos con los criollos y los indios.

Recordemos lo que escribe Garcilaso en el prólogo a la *Historia general del Perú*: "A los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo Imperio del Perú, el Inca Garcilazo de la Vega, su hermano, compatriota y paisano, salud y felicidad".

No obstante, pese a sus aptitudes y a su grado de occidentalización, había mala opinión sobre los criollos; el padre Joseph de Acosta y Guaman Poma de Ayala coinciden en afirmar que su molicie, sus vicios y su lascivia devenían de ser criados con la leche de las negras. El hecho de que Solórzano y Pereyra propugnaran por que se hiciese de españoles y criollos "un solo cuerpo y un reino, ya que eran vasallos de un mismo rey" evidencia esta separación.

En el siglo XVIII Juan y Ulloa, en sus *Noticias secretas de América*, se refiere a cómo el antiguo desprecio hacia los criollos y mestizos se convirtió en guerra abierta entre las parcialidades de españoles y criollos, y el autor de una Descripción de Lima, que sólo se identifica con las iniciales J.A.O. dice: "A todos los españoles europeos que ellos (los criollos) llaman chapetones nos tienen un odio mortal y sin embargo se precian de sus abuelos no siempre fáciles de identificar".

Empero, algunos llegaron a escalar posiciones expectables; con el tiempo alcanzaron dignidades eclesiásticas, otros llegaron a ser rectores de las universidades y hasta oidores de la Real Audiencia.

La Ilustración americana estuvo animada por los criollos. Algunos obtuvieron grandes fortunas, que les permitieron comprar títulos de nobleza, y si bien la americana fue desdeñada por la nobleza peninsular, varios de sus miembros tuvieron destacada participación en la emancipación de nuestras repúblicas.

A fines del siglo XVIII los criollos no constituían un grupo homogéneo en lo que concernía a sus intereses, se hallaban dedicados a diferentes actividades;



Matrimonio de mestizos, de Histoire de la



Españoles, criollos, mestizos e indios, según Edmond Temple, 1830



Conquète de Mexique. W. Prescott, 1846



muchos al comercio, a la minería o eran terratenientes; otros habían logrado importantes cargos en la administración colonial o en la jerarquía eclesiástica.

Los comerciantes criollos del Tribunal del Consulado ejercían el control del tráfico mercantil, financiaban la explotación de las minas, habilitaban a los corregidores. Este sector de criollos era fiel a la Corona y trató por todos los medios de mantener su situación privilegiada.

Pero existían otros sectores de criollos que no gozaban de los privilegios del monopolio comercial pese a ser dueños de plantaciones o grandes estancias productivas. Eran los magnates del cacao y del tabaco, los azucareros del Caribe, los cafetaleros colombianos o los ganaderos de las pampas que veían en el puerto de Buenos Aires o en Montevideo apilarse sus cueros sin vender en túmulos más altos que las casas. Otro grupo estuvo conformado por los profesionales liberales, maestros, curas o funcionarios de segundo orden.

Idea emancipadora

Fue en el seno de estos últimos grupos donde maduró la idea emancipadora y la conciencia de un destino común de América latina; Miranda llama compatriotas a todos los americanos de México a Buenos Aires, el chileno Madariaga va a conspirar a Caracas. Vizcardo y Guzmán se vale de la ocasión simbólica del tercer centenario del Descubrimiento de América para escribir su célebre y explosiva Carta a los españoles americanos, y el guatemalteco Irisarri abraza la causa de la independencia en Chile.

La condición de los mestizos fue diferente; la idea de la "limpieza de sangre", que tenía por objeto impedir su acceso a las órdenes religiosas, así como a cualquier cargo gubernamental, hacía pesar sobre ellos el estigma de la "mancha de color vario" de ominoso efecto segregacionista, de lo cual se desprendía la mala opinión que blancos, negros e indios tenían sobre los mestizos.

"Mestizo educado, diablo encarnado", rezaba un dicho muy extendido. Los términos "mestizo" e "ilegítimo" se convirtieron prácticamente en sinónimos.

Las primeras generaciones de mestizos fueron incorporados al grupo paterno, puesto que se trataba de hijos y nietos de conquistadores, pero cuando fue aumentado su número en el agregado social de la colonia, los mestizos fueron por todos rechazados.

Como dice Sergio Bagú, "sin ubicación en el esquema económico se encuentra también sin destino en el esquema social, porque no siendo indio ni negro, aspira a ser blanco sin poder serlo".

Refiere Magnus Morner que a finales del siglo XVI la vagancia había alcanzado proporciones alarmantes en estas colonias y los vagos eran mestizos y mulatos.

Escribe Garcilaso que el término mestizo, "impuesto por nuestros padres", en las Indias lo tienen por menosprecio, aunque a él declara que sólo le produce orgullo. Es la reacción de Garcilaso que, frente al peso de su hybris, renuncia finalmente a alcanzar la casta del padre que lo bastardizó y decide ser inca, descendiente de los emperadores del Perú.

Pero los mestizos gozaron de una especial ventaja y ésta fue su relativa amplitud en la movilidad social, tanto vertical como horizontal; la misma que se fue ensanchando con el correr del tiempo y el desarrollo de la economía.

Eran ventajosas realmente sus posibilidades de trabajo en un campo más amplio que el de las otras castas; las ocupaciones propias de los mestizos eran el comercio menor, la agricultura, las artesanías y especialmente el arrieraje.

Su despreocupación frente a los convencionalismos sociales, sus posibilidades de viajar a ferias y mercados y su libertad sexual hicieron de la "casta" de los mestizos un estrato permeable tanto al ascenso de los indios ladinos y cholos citadinos como al descenso de algunos blancos pobres, a quienes no les quedó otra cosa que ejercer las ocupaciones "bajas y ruines" de los mestizos antes de sufrir su "pobreza de solemnidad".

Así, pues, lo más importante en el desarrollo y robustecimiento de la casta de los mestizos fue su permeabilidad a la movilidad de las "castas" colindantes; el matrimonio perdió su carácter endogámico, lo cual trajo como consecuencia no sólo el ensanchamiento de la casta sino su desarrollo como clase.

Es así como de casta social el sector de los mestizos se convirtió en clase económica, con el tiempo la gran clase media latinoamericana.

El nacionalismo, estimulado y robustecido por el positivismo que tuvo gran influencia en América latina, se tradujo en la preocupación de muchos intelectuales que buscaban encontrar una fórmula que explicase la personalidad social y cultural de nuestros países y de sus gentes; se plasmó entonces una propuesta redentora y convincente: el mestizaje.

Ya no tenían mayor trascendencia los prejuicios, se contrarrestaba de esta manera los embates del indigenismo agresivo e izquierdizante y se asumía con "racionalidad" una posición que nadie podía impugnar.

Aunque en un principio la tesis del mestizaje, como referencia de identidad, tomaba en cuenta el aspecto biológico y genético de las razas, puesto que se habló de "renovar nuestra sangre y nuestra herencia por el cruzamiento con otras razas", después de la superación del mito de las razas y del desarrollo de la conciencia antirracista de nuestro tiempo, el mestizaje ha sido circunscripto al ambiente de la cultura; de lo que se habla es entonces de un mestizaje cultural.

Las primeras generaciones de mestizos se incorporaron al grupo paterno, pues eran hijos y nietos de conquistadores. Al crecer su número en el agregado social se los rechazó.

No obstante, y pese a su aceptación prácticamente incondicional, la idea de mestizaje como explicación de la naturaleza del ser latinoamericano no ha significado una respuesta ni mucho menos un derrotero en la búsqueda de los ideales de integración y desarrollo.

Y es que, en realidad, sólo se trata de una declaración metafórica y emotiva, de un deseo de ser; nunca se ha hecho un análisis científico social del fenómeno del mestizaje, de sus mecanismos y estructuras y, de otro lado, sólo se ha tenido como referencia los patrones y valores de Occidente.

La cultura es una abstracción para referirse a las formas de la vida social y éstas se organizan en modelos e instituciones que no pueden mezclarse por el solo hecho de entrar en contacto sus grupos portadores; hay aspectos básicos en el orden social que son diferentes, contradictorios e incompatibles, aunque hay otros susceptibles de reemplazarse, asimilarse o fusionarse en procesos de sincretismo o de simbiosis, que son estudiados dentro de la aculturación, fenómeno diferente a la idea del simple mestizaje, que constituye un campo especial de la antropología.

Ante el vacío que va dejando la noción de mestizaje en la inteligibilidad de nuestros modos de ser y de actuar, en estos últimos tiempos se ha acentuado la preocupación por el tema y el problema de la *identidad*, tan sugestiva como el mestizaje e igualmente esquiva por la vaguedad de la noción y la dificultad de plasmarla en realizaciones concretas.

(*) Peruano, sociólogo.

LA NACION

LA SOCIEDAD

Viernes 9 de octubre de 1992

La comunidad judía

Por Marcos Aguinis (*)

ASOMBRA la articulación entre el fin de la restallante judeidad española y el Descubrimiento de América. El término de una historia prosigue sin hiatos con la siguiente. Muerte y resurreción. En efecto, durante los primeros meses de 1492, en el recientemente conquistado palacio de la Alhambra, se amontonaron hoscas presiones, angustiadas súplicas y fanáticos sueños cuyo fruto agridulce fueron los edictos reales de expulsión de los judíos, por una parte, y la venia para el viaje de Colón, por la otra. El diario del Almirante empieza con el abrazo enigmático de ambas decisiones.

Los cuatro meses de plazo que se otorgaron a las víctimas para que abandonasen el territorio –tras cuyo vencimiento la permanencia de judíos sería castigada con la muerte– obtuvo dos días más de gracia. Cristóbal Colón ordenó a su tripulación heterogénea que terminase de embarcar a las once de la noche del 2 de agosto, es decir,una hora antes de que expirase el rudo término, privándola de gozar la última noche con sus familias y modificando la costumbre marinera de hacerlo antes del amanecer. Salvador de Madariaga y otros autores consideran estos datos una prueba suficiente sobre la abundancia de judíos que acompañaron a Colón.

> **Los judíos en América tuvieron que soportar durante tres siglos la persecución del Santo Oficio que se ocupaba de encarcelar, torturar y castigar conversos sospechosos.**

Quienes se ocupan de interpretar la historia judía o se afanan por entender sus cuotas de misterio, no ocultan su fascinación por la coincidencia –en el calendario hebrero– de una fecha signada por el luto: día 9 del mes de Ab. En esa fecha Nabucodonosor destruyó el primer templo de Jerusalén. En esa misma fecha, varios siglos adelante, las legiones de Roma destruyeron el segundo templo. Y también en el 9 de Ab columnas ahítas de aflicción abandonaron las queridas tierras de España. Este final adquirió estatura elegíaca en labios de cronistas, teólogos y poetas: "Tercera Ruina". Pero así como tras los duelos por las caídas de Jerusalén emergió una nueva y vigorosa espiritualidad colectiva –aprendizaje y fortaleza que proveen los sufrimientos–, así, tras el fin desgarrador de la comunidad judía más culta del orbe, surgieron las comunidades del Mar del Norte, aumentaron las de la cuenca mediterránea y numerosos judíos se incorporaron al destino de América.

Versiones curiosas

¿Seguirá debatiéndose el origen judío de Colón? ¿Seguirá debatiéndose el origen judío de muchos hombres que lo acompañaron? Hay consenso sobre el judío Luis de Torres, "intérprete" que, por conocer hebreo, hubiera podido, según fantasías de la época, entenderse con los súbditos del Gran Khan. Rafael Pineda Yáñez va más lejos: demuestra que entonces se utilizaban diversas denominaciones para encubrir la identidad hebrea: "vizcaínos", "faraones", "diegos" y, más adelante, "portugueses". Su lectura de los documentos lo lleva a deducir que la primera población del Nuevo Mundo, el fuerte Navidad, donde el Almirante dejó unos 39 "vizcaínos" (tripulantes a quienes les estaba vedado retornar a España), sería, también, el primer asentamiento judío de América. En su segundo viaje Colón encontró a la precaria villa arrasada y sus habitantes muertos.

En las costas de Brasil

Apenas ocho años después del Descubrimiento, Pedro Alves Cabral llegó a las costas del Brasil. Para tantear la recepción que le brindarían los nativos decidió arrojar al mar a uno de los judíos que había reclutado como intérpretes, astrónomos, cartógrafos o simples marinos. Se trataba de Diego Alvarez Correa, quien, a pesar de sus ruegos y llantos, fue el primer europeo en probar las aguas que lamen las costas de la futura ciudad de Bahía. Nadó hasta la costa y los indios lo apodaron "Caramurú", que significa "pez aparecido entre las rocas". Caramurú se unió después a una india y recorrió la feérica región. En 1503 concluyó un informe lleno de esperanzas para sus hermanos oprimidos en Portugal y consiguió entregarlo a un barco francés que se arriesgaba por la zona. El comandante no entendió la jeringonza del documento, pero las autoridades de Francia lograron descifrarlo y, entusiastas, prepararon el viaje de Durand de Villegueignon al frente de 600 soldados. Durand penetró en el río Guanabara sobre cuyas márgenes sería fundada Río de Janeiro. En los mapas diseñados en Salviata (1525), en una reedición española hecha en Weimar (1527) y también en una carta al emperador Carlos V, al Guanabara se lo llama "Río de la Judía".

Gregorio Marañón, refiriéndose a los monarcas que condujeron su patria por el despeñadero de la decadencia, afirmó que eran "tan buenas personas como malos gobernantes". El sultán otomano se burlaba de los Reyes Católicos por mandarle gente valiosa sin pedir nada a cambio. Los soberanos de Portugal permitieron el ingreso de interminables caravanas, pero, tras unos años de hospitalidad, las sometieron a una política arbitraria y cruel, en la que ni se les permitía seguir como judíos ni cruzar las fronteras bajo jurisdicción de la corona; ante el creciente fanatismo inquisitorial muchos optaron por irse al remoto Brasil. Pero bastó que las inspecciones informaran sobre el nacimiento de comunidades libres para que los garfios de la persecución ingresaran en el Nuevo Mundo. Holanda acudió en ayuda de las víctimas, estimulada por su propia y ascendente comunidad judía. La guerra duró años. Cuando los portugueses consiguieron expulsar a Holanda, la resistencia judía prosiguió aún, heroicamente, como si encendiera la más remota premonición de las luchas por la libertad que dos centurias más adelante soplarían en el continente.

Desde Brasil muchos judíos empezaron a desplazarse hacia el punto más alejado de las zarpas inquisitoriales, que era el brumoso puerto de Buenos Aires, y desde allí a la ciudad más distante de vigilancias metropolitanas: Córdoba, y también otras poblaciones del inabarcable Virreinato del Perú.

Otra corriente optó por el mar Caribe, en especial la isla de Curazao, controlada por holandeses; en esta isla aún existe la sinagoga más antigua de América, cuyo piso de tierra ha sido acariciado por generaciones de peregrinos. Algunas zonas aledañas, como la provincia de Antioquía, por ejemplo, fueron –al decir de Jorge Isaacs– "fecundo enjambre del pueblo perseguido" y se iluminaron con pueblos cuyos nombres evocaban la antigua tierra de Israel.

En abril de 1624, al caer la resistencia judía en Brasil, empezó el viaje de 23 personas que la posteridad ha bautizado como los "Pilgrim Fathers". Tras cinco meses de turbulenta navegación llegaron a New Amsterdam, futura New York.

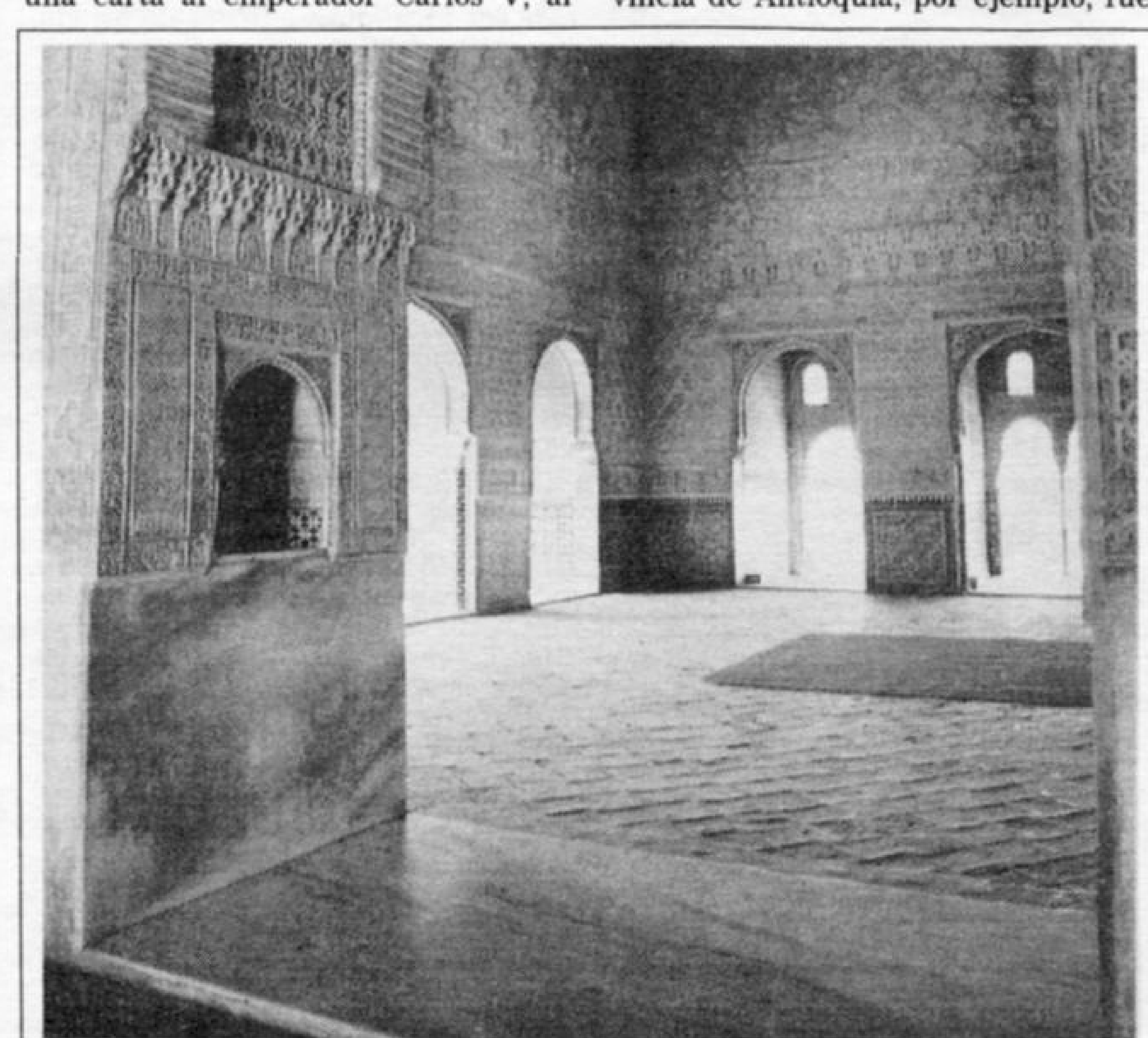
De las tinieblas a la luz

Los judíos en América tuvieron que soportar durante tres siglos la sistemática persecución del Santo Oficio, que no sólo se ocupaba de encarcelar, torturar y castigar conversos sospechosos, herejes, blasfemos y pecadores de diversa ralea, sino de afiebrar el continente con un terror ubicuo e insomne que quemaba todo brote de libertad, disenso o expansión creativa. Tanto emponzoñó la mente con prejuicios que el progresista virrey Vértiz, aun en 1783, estipulaba que ". . . los que hubieren de recibirse en el Colegio (entonces Real Colegio Convictorio Carolino, y ahora Nacional de Buenos Aires) harán antes información de ser cristianos viejos, limpios de toda mácula y raza de moros y judíos, no ser recién convertidos a nuestra santa fe católica, y que no tienen su origen en penitenciados por el Santo Oficio".

Por esa misma época –¡vaya contraste!– George Washington se dirigía a los judíos de Newport con estas palabras: "Pueden los hijos de la estirpe de Abraham, que habitan en este país, continuar mereciendo y gozando de la buena voluntad de los otros habitantes, y así cada uno podrá sentarse seguro bajo su propia vid e higuera, y no habrá nadie que lo hará temer".

En la Asamblea Constituyente de 1813, reunida en Buenos aires, se adoptaron medidas revolucionarias: soberanía, Himno y Escudo nacionales, moneda propia, abolición de los títulos de nobleza, libertad de vientres y destrucción de los instrumentos de tortura. Pero llama la atención que no se mencione en textos de enseñanza ni en discursos patrióticos, con el énfasis debido, la decisión del 24 de marzo suscripta bajo la presidencia de Tomás Valle y la secretaría de Hipólito Vieytes. Dicho decreto histórico ordena: "Queda desde este día absolutamente extinguida la autoridad del Tribunal de la Inquisición en todos los pueblos del territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata y, por consiguiente, se declara devuelta a los ordinarios y eclesiásticos su primitiva facultad de velar sobre la pureza de la creencia por los medios canónicos que únicamente puede, conforme al espíritu de Jesucristo, guardando el orden y respetando el derecho de los ciudadanos".

Hacia fines del siglo XIX, la creciente apertura inmigratoria de América y la crisis económico-política de Europa inicia una trasvasación que marca el nacimiento en esta parte del planeta de comunidades judías libres, numerosas y organizadas, dignas del acervo milenario que custodian y comparten con el resto de la sociedad.



La Alhambra. En esta sala los Reyes Católicos firmaron el edicto de expulsión de los judíos el 31 de marzo 1492

(*) Argentino, ensayista, narrador, psicoanalista.

LA ESPIRITUALIDAD

El desafío de la evangelización

Por Gabriel Guarda O.S.B. (*)

EL bautismo del Nuevo Mundo supuso un largo y trabajoso proceso de evangelización cuyos detalles generalmente se desconocen; la documentación eclesiástica y misional es abrumadora, pero en ella no siempre se explica cómo se evangelizó.

Su investigación permite deducir que pasados los primeros ensayos y descartados los métodos que se demostraron inoperantes prevalecieron sólo los que rindieron buen resultado, imponiéndose en todo el continente.

Por otra parte, debe tenerse en cuenta que, afortunadamente, los descubrimientos geográficos fueron graduales, de manera que la respuesta misional pudo ir desarrollándose orgánicamente, adaptándose en la práctica a las diversas necesidades, a medida que iban manifestándose; todo debía hacerse *ex nihilo*, pues no había mucho recuerdo de cómo había sido la cristianización de Europa durante la alta Edad Media, obra de los monasterios benedictinos dentro de un proyecto programado para siglos.

Acá, en cambio, a medida que se revelaba la verdadera magnitud del territorio y su variedad de pueblos, es perceptible cierta prisa, de ninguna manera aconsejable para una conversión verdaderamente profunda; en el siglo XVII, en cambio, se notará una apreciación más total, imponiéndose un ritmo tranquilo, igualmente proyectado a los siglos por venir.

Es necesario destacar la clarividencia de Roma al delegar en la Corona de Castilla una misión para la cual paradójicamente la sede de Pedro carecía de medios; España, en cambio, que desde el siglo XIV contó con el primer Colegio de Misiones de Europa –Miramar, en Mallorca– y con la experiencia evangelizadora de las Canarias, como al siguiente, desde 1414, con el colegio franciscano de San Buenaventura, para el mismo fin, resultaba ser, dentro de aquella limitada práctica, la única nación con algún conocimiento en la materia a ello debía agregarse la situación privilegiada de su Iglesia como fruto de la reforma del cardenal Cisneros.

Sorprenderán desde todo punto de vista las disposiciones extraordinarias con que los sumos pontífices responderán, aun después de la independencia, a los requerimientos pastorales del Nuevo Mundo.

Después del primer momento, de conversiones masivas en México y el Perú, es perceptible un procedimiento bastante prolijo en la preparación para la recepción de los sacramentos, conferidos tras larga deliberación. Paralelamente, mientras en las fronteras del descubrimiento y la colonización se producen los primeros anuncios de la buena nueva, en las comunidades ya estabilizadas se vela por la profundización de la vida de fe, más allá de la instrucción de los *rudibus* y aun de las exigentes "reglas cristianas breves"; concilios y sínodos provinciales revelan estos matices y las exigencias que impone la vivencia de la fe.

Esta es predicada por obispos, clero secular y órdenes religiosas según los métodos propios del cargo o de los diversos institutos, incluido el supuesto teológico de las distintas escuelas, especialmente definido en los franciscanos y dominicos como, más adelante, en los jesuitas. Las experiencias de Vera Paz, las ciudades-hospitales o de la Santa Fe, o las reducciones de los jesuitas en Paraguay o de los capuchinos en Venezuela, en fin, las misiones de los franciscanos de *Propaganda Fide*, reflejan desde diversos ángulos los logros más audaces, la concreción de verdaderas utopías, de la vasta acción misional española que en materia de rendimiento difiere de un lugar a otro no por deficiencia del personal apostólico, sino por la respuesta de los neófitos.

Resistencia a la predicación

En efecto, pueblos como los del norte de Nueva España, los de la legendaria Araucanía y aun del Paraguay antes de la intervención de los jesuitas se revelan como tenaces en su resistencia a la predicación, mientras que entre sus vecinos ésta resultaba exitosa.

Especialmente meritorio en esta aproximación al indio sería el esfuerzo de los misioneros por el conocimiento de sus idiomas, tradiciones y creencias: en los títulos de los primeros impresos americanos sorprende el hecho de que la mayoría corresponda a diccionarios, confesionarios y sermonarios en las más variadas lenguas, como después a libros de devoción. Los estudios de los padres José de Acosta o Bernardino de Sahagún representan el más alto avance realizado en el siglo XVI dentro del conocimiento de la idiosincrasia indígena y sus creencias precedentes al arribo europeo; al mismo tiempo la defensa del indio sería desde un principio afán principal de obispos y sacerdotes.

Pero sin duda la mejor expresión, a la vez que los métodos y los frutos de la evangelización, la ofrecen las manifestaciones artísticas y el testimonio de santidad. Percatados del interés de los naturales por la música, la danza, el drama, la pintura o la escultura, los agentes responsables las incorporan rápidamente como útiles herramientas para sus tareas apostólicas.

En el Perú esto es especialmente patente en el caso de la pintura, donde el Provincial de la Compañía de Jesús explicará al padre general "lo mucho que pueden para los indios las cosas exteriores y en especial las pinturas, de suerte que mediante ellas cobran estima y hacen concepto de las espirituales".

Como se sabe, la respuesta al pedido de maestros fue el envío de tres eximios artistas, Bitti, Medoro y Pérez de Alesio, fundadores de la escuela cuzqueña, que pronto generará grandes maestros indígenas y mestizos que sellan con su característica impronta el arte virreinal. Sus extraordinarias telas de devoción apoyan didácticamente la comprensión de los misterios de la fe y la vida de los santos y, al igual que la de Quito, exportará a las provincias vecinas ingente cantidad de cuadros, muchos seriados, que catequizan a sus habitantes a la par que enriquecen el patrimonio artístico.

Si a ello se une la magnificencia de los templos, sus retablos y altares, su imaginería y orfebrería, todo unificado en el esplendor del culto, puede apreciarse el aporte que este aspecto de la predicación significa desde el punto de vista cultural.



Alegoría sobre la labor de los jesuitas entre los guaraníes. Litografía de Magud, siglo XIX

Si se agrega que es en esos mismos locales, donde capillas musicales, organistas y cantantes interpretan las creaciones de los maestros en el género, mientras en autos y aun óperas se representan misterios o se celebran fiestas religiosas, se tendrá una idea del papel desempeñado por la Iglesia en este plano.

Aun ha sido vista en la concepción urbanística de las ciudades una idea religiosa, por el número de las iglesias, subrayada por las plazas adyacentes y capillas abiertas, donde desbordan multitudes en las celebraciones cuaresmales o los ciclos de Pascua y Navidad. Las ermitas que reciben a los caminantes o coronan los cerros más próximos, o series monumentales como la Calzada de los Misterios, en México, organizan la ciudad desde un punto de vista estacional, si no procesional; de hecho, en las grandes festividades todos sus espacios públicos devienen en auténticos templos.

Debe tenerse en cuenta que los descubrimientos geográficos fueron graduales, de manera que la respuesta misional se pudo ir desarrollando en forma orgánica.

En la práctica de la caridad, de las fundaciones hospitalarias a las casas de misericordia o recogimiento, son múltiples las instituciones que ampara la Iglesia, todas servidas por hermandades y asociaciones, las más de las veces seglares, de alta exigencia espiritual.

Aunque abundan vidas edificantes, objeto de innumerables escritos, será el testimonio de los santos el índice más alto de la espiritualidad indiana: Rosa de Lima, Mariana de Jesús, Martín de Porres, Francisco Solano o Luis Beltrán constituyen los más altos ejemplos de testimonio evangélico.

La cristiandad indiana sufrirá una gran crisis por efecto de las convulsiones políticas de la independencia, en que por una variada serie de factores en la práctica es abandonada la misión entre los indios, revirtiendo no pocas veces antiguas prácticas gentiles, antes controladas por los pastores con vistas a su completa asimilación, al igual que las tradiciones paganas europeas, completamente cristianizadas en la Edad Media.

Este visible deterioro, manifestado en todos los planos pastorales, será el inmediatamente recibido, motivo por el cual se suele atribuir al período español defectos que en realidad corresponden al siglo XIX, si es que no al XX.

Con todo, la más elocuente ilustración del éxito general de la primera evangelización lo constituye el hecho de que hoy América cuente con 378 millones de católicos, calculándose que al comenzar el tercer milenio la mitad de la población católica del mundo estará aquí.

Acertadamente los últimos pontífices han llamado a las antiguas Indias "el continente de la esperanza".

(*) Chileno, historiador.

LA NACION

La religiosidad popular como patrimonio

Por Pedro Morandé (*)

EL barroco mestizo hispanoamericano es una de las expresiones culturales que revelan con mayor hondura el encuentro y síntesis entre las tradiciones culturales diversas que se pusieron en contacto en nuestra región.

En muchos países se conserva hasta hoy el esplendor de los templos cuyos altares fueron revestidos de oro y plata, cuyas bóvedas y columnas pintadas recogen la flora y fauna locales, figuras míticas de variado origen y la exuberancia de la naturaleza americana, y cuyos muros fueron adornados con hermosos cuadros de escuelas y pintores mestizos.

Cabe, sin embargo, hacerse las preguntas: ¿está vivo acaso este patrimonio cultural? ¿No representa un mero testimonio del pasado? ¿Es nuestro barroco un monumento sólo para turistas?

La expresión "religiosidad popular" no es restrictiva. Se refiere a la conciencia y experiencia religiosa de los "pueblos" y se la vincula con su identidad histórica.

Hay que reconocer que no son muchas las expresiones culturales que nos permiten comprender hoy día la síntesis cultural barroca. Un racionalismo exacerbado ideológicamente, durante el siglo último, y una invasión de cultura audiovisual envasada, en el presente, han desdibujado de nuestra conciencia el sentido y la riqueza del patrimonio representado por el barroco.

No obstante, una tradición cultural tan fuerte no puede desaparecer sin dejar huellas. Encuentra sus propios canales de expresión. Y, tal vez, el más privilegiado de ellos sea, precisamente, la religiosidad popular.

Quisiera advertir que el calificativo "popular" de la religiosidad no está empleado aquí con el propósito de restringir su realidad sólo a un cierto sector de la población, definido con criterios socioeconómicos. La expresión "religiosidad popular", por el contrario, no es restrictiva. Se refiere a la conciencia y experiencia religiosa de los "pueblos" y, en este sentido, se vincula muy íntimamente con su identidad histórica y cultural.

Sentido de pertenencia

Sabido es que la conciencia religiosa desarrolla un profundo sentido de pertenencia, de participación en una realidad que trasciende los criterios e intereses individuales. Aprecia también compartir la vida y el destino con otros. Propone un sentido y una interpretación a cada acontecimiento histórico. Por ello, todos los estudiosos han reconocido en la conciencia religiosa uno de los fundamentos de la cultura.

Pues bien, puede afirmarse que la síntesis cultural del barroco mestizo hispanoamericano tuvo un fundamento religioso.

Reconociendo que en muchos ámbitos se produjo una discontinuidad y ruptura de las tradiciones culturales amerindias, en el ámbito religioso, en cambio, fue posible encontrar principios de continuidad y de integración, que no sólo sustentaron la cohabitación o convivencia entre tradiciones culturales distintas, sino que dieron sustento a la novedad del mestizaje.

La devoción a la Virgen de Guadalupe, por ejemplo, es una clara expresión de esta experiencia histórica de integración de culturas distintas, al mismo tiempo que una explícita valoración de la tradición indígena y del mestizaje. Con variaciones regionales, pueden encontrarse rasgos de significación equivalente en la mayoría de las devociones y de los santuarios marianos.

Tal vez sea oportuno recordar que Hispanoamérica no conoció la Reforma. También quedó preservada de la experiencia europea de la guerra religiosa y del principio jurisdiccional que obligaba a los súbditos a tener la religión del príncipe.

Esto dio a nuestro barroco un sentido diferente al que adquirió en Europa, aunque compartiera también con él algunos de sus rasgos. La religiosidad hispanoamericana no dividió territorios, ni justificó tampoco la adquisición de los mismos.

Presencia integrativa

No predicó la indiferencia frente al mundo profano, ni tampoco lo exaltó como lugar de la gloria o como indicador de la bienaventuranza. Su presencia fue más bien integrativa y civilizadora, asumiendo la defensa de los derechos de la población aborigen ante el abuso o el maltrato recibido de algunos encomenderos o ante la "caza de esclavos" de los bandeirantes brasileños. A pesar de que se habla tanto del régimen de "patronato" que vinculaba a la Iglesia con la Corona, no fue la religión un arma de gobierno, como explícitamente se planteó en Europa, sino una expresión del encuentro y síntesis entre tradiciones culturales diversas.

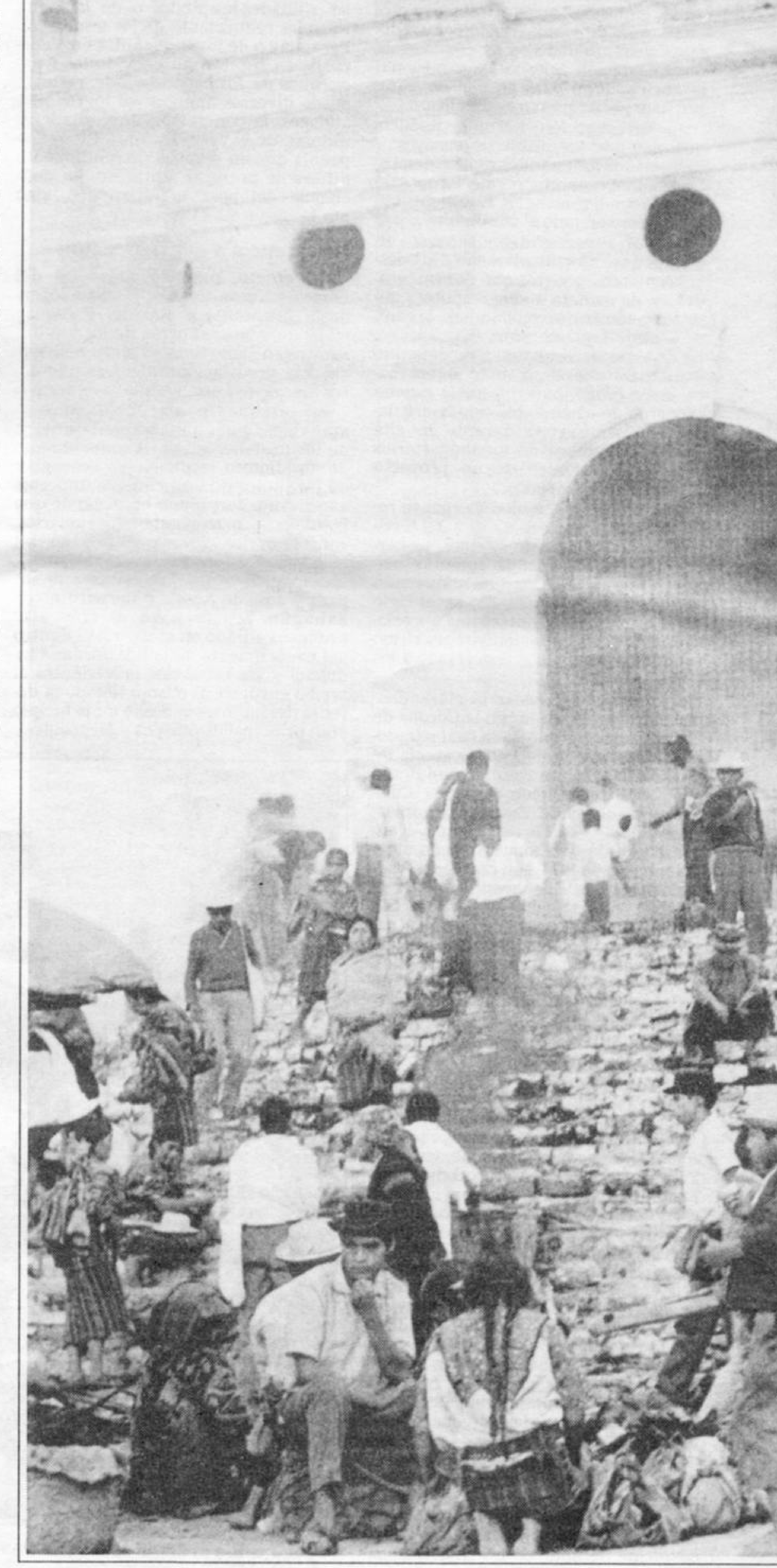
Como es visible hasta en la actualidad, la religiosidad popular ha organizado el espacio y el tiempo de la población. Es fundamental, a este respecto, comprender la noción de lo sagrado.

Las culturas amerindias, como se sabe, veneraban la naturaleza como lugar de la vida y de la fecundidad, es decir, como hábitat humano, hasta el punto de hablar de ella como de la madre (Pachamama). Pero era también y simultáneamente el hábitat de los espíritus y divinidades, con quienes el hombre tenía que compartir el espacio. Por ello, en la topografía podía leerse la jerarquía de la vida y el puesto del hombre entre los dioses.

Tiempo compartido

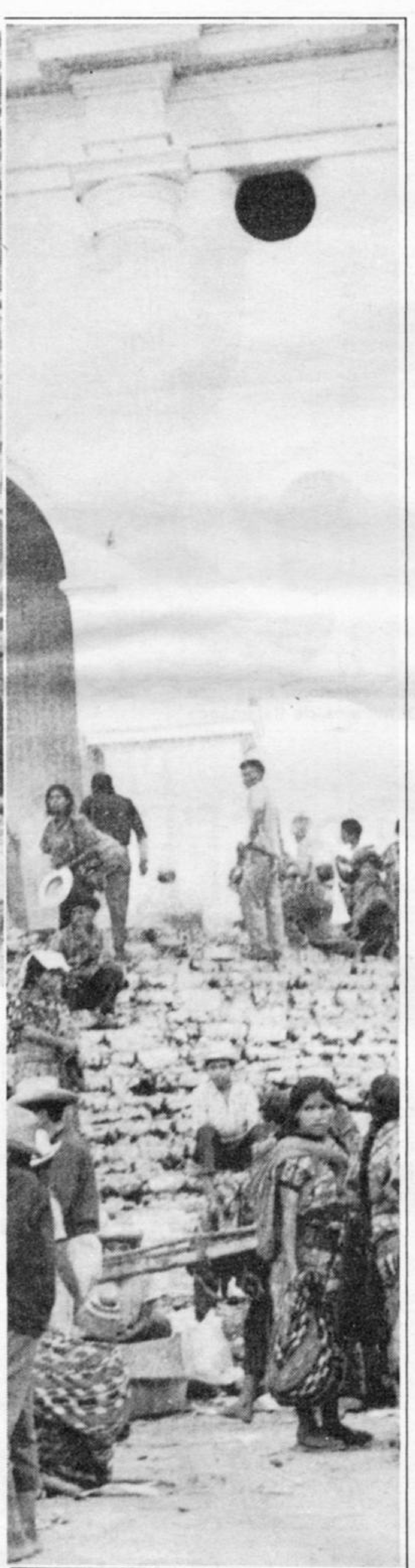
Por su parte, el tiempo también era compartido por la naturaleza, el hombre y las divinidades. La acomodación de la vida a los ciclos de fertilidad de la tierra, sea en el ámbito agrícola o en el de la recolección y la caza, imponía al hombre el ritmo de la vida cíclica que, en combinación con el movimiento de los astros, determinaba el calendario, especialmente, la sucesión entre el trabajo y la fiesta.

La presencia del cristianismo no alteró sino que confirmó el sentido religioso del espacio y del tiempo. De modo expreso e intencional, en ciertas



La religiosidad del indio maya sigue siendo profunda

cultural del Barroco



ocasiones, o en forma inconsciente en otras, los lugares del culto cristiano se ubicaron en el mismo sitio que ya había sido consagrado por la religiosidad amerindia, y el calendario de las fiestas tuvo en cuenta también los ciclos de la vida agrícola. A su vez, el ritmo litúrgico del día quedaba determinado por la presencia de la luz del sol, lo cual no era distinto del ritmo cotidiano establecido para la población aborigen.

Lejos de Hispanoamérica quedó la experiencia europea de medir el tiempo desde la rentabilidad del dinero o del préstamo a interés. Una fórmula semejante de organización social suponía un grado de secularización de las estructuras que no existía ni entre las culturas amerindias ni en el cristianismo barroco hispanoamericano.

El Concilio de Trento no hizo más que refirmar estas tendencias, al destacar la dimensión sacramental y sacrificial de la vida humana, manteniéndose así una referencia constante de la sociedad al universo sagrado.

El lenguaje del barroco mestizo hispanoamericano fue antes simbólico que ideológico y, por esta razón, ha tenido en la religiosidad popular un canal privilegiado de transmisión de la memoria cultural de este periodo verdaderamente fundacional.

La religiosidad popular hispanoamericana tiene, en efecto, una estructura cúltica. A diferencia del pietismo y del puritanismo europeo y norteamericano, la piedad popular entre nosotros es eminentemente ritual. Se manifiesta en las romerías y procesiones, en los bailes, en la exposición de exvotos, en las bendiciones, en la sanación de los enfermos, en las devociones penitenciales, en el esplendor de la fiesta. No hay rastro de moralismo en ella.

Por el contrario, ha llegado a ser criticada, en ocasiones, por ser relativamente indiferente frente a conductas permisivas que suelen acompañar las grandes aglomeraciones de personas. También se le ha reprochado la invariable presencia en la fiesta religiosa del comercio ambulante y hasta de los juegos de azar. La religiosidad barroca hispanoamericana está orientada a la experiencia del misterio, a la manifestación del poder salvador divino y no a la moralización de las propias conductas o de las ajenas. Por ello, aunque a veces se la ha intentado utilizar con fines pedagógicos, ha preservado su carácter litúrgico que entronca con las más antiguas tradiciones religiosas amerindias.

Si en el barroco europeo se intentó constituir una mediación entre las tradiciones populares de la oralidad y el fundamento clásico de la naciente cultura escrita, en Hispanoamérica predominó la tradición oral.

De ahí el importantísimo papel desempeñado por las oraciones memorizadas, por el canto a lo humano y a lo divino (décimas), por el teatro popular, tanto sagrado como profano, por la rutina de las devociones y de la piedad, por el catecismo, que fue siempre entre nosotros un texto para ser recitado. Aún hoy la religiosidad popular conserva iguales características. Vive de la oración antes que de las fórmulas teológicas, de la fatiga del peregrino y del promesante, antes que de las preguntas y de las "cuestiones disputadas" de los intelectuales.

De cara al misterio

Esto no significa, sin embargo, como tantas veces se escucha decir, que su lógica sea afectiva antes que racional. Se trata de una estructura perfectamente racional de cara al misterio.

Sólo que su lenguaje no es el de la cultura escrita, sino el de la oralidad. En rigor, ha hecho de la liturgia su lenguaje, a diferencia de la religiosidad de las elites, que suele desplegarse en el doble registro, paralelo y yuxtapuesto, de la liturgia y del sermón.

Desde la aparición de las corrientes ilustradas en la segunda mitad del siglo XVIII no son muchas las oportunidades que ha tenido la tradición oral hispanoamericana de afirmarse en relación con la naciente cultura escrita.

Por causa de un conjunto numeroso de factores históricos, entre los cuales merece tal vez una especial mención la insuficiente influencia cultural de las universidades hispanoamericanas entre la población mestiza y analfabeta, aún está pendiente de resolución entre nosotros la mediación entre oralidad y literalidad.

La participación en la cultura del texto se ha utilizado como señal de distinción social y como forma de diferenciación de los grupos altos frente al mestizaje, sobre todo cuando se abrieron oportunidades efectivas de movilidad social ascendente.

Interrogantes

El precio ha sido la falta de integración de las culturas orales en la cultura escrita que ha formado los Estados nacionales dotándolos de su actual estructura jurídica. Como lo han hecho notar distinguidos intelectuales en el último tiempo, la porción de la población hispanoamericana que vive en la llamada "informalidad" o economía extralegal, se acerca al cincuenta por ciento. ¿No tiene relación esta falta de integración con el inevitable conflicto cultural que se produce cuando la cultura escrita, que en nuestro caso se identifica con el orden institucional, en lugar de recoger y valorar las centenarias y hasta milenarias tradiciones orales, las tiene por obsoletas o por superfluas y hasta por irracionales? ¿No queda planteado, de esta manera, un verdadero conflicto de racionalidades?

Desde hace una década han vuelto a soplar sobre los países hispanoamericanos aires de modernización. Es posible que este proceso alcance a toda la población. Mas por ahora parece circunscribirse porfiadamente a los círculos de la literalidad.

El lenguaje del barroco mestizo hispanoamericano fue antes simbólico que ideológico y ha tenido en la religiosidad popular un canal privilegiado de transmisión de la memoria cultural.

A diferencia de lo que algunos puedan pensar en el plano económico, la distancia entre la oralidad y la literalidad no se disminuye por "chorreo". Ambas formas de cultura tienen su propia racionalidad. Del mismo modo como ocurre en el proceso de crecimiento de cada persona, el estrato más hondo está constituido por la tradición oral.

En ella aprendemos a asumir, comprender y valorar nuestra presencia y la de los demás. La escritura adviene con posterioridad y no encuentra una "tabula rasa" sino una conciencia formada en el diálogo con la tradición encarnada en las generaciones mayores.

Los silogismos de la argumentación están precedidos de la valoración de la "presencia". Por eso se requiere un esfuerzo cultural consciente y perseverante de integración, un aprecio efectivo de la sabiduría transmitida oralmente en el contacto de las generaciones.

La religiosidad popular representa, por lo dicho, un testimonio vivo del pasado que culturalmente nos ha constituido, una invitación a comprender el misterio de la vida humana desde el lenguaje litúrgico y simbólico que ordena el espacio y el tiempo al encuentro del hombre con el Absoluto.

Pero es también un testimonio incómodo de la presencia de una oralidad no integrada a la "modernidad" de los Estados nacionales, que reclama ser apreciada y valorada no como espectáculo y folklore, sino como sabiduría y experiencia viva. En ella se reconoce el hombre mestizo hispanoamericano, con sus angustias y sus esperanzas.

La conmemoración del V Centenario de Hispanoamérica es una gran oportunidad para comprender el secreto de su racionalidad.



La fe cristiana

(*) Chileno, sociólogo.

LA NACION

La aventura del hombre en busca de la

Por J. Vicente Ugarte del Pino (*)

TRATAR de describir la peripecia del Derecho, a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo, es como tratar de escribir la historia de la aventura del hombre en busca de la Justicia.

En estos quinientos años, nunca el Derecho jugó un papel más importante que cuando las naves de Colón retornaron de su primer viaje.

Los Reyes de Castilla y Aragón, empeñados en culminar una vieja guerra con los árabes, no atendieron al problema de las rutas del mar, como lo habían hecho los portugueses, quienes, concluida la expulsión de los "moros" de su territorio, se propusieron alejarlos lo más posible de las costas africanas frente a Portugal.

Los nombres de Enrique, el Navegante y de los marinos Sagres han quedado inscriptos en los descubrimientos de las islas de Cabo Verde, las Azores y el Cabo de las Tormentas al sur del Africa, y, por todo ello, el Papa Sixto IV les otorgó en 1481 el derecho a navegar por la mar-océano con exclusión de todos los otros príncipes cristianos bajo anatema de excomunión.

El Derecho acompañó desde los primeros años del Descubrimiento la evolución de la vida política y social del abigarrado y lejano Nuevo Mundo.

Como vemos, el premio que pudieron recibir los Reyes Católicos por el apoyo al viaje colombino pudo ser la "ex-comunión", lo cual equivalía a la pérdida de sus respectivas coronas a beneficio del Rey Juan II de Portugal.

Sólo la mano diestra de un hombre arquetipo del Renacimiento, como lo era Fernando V de Aragón, pudo salvar ambos reinos de este peligro. Un conjunto de Bulas, que a lo largo de 1493 sumaron cinco, fueron el marco del debate en el cual, mediante la bula "Intercaetera" del 3 de mayo de 1493, se dividió el mundo entre castellanos y portugueses por donación papal. Esta bula es importante, porque, en primer lugar, trazó la primera frontera americana antes de que la "Tierra Firme" fuera descubierta en los ulteriores viajes de Colón.

Esa frontera vino a ser luego la que separó al Perú del Brasil en la Amazonia; en esa misma bula se dispuso que la donación era para los reyes de Castilla y sus descendientes, por lo que fue el derecho castellano y no el aragonés el que pasó al Nuevo Mundo y finalmente trajo la institución del "Patronato" sobre la Iglesia, que en el caso del Perú sobrevivió hasta la Constitución de 1933.

Sorda lucha

Dado el carácter misional de las bulas, desde su otorgamiento se inició una sorda lucha entre la Iglesia y la Corona por controlar los actos de los colonizadores. Sin embargo, podríamos señalar, con fecha precisa del inicio de la lucha por la justicia social en el mundo moderno, el sermón de las navidades de 1511 pronunciado por fray Fernando de Montesinos en La Española, poniendo en duda la salvación del alma del Rey de España por los abusos de los encomenderos.

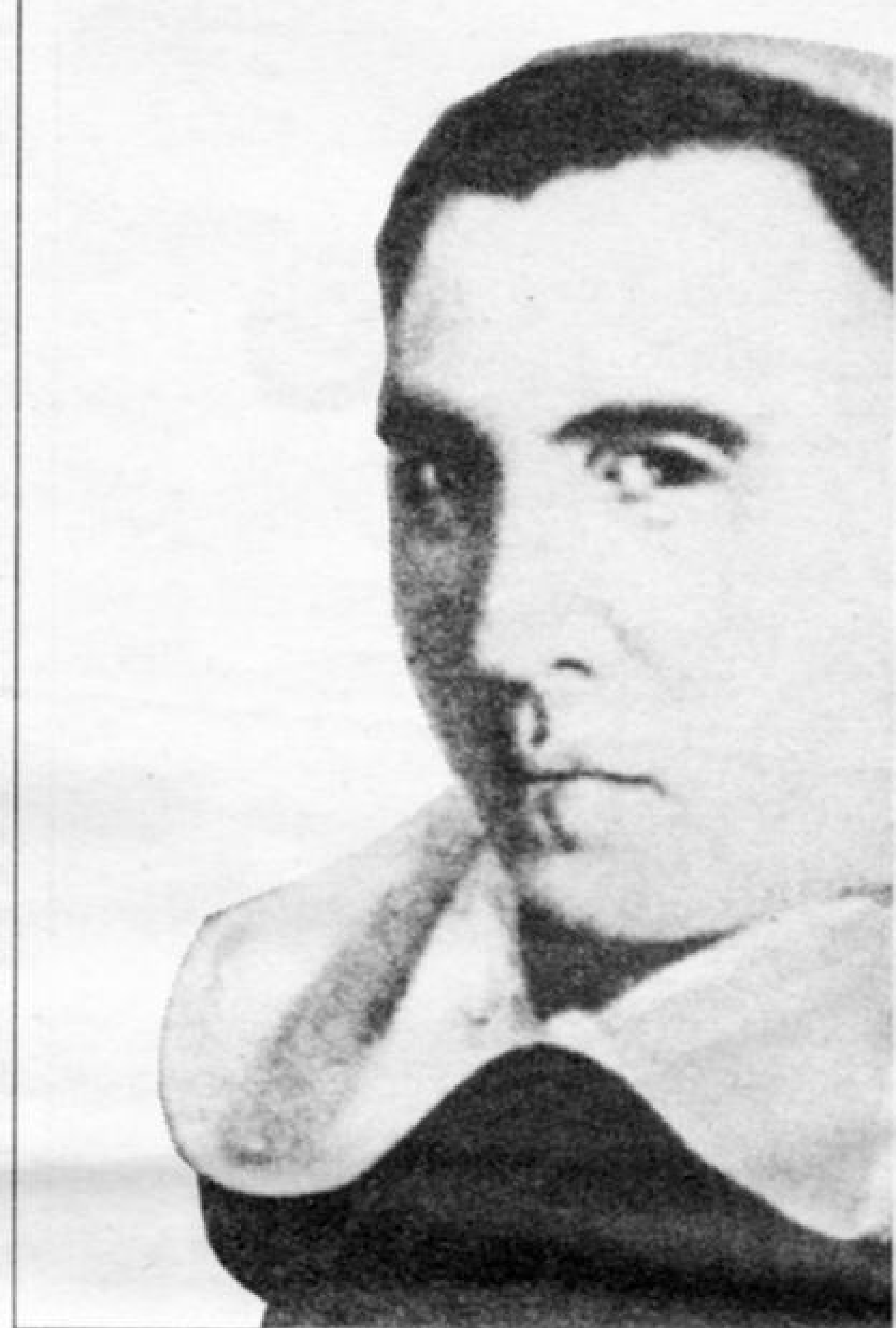
Esta voz de alerta trajo todo el movimiento en el que participaron Las Casas, Melchor Cano y fundamentalmente fray Francisco de Vitoria con sus célebres "Reelecciones" en Salamanca, lo cual iba a repercutir en el resto de Europa.

Si esto se producía en el fuero interno desde la asunción al trono de España del nieto de los Reyes Católicos Carlos I, que se ciñe la Corona Imperial de la Casa de Austria como Carlos V de Alemania, ya no sólo va a tener rivales de la talla de Enrique VIII de Inglaterra y Francisco I de Francia, que van a empezar a discutir el problema de la libertad de los mares, tema que se agrava con el retorno de la expedición de Magallanes-Elcano, demostrando la redondez de la Tierra y creando el problema de saber si las islas Molucas, las famosas "islas de las especies", quedaban del lado portugués o castellano.

Es así como al influjo del derecho va a progresar la navegación marítima, van a aparecer las tablas de Mercator y la necesidad de medir la redondez de la Tierra.

En medio de esta inquietud aparece el holandés Cornelius van Bynkershoek, que discute que el poder del Estado frente al mar no llega más allá de su capacidad de "aterrar" al enemigo frente a sus costas, lo que en la práctica significó el disparo de un cañón de la época que sólo llegaba a tres millas: había nacido el "Mar Territorial". Fueron los tiempos de las tesis del "Mare Clausum" y el "Mare Liberum" de Vázquez de Menchaca y de la aparición del discutido derecho del mar hasta hoy insoluto.

De otra parte, pasada la etapa del descubrimiento con Carlos V, se organiza el Imperio y vienen a América hombres como Francisco de Toledo que, con sus "Célebres ordenanzas", suple la falta de un código continental que es precisamente un proyecto que inicia contemporáneamente Juan de



Unico retrato de Francisco de Vitoria, existente ... Dominicos, de Salamanca





Tres aspectos de la actividad del corregidor en provincia (Dibujos de Felipe Guamán Poma de Ayala)

Justicia


en el Claustro del Convento de Padres



Ovando y Godoy bajo el apoyo ya de Felipe II. Este monarca se va a caracterizar por el seguimiento que hace al cumplimiento de la Ley, desvirtuando aquel lugar común que sostenía que en América "La ley se acata pero no se cumple". El "Juicio de Residencia", el "Protector de Indios" y los "Visitadores" fueron la mejor forma del control del cumplimiento de la legalidad indiana.

Luis Capoche, en su *Relación general de la Villa de Potosí* nos demuestra cómo al amparo de las "Ordenanzas de Minería" en el famoso cerro de Potosí, entre los quinientos setenta y siete concesionarios cuya nómina la encabezaba el propio Rey y altos funcionarios de la Corona, seguida por viudas de colonos, humildes eclesiásticos, florentinos, ingleses, portugueses y holandeses existen modestas compañías formadas por indios.

Lo interesante de estos datos es que la mayoría de las explotaciones eran indirectas; la razón era obvia, ni el Rey ni los altos funcionarios de la Corona podían venir desde España ni a Potosí ni a Huancavelica a controlar la explotación de la mina, por lo que siempre se encargaba una compañía al mando de un "capataz" o "capitán" de Minas, de efectuarla. Esto dio origen a una clase media que ha pasado ignorada por historiadores y sociólogos.

El "Protector de Indios" es una figura que la estudia Solórzano y Pereyra en su *Política Indiana* y sostiene que su origen se encuentra en el derecho Romano, cuando en el año 368 el emperador Valentiniano (364-375) dictó una Constitución regulando legalmente la institución del "Defensor plebis".

Control de la legalidad

Nosotros creemos que por ser la persona encargada de controlar la administración y de defender a los indígenas, a la hora de aplicar individualmente un derecho reconocido por la ley, esta figura es comparable al "Defensor del Pueblo" u "Ombudsman".

De este control de la legalidad indiana arrancan las leyes consignadas en el Título XVI, del Libro III, de la recopilación de Leyes de Indias, dadas en Madrid en 1541, y las Leyes VI y VII, dadas en Burgos en 1592, en las que se consagra el principio del secreto de la correspondencia y su inviolabilidad, castigándose con penas duras como la de galeras, a quienes interfieran o abrieran pliegos o cartas procedentes del Nuevo Mundo y dirigidas a Su Majestad o a los miembros del Consejo.

Es notable la rapidez de la difusión de la cultura y de la fe. Si comparamos la fecha del descubrimiento del Perú, en 1532, la fundación de la ciudad de Lima en 1535 y la de la Universidad Mayor de San Marcos en 1551; los trescientos años del Virreynato no fueron tres centurias de quietud escolástica sino de debate jurídico. Si en Lima aparece en el siglo XVI el doctor Feliciano de la Vega y Padilla, que a decir de su sucesor, Antonio Diez de San Miguel y Solier, era el "lucerna iuris limensis", pronto aparecen los discípulos, unos oriundos de Panamá, como Alonso Coronado de Ulloa o Gerónimo de Rosas y Acevedo, natural de Buenos Aires. Igualmente salen, de San Marcos, Fray Luis López de Solís y Fray Salvador de Rivera, que intervienen en la fundación de colegios mayores, que posteriormente dieron origen a la Universidad de Quito.

Pasada la etapa del descubrimiento con Carlos V, se organiza el imperio y vienen a América hombres como Francisco de Toledo con sus "Célebres ordenanzas".

El mejor libro de la época sobre la lucha entre la Iglesia y la Corona fue el del quiteño Fray Gaspar de Villarroel, publicado en 1616 y titulado *Gobierno eclesiástico pacífico y unión de los dos cuchillos pontificio y regio* comparable con el de Villarroel es el del oidor de Quito Pedro Frasso, que publica en 1677 *De Regio Patronatum Indiarum*. De su gran erudición quedan en su obra más de cien citas por página.

Muy larga sería la lista de maestros, obras y autores como Ambrosio Cerdán y Simón Pontero que en 1784 resolvió viejas pugnas ancestrales, entre las comunidades andinas y los habitantes de los valles, con sus célebres "Ordenanzas de Aguas", o la obra de Fray Juan de Matraya y Ricci, que publica en Lima su *Moralista Filaléthico Americano*, ya en plena agitación por la Independencia.

Y así podríamos decir que si el Inca Garcilaso de la Vega es el símbolo del mestizaje en el inicio del descubrimiento, es Dionisio Inca Yupanqui, en el campo del derecho político, quien rivaliza en Cádiz, en 1812, con diputados peninsulares de la talla de Argüelles o el no menos importante Quintana, en la conquista de un orden constitucional para España y América.

Por todo ello no convirtamos a 1992 en el "Año de los Maniqueos" sino en el "Año del encuentro del Derecho en el Descubrimiento".

(*) Ecuatoriano, historiador del derecho.

Lo europeo y lo aborige

Por Fernando

CREO que el tema de lo que ha pasado en estos cinco siglos es apasionante y que merece la consideración más severa y profunda. Lo que ha sucedido en las artes visuales no es menos grave ni menos significativo que lo que pasó en las otras áreas del pensamiento, la creación y la historia de nuestros pueblos.

La ocasión de cumplirse los 500 años de la llegada a nuestras costas, no ya de los españoles, sino en general y principalmente de la cultura occidental, ha sido propicia para balances, comparaciones y reacciones que no siempre han estado acordes con la realidad. (Sin duda los más vociferantes han sido grupos de los llamados "indigenistas", ahora apoyados por auténticos, si bien reducidos, grupos indígenas para "manifestar contra el avasallamiento de las culturas locales". Para manifestarse, bien entendido, en castellano.)

En la época precolombina los artistas de estas regiones propusieron formas y técnicas que daban como resultado un arte original, altamente desarrollado y sofisticado.

Esta mirada descarnada hacia la realidad no esconde, ni mucho menos, menosprecio a las culturas que los europeos encontraron aquí.

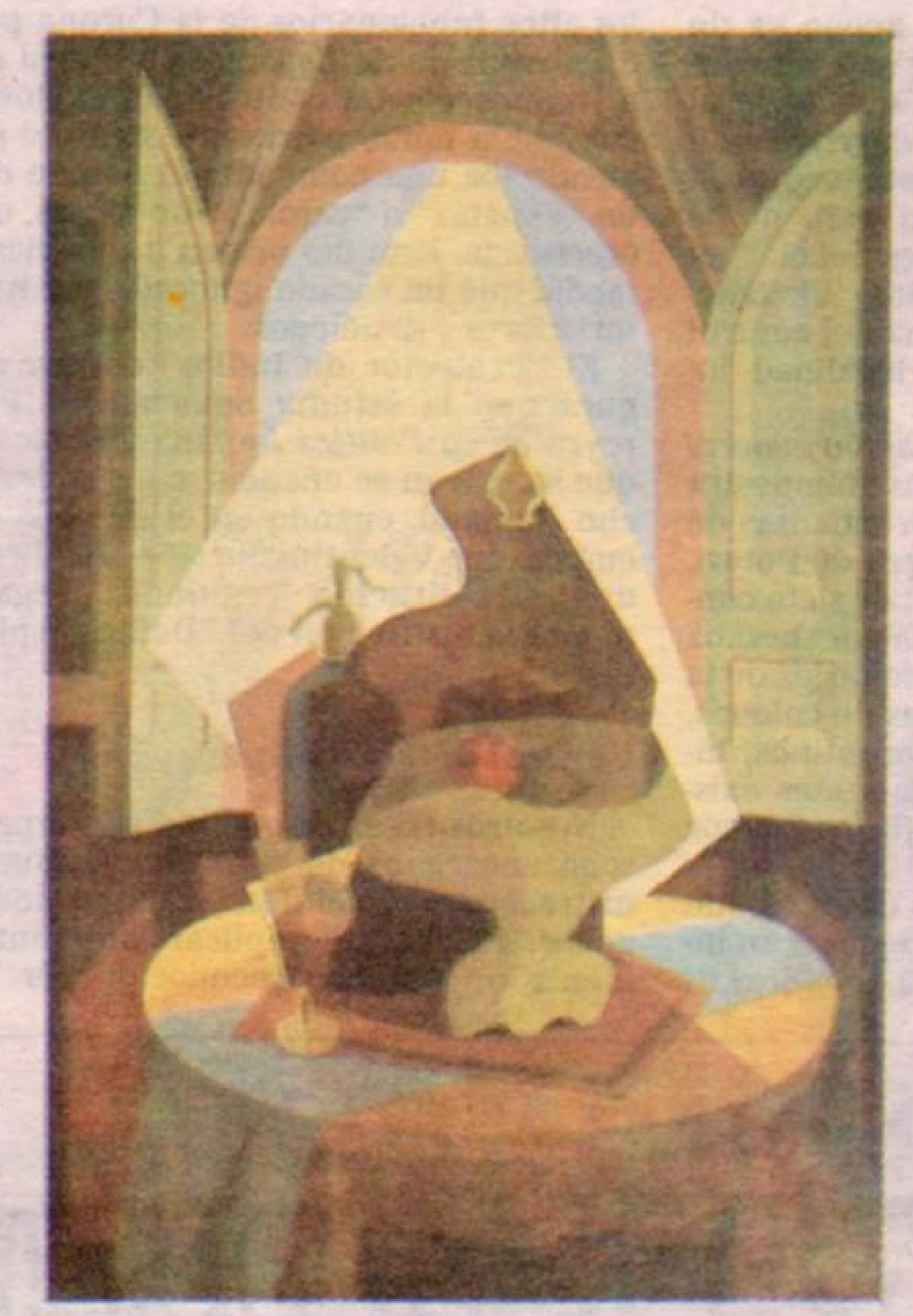
Se trata simplemente de mirar con los ojos bien abiertos a nuestra realidad y caer en cuenta de que no somos ni occidentales ni pertenecemos a las culturas aborígenes; que lo que somos los latinoamericanos de hoy (y digo latinoamericanos y no iberoamericanos porque detesto la connotación oscuramente colonial de la palabra "iberoamericano").

Latinoamericano, para nosotros, quiere decir americano (no sajón), los latinoamericanos de hoy, repito, somos una mezcla de la sangre europea que llegó a esta parte del mundo y se confundió definitiva e irreversiblemente con la sangre de los pueblos que habitaban estas regiones.

Pero, sobre todo, evitemos poner demasiado acento en la sangre: los pueblos somos resultado más de la mezcla de culturas que de la mezcla de sangres. Y en materia de cultura estos mestizos podemos mirar hacia atrás sin temor, es más, con orgullo.

La civilización nativa fue una de las cinco o seis regiones en el planeta en que, aun sin contar con el apoyo que en otras partes otorgó el intercambio y la retroalimentación, se desarrolló una cultura totalmente independiente y autónoma.

Igual en la meseta mexicana que en la península de Yucatán, en las oscuras selvas colombianas que en la agreste puna de Chavín, de la misma manera en el sagrado desierto de Paracas que en los maravillosos valles del Cuzco supo imponer un sello a la aparente informalidad del paisaje circundante, fuera playa, selva, puna o desierto, supieron agregarle un orden, una concepción del universo, una geometría, que ha sido siempre la manera en que las grandes culturas testimoniaron su paso.



Sol argentino, de Emilio Pettoruti



Virgen de la Iglesia de la Almudena, en Cuzco (Perú), de Marcos Zapata



Entrada del Templo de ... chén Itzá) en la península

Pienso en los poliedros de las pirámides cerca de El Cairo, en la montaña de roca convertida en templo de la isla Elefanta, frente a Bombay, en el imperfectible volumen del Partenón, en Atenas, y, por supuesto, en los conjuntos de Chichén, Tikal y en la geometría intachable y conmovedora de Machu Picchu impuesta a una naturaleza violenta, confusa, indescriptible.

El aporte más importante

La filosofía fue seguramente el aporte más importante de Occidente al mundo americano, porque la filosofía, heredera directa del pensamiento griego, traía aparejadas ideas científicas que la religión española del siglo XVI, todavía dentro de un cauce profundamente medieval, no podía aceptar. La religión que trajeron los españoles estaba finalmente más cerca del pensamiento religioso americano y sin duda por ello, al leer a los cronistas de la conquista, somos testigos de sus intentos por encontrar puentes entre las religiones nativas y el cristianismo medieval que ellos aportaban.

Entre ambas teorías religiosas se podían encontrar territorios comunes, ideas sobre la muerte, lo inexplicable, lo mágico-milagroso, los dioses, Dios y el más allá, en que se podrían descubrir ciertos paralelismos y, con un poco de esfuerzo y buena voluntad, hasta alguna coincidencia.

En la época precolombina los artistas de estas regiones propusieron unas formas y unas técnicas para expresarlas que daban como resultado un arte que era lógicamente original, altamente desarrollado y sofisticado, tanto en su forma física como en el amplio horizonte de sus contenidos. Con la ruptura espiritual e histórica que produjo la conquista, todo esto es aplastado e irremisiblemente destruido. El verso inicial de la hermosa elegía quechua (Apu Inca Atawallpaman) que dice: "¿Qué Arco Iris es este negro Arco Iris que se alza?", describe claramente la catástrofe espiritual que significa la conquista desde el punto de vista cultural que afecta las raíces más profundas de estos pueblos y que trajo como consecuencia la quiebra total de una tradición de creación artística que había durado desde el 800 antes de Cristo hasta el siglo XV.

Algunas décadas después de la conquista, y ya en pleno estado colonial, los españoles que construían iglesias por doquier (se dice que en Cholula, México, se podía decir misa cada día del año en una iglesia distinta, pues había más de trescientas sesenta. . .), necesitaban cuadros para el culto y enseñaron a los artistas indígenas a copiar estampas, generalmente en blanco y negro, de obras religiosas europeas. Alguna vez llegó por estas partes algún cuadro de Zurbarán, y también alguna vez nos visitó un maestro europeo de segundo nivel. El caso es que los indígenas eran capaces de copiar fielmente los modelos sometidos. La proposición no podía ser más modesta: hacer cuadros copiados de grabados bajo la vigilancia de monjes que eran a su vez dudosos pintores europeos.

Sin embargo, la realidad es que la pintura que se produce en la colonia, especialmente en el Cuzco, es una pintura en que si el tema, la composición y las técnicas habían sido importadas, el artista nativo deja en esos cuadros una huella tan profunda que los convierte en obras de arte originales; en ellas se percibe una diferente noción del espacio, más cercana del arte precolombino por la manera tan radical en que el autor evita la sugerencia de la tercera dimensión y organiza el cuadro en una forma más cercana al tapiz precolombino que al óleo renacentista del que supuestamente provenía.

Este fenómeno se repite con diferente intensidad en las otras artes; es digna de remarcarse la calidad de la arquitectura colonial que se produjo en México, Ecuador, Perú y Bolivia.

La paradoja es que con el hecho de la independencia política y el nacimiento de la república, el arte en el Perú, y creo que es el caso también del resto de América latina, se vuelve entonces, y por primera vez, completamente colonial.

Desaparece no solamente toda capacidad sino toda intención de producir nada que no fueran remedos baratos y dóciles del arte que se producía en Europa. Todo este panorama agravado por la lentitud de las comunicaciones, que hacía que aun estas imitaciones se produjeran con medio siglo de atraso.

Identidad vacilante

En nuestra historia del arte, el siglo XIX es dramático y al mismo tiempo gris, en el que la noción de la independencia confunde gravemente a unos pueblos no totalmente integrados y por ello con una identidad vacilante. Parecería que la primera necesidad para sentirse igual a los países europeos era olvidarse del pasado y, para hacerlo, negar todo vestigio de cultura que no fuera de origen europeo.

Creo que de esa ceguera nacieron muchos de los graves problemas que hoy padecemos en todo orden pero, especialmente, en el político y en el social. Fue negado el pasado y desaparece con él toda la presencia del arte precolombino y colonial. Creo que en esos años dolorosos y confusos de una búsqueda agónica de identidad hubo algunos pintores jóvenes con talento

en en las artes visuales

lo de Szyszlo (*)



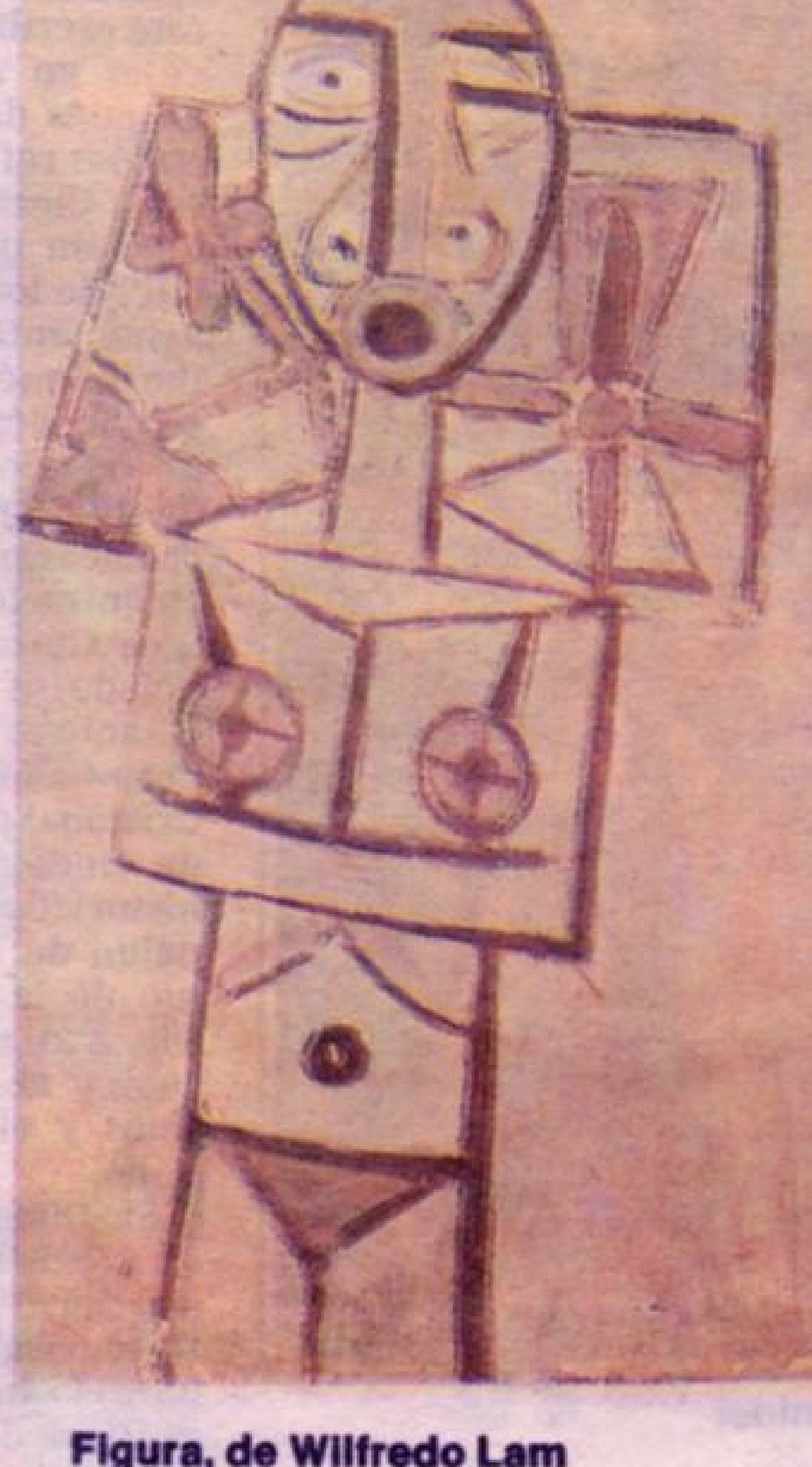
de los Guerreros (Chi-
ula de Yucatán



Pintura mural del Convento de Santa Catalina, en Cuzco de Tadeo Escalante



Animales, de Raúl Tamayo



Figura, de Wilfredo Lam

que se extraviaron, fuera de hora, en la pintura romántica, como, a mi manera de ver, sucedió con Merino y Laso; más histórica fue la posición de pintores más modestos, pero sin duda mostrando mejor y con más convicción sus raíces como el mulato Gil de Castro, que para mi manera de ver, hizo con el retrato del mártir Olaya, que se encuentra en el Museo Nacional de Historia, el cuadro más hermoso pintado en esa época; o como, más simple aún, el testimonio humilde de lo que veía a su alrededor y que recogió con talento Pancho Fierro.

Para un artista latinoamericano la noción de que en estas regiones, antes de la llegada de la cultura occidental, producíamos sin esfuerzo –más aún sin intención de hacerlo– un arte autónomo, válido, fruto de una visión propia del cosmos, visión no contaminada por el pensamiento y la filosofía que aportó Europa, es una noción turbadora.

Especialmente si el artista viene de la parte andina de América latina, en donde la presencia de las culturas precolombinas se deja sentir de una manera innegable en su formación espiritual.

Quede bien entendido que no pretendo sostener que todos han sufrido su influjo, pero sí creo que al inicio de su vocación ha habido un momento en que esta presencia implicó una toma de conciencia del hecho de que en nosotros existía una segunda fuente cultural, un acervo diferente del que nos fue traído por los conquistadores. Esta toma de conciencia implicó ciertas decisiones.

En los años veinte de nuestro siglo y a raíz del desarrollo de la pintura muralista mexicana, en todo el continente se produce un despertar del interés de los artistas por su propia circunstancia histórica, política y social, por sus tradiciones y, en definitiva, por su identidad.

Dos polos de atracción

Durante unas décadas las artes de América latina estuvieron desgarradas entre dos posiciones, entre dos polos de atracción que estaban representados por la pintura mexicana por un lado y la pintura del Río de la Plata, que comprende la producción de lo que se hacía en Buenos Aires y lo que venía de Montevideo. México, que había pasado por una revolución política, empieza con el impulso y la iniciativa de José Vasconcelos a decorar sus edificios públicos con unos murales que querían enseñar la historia y la grandeza nativa mexicana. La proposición es aparentemente simple, enseñar con la imagen como Giotto enseñó el catecismo a los iletrados habitantes de Asís. La fortuna fue que dos artistas con inmenso talento formaron parte del grupo que decoró los inmuebles: Diego Rivera y José Clemente Orozco y que, gracias a su genio, una pintura que podría haber sido puramente ilustración de temas históricos, alcanzó un nivel que nunca había tenido la pintura latinoamericana.

En México se trató de encontrar un arte con raíces; de reencontrar una tradición y una identidad perdidas, de integrar un país que mostraba desigualdades turbadoras, un arte que mirara hacia el interior, a su propia circunstancia y no a lo que pasaba fuera.

Lo que sucedía allí, en esos años, era la más grande revolución en materia de artes que había habido en el mundo occidental. En materia de pintura nacieron el cubismo, el expresionismo, el surrealismo y las tendencias derivadas que cambiaron definitivamente la manera, no sólo de cómo se pintaba un cuadro sino de cómo se lo miraba.

Y esta revolución era la que interesaba en el Río de la Plata. Joaquín Torres García, de Montevideo, y Emilio Pettoruti, de Buenos Aires, participan desde su inicio en los movimientos más importantes de la vanguardia europea. (Hay dibujos de Torres García de 1897 en que, como los de Picasso de esa misma época, está influido por el posimpresionismo francés, sobre todo por Toulouse Lautrec.

Hay cuadros cubistas de Pettoruti hechos en 1915.) Los artistas del lado del Atlántico vivieron siempre en un contacto mucho más estrecho con el continente europeo y eran, en verdad, americanos desde pocas generaciones.

Estos dos planteos diferentes gravitaron por algún tiempo sobre el resto de América latina.

Los países con gran población indígena, con una tradición precolombina importante, desarrollaron, cada uno a su manera, escuelas derivadas del muralismo mexicano, en las que poco a poco fue quedando solamente un mensaje político o simplemente folklórico y provinciano.

Es innegable que en países como Perú estos intentos derivados del muralismo mexicano y, en nuestro caso, a través de Sabogal, también de cierta pintura española de comienzos de siglo, estos intentos representaron sin lugar a dudas la irrupción de la pintura moderna en una ciudad como la Lima de esa época, acostumbrada a mirar, cuando miraba, solamente pintura europea, aun si la que llegaba a nuestras costas era una pintura de segunda clase, almibarada, académica y desprovista totalmente de valor artístico.

Es fácil imaginar el efecto que harían en Lima los cuadros de Sabogal, Julia Codesido y sus discípulos, que tuvieron la "impertinencia y el mal gusto" de pintar a peruanos en su trabajo, en su fiesta y en su paisaje.

El error fue que los "indigenistas" creyeron que hacían pintura peruana porque pintaban temas peruanos; confundieron el motivo del cuadro con su contenido y eso necesariamente tenía que desembocar en una pintura que si a veces tenía color local, pocas veces iba más allá de eso.

Los países en que la población era producto principalmente de la inmigración europea produjeron, muchas veces, muy evolucionadas obras en que el gran nivel técnico y el estar cómodamente al día con el arte de vanguardia europeo no llegaban, sin embargo, a mostrar el lenguaje propio y la originalidad que caracterizan a toda creación auténtica.

Es en los años treinta cuando aparecen los primeros maestros de un arte que sí se puede llamar latinoamericano, no solamente porque muestra vinculaciones con el sitio de donde sus creadores provienen, sino porque expresan esas calidades en un lenguaje contemporáneo.

Durante décadas las artes de América latina se dividieron en dos polos. Por un lado, la pintura mexicana y, por otro, la del Río de la Plata con la producción de Buenos Aires y de Montevideo.

Artistas que muestran tener los pies bien plantados en la tierra, su tierra, pero la mirada abierta para sentir y participar en lo que buscan artistas y hombres de otras partes.

Perfeccionar la herramienta con que trabajan, usando todo lo que los hombres de cualquier latitud han descubierto, pero poner todo ello al servicio de su propia expresión con la certeza de que si esa expresión está total y honestamente volcada hablará por ella no solamente el individuo sino el grupo humano de donde viene.

El pintor mexicano Rufino Tamayo, junto con Roberto Matta, de Chile, y Wilfredo Lam, de Cuba, han producido no solamente obras maestras en su calidad individual, sino que nos han mostrado el camino y la manera de encarar el hecho de ser latinoamericanos.

Es estimulante contemplar todo lo que ha pasado en este último siglo en América latina. Comprobar que en materia de cultura y creación artística hemos alcanzado nuestra mayoría de edad; después de tantas vacilaciones y errores en el siglo XIX podemos decir que en esta parte del mundo hemos aportado en este siglo y en ese campo unas obras de las que no podría privarse ninguna selección del pensamiento y la creación universales.

Es inevitable, sin embargo, preguntarse por qué este desarrollo que ha producido obras como la de Borges y Vallejo, en poesía; de Rulfo, Vargas Llosa y García Márquez, en novela; de Niemayer y Barragán, en arquitectura; de Villalobos y Revueltas, en música; de Tamayo y Lam, en pintura, ¿por qué este desarrollo no alcanzó también a nuestra clase política y en ese aspecto siguen dolorosamente vigentes todos o casi todos los problemas del siglo XIX?

(*) Peruano, pintor.

LA NACION
LAS ARTES Y LA CULTURA

Las crónicas de Indias

Por Aurelio Miró Quesada Sosa (*)

EL hallazgo de un nuevo continente –que por azar iba a llamarse América– y el encuentro de mundos culturales y físicos diferentes determinó desde el primer momento la necesidad de contar las sorpresas, la vanidad de relatar las hazañas y el placer de encantar con el relato de ciertas o imaginarias aventuras.

Al finalizar el mismo siglo XV, cuando sólo llegaban noticias confusas, fray Ambrosio Montesino, en la corte de los Reyes Católicos, en unas "Coplas a San Juan Evangelista", pudo aludir a esa curiosidad:

Los hombres que navegando
hallan tierras muy remotas,
cuando vuelven, que es ya cuando
los estamos esperando
en el puerto con sus flotas,
que nos digan, les pedimos,
las novedades que vieron
y si algo nuevo oímos
más velamos que dormimos
por saber lo que supieron.

Los ganadores de la tierra equiparaban sus hazañas con las proezas de los héroes de las novelas de caballerías. Se interpretaba más en el sentido de la imaginación que en el del hallazgo

El colombiano Germán Arciniegas, en un agudo ensayo, se lamenta de que no podamos escuchar los cuentos fantasiosos que repartían por calles, plazas y tabernas los marineros de Colón, que fueron "los más grandes aventureros de la historia". *La invención de las Indias*, del cordobés Hernán Pérez de Oliva, se interpretaba más en el sentido de imaginación que en el de hallazgo.

Las décadas *De Orbe Novo*, del humanista lombardo Pedro Mártir, se leían en voz alta en la corte del papa como si fueran páginas de los libros de caballerías.

Las primeras crónicas de América fueron en verdad los relatos del propio Colón en 1493, todavía sobre el Atlántico, en la carabela en que volvió después del destrozo de la nao "Santa María" en La Española. Las cartas de Colón a los Reyes Católicos y el tesorero Luis de Santángel no sólo describen las islas descubiertas y dan los primeros trazos de pobladores y paisajes, sino que otorgan a las Indias una trascendencia religiosa. El oro que allí se encuentre –afirma– servirá para rescatar Jerusalén.

El *Diario de Navegación* del Almirante, recogido y reelaborado después con interés y con pasión por el ilustre fray Bartolomé de Las Casas, fue precisando las etapas del viaje.

Poco después, Gonzalo Fernández de Oviedo, desde su atalaya de Santo Domingo, olvidó las hazañas de su fabuloso Claribalte y fue acumulando noticias concretas que le permitieron escribir el *Sumario de la natural historia de las Indias*, el primer repertorio de la naturaleza americana.

Empezaba a escribirse una nueva historia, ya no mezclada con la fábula ni con la limitación de los autores clásicos, sino con la experiencia del testigo, la comprobación de lo visto y de lo oído; la gran contribución del Nuevo Mundo a la historiografía universal.



Ulrico Schmidel

Por cierto que había antecedentes. En la propia literatura castellana el canciller Pero López de Ayala, en el proemio de las *Crónicas*, dice que contará "lo más verdaderamente que pudiere lo que vi" y donde no hubiera estado, lo que por otros "dignos de fe e de creer, lo que oí".

Pero en las crónicas de Indias se trata de un sistema; la cercanía de lo relatado y la cercanía o la presencia del relator en los sucesos dieron animación, calor de vida, e inspiraron confianza en la veracidad de lo que se escribía.

La desconfianza pudo venir después, por otras causas. De un lado, por la exageración. Los ganadores de la tierra equiparaban sus hazañas con las proezas de los héroes de las novelas de caballerías; Bartolomé de Las Casas, en su celo apostólico, multiplicaba el número de gentes y de ríos, estremecía con los tormentos y los abusos de los conquistadores, elevaba su voz para que resonara en los oídos de Carlos V y lo obligara a abandonar las Indias para salvar su alma.

Otras veces era la incomunicación: las "peregrinas lenguas" que anunciaba Nebrija y la aplicación de un marco conceptual europeo ajeno a la realidad americana, con lo que no se entendían las palabras y con ellas los sentimientos, las ideas, las instituciones, los ritos religiosos de los pobladores. Más adelante, las guerras civiles ("más que civiles", como las llamaba Gutiérrez de Santa Clara) enturbiaban las crónicas con una pasión de bandería, ya no en la lucha con los naturales sino entre los propios españoles.

En el caso particular del Perú –y con sólo cambiar los nombres se puede reproducir en otras partes– se han ensayado varias clasificaciones en las crónicas.

Por una parte, la cronología, como proponía Louis Baudin; los testigos de la conquista (Xeres, Sámano, Betanzos, Pedro Sancho, Pedro Pizarro; aunque éste escribe más tarde, en su nostálgica vejez en Arequipa); los que llegaron después de la conquista pero alcanzaron los reflejos dorados del Incario (Zárate, Cieza de León, el Palentino); los que, sin pasar al Perú, recogieron relatos de los primeros conquistadores (el vehemente defensor de los indios fray Bartolomé de Las Casas, el elegante López de Gómara, el acucioso Fernández de Oviedo, el cronista oficial Antonio de Herrera); los que escribieron sus crónicas más tarde, en el período de la colonización (el más ilustre de ellos, el Inca Garcilaso, el seguidor del virrey Toledo en lo político, pero también fascinante aventurero Sarmiento de Gamboa, Cabello de Balboa, el sochantre Cristóbal de Molina, el Corregidor Polo de Ondegardo); y posteriormente los historiadores del siglo XVII (fray Reginaldo de Lizárraga, el agustino Antonio de la Calancha, el jesuita Anello Olivares, el mercedario Martín de Murúa), y al final, el imaginativo Montesinos y el sabio recopilador Bernabé Cobo.

Sir Clemens Markhan había sugerido otra distribución: cronistas-soldados (los mencionados Xerez, Sancho, Estete); cronistas-geógrafos (entre los que habría que incluir las "relaciones geográficas de Indias" y el deslumbrante relato de la expedición por el Amazonas de fray Gaspar de Carvajal); cronistas-legistas (Matienzo, Polo de Ondegardo); cronistas-religiosos de las diversas órdenes, cada vez más proclives a la hagiografía y la leyenda.

El factor racial

Otra distinción podría hacerse por el factor racial: españoles (naturalmente casi todos); americanos (como el mexicano Gutiérrez de Santa Clara); mestizos (el chachapoyano Blas Valera, el cuzqueño Inca Garcilaso), indios (Titu Cusi Tupanqui, que en el refugio de Vilcabamba dictó una relación de la caída del Imperio; Santa Cruz Pachacuti, que recogió mitos y ritos quechuas; Huaman Poma de Ayala, que en su lenguaje abigarrado ensanchó la historia preincaica, denunció los abusos de corregidores, de encomenderos y de curas, y que en sus cientos de grabados, inexpertos e ingenuos en la forma y sabrosísimos e intencionados en el fondo, nos ha dejado el mejor repertorio gráfico del Perú de su tiempo).

Con unos y con otros, con mayor o menor formación intelectual, mayor o menor cercanía en el tiempo a los sucesos, los cronistas de Indias han recogido una caudalosa información, nos han dado una visión global, adversa o idealizada, del Tahuantinsuyo, han sido etnólogos, geógrafos, arqueólogos, lingüistas, descriptores de plantas y animales, iniciadores de las ciencias sociales, y a ellos debemos agradecer nuestro conocimiento de un mundo que, por falta de letras, sólo podríamos intuir o adivinar.

¿Crónica o historia es lo que nos han dejado? ¿Dónde se puede trazar la línea divisoria entre la sencillez objetiva de la crónica y la interpretación y la sistematización de la obra histórica? ¿Por qué prodigio cronistas-soldados como Cieza, que escribía apoyado en el arzón ("cuando los demás soldados descansaban, cansaba yo escribiendo"), pudo elevarse hasta trazar un cuadro tan completo de la historia peruana? Sólo estuvo tres años en el Perú y la multiplicidad de sus noticias y la seriedad con que las recogió son sorprendentes. Constante y portentosa capacidad de descubrir, maravilloso deslumbramiento de las cosas inéditas, que hacen que Cieza de León abarque todo, y que en su vasta empresa se reúnan hondos problemas y anécdotas menudas, conversaciones con quechuistas y consulta de Libros de Cabildos, la descripción geográfica del Perú, la relación del *Señorío* de los Incas, la historia de la conquista de la Nueva Castilla y el alboroto de las guerras civiles.

También un cuadro totalizador (el de Cieza, por lo demás, sólo fue parcialmente conocido en su tiempo) es el que trazó el Inca Garcilaso de la Vega en las dos partes de sus *Comentarios Reales*: la reconstrucción del Imperio perdido de los Incas y el relato del descubrimiento, la conquista y las guerras civiles de los conquistadores.

Lo significativo es que para él, hijo de un capitán español y de una palla incaica, ese imperio perdido era suyo y esas luchas civiles las había tenido que ver y que padecer en carne propia. En la primera parte era la reconstrucción, con división de tiempos y lugares, precisión de vocablos y, como él decía, "el comento y la glosa". En la segunda era el cuadro directo, la emoción de lo vivo, la rectificación y la polémica. Y en ambas, no sólo lo que nos cuenta, sino lo que nos dice o nos insinúa de sí mismo.

Mestizo racial y cultural, de una parte sabemos que su primera lengua fue el quechua, o runa-simi, que aprendió a contar con los nudos de colores o quipus, que tuvo dramáticos coloquios con sus parientes maternos en su casa del Cuzco; pero también que sirvió a su padre de escribiente de cartas, que "entre armas y caballos, pólvora y arcabuces", participó en juegos de cañas y sortijas y en las procesiones de la fiesta de Corpus.

Viajero a España a los veinte años, perfeccionó su estilo hasta hacerlo uno de los dechados de la literatura de su tiempo, se adhirió al sabio coro de los humanistas andaluces, reunió en su casa de Córdoba una impresionante biblioteca y su primer libro fue la traducción del italiano de los neoplatónicos *Diálogos de Amor*, de León Hebreo. Vivió hasta los 77 años, lejos del Perú, pero entrañablemente unido por la preocupación y la nostalgia.

El Inca Garcilaso es el primer peruano que escribe cumpliendo una misión, el primero que afirma una nueva manera de pensar y sentir, el primero que reconoce que en el Perú que nacía entonces ya no se podía revivir el Tahuantinsuyo, ni a pesar de las formas y las normas se podía implantar una artificial Nueva Castilla.

Por eso, los *Comentarios Reales* recuerdan el pasado, pero son un anuncio de lo porvenir. "Forzado del amor natural de la patria, me ofrecí al trabajo de escribir estos *Comentarios*", escribe en el proemio; y es ésta la frase más reveladora de que había surgido una nueva conciencia americana.

(*) Peruano, historiador, periodista.

Comunidad idiomática en el lapso colonial

Por Alfonso Rumazo González (*)

EL estudio de la comunidad idiomática entre Hispanoamérica y España, en el lapso colonial, lleva a una distinción importante: la lengua escrita en Hispanoamérica en aquellos 300 años se diferencia mucho de la lengua hablada, cuyos defectos rigen hasta hoy con el calificativo de localismos.

El proceso del habla fue de alteración y cambio desde el momento mismo en que los peninsulares europeos iniciaron en el Nuevo Mundo el conocimiento étnico; hubo una americanización del castellano hablado a partir del instante en que los recién llegados tuvieron que hacerse entender de los nativos, y éstos de aquéllos; y los propios españoles hubieron de comprenderse entre sí, pues se expresaban en castellano, gallego, catalán, valenciano, vascuence.

El admirable vehículo fue la mujer indígena, convertida en amante del conquistador y del colonizador. En este sentido, la india mexicana Malinche constituye un símbolo. Se acentuó mucho la complejidad cuando fue importado el negro, que llegaba con su palabra africana.

La presión idiomática deformante gestó poco a poco una novedad, que Barreiro Seguier llama "una impregnación sufrida por el idioma del conquistador en lo que se refiere a términos, fonemas, giros, esquemas, construcciones gramaticales".

El mestizaje de la lengua fue mucho más lento que el étnico, por las resistencias léxicas que hubo que vencer. El dominio político se plasmó mediante el dominio idiomático; el étnico se hizo espontáneamente dada la ausencia casi total de mujeres españolas durante un lapso de medio siglo. La inmensa distancia entre el lenguaje colonial escrito y el hablado provino no sólo del hundimiento paulatino de las voces indígenas –se salvaron unas cuantas, que subsisten hasta hoy– y el ahogo total de las hablas africanas, sino principalmente, fundamentalmente, de que España impuso su escritura –arte novedosísimo para el nativo–; los mayas escribieron en ella los libros sagrados suyos, que mandó quemar, en 1520, el fanático obispo español Diego de Landa.

Gracias a ese aprendizaje –lo anota J. M. Le Clézio– se han conservado los textos de Chilam Balam de Chumayel, y los de Tizimín, Ixil, Kaua, Calkini, Tusik, Oxkutzcab, Nah, Teabo y Tekax, además del Popol Vuh, con la valiosa cooperación directa de los misioneros.

Nunca en la historia tuvo tanta significación la escritura como durante la dominación española en América. Mientras las diversísimas formas idiomáticas indígenas venían fundándose únicamente en la tradición y en la movilidad cambiante del habla diaria –los signos jeroglíficos mayas no estaban al alcance del pueblo–, el castellano se presentó con una potencia de grabación inalterable; fue clavándose, letra por letra, en el espíritu de los conquistadores y, por ende, en el mestizaje entero.

Este hecho significó mucho más que las evangelizaciones y los rudimentarios sistemas educativos. Los invasores, en determinadas circunstancias, utilizaban textos escritos inmodificables que leían en público precisamente para prácticas fijaciones. Eduardo Galeano (*Las venas abiertas de América latina*) recuerda el requerimiento que los capitanes de la conquista debían leer a los indios, sin intérprete pero ante escribano, antes de cada entrada militar: "Si no lo hiciéreis, certificoos que con la ayuda de Dios entraré poderosamente contra vosotros, y os haré guerra por todas partes y os sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de su Majestad". ¡Hasta con pregón se inyectaba el habla nueva!

La penetración cultural

El lenguaje escrito de los españoles fue apareciendo en oraciones, catecismos, cédulas reales, vidas de santos, partes de la historia de los judíos. La penetración cultural más firme se practicó mediante el elemento escrito, válido por permanente e indestructible. Al comienzo, Carlos V y Felipe II recomendaron a los catequizadores aprender las lenguas indígenas; pero cuando ya se advirtió predominio del castellano, se exigió que esta habla fuese única, con exclusión de las otras. La acción de los jesuitas en el Paraguay en defensa del guaraní disgustó a la monarquía; al ser expulsados éstos, Carlos III expidió la Real Cédula de 1770 en la que ordenó "que se extingan los diferentes idiomas que se usan en los dominios de América y Filipinas, y sólo se hable castellano".

Hubo alguna penetración del lenguaje hablado en el escrito, en los siglos coloniales, pero fue casi impalpable. Lo impreso se mantuvo poco menos que impenetrable; todos querían escribir castizamente; lo no castizo era muy vigilado por los críticos y sobre todo por la Iglesia, la única entidad que señalaba derroteros para la educación, las lecturas, las artes y todo cuanto fuera cultura elaborada.

Por esta circunstancia no se enseñaba en los seminarios, escuelas y universidades el castellano sino el latín, con lo cual el rechazo a lo indígena se acentuó hasta arrinconarlo en las antípodas.

Los escritores, principalmente los cronistas que se ocuparon de América, escribían dentro de las normas académicas: López de Gómara, Bernal Díaz del Castillo, el padre Las Casas, Agustín de Zárate, Pedro Cieza de León y Hernán Cortés, el Inca Garcilaso de la Vega, sor Juana Inés de la Cruz, Eugenio Espejo, Oviedo y Baños, tantos más.

La magna razón y el hecho alucinador de esta tenacidad persistente y privilegio del castellano en hispanoamérica hállase en la introducción de obras procedentes de España: traían el mensaje y la imposición idiomática: enseñaban en concreto qué lengua había que conocer y difundir, libre de alteraciones, deformaciones y cambios; era un dogmatismo sui géneris.

Los estudios de José Torre Revello, de Guillermo Furlong Cardiff y de Ricardo Caillet-Bois, respecto de la región del Plata; de Edmundo O'Gorman –y los de Torre Revello– sobre la América hispana entera; de John Tate Lanning, sobre Guatemala; de José Toribio Medina sobre Chile principalmente, están en amplia consonancia con los trabajos venezolanos de Ildefonso Leal, Enrique Marco Dorta, Vicente de Amézaga Aresti, Manuel Pérez Vila y Cesáreo Armellada, y los ecuatorianos de Ileana Almeida, Ramiro Rivas, Hugo Burgos Guevara, Agustín Cueva principalmente. El fenómeno del casticismo aparece general y puede ser presentado como característica de toda Hispanoamérica.

No se leyó poco sino mucho durante el régimen colonial hispano. Sufrió España un éxodo masivo gigante entre el XVI y el XVIII –tal vez de unos cuatro millones, según Segundo Serrano Poncela (*Historia de la cultura*)– y entre esa gente vino toda aquella que, por costumbre adquirida, necesitaba leer; no fueron pocos.

Esta realidad debe estimarse en su justa trascendencia, pues resulta falso que hubiesen llegado al Nuevo Mundo hispánico escasas obras, o que la ignorancia por falta de lecturas hubiese mantenido en letargo mental a esas gentes. La Inquisición no constituyó obstáculo mayor para la movilización de material impreso procedente de la Península. "Dos historiadores, José Torre Revello, argentino, e Irving A. Leonard, norteamericano, han destruido documentalmente la tradicional leyenda de la persecución del libro en América durante la era colonial", escribe Ildefonso Leal.

Prohibiciones

La Cédulas Reales del siglo XVI establecieron ciertas prohibiciones a veces muy poco inteligentes; una oponíase al envío a Indias de libros de romances y de historia profanas, "como son Amadís, por ser lectura perniciosa para los indios"; otra, ineficaz, "prohibía a los impresores indianos dar a la estampa obras referentes a la América, sin permiso del Santo Oficio", a pesar de que casi no había imprentas; posteriormente, España estuvo muy preocupada con la herejía protestante, cuyas publicaciones no debían teóricamente ir a Indias.

Señala Salvador de Madariaga que no era forzoso violar esos votos, porque los libros viajaban con funcionarios españoles, con los comerciantes, los clérigos y religiosos, los profesores para la Universidad, los militares y toda la vasta red del elemento administrativo. Hubo contrabando sin duda, pero esta situación se presentó a mediados del dieciocho, por todo lo que la Ilustración, fuera de España, había producido en ideas, doctrinas y teorías que vulneraban el dogmatismo católico.

La penetración cultural más firme se practicó mediante el elemento escrito, válido por indestructible. Carlos V y Felipe II indicaron a los catequizadores aprender lenguas indígenas.

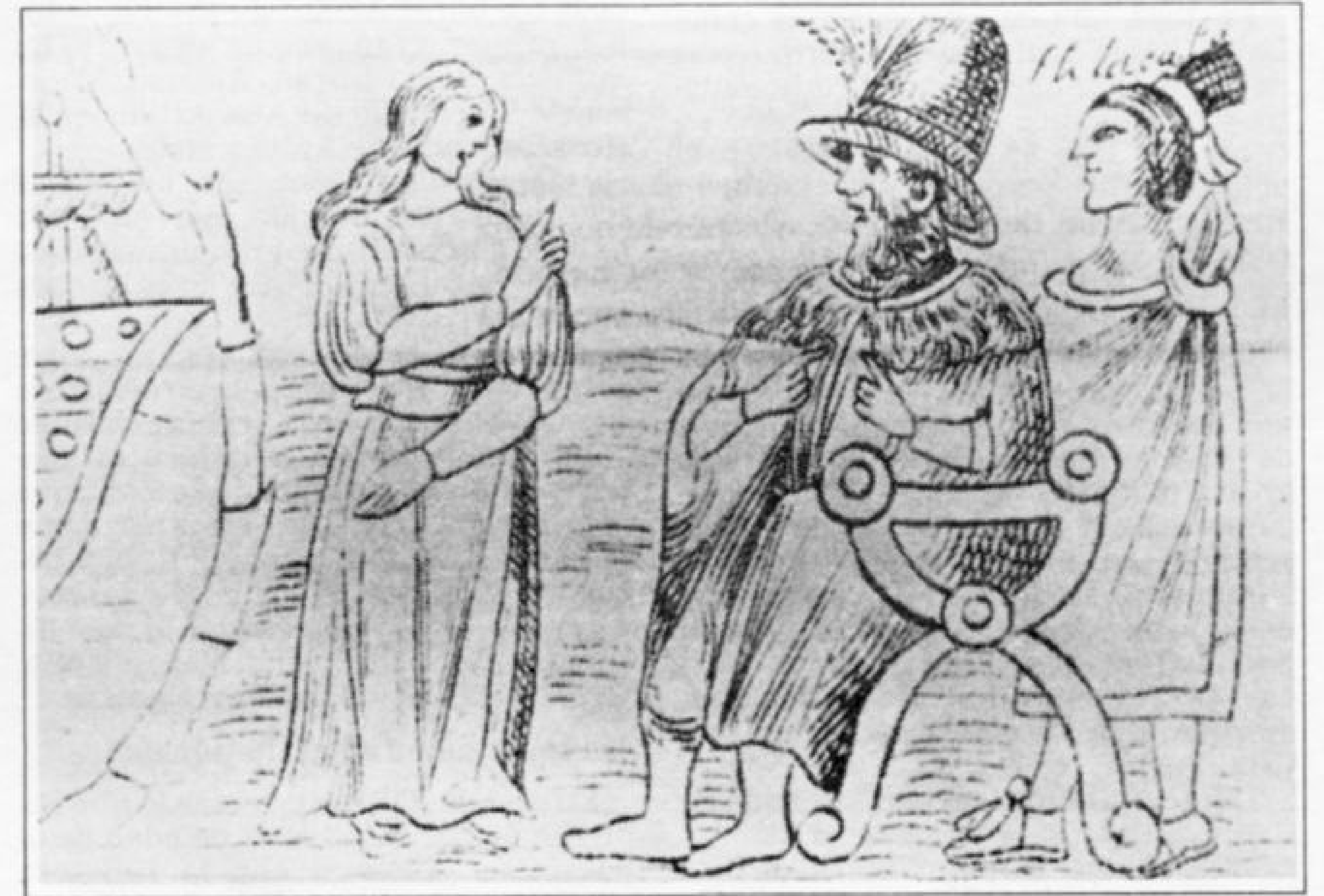
Estalló luego la Revolución Francesa, que le entregó al mundo la inmensa luz de la Enciclopedia, los Derechos del Hombre y del Ciudadano, la prodigiosa obra de Rousseau, Voltaire, Diderot, D'Alembert, Montesquieu, que los hispanoamericanos devoraban; de allí emergió la independencia de América entera.

"Idioma nacional"

El castellano, sometido a maceración por muy largo lapso, se mostrará diferente al producirse la independencia política. Leopoldo Zea escribirá: "La ruptura lingüística hará crisis y se convertirá en programa, inmediatamente después de la independencia. Poco más tarde de 1825, se hablará en Hispanoamérica de "idioma nacional", especialmente en México y la Argentina.

Esta toma de conciencia se operará en dos niveles: el político y el intelectual. Su momento culminante será la polémica Andrés Bello-Sarmiento de 1842.

El actual castellano de América, posteriormente a Montalvo, Sarmiento, Alberdi, Olmedo, Palma, Bello, ha entrado ya a constituir una condición de la cultura americana, diferente de la española, con características propias y enriquecido con las voces autóctonas. Nuestra literatura es ya una literatura distinta, auténtica, de vigorosa lumbre creadora. El casticismo colonial ha sido su gran fundamento.



Marina –la Maliche– con Hernán Cortés, según el Códice Durán

(*) Ecuatoriano, historiador, ensayista.

Itinerario de las letras

Por Renán Flores Jaramillo (*)

LOS quinientos años del Descubrimiento o Encuentro de las culturas europeas con las americanas, incitan a recapitular lo ocurrido en el campo de las letras –como en el de la música, el de la pintura, el de la sociología– en esos cinco siglos. Una ojeada de tan largo alcance, aun reduciéndola a la literatura, expone a cien omisiones.

Es temerario intentarlo, pero entre el peligro de omitir personajes y movimientos, libros y autores, o el peligro de no ver como *un todo* el desarrollo de una literatura de tan fuerte presencia como es actualmente la iberoamericana o latinoamericana, dejamos a un lado el escrúpulo de las omisiones y pasamos a ensayar el inmenso radio de una trayectoria tan extensa y tan intensa en lo geográfico como en su valor cualitativo.

Tan temprano como en 1539, nace en el Cuzco, Perú, el que sería el primer gran escritor hispanoamericano: el Inca Garcilaso de la Vega, autor de "Comentarios reales".

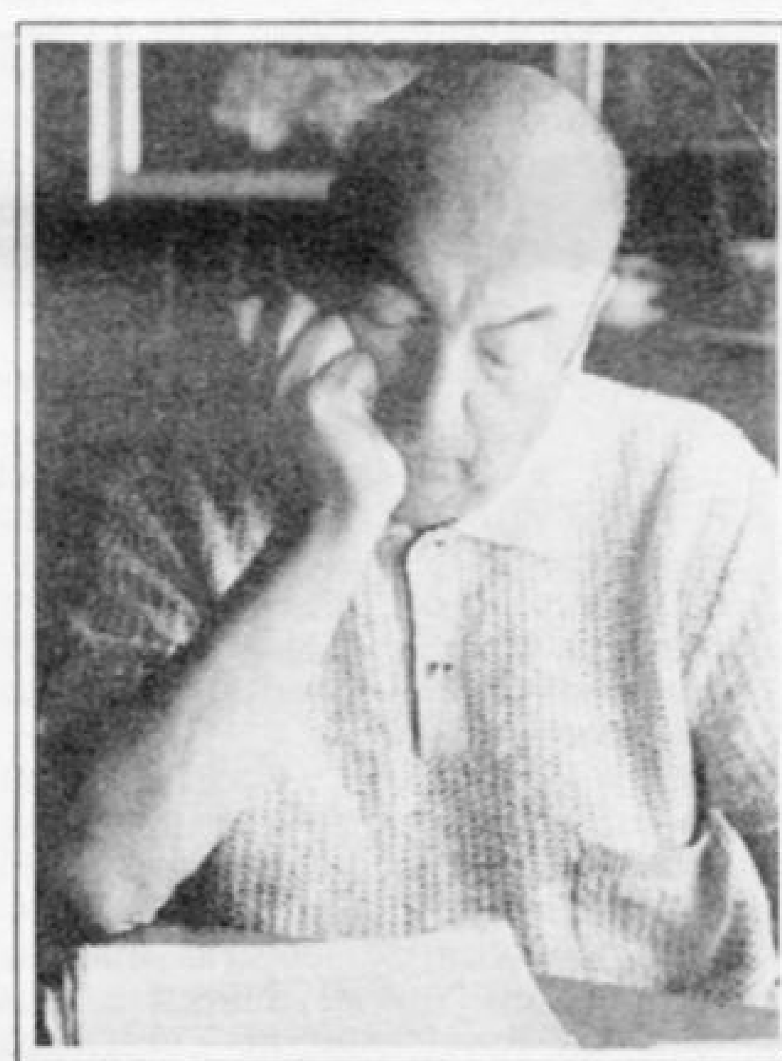
De la literatura precolombina sabemos poco y apenas se la estudia. Injustamente se ha quedado casi como material arqueológico. Rara vez alguien da muestras de sentirse sensibilizado por la poesía precolombina. Existió y existe mayor presencia de lo pictórico y de lo arquitectónico, pero sólo de unos pocos años a la fecha la Antología de Poesía Hispanoamericana se abre con los poetas de las culturas autóctonas. Darío mencionó muy de pasada a Netzahuacoyotl y Gabriela Mistral juntaba a este poeta con Garcilaso y Lope de Vega, pero poco más.

Ha ido creciendo el interés y la investigación de la poesía azteca, de la nahuatl, de la quechua, de la guaraní, y ya hay trabajos de estudiosos como Angel María Garibay, José María Arguedas, Jesús Lara, entre otros, que permiten al hombre de hoy conocer, aun cuando se trate de transcripciones de poesía oral –como hiciera en su siglo Bernardino de Sahagún, Poma de Ayala, Landa, Jiménez, etc.–, la expresión lírica de los pueblos ancestrales de América. Es de esperar que vaya en aumento el interés por la poesía de las raíces, porque es ya un conocimiento, una verdad aceptada por todos, que la literatura hispanoamericana no está completa si al estudiarla se ignora o se omite la época verdaderamente inicial, *cunera*, de esa literatura.

Al entrar en el siglo XVI, se aprecia desde muy temprano la influencia o impacto del nuevo hecho, el de la cohabitación de culturas en materia de lenguaje y aun de imaginación.

En el propio *Diario* de Colón entraron ya muchas palabras americanas, nuevas para el habla castellana. Por eso, con razón pudo escribir Joaquín Balaguer, el actual presidente de la República Dominicana, su hermoso libro *Colón, precursor literario*. Desde el mismo 12 de octubre de 1492 comenzó el largo proceso que quiero mencionar aquí.


Jorge Luis Borges


Pablo Neruda

La entrega de la cultura española, que en lo literario tenía, como sabemos, muy definido el cuerpo propio de alborear ese siglo XVI, fue una entrega inmediata.

En 1504, año en que muere la reina Isabel, había escuela de primeras letras en Santo Domingo, escuela rudimentaria y catequística si se quiere, pero *escuela*. En 1539 apareció en México el primer libro impreso en el Nuevo Mundo: *Escala espiritual para subir al cielo*, de San Juan Climaco, en traducción especialmente hecha para los lectores hispanoamericanos de entonces.

El cultivo de las letras, sobre todo de la poesía, prendió en América como una llama que sigue encendida. Antes de finalizar el siglo XVI, hubo un concilio de la iglesia mexicana y un concurso; para el premio de poesía se presentaron más de 300 autores.

Antes, en la primera corte virreinal del hijo de Colón, Diego, aparecieron poetisas notables, porque allí estableció María Alvarez de Toledo, de la Casa de Alba, una auténtica corte renacentista.

Tan temprano como en 1539, nace en Cuzco, Perú, el que sería el primer gran escritor hispanoamericano: el Inca Garcilaso de la Vega, autor de *Comentarios Reales*, obra que puede


Representación alegórica de "Descubridor del Nuevo Mundo" de Theodor de Bry

leerse hoy como una gran novela del reino de lo maravilloso americano.

Antes de finalizar ese siglo dejan hechas sus obras Alonso de Ercilla, autor del primer gran poema épico, y los mestizos Diego Durán, Alvarado Tezozomoc, Fernando de Alva Ixtlilxochitl, Humán Poma de Ayala y otros.

Una mención destacada merece el mexicano Juan Ruiz de Alarcón. Nace en 1580 y es el primer gran dramaturgo de América. Como el Inca, hace su obra en España.

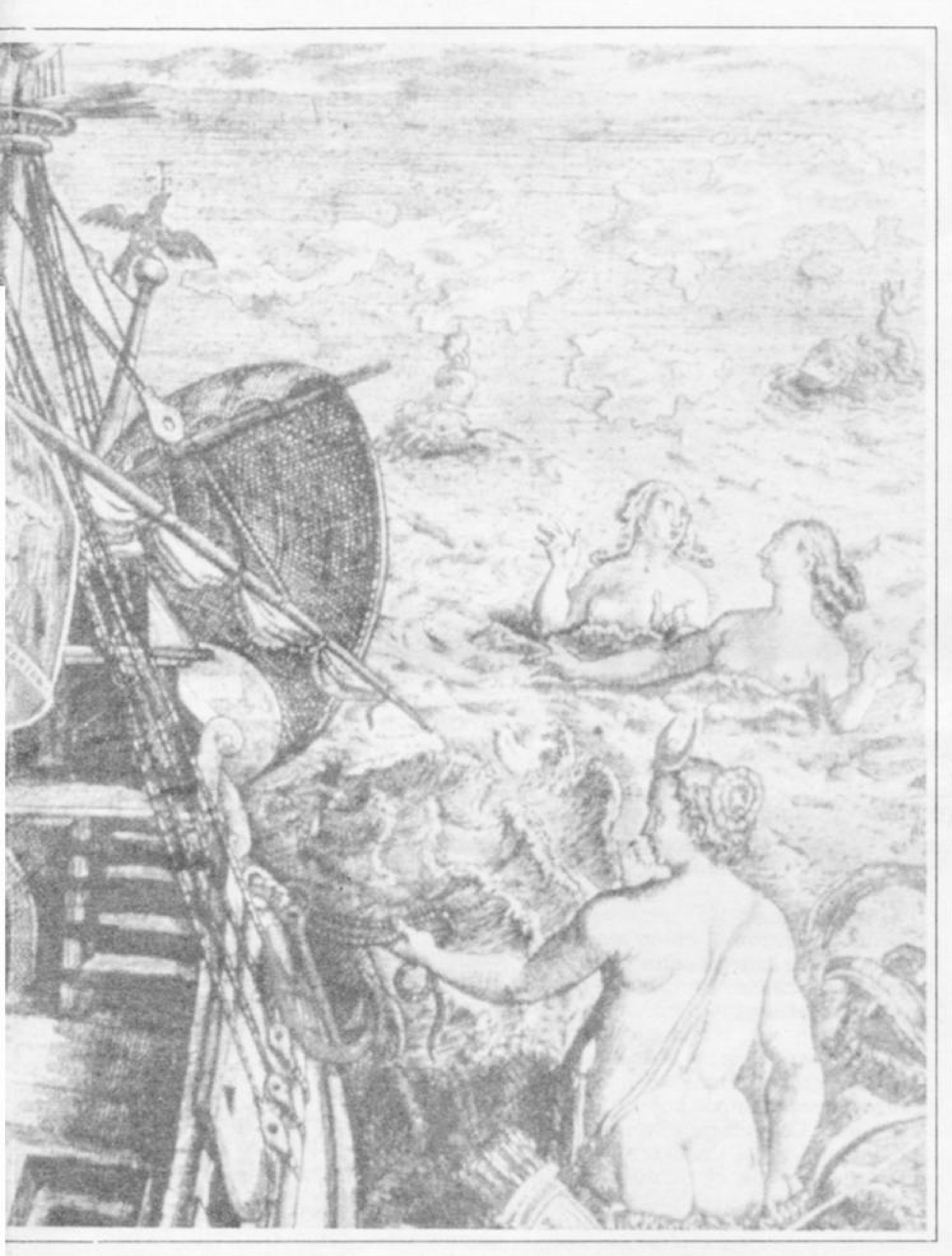
El teatro de Alarcón cuenta, entre sus muchos méritos, con el de haber servido de modelo a Corneille; influyó nada menos que en el teatro de Molière. Es el primer autor americano que triunfa en España. Abre una tradición que tendría culminación en Rubén Darío, César Vallejo, Vicente Huidobro y en la actual popularidad de la novelística, con García Márquez, Vargas Llosa, Carpentier, Carlos Fuentes, etcétera.

Mayoría de edad de la poesía

En el siglo XVII se produce lo que podemos llamar la mayoría de edad de la poesía de América con la religiosa mexicana sor Juana Inés de la Cruz. Antes, Lope de Vega, Cervantes y otros hablaron de poetisas, como Clarinda y Amarilis, peruanas, pero es en sor Juana Inés de la Cruz en quien se produce la gran campanada de las letras americanas. Porque Alarcón muere en 1639 y sor Juana nace en 1651, pero el dramaturgo pasó su vida en España, y a todos efectos está considerado como un clásico español; en cambio, sor Juana no salió de México, y en su obra son muchos los "sellos" de lo hispanoamericano, incluido, por supuesto, lo negro y lo indio.

Hay mucha literatura en el siglo XVII –Carlos de Sigüenza y Góngora, el Lunarejo, Rodríguez, Freyle, etcétera–, pero en realidad el siglo plástico, el de la más clara identidad de América, fue el siglo XVIII. La simple mención de los principales nombres deja dibujado el perfil y el contenido de esa identidad.

Veamos la nómina continental: Francisco Javier de Santa Cruz Espejo, Rafael Landívar, Francisco Javier Clavijero, Alonso Carrión ("Concolorcorvo"), fray Servando Teresa de Mier, Fernández Lizardi y otros. Antes de concluir el siglo nacen Andrés Bello, Bolívar, Olmedo.




Rubén Darío


Sor Juana Inés de la Cruz

Ya madura la independencia en todos los órdenes, Bello escribe la primera gramática *para los españoles-americanos*.

Fue hombre formado en América hasta los veintitantos años, pero luego vivió y trabajó en Londres primero, y en Chile independiente después, el resto de su vida.

Con la independencia, al brotar las respectivas personalidades nacionales, comenzó a sentirse la influencia de Francia en lo literario, y empezó también el debilitamiento de la influencia española a partir de 1850 principalmente.

Los primeros literatos nacidos con el siglo vivieron la dualidad inevitable: José María Heredia, Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Joaquín Pesado (traductor de Netzahuatlcoyotl), Mariano Melgar caracterizado por su resurrección de la poesía populista de los incas Esteban Echeverría, José Eusebio Caro, Plácido Zenea, Gregorio Gutiérrez, Gautier Benítez, Antonio de Castro Alves, José Hernández, Sarmiento, José Martí, Juan León Mera y el máximo ensayista de Hispanoamérica Juan Montalvo. Gutiérrez Nájera, Casal y Silva son, con Martí, los fundadores del modernismo, cuyo solo nombre anuncia el gran cambio, preludian a Darío.

Ahora hay que mencionar a la pléyade de grandes nacidos en el siglo XIX, pero ofreciendo en el siglo XX sus maravillosos frutos: Rubén Darío, José Enrique Rodó, Gabriela Mistral, José Vasconcelos, María Eugenia Vaz Ferreira, Gonzalo Zaldumbide, Horacio Quiroga, José Eustasio Rivera, Mario Andrade, Mariano Azuela, León de Greif, Rómulo Gallegos, Alcides Arguedas, Ricardo Güiraldes, Vicente Huidobro, Jorge Luis Borges, Miguel Angel Asturias, César Vallejo, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Baldomero Sanín Cano, Francisco Gavidia, Porfirio Barba Jacob, Amado Nervo...

Se ha visto que ya quedan mencionados muchos de los nombres decisivos de la literatura hispanoamericana actual. Faltan.

Los de este siglo

Pero cerramos este desfile de grandes con autores nacidos a partir de 1900.

Aquí están: Jorge Icaza, Roberto Arlt, Alejo Carpentier, Pablo Neruda, José de la Cuadra, Humberto Díaz Casanueva, Arturo Uslar Pietri, Felisberto Hernández, Enrique Labrador Ruiz, Benjamín Carrión, Julio Cortázar, Rosario Castellanos, Clarice Lispector, Ernesto Sábato, Francisco Herrera Luque, Carlos Fuentes, Nicolás Guillén, César Moro, Emilio Adolfo Westphalen, Manuel Mugica Laínez, José María Arguedas, Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, José Lezama Lima, Jorge Carrera Andrade, Fernando del Paso, João Guimaraes Rosa, Jorge Ibargüengoitia, Octavio Paz, Alvaro Mutis, Manuel Puig, Eduardo Mallea, Adolfo Bioy Casares, Ciro Alegría, Alfredo Pareja Diezcanseco, René Marqués, Fernando Alegría, Virgilio Piñera, Jorge Amado, José Donoso, Guillermo Cabrera Infante, Haroldo Conti, Héctor Rojas Herazo, Eduardo Carranza, Juan Rulfo, Augusto Monterroso, Demetrio Aguilera Malta, Augusto Roa Bastos, Julio César Chávez, Leopoldo Benítez, Juan Liscano, Luis Cardoza Aragón, Concha Meléndez, Emir Rodríguez Monegal, Leví Marrero, Guillermo Francovich, Roque Esteban Scarpa, Jorge Edwards...

La relación puede continuar con cien o doscientos nombres más. Desde grandes figuras como Gilberto Freyre, Eugenio María de Hostos, Francisco Romero, Mariano Brull, Alfredo Gangotena, Germán Arciniegas hasta figuras de menor difusión o popularidad, pero de grandes méritos, el "factor humano" en que descansa la literatura hispanoamericana es brillantísimo y predomina en la inmensa mayoría el hecho de que procuran equilibrar la inevitable influencia de las modas lanzadas por los grandes centros difusores de las letras de Europa y de América del Norte, *con el aporte de lo propio.* Nadie se escapa de algún parentesco más o menos consciente con ciertos "grandes" del mundo como James Joyce, Thomas Mann, Marcel Proust, Gustav Flaubert, William Faulkner, Franz Kafka, Robert Musil, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca, José Ortega y Gasset, Ernest Hemingway, pero generación tras generación se observa el proceso de liberación de los escritores hispanoamericanos que quieren ser *ellos mismos.*

Es el siglo XVII cuando se produce lo que podría denominarse la mayoría de edad de la poesía de América, con la religiosa mexicana sor Juana Inés de la Cruz.

Hay que observar en esa relación sucinta de grandes influencias, la ausencia casi completa de autores españoles. Todavía a principios del siglo se observa la presencia de Galdós, Pereda, Campoamor, Valle Inclán, Gabriel Miró, Blasco Ibáñez en este o aquel autor.

Notable fue el caso de Tomás Carrasquilla, influido por los costumbristas españoles, y el de José María Vargas Vila, por su sumisión a Federico Nietzsche.

Pero esas y otras actitudes parecidas dejaron paso a unas maneras más limpias de asimilación de influencias. Hoy puede "detectarse" la presencia de Paul Morand, de Jean Cocteau, de Witold Gombrowicz, de Blaise Cendrars, del Faulkner ya citado, de Thomas Wolfe, pero ya no se dan casos como el de la seducción de Carlos Fuentes por James Joyce en *La región más transparente.* Cuando el actual escritor hispanoamericano usa el monólogo interior o el culturalismo de un Thomas Stearn Eliot, en la poesía, o el irracionalismo de Gombrowicz, lo hace tras una asimilación tan profunda y auténtica que lo escrito "suena" a esfuerzo personal, a idea propia.

Para finalizar esta rápida e incompleta mirada, hay que subrayar la cada día más frecuente atención hacia los autores norteamericanos en novela, cuento, poema, teatro y artes plásticas.

Es de considerar, también, la creciente presencia de autores francófonos y anglófonos, procedentes de las islas del Caribe. Un poeta de la calidad de Aimé Cesaire, y unos novelistas como George Lamming y como V. S. Naipaul obligan a tener en cuenta el aporte de los hispanoamericanos de lengua distinta a la castellana y a la portuguesa en el panorama general de la vigorosa literatura escrita por los hijos del Nuevo Mundo.

(*) Ecuatoriano, novelista y periodista.

LAS ARTES Y LA CULTURA

La música

Por Samuel Claro Valdés (*)

EL encuentro cultural de hace quinientos años nos lleva a analizar qué música existía en el "nuevo" continente americano y qué llegó del "viejo" mundo, así como qué resultó de este verdadero choque de sensibilidades y de experiencias auditivas tan desiguales.

En muchos casos, sólo tenemos el relato de los cronistas, emprejuiciado y parcial, pues muchas de las culturas amerindias ya han desaparecido, como los antiguos aztecas y mayas. En otros, se han preservado, con mayor o menor fidelidad, las tradiciones musicales de muchas comunidades que hoy se estudian con renovado interés científico, si bien algunas de ellas se encuentran en vías de extinción. La música de los chibchas, caribes, guajiros, incas, atacameños o mapuches nada tenía que ver con aquella que llegó con el conquistador. Por eso, ambos mundos no siempre se entendieron desde el punto de vista estético. Luego del contacto, la mayoría de los pueblos amerindios guardó sus tradiciones en el seno de su intimidad. Los españoles, en cambio, que venían a conquistar nuevas tierras para redimirlas por la fe, lo hicieron dentro de estrictos patrones occidentales, que pretendían reproducir en el Nuevo Mundo las mismas condiciones auditivas o visuales que habían dejado en Europa.

Los esclavos africanos incorporaron el ritmo frenético de sus danzas e instrumentos junto con sus cálidas canciones de añoranzas, que usaron como medio de comunicación.

Pese a ello, el resultado del enfrentamiento entre estos dos mundos sonoros fue extraordinariamente rico y complejo y aún no ha sido cabalmente estudiado ni comprendido.

La conquista y posterior colonización del continente obedeció a un sistema estrictamente centralizado y con instituciones similares a las de la metrópoli, pero esta aparente unidad estaba construida sobre la multiplicidad y diversidad étnica y cultural propia de España.

Debemos distinguir en este sistema entre lo oficial, el "establishment", por decirlo así, y lo cotidiano, lo "vulgar", si en el vulgo radica la esencia de la vida, costumbres y tradiciones de un enorme conglomerado de distintos pueblos.

En el lado de lo oficial se sitúan la cultura de Occidente, la Iglesia Católica y la Corona, esta última integrada durante largos períodos por Habsburgos alemanes o por Borbones franceses.

El canto gregoriano

Musicalmente hablando, España exportó a América el canto gregoriano de la Iglesia, junto con la polifonía renacentista de las escuelas franco-flamenca y española del siglo XVI, y el barroco español e italiano de los siglos XVII y XVIII.

En el lado de lo cotidiano se ubica al pueblo, mayoritariamente andaluz, que acompañó al conquistador, que trasladó sus costumbres, su habla, comida, música y poesía al extenso continente, inundándolo de tradiciones árabes, andaluzas, gallegas o vascas que perduran hasta hoy.



Indios músicos con sus instrumentos. (Dibujos del siglo XVI)

Los amerindios, sin abandonar su música ancestral practicada, a veces, en la clandestinidad, aprendieron la música occidental oficial con facilidad y se transformaron en hábiles cantantes, instrumentistas, constructores de instrumentos y, excepcionalmente, en compositores renacentistas y barrocos.

Las capillas de música de iglesias catedrales en las capitales virreinales, integradas al comienzo con mayoría de indígenas, rivalizaban en perfección y calidad con las que existían en España, interpretando prácticamente el mismo repertorio. Muchas veces costosas ediciones de música polifónica eclesiástica demoraban sólo un par de años en llegar a apartados lugares como Bogotá o Cuzco.

Dos efectos

Las prácticas musicales indígenas, por su parte, no influyeron en la música oficial y su música no encontró eco, sino hasta este siglo, en aquella que cultivaron y cultivan los compositores de la música llamada "docta". El rápido mestizaje del pueblo español con los naturales amerindios tuvo, al menos, dos efectos musicales importantes: en la unión fugaz del hombre español con la mujer indígena primó la preservación de las tradiciones musicales indígenas por vía oral, en el secreto de la intimidad tribal; en la unión estable, en cambio, primó la tradición paterna y, con ello, la música popular española, que se mantuvo apartada de lo oficial, si bien tolerada como *bailes de la tierra* hasta los tiempos de la Independencia, donde adquirió ciudadanía americana.

El rasgo más reconocible de cada "país" español diseminado en la vastedad del nuevo continente fue, sin duda, su tradición musical, que sirvió como vínculo aglutinante de identidad nacional.

Posteriormente, los esclavos africanos incorporaron el ritmo frenético de sus danzas e instrumentos musicales junto con sus cálidas canciones de añoranzas, que utilizaron como medio de comunicación entre ellos, los que sí ejercieron una fuerte influencia en aquellos sectores donde su población alcanzó densidad importante.

La Iglesia Católica, por su parte, desempeñó un papel de extraordinaria importancia desde el punto de vista musical, pues utilizó la música como el vehículo más eficaz en su labor de evangelización. Si bien impuso el canto gregoriano y la polifonía renacentista en las ceremonias oficiales, sus misioneros, especialmente jesuitas, aceptaron y adoptaron el idioma vernáculo, los instrumentos y las danzas indígenas en la práctica musical cotidiana de la iglesia misionera.

No es raro encontrar ejemplos de himnos polifónicos en nahuatl o quechua, cantatas barrocas en canichano o canciones religiosas austríacas en mapuche.

Este riquísimo acervo cultural, que enorgullece tanto a América como a España, se empezó a apreciar y a estudiar hace poco. España ha estado abocada a escrutar el pasado musical de su propio medievo y renacimiento y, cuando ha incursionado en el barroco, no se ha interesado por el generado en esa época en sus antiguas colonias.

Hispanoamérica, a su vez, ha estado tan ocupada en copiar las estéticas y las modas europeas de Francia e Inglaterra y, más recientemente, de los Estados Unidos, que, salvo honrosas excepciones, ha dado las espaldas a su propia cultura.

Sólo en 1935 el germano-uruguayo Francisco Curt Lange lanzó el desafío del "americanismo musical", que no era otro que el de invitar a los propios americanos a ocuparse de lo suyo. Su *Boletín Latino Americano de Música* (1935-1946) se transformó en un documento monumental que abrió las compuertas para el estudio sistemático y la difusión de los valores musicales del continente.

Gabriel Saldivar y Jesús Bal y Gay, en México; Juan Bautista Plaza, en Venezuela; Carlos Raygada y el P. Rubén Vargas Ugarte, en Perú; Vicente Gesualdo y el P. Guillermo Furlong, en la Argentina; Eugenio Pereira Salas, en Chile, o Lauro Ayestarán, en Uruguay, fueron, junto con Lange y otros estudiosos, pioneros en el "descubrimiento" de la música virreinal hispanoamericana.

Entre los extranjeros, el doctor Robert Stevenson, de la Universidad de California, en Los Angeles, Estados Unidos, se ha transformado en el erudito que más ha contribuido a rescatar del olvido nuestra música.

Su obra cuenta hoy con más de seiscientos títulos entre libros, antologías, ensayos e innumerables contribuciones para enciclopedias y revistas especializadas.

También ha surgido una nueva generación de musicólogos latinoamericanos que trabaja actualmente con métodos y tecnologías de avanzada, gracias a los cuales América está hoy descubriéndose a sí misma como poseedora de cimientos culturales de los cuales se puede enorgullecer.

Estos surgieron en importantes centros musicales donde trabajaron y crearon sus obras varias decenas de compositores de alta categoría. En México se establecieron capillas de música en torno de las catedrales de México, Puebla, Oaxaca y Morelia, con figuras como Hernando Franco, Juan Gutiérrez de Padilla o Manuel de Zumaya.

También las encontramos en las catedrales de Guatemala, Santiago de Cuba, Santa Fe de Bogotá, Quito, Trujillo, Los Reyes o Lima, Cuzco, Potosí y La Plata. Allí podemos mencionar a compositores como Gutierre Fernández Hidalgo, Gaspar Fernandes, Esteban Salas, Juan de Araújo, Tomás de Torrejón y Velasco o José de Orejón y Aparicio.

Asimismo, las hubo en Asunción, Buenos Aires y Montevideo, y en las capitanías generales de Venezuela y Chile. Brasil adoptó un sistema un tanto diferente en la estructura del servicio musical, en conformidad con lo dispuesto por la corona portuguesa, pero en la época de la unión de las coronas de España y Portugal (1580-1640), el sistema fue similar al de las colonias hispanoamericanas en la sedes episcopales de Bahía, Recife, Río de Janeiro o San Pablo, reservándose un capítulo muy especial para la música cultivada en el rico territorio de Minas Gerais, a partir del siglo XVIII.

Las reflexiones que anteceden nos llevan a concluir que aún queda mucho por descubrir de nuestro propio tesoro cultural que es la música. Estudiarla, difundirla y respetarla debería ser la tarea de las nuevas generaciones de americanos que inician la segunda mitad de nuestro primer milenio.

(*) Chileno, profesor de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

La Universidad

Por Luis Alberto Sánchez (*)

LA Universidad ha sido y hasta cierto punto sigue siendo un alma de juventud. Nuestros alumnos y maestros han seguido siendo jóvenes. Todo ello justifica el singular título del texto de un gran escritor, Germán Arciniegas, *El estudiante de la mesa redonda*. Durante años pudo mantener fresco su acierto y su brillantez. Según él, jóvenes estudiantes, desde 1492 hasta ahora, fueron la vanguardia de toda renovación y así siguen siendo.

Cuando lo escribió, Arciniegas conservaba aún el título de secretario perpetuo de la Federación de Estudiantes de Colombia y ya había cotejado en Londres las bases de la Universidad Latinoamericana, reestructurada con miras al futuro de Córdoba en 1918.

El estudiante de la mesa redonda recoge las conversaciones de los jóvenes universitarios de América, siglos después de que sus congéneres de Bolonia, Padua, La Sorbona y Oxford hubiesen planteado el problema de la Universidad a sus respectivos municipios y gobiernos.

En tanto que las universidades europeas se fundaron a petición y a costa de los estudiantes, las de América lo hicieron por presión de algunas órdenes religiosas y de la necesidad oficial de formar una elite gobernante. Las órdenes religiosas que más se ocuparon de ello fueron la de los dominicos y la de los jesuitas: Iglesia militante.

Los primeros, los dominicos, obtuvieron en 1551 la Real Cédula del 12 de mayo, para fundar un Estudio General en Lima y, seguramente al mismo tiempo, otra en México. Anteriormente hubo dos universidades sólo pontificias, es decir, clericales: la de Puerto Rico, con 200 alumnos en 1529, según lo ha revelado el historiador puertorriqueño don Aurelio Tió, y la de Santo Domingo, fundada en 1539; ninguna de ellas tuvo estudios con valor oficial.

El verdadero fundador de la Universidad Real y Pontificia de Lima fue el dominico fray Tomás de San Martín, quien propuso su creación en el concilio de su orden, realizado en el Cuzco el año de 1548. Dos años después de fundado, el Estudio General de Lima optó por el nombre de San Marcos, tras un sorteo que se hizo entre los nombres de los cuatro evangelistas.

La Real Cédula del 12 de mayo de 1551 está firmada por Carlos V y su madre, la reina Juana, más conocida por el sobrenombre de "La Loca".

Posteriormente, los jesuitas organizaron universidades en Córdoba (Argentina), Cuzco (Perú), Guatemala, etcétera. Cuando se produjo la expulsión de los jesuitas el año de 1767, hubo que clausurar o modificar no sólo las universidades sino también los colegios mayores. Los institutos clausurados se convirtieron en convictorios, como ocurrió con el de San Carlos en Lima, cuna de libertadores.

Tres facultades

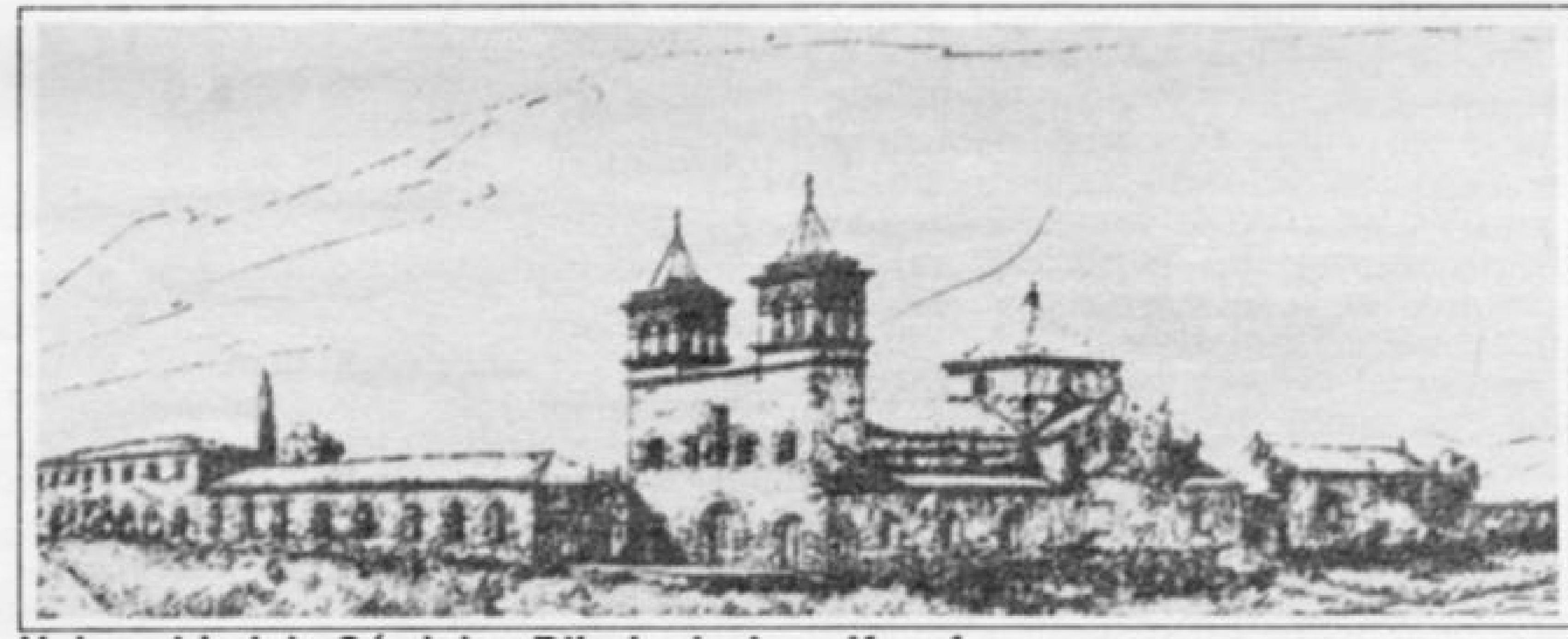
Las asignaturas que se dictaban en esos centros de estudios superiores se dividían en tres facultades: Teología, Artes y Derecho.

Las Facultades de Medicina se fundaron a principios del siglo XIX o en los últimos del XVIII. Los estudios de Medicina eran, como algunos de ciertas universidades europeas de hoy, una combinación de ciencias y humanidades. *Las observaciones sobre el clima de Lima*, del médico Hipólito Unanue (1803), es una fuente, todavía insustituible, para conocer el carácter, las costumbres y hasta el pensamiento de los limeños de entonces.

En Cuba, con el descubrimiento de la vacuna, se intensificaron notablemente los estudios de medicina.

A mediados del siglo XVIII, el estudioso peruano Pedro de Peralta Barnuevo tradujo un trabajo de Bottoni sobre la circulación de la sangre y otro sobre el cáncer de las mamas, o sea del saratán.

Dos de las más grandes figuras universitarias del Virreinato fueron, sin duda, las de don Pedro de Peralta y don Carlos de Sigüenza y Góngora, lumbrera de la Universidad de México. Ambos fueron polígrafos eminentes, cuyas numerosas obras ejercieron gran influencia no sólo en sus respectivos países de origen sino también en Europa. Sobre esto último vale recordar que las opiniones del académico francés Buffon y del holandés De Paw dieron, a mediados del siglo XVIII, la opinión de que los americanos eran seres limitados, ineptos para la cultura y originadores de la sífilis, cosa absolutamente falsa. El benedictino Feijoo, en su *Teatro Universal*, refutó las hipótesis de Buffon y De Paw, y como ejemplo de la capacidad intelectual de los americanos menciona y comenta la obra de Peralta.


Universidad de Córdoba. Dibujo de Juan Kronfuss

La expulsión de los jesuitas y las innovaciones que los monarcas de la dinastía francesa trasladaron a América influyeron en nuestra gente y, sobre todo, en nuestra universidad e instituciones.

Comenzaron entonces a instituirse asociaciones culturales, con predominio de las ideas económicas y filosóficas. Una de las mejores exposiciones al respecto es la que ofrece Juan Sarrailh, rector de la Universidad de París, en su libro *L'Espagne eclairée*.

El argentino Mariano Moreno, de la Universidad de Chuquisaca, organiza un estudio sobre la realidad económica del Virreinato de Buenos Aires y, luego, será el secretario de la Primera Junta de Gobierno emancipadora.

Este mismo fenómeno se produce con estudiantes y maestros jóvenes de las universidades de México, San Marcos, Quito, Santa Fe y Chile. La Universidad fue un motor de la independencia americana.

En un libro de Silvio Zavala se describe, documentalmente, el impacto que América provocó en Europa, sobre todo en Francia e Inglaterra, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

El general venezolano Francisco de Miranda, hombre de una cultura superior, puso en contacto a la inteligencia jesuítica desterrada en Italia con los medios ingleses e hispánicos; en ello sobresale la célebre *Carta a los españoles americanos*, del padre Viscardo, que hoy ha sido revaluada al descubrirse textos preparatorios y concomitantes acerca de la situación de la cultura liberal americana.

Figuras laicas y liberales

La Universidad evoluciona al compás de las nuevas ideas lanzadas por la Revolución Francesa y la norteamericana. Aparecen figuras laicas y liberales que constituyen un nuevo bagaje ideológico.

Uno de esos hombres, Andrés Bello, rector fundador de la Universidad de Chile en 1843, propagará el clasicismo español con tintes típicamente americanos y una inequívoca influencia inglesa: había permanecido en Londres desde que fue acompañando a Bolívar, en 1811, hasta que Diego Portales lo llamó a Chile en 1829.

La concepción de Bello, en una implícita polémica con Domingo Faustino Sarmiento, establece que la Universidad forma a los educadores y que éstos organizan y dirigen las escuelas.

Con todo, la Universidad nos lleva a una transformación sobre el pasado siglo XIX. Cierto que, cuando avanzó la ciencia, la Facultad de Arte se convirtió en la de Humanidades o Historia, Filosofía y Letras, y la de Derecho proyectó la de Ciencias Políticas y Administrativas.

Más tarde, ya en el siglo XX, la de Medicina creaba las de Farmacia, Odontología y Medicina Veterinaria; se incorpora la Educación como profesión universitaria. Y a comienzos de este siglo XX los estudiantes iniciaron un convenio de integración cultural, de acuerdo con las enseñanzas del uruguayo José Enrique Rodó en su *Ariel*.

Surgieron los congresos entre los estudiantes reunidos en Montevideo, Buenos Aires y Lima, entre 1907 y 1912; los posteriores funcionaron después de terminada la Primera Guerra Mundial. Entonces se forma una sólida respuesta de la juventud universitaria antibelicista y prosolidaria de la sociedad de nuestro país.

Por aquel entonces, en junio de 1918, aproximadamente cinco meses antes de la paz de Versalles, estalla en Córdoba (Argentina) el movimiento de la Reforma Universitaria, encabezado por un grupo de la universidad más antigua de la Argentina. Las bases de este movimiento definidor fueron la concurrencia del estudiante en las tareas de gobierno de la universidad; la asistencia libre; acentuación del carácter nacionalista e internacionalista de los estudios; renovación de la currícula, alejándola de la teología y las generalidades. Fue un ataque al medievalismo cultural en la Universidad y en la Nación.

Un hecho interesante: varios de los líderes de la Reforma Universitaria fundaron los nuevos partidos políticos y alguno de ellos llegó a presidir su país.

Nos hemos saltado, por lo apretado del relato, la inserción del positivismo en nuestras universidades; ello ocurrió después de 1850 y hasta prácticamente 1900.

El profesor Lagarrigue, de Chile, y el profesor Gabino Barreda, de México, fueron discípulos directos de Augusto Comte. También lo fue de Quinet el chileno Francisco Bilbao. La Reforma Universitaria llega al Perú en 1919, a Chile en 1920, a Colombia en 1919, a México en 1921. Y, en general, cubrió a la América latina.

La expulsión de los jesuitas y las innovaciones que los monarcas de la dinastía francesa trasladaron a América influyeron en la gente, en la universidad y en las instituciones.

Desde entonces hasta 1940 aproximadamente, tuvo como arquetipos sociales a la Revolución Mexicana y la Revolución Rusa y, de acuerdo con ello, cometió el error técnico de proyectar la masificación universitaria, con grave daño no para la elite solamente sino para la profundidad de los estudios y la intensidad del trabajo universitario. A partir de 1930 se advierte un creciente grado de politización en las universidades, mientras que desde 1954 crece el número de universidades católicas.

En muchas de las universidades laicas, cuando entra el marxismo las enrumba hacia otra concepción filosófica del mundo, reconociendo como válida la temática de la vida social.

En las décadas posteriores de los 40 y 50, planteando los hechos en pro y contra del totalitarismo, las universidades tienden a masificarse más, lo cual les quita la formación analítica que caracteriza a una verdadera cultura.

A partir de 1965, la vida universitaria es impactada por la Revolución Cultural china, lo cual altera más aún las bases auténticas de la Universidad.

San Marcos, que en 1920 tenía dos mil quinientos alumnos, llega hoy a más de cuarenta mil. El crecimiento de las de México y Buenos Aires es proporcionalmente mayor aún. Ello extiende, aunque algo superficialmente, la cultura de cada país, pero no contribuye a profundizar en la investigación ni en el análisis. La Universidad en la América hispana atraviesa una grave crisis, eco fiel de la crisis que atraviesan las repúblicas en donde funcionan.

(*) Peruano, ensayista, político, historiador.

LAS ARTES Y LA CULTURA

La filosofía

Por Francisco Miró Quesada C. (*)

EN América Central y América del Sur hubo tres grandes civilizaciones: la maya, la azteca y la inca (1). En ellas la concepción del mundo, fundamento de la religión, la ética, la política, el arte y el conocimiento, era tan elevada y profunda como la china, la hindú y la hebrea. Hemos acuñado la expresión "filosofía sapiencial" para denominar este tipo de pensamiento que, ajeno al teorizar de Occidente, expresa la creatividad de todos los pueblos de la Tierra. Hay diferencias en el poder creador, pero incluso las sociedades menos "avanzadas" presentan una notable capacidad inventiva.

En el campo del conocimiento, la civilización maya alcanzó alturas extraordinarias, cuyos vestigios se aprecian en las ruinas de sus grandes ciudades, como Uxmal y Chichén Itzá, en su astronomía, basada en minuciosas observaciones y cálculos tan rigurosos como complicados. Tuvieron, además, una verdadera escritura pictográfica (códices de Dresde, París y Madrid).

En las grandes civilizaciones de la América precolombina se encuentran elevadas y profundas concepciones de lo que el autor ha denominado "filosofía sapiencial".

La civilización azteca fue, asimismo, avanzada y se han conservado más códices en náhuatl (idioma de los aztecas) que en quiché (el dialecto más importante de los pueblos mayas). Los códices Matricense, Vaticano, Chimalpopoco y otros más son tesoros arqueológicos y etnológicos. Tuvo también moneda y una compleja estructura social, pero, como en la mayor parte de las civilizaciones antiguas, existió la esclavitud, y en ambas se realizaban sacrificios humanos que en tierras nahuas constituyeron parte de la vida cotidiana y tenían el carácter de fiesta popular (2).

La civilización incaica se distinguió por sus grandes obras de ingeniería, sus amplios y largos caminos y su eficiente organización social. Desde antes de los incas, la civilización andina tuvo un ingenioso sistema de riego por medio de andenes que, en algunas regiones del Perú, son aún utilizables. Los sacrificios humanos fueron casi eliminados en las últimas épocas del imperio. La esclavitud fue muy mitigada. En cuanto a la escritura, la opinión prevaleciente es que no existió en el antiguo Perú, aunque recientes investigaciones parecen indicar que pudo haber existido (3). Las tres civilizaciones tuvieron una medicina bastante más avanzada que la de Occidente en tiempos del Descubrimiento y la Conquista. Asimismo, su orfebrería puede compararse a la de las más avanzadas civilizaciones antiguas.

La filosofía sapiencial en las tres comunidades mencionadas fue, como hemos dicho, de gran profundidad ética, metafísica y religiosa. Testimonio de esta grandeza son el Popol Vuh maya, los poemas del rey texcocano Nezahualcóyotl (entre otros muchos) y las sentencias del inca Pachacútec. En los textos conservados y en la tradición oral se encuentran grandiosas concepciones cosmológicas, profundos conceptos sobre la naturaleza y el destino del hombre y nobles principios éticos.

La colonia

Siempre se supo que durante la colonia hubo teólogos y filósofos de importancia. Juan Bautista Aguirre, en Ecuador; Diego José Abad y Carlos de Sigüenza y Góngora en México; Alfonso Briceño en Venezuela (nació en Chile pero ejerció la mayor parte de su magisterio en Venezuela; algunos años enseñó en París, Roma y Salamanca); Juan Antonio Varillas en Colombia, Agustín de Quevedo y Villegas en Venezuela, Juan Espinoza Medrano en el Perú; y algunos otros de menor cuantía.

Algunos de ellos, como Briceño y Espinoza Medrano, fueron conocidos en la metrópoli, como muestra la copiosa correspondencia que sostuvieron con sus colegas europeos. Pero cuando nuestros países se independizaron perdieron la tradición colonial. Esta tradición se ha recuperado gracias a trabajos más o menos recientes.

Los patriarcas

En el siglo XIX no hubo filósofos *stricto sensu*. Hombres como Bello (que nació en Venezuela pero pasó la mayor parte de su vida en Chile), como Alberdi (Argentina), Lastarria (Chile), Lorente (Perú), son polígrafos interesantes y escriben algunos textos filosóficos motivados, generalmente, por la enseñanza universitaria. De ninguno de ellos puede decirse que dedicó sus mayores energías intelectuales a la filosofía; ni siquiera de Bello, que fue el más importante. En algunos de los citados, y en otros, es frecuente encontrar la vehemente afirmación de nuestra identidad cultural. Alberdi, por ejemplo, considera como una meta fundamental del filosofar latinoamericano la originalidad que habrá de constituir la verdadera independencia frente a los países de Europa.

Pero en las postrimerías del siglo anterior y a principios del presente comienzan a aparecer pensadores cuya principal dedicación es la filosofía. Debido a la pérdida de la tradición filosófica y a la pobreza de los recursos bibliográficos, sus escritos presentan algunas lagunas. Pero hoy consideramos que, dada la pobreza de las bibliotecas y la escasez de incentivos, su obra constituye una hazaña intelectual. Por eso, los mencionamos con respeto y los llamamos *patriarcas* de la filosofía latinoamericana. José Vasconcelos y Antonio Caso en México, Alejandro Korn en la Argentina, Enrique Molina en Chile, Enrique Varona en Cuba, Farías Brito en Brasil, Vaz Ferreira en Uruguay; Alejandro Deustua en el Perú, son los principales. Con la excepción de Alejandro Korn, que fue neokantiano, la mayoría estuvo influida de una manera u otra por Bergson. Caso aparte es Vasconcelos, que fue, aunque parezca mentira, plotiniano y en su última etapa abrazó con entusiasmo la filosofía de Whitehead.

Los forjadores

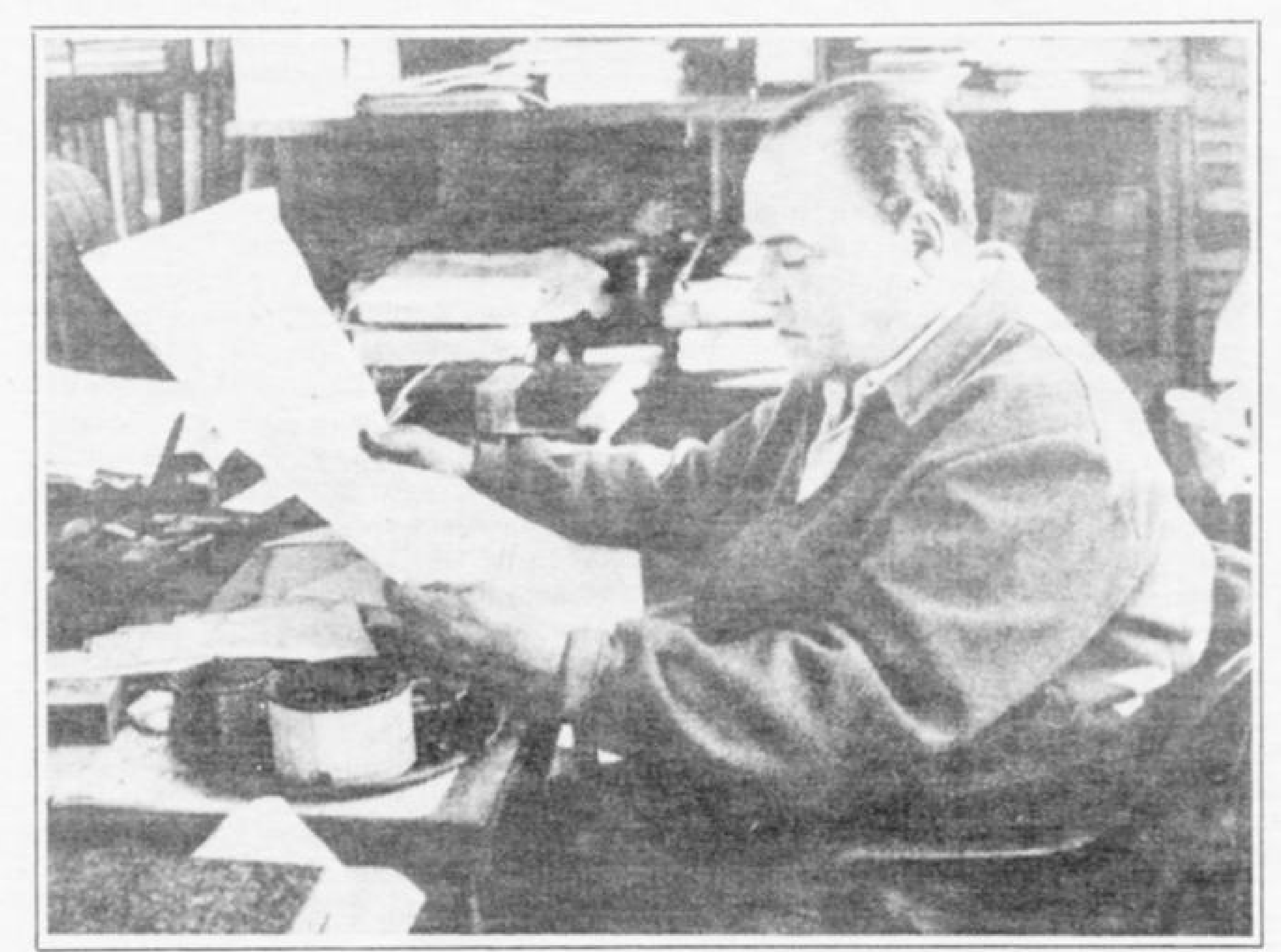
Gracias a la enseñanza de los patriarcas surge una nueva generación que dispone de más recursos intelectuales y materiales que sus maestros. Algunos de ellos logran escribir textos en los que resplandece ya la vena creadora. Llamamos *forjadores* a los integrantes de esta generación, porque son ellos los que, gracias a estudios más profundos y sistemáticos de la filosofía europea, preparan el camino para lo que Francisco Romero llamó la "normalidad filosófica".

Entre los más conocidos exponentes de la generación forjadora mencionamos a Francisco Romero en la Argentina (el más importante), Samuel Ramos en México, Souza Ferraz en Brasil, Mariano Iberico en el Perú. Pero Romero, además de tomar conciencia de que el filosofar latinoamericano constituía ya una realidad, cree que ha llegado el momento de transformarlo en un movimiento. Y dedica generosos esfuerzos para lograr este propósito. Para ello es necesario que el pensamiento latinoamericano alcance la normalidad filosófica.

Esta no consiste solamente en una buena formación académica y en la existencia de bibliotecas decentessino, y esto es lo más importante, en alcanzar el nivel de la creación. Porque lo normal en la práctica filosófica es, precisamente, crear. No se trata, por cierto, de rivalizar chauvinistamente con la filosofía europea. Eso sería tropicalismo. Se trata únicamente del poder conocer a fondo la historia de la filosofía y la obra de los filósofos coetáneos, tanto de los grandes centros académicos europeos y norteamericanos como de los propios compañeros de generación.

Romero, con toda razón, pensaba que cuando se adquiere un conocimiento verdaderamente profundo de algún tema la creación viene por sí sola.

Comienza a manifestarse, primero, en los textos exegéticos y sigue avanzando hasta culminar en la concepción personal. Con una dedicación y un altruismo admirables escribe cartas a los jóvenes filósofos que comienzan a destacar. Hace que se escriban entre ellos, que se manden sus libros y que, cuando viajen, se busquen para conocerse y enterarse de la obra que cada cual está realizando. Los esfuerzos de Romero sobrepasan sus esperanzas. En pocos años, a mediados de los cuarenta, ha surgido ya una generación en sentido orteguiano, un grupo de hombres que tiene una misión: crear una filosofía auténtica (4).



Francisco Romero

La generación técnica

A partir de esta fecha una nueva generación, joven en aquel entonces y llena de un entusiasmo sin límites por la filosofía, comienza su trayectoria hacia la normalidad filosófica. Su afán es crear una filosofía auténtica, es decir, una filosofía que no esté motivada por un infecundo prurito de originalidad sino por el afán de conocer a fondo los temas que trata. El que se interesa por la filosofía antigua aprende griego y latín. El que se dedica a la epistemología aprende matemáticas y física o, en caso de que esté interesado en la epistemología de las ciencias sociales, estudia a fondo una o más ciencias humanas. Hemos llamado *generación técnica* a esta tercera hornada de pensadores latinoamericanos, porque con ellos comienza el manejo técnico y especializado de la filosofía en nuestro medio (5).

Desde que los filósofos técnicos comienzan su trayectoria surgen dos grupos antagónicos. Uno de ellos, tal vez mayoritario, está convencido de que la autenticidad sólo se podrá alcanzar estudiando e investigando a fondo los grandes temas de la comunidad filosófica occidental. Llamamos a éstos los *teóricos*. Pero el otro grupo considera que la vía de la autenticidad conduce al estudio e interpretación filosófica de la propia realidad latinoamericana. La filosofía auténtica, afirman, nace en una situación histórica determinada, en la que los pensadores no se dedican a forjar complicadas y abstractas teorías, sino que tratan de encontrar soluciones a los problemas concretos de la existencia humana. Por eso, lo que deben hacer los filósofos latinoamericanos es, primero, decir cómo es nuestra realidad y después cómo debe ser. Por esta razón confieren gran importancia a la filosofía de la historia y a la historia de las ideas.

Llamamos a quienes adoptan esta posición filósofos políticos; para mayor simplicidad, *políticos*. Los "teóricos" acusan a los "políticos" de hacer una filosofía "blanda", es decir, carente de rigor y de formación académica. Los "políticos" acusan a los "teóricos" de ser reaccionarios. Se dedican a la teo-





Carlos Vaz Ferreyra



...lejandro Korn

ría, afirman, para rehuir su responsabilidad social.

Proyecto y realización

A las cuatro décadas de una labor incansable, en lucha contra dificultades políticas y materiales, y contra el inevitable complejo de inferioridad generado por el afán de crear una filosofía que estuviera a la altura de los tiempos, la generación técnica había cumplido su misión. Tanto los filósofos "teóricos" como los "políticos" habían avanzado un largo trecho en la realización del proyecto originario. Es imposible, en un artículo periodístico, exponer en detalle la obra, enorme, realizada por la generación técnica. Sólo citaremos algunos nombres que, en nuestra opinión, son representativos del filosofar latinoamericano, sin mencionar sus respectivos países. Esto no significa que no haya otros tan importantes como ellos. En filosofía teórica: Bunge, Frondizi, Villoro, Castañeda, Rabossi, Simpson, Canabrava, Cruz Vélez, Maíz Vallenilla... En filosofía política: Zea, Villegas, Salazar Bondy, Cruz Costa, Roig, Ardao, Weinberg...

La generación normal

Debido a la importancia y al volumen de su creación filosófica, la generación técnica logró que el pensamiento latinoamericano fuera conocido en las diferentes comunidades filosóficas del mundo intelectual, tanto de los países occidentales como no occidentales. (6) Hoy el español es uno de los lenguajes oficiales en los congresos mundiales de filosofía, y los pensadores latinoamericanos dialogan permanentemente de igual a igual con los más destacados filósofos occidentales y de otras regiones avanzadas del mundo, como Japón, Australia y Nueva Zelanda.

Algunos de ellos han hecho contribuciones importantes a la filosofía mundial, como, por ejemplo, el haber influido de manera eficaz y original respecto de la interpretación realista de la física cuántica; haber formalizado, por vez primera, el concepto de estructura social; haber creado, al mismo tiempo que los europeos, la moderna lógica jurídica; haber concebido un sistema revolucionario de lógica que rompe, por vez primera, el milenario paradigma de la lógica clásica; haber axiomatizado algunos tipos de justificación de la praxis política, y otras cosas más.

Uno de los aspectos más significativos de su trayectoria es el pedagógico. En efecto, de sus manos ha salido una nueva generación que ha encontrado la situación con que soñó Francisco Romero: la normalidad filosófica. Los jóvenes que hoy filosofan no tienen ya ningún complejo, no quieren demostrar nada a nadie; sobre todo, no quieren demostrarse a sí mismos que son capaces de hacer filosofía auténtica; simplemente, la hacen.

La nueva generación tiene grandes valores. De acuerdo con la pauta que nos hemos fijado sólo mencionamos algunos nombres sin desmedro de otros que tienen tanto mérito como los referidos. Da Costa, Orayen, Sosa, Moulines, Dascal, Torretti, Cordero, Sobrevilla, Olivé, Brauer, Farrell, Gracia, Cerutti, son pensadores que, en sus respectivos campos (la filosofía teórica o la filosofía política) tienen renombre internacional. Y hay bastantes más. No queremos terminar estas líneas sin expresar nuestra convicción de que la filosofía latinoamericana seguirá, en el futuro, marchando por la vía ascendente que la ha caracterizado en las últimas décadas.

Notas

(1) Además de estas tres grandes civilizaciones hubo otra importante, la chibcha, que tuvo una orfebrería tan o tal vez más refinada que la de las culturas náhuatl, quiché y andina. Pero su civilización fue, de acuerdo con las pautas occidentales, menos avanzada.

(2) Los sacrificios humanos han existido en todas las civilizaciones, incluso en la occidental. La cantidad de herejes y brujas que fueron quemados para cumplir la voluntad divina entre los siglos XVI y XVII seguramente supera a los realizados por aztecas y mayas juntos (datos tomados de la Enciclopedia Británica de 1926)

(3) Recientes investigaciones realizadas por Miguel Angel Calvo Rodríguez, en las que utiliza la teoría matemática de los nudos para interpretar el lenguaje de los quipus, muestran que éstos pudieron utilizarse como un sistema escritural plenamente desarrollado. Los quipus fueron siempre un misterio, porque los quipucamayocs (quienes conocían su manejo) nunca explicaban a los españoles en forma precisa cómo se usaban. Tradicionalmente el uso de los quipus se interpretó como un sistema de estadística. Los diferentes colores de los cordeles y la cantidad de nudos hechos en ellos servían, según esta interpretación, para fijar fechas y cantidades. Pero a nadie se le había ocurrido analizar las diferencias existentes entre los diversos tipos de nudos. El análisis realizado por Calvo Rodríguez demuestra que existen múltiples diferencias entre ellos, que hay tipos y subtipos nodulares, lo que induce a suponer que éstos formaban parte importante del mensaje transmitido.

Los pensadores formados en Latinoamérica dialogan ya de igual a igual con los más destacados filósofos occidentales y de otros centros del mundo.

(4) La influencia de Francisco Romero fue muy grande, y es un hecho que contribuyó de manera importante a generar la vocación creadora de la joven generación de su época. Empero, no todos los jóvenes que asumieron el proyecto como misión estuvieron bajo su influencia. Algunos pocos, pero de los más importantes en el campo de la filosofía científica, no tuvieron ninguna relación con él.

(5) Utilizamos la palabra técnica en el sentido usual de la práctica filosófica: para expresar que un pensador maneja con soltura recursos conceptuales complicados que sólo pueden ser adquiridos después de largos estudios. Esto no significa que los filósofos técnicos han sido más capaces que los de anteriores generaciones. Cada generación hizo lo que pudo y, gracias a esta obra, las siguientes pudieron hacer lo que hicieron y lo que están haciendo.

(6) Este hecho no significa que los patriarcas y los forjadores de la filosofía latinoamericana fueran desconocidos. Algunos de ellos gozaron de merecido prestigio internacional.

(*) Peruano, filósofo, periodista, director del Suplemento Cultural de El Comercio, de Lima.

América barroca

Por Bernardino Bravo Lira (*)

EL Barroco no es sólo un gran estilo artístico. Es expresión de toda una época en la historia de Europa y América. Si para el Viejo Mundo constituye, al igual que el Románico, el Gótico o el Renacimiento, una etapa decisiva, para el Nuevo Mundo tiene una significación aún mayor.

Es la primera gran expresión cultural americana, es decir, que abarca al continente entero desde México y las Antillas hasta Chiloé y el Río de la Plata. En este sentido, la época del Barroco es para Hispanoamérica lo que fue la del Románico para Europa: una época definitiva y, por lo tanto también, en cierto modo, definitoria.

Cronológicamente, ella se extiende desde el siglo XVII hasta bien avanzado el XVIII.

La América nacida de la conquista no es ni europea ni indígena, aunque combina elementos de una y otra procedencia. Por eso, ella se califica a sí misma de *indiana*, término que, aparte de genuino, es mucho más apropiado que el de *colonial*, que le dio la historiografía del siglo XIX.

En esta América indiana, al igual que en Europa, se concibe al mundo como un teatro y a la vida como un espectáculo. Lo que cuenta es que cada uno haga su papel con el mayor lucimiento.

No se trata de minúsculos enclaves europeos en suelo extraño, como las colonias inglesas, francesas u holandesas, cuya población se esfuerza por reproducir las formas culturales de una metrópoli, como único medio de preservar su identidad.

Se trata de un conjunto inmenso de tierras y pueblos, articulados políticamente por la común pertenencia a la monarquía, en los que una minoría europea convive con una mayoría indígena.

Esta América indiana perfila y define su personalidad frente a la cultura europea y a las culturas indígenas a través de las grandes creaciones de esta época. En efecto, a partir de él aparece toda la América indiana animada por un mismo espíritu, vibrando al unísono y expresándose de la misma manera.

Un símbolo de ello puede ser el Cuzco, donde una ciudad barroca se superpone a la antigua capital de los incas, la mayor cultura prehispánica. Por encima de la inarticulación y aislamiento recíprocos de los pueblos y culturas indígenas, pero apoyándose sobre ellos, la América barroca ha creado otro ámbito, otro clima, en una palabra, todo un orbe, el orbe indiano.

Por lo mismo, a partir de esta época, la América barroca participa con voz propia y acento inconfundible dentro del mundo moderno unificado bajo la preponderancia europea. Al respecto es muy ilustrativo el testimonio de las monedas indianas en las que se representan los dos mundos, el europeo y el americano, unidos por arriba mediante la corona real y por abajo a través de las aguas del Atlántico.

Aportes originales

América no es un elemento pasivo dentro del conjunto, dependiente de una metrópoli foránea, sino que hace aportes originales y, a veces, también geniales a la modernidad barroca, común al Viejo y al Nuevo continente.

En esta América indiana, al igual que en Europa, se concibe al mundo como un teatro y a la vida como un espectáculo. Lo que cuenta es que cada cual haga su papel con el mayor lucimiento, cara a Dios y cara a los hombres.

Así lo muestra, sin ir más lejos, el sentido cultural del trabajo en los medios más populares. Mestizos e indígenas se familiarizan con el trabajo, como ocupación regular, al modo europeo, pero lo realizan a su manera, según un *ethos* propio, no con sentido productivo sino cultural.

Todo es desbordante en esta época barroca: la ornamentación en la arquitectura, la suntuosidad en el vestido, el refinamiento en los modos de vivir y, más que nada, el esplendor de la fiesta. Esta es la edad de oro de ella como acontecimiento público y popular. No se limita a las cortes virreinales de México y Lima, cuyo esplendor supera a todas las de Europa, salvo las de Madrid o París.

La fiesta está presente a lo largo y a lo ancho del continente hasta la última villa, hacienda o asiento minero. No se reduce, como actualmente, a unos cuantos actos oficiales estereotipados que se realizan en recintos cerrados, a los que tiene entrada sólo una selecta concurrencia.

En esta época, lo mismo en las ciudades que en los campos, hay una intensa vida comunitaria. El año está jalonado de festividades, religiosas o profanas, algunas de las cuales, como las de los santos patronos, la trilla o los toros, han sobrevivido hasta el siglo XX.

Se celebran en espacios abiertos, plazas en las ciudades y santuarios, media luna o similares en los campos. En ella toma parte todo el mundo, por encima de distinciones de privilegio, poder y riqueza: desde virreyes hasta eclesiásticos, catedráticos y militares, nobleza y, sobre todo, gente común y corriente, vecinos o campesinos. La amalgama cultural da origen a ese arte, música, vestido y folklore que se ha dado en llamar *indígena*, pero que verdaderamente es indohispano o mestizo.

Artesanos y artistas son el puente entre esta cultura, en su mayor parte iletrada, y la letrada de las universidades. Dan vida a escuelas de pintura o escultura como las de México o la cuzqueña y la quiteña en América del Sur. Tan grande es la profusión de cuadros y tallas policromadas que tal vez sólo encuentre parangón en la Italia renacentista. Se trata de un arte fundamentalmente decorativo y religioso que responde a una enorme demanda, para recubrir los interiores de las iglesias, conventos y casas señoriales. Entre los grandes maestros sobresalen el mexicano Cristóbal de Villalpando (1645-1714), al que se debe el *Triunfo de la Iglesia*, o el potosino Melchor Pérez Holguín (1660-1724), que pintó *La entrada del virrey Morcillo a Potosí*, y escultores como el indígena quiteño Manuel Chili, Caspicara o el mulato brasileño Aleijadinho (1738-1814), una figura epigonal.

La reina de las artes

No obstante, la reina de las artes es la arquitectura. La ciudad indiana tiene un trazado renacentista, pero es, ante todo, barroca, recargada y a la vez graciosa. Basta pensar en México o en Lima, en Guadalajara, Puebla o Guatemala, Bahía, Chuquisaca o Quito.

Se emplean materiales desconocidos en Europa, como el *tezontle* mexicano, piedra volcánica de color rojizo, o la piedra porosa de insigne albura, que valió a Arequipa el apelativo de la blanca.

Sin embargo, la voz de esta América indiana resuena en el mundo culto de la época, sobre todo a través del libro. Obras de autores indianos se imprimieron no sólo en Lima o en México, en Madrid o en Lisboa, sino también en los grandes centros editoriales de entonces, Lyon, Ginebra, Roma. Ciertamente la lengua es europea –el castellano, el portugués o el latín–, pero el acento genuinamente americano. Aun entre los indígenas hay insignes latinistas, como Juan Espinosa Medrano (1640-88). Catedrático de la Universidad de San Marcos en Lima, es hasta ahora el mayor talento filosófico que ha producido al continente. Aunque muerto a los 48 años, tuvo tiempo para escribir numerosas obras de teatro en quechua y en castellano.

Entre los filósofos le sigue, por cierto a menor altura, el santiaguino Alonso de Briseño (1590-1638) que, antes de cumplirse un siglo de la fundación de su ciudad natal, publicó en Madrid una gran obra, que le dio el nombre de Escoto americano.

Líricos como la inimitable sor Juana Inés de la Cruz (1657-95) o científicos de la talla de Sigüenza y Góngora (1645-1700) enriquecen las letras al paso que juristas como Escalona y Aguero (1590-1650), originario de la actual Bolivia y oidor de la audiencia de Santiago, o el quiteño Gaspar de Villarroel (1587-1665), obispo de la misma ciudad y luego arzobispo de Charcas, contribuyeron a forjar el derecho indiano.

Comparativamente, las creaciones del barroco americano no alcanzaron las cimas del europeo, pero tienen una significación histórica mayor, ya que a través de ellas afloran las nacientes nacionalidades indianas. En ellas se percibe de manera muy viva una conciencia patria.

Desde la época del Barroco en adelante, Hispanoamérica no será un simple conjunto de pueblos o territorios unidos por la común pertenencia a la monarquía y a la Iglesia, pero sin una personalidad definida. Antes bien, cada nacionalidad cuenta con un patrimonio cultural propio, que la define frente a las otras y a los demás pueblos del mundo.

Se puede distinguir, por ejemplo, al brasileño del mexicano o del chileno como pueblos con vida propia, al modo de los europeos, muy diferentes de las poblaciones francesas, inglesas u holandesas de ultramar, que arrastran una existencia colonial. Tal es el significado permanente de la época del Barroco para Hispanoamérica.

(*) Chileno, profesor universitario, miembro de la Academia Chilena de la Historia.



Portada menor de la Capilla del Sagrario, anexa a la Catedral de México

En busca del verdadero rostro de Colón

Por Alicia de Arteaga (*)

DICEN que fue hombre de mediana estatura, cara larga y mejillas altas, que a los 19 años ya era marinero, y hasta aventuran que fue corsario al servicio de Renato de Anjou, archienemigo de Alonso de Aragón, al que le disputó la corona de Nápoles.

Tenía cuarenta y un años cuando descubrió América y, según Gonzalo Fernández de Oviedo, "era de piel rojiza y pecosa, ojos azules y pelo rubio tirando a colorado". Astuto y entendido en el arte de la cosmografía, el gran almirante dejó para la posteridad la incógnita de su verdadero rostro. Como una inesperada revancha para sus contemporáneos, que necesitaron más de dos décadas para comprender en toda su dimensión la gesta de 1492.

A quinientos años del encuentro de dos mundos la incógnita sigue vigente. ¿Cuál de los retratos es el verdadero? ¿Hasta dónde fue fiel la vasta y ecléctica iconografía colombina?

Si para muestra basta un botón, en este caso hay varios. En la exposición de Chicago de 1892, realizada con motivo de los cuatrocientos años del Descubrimiento de América, se exhibieron más de 80 retratos. Colón vestido de caballero renacentista con jubón y calzas negras o de austero peregrino, encanecido y casi calvo; Colón con el sayo franciscano cruzado sobre su pecho con la cruz en la mano o con el típico sombrero del almirantazgo.

Sin contar las innumerables pinturas que lo muestran junto a Isabel la Católica, promotora y amiga, o en pleno desembarco en el exótico nuevo mundo saludando a los buenos salvajes. Lo cierto y lo concreto es que Cristóbal Colón no fue pintado "en vivo" jamás.

Se sabe que la primera escultura del marino aventurero es el monumento levantado, en su memoria, en Baltimore en 1792. Y en el catálogo de los retratos colombinos, el más cercano sería el perfil acuñado por una moneda alemana.

Hasta veinte años después del Descubrimiento, en 1512, cuando la corona española reconsideró la gesta colombina y cubrió de honores el nombre de Colón, su imagen no había sido motivo de inspiración para los pintores cortesanos ni para los artistas de la época. Demasiado tarde para caer en cuenta, el 20 de mayo de 1506, sin pena ni gloria, el marino genovés había muerto en Valladolid.

El retrato del archivo general de las Indias, que se encuentra en Sevilla y que fue considerado por años como el más fiel a la imagen del almirante, vino a resultar, investigaciones mediante, una copia, buena pero copia al fin, del retrato de la casa de Veragua, pintado en el siglo XVII. No en vano la tela reproduce a un galán de porte casi romántico iluminado a la manera de Rembrandt. Es el retrato de un *old master* en el que Colón luce como un intelectual con chaqueta de terciopelo, calzas negras y barba rojiza, una imagen poco afín con la del aguerrido marino que se atrevió a desafiar las convenciones de toda una época.

Según Valentín Calderera, historiador e investigador de la iconografía colombina, el retrato más antiguo de Colón que se conoce en España es el conservado en la Biblioteca Nacional. Se trata de una pintura sobre tabla en la que el marino aparece entrado en años (dicen que encaneció prematuramente), con entradas profundas y envuelto en pieles, un llamativo ropaje para la época, que hizo pensar a los estudiosos en un posterior repinte que cubrió el original capote verde cruzado sobre los hombros, un atuendo más conocido.

Curiosamente es la vestimenta la que, en general, ha permitido a los críticos detectar la época y la antigüedad de las obras estudiadas, como es el caso del grabado de Capriolo, citado por el estudioso Calderera ("Historia", Madrid, 1987), en el que "Colón tiene el pelo largo, como se usaba en los tiempos de los Reyes Católicos, y viste una ropilla ajustada al cuello, como una sotana, y sobre ella un manto puesto al desgarre caído por el pecho y por la espalda".

Los historiadores intentan reconstruir con renovado celo la imagen del genovés que, en vida, no fue modelo de ningún pintor. Más de ochenta retratos se conocen del gran almirante.

Colón, el verdadero

Según el historiador hispano Angel Luis López, el retrato más antiguo y el más auténtico es la tabla de la colección Lázaro. La pieza integró esa colección, es de autor anónimo y fue conservada en el Museo Lázaro Galdiano, de Madrid. Se la conoce como *La virgen de Colón*, y en ella se ve al descubridor con traje de almirante español, con la divisa Plus Ultra y tutelado por San Cristóbal. Los historiadores y estudiosos coinciden en que no se trata de una pintura de gran calidad y su fecha de realización se aproxima a 1540.

Se cree que fue pintada para los descendientes del almirante por un pintor flamenco de segunda fila, muy influido por el Renacimiento italiano. De hecho, la obra no puede haber sido nunca inspirada en el modelo natural por una simple cuestión de fechas, pero hay quienes suponen que la inspiración fue una obra anterior, propiedad de la familia Colón, que luego se habría extraviado.

El tema y la composición son clásicos del Renacimiento: una madonna sentada con el niño en brazos que recibe los saludos de un caballero que se arrodilla a sus pies. Descansan en el suelo la armadura y los guantes. Por otra parte, se asocia la presencia de la Virgen con la devoción mariana de Colón, conocida por sus biógrafos y probada por el hecho de haber bautizado trece lugares de los descubiertos con el nombre de María. En la tabla de marras, al fondo, se ve un boceto de la fachada de la catedral de Santo Domingo, por lo que los historiadores pensaron que la obra se había pintado con ese destino, en cuya capilla sería enterrado Colón.

Pero, como se sabe, tampoco este designio se cumplió: los restos del almirante descansan en la catedral de Sevilla.

(*) Argentina, periodista.



Retratos de Cristóbal Colón

LA NACION

Viernes 9 de octubre de 1992

LAS ARTES Y LA CULTURA

Etapas de la arquitectura colonial

Por Hernán Rodríguez Villegas (*)

LA llegada de Colón a América, el encuentro de dos mundos, de más de dos culturas, se tradujo en una nueva forma de construir y habitar el continente. El proceso seguido por la arquitectura americana ha tenido desde entonces muchas etapas y matices. Especialmente interesante es aquel que se refiere a la unión de dos mundos, al inicio de una expresión que fue novedad para constructores y construcciones y llevó a la irrepetida identidad de la arquitectura colonial. Para los europeos del siglo XVI la arquitectura era una manifestación acotada entre las artes del mundo occidental, motivo de innumerables estudios y tratados que se reproducían desde la antigüedad. Para los que vivían en tierra americana también la arquitectura era un arte cuyas manifestaciones se habían trasmitido durante generaciones.

Los puertos y las fortificaciones de América constituyen un fenómeno arquitectónico de notable valor por la extensión que alcanzaron y por la creatividad y diversidad de sus realizaciones.

El encuentro de ambas, sin embargo, como el encuentro de los hombres, se tradujo en mutua desconfianza, en enfrentamiento y finalmente en triunfo de una y destrucción de otra. La conquista española detuvo el desarrollo de la arquitectura precolombina y sus constructores debieron asimilarse al conocimiento de los tratados europeos, del orden clásico que llegó en el bagaje de los nuevos señores y sacerdotes. Los naturales de América encontraban incomprensibles las formas de la arquitectura occidental y sus conceptos, una incógnita. Lo mismo debió suceder a los europeos con la arquitectura precolombina, la que se convirtió en testimonio de una cultura bárbara, sin el espíritu del verdadero Dios.

En un primer momento, los conquistadores construyeron en América lo mismo que se hacía en la Península y los conquistados, aunque continuaron siendo utilizados como constructores, vieron demoler lo que ellos antes habían construido. Pronto, sin embargo, se sumó la voluntad de unos y el trabajo de otros y surgió en poco tiempo una respuesta arquitectónica diferente, notable por su extensión, sus planteamientos, su unidad, y, al mismo tiempo, su inagotable diversidad. Al decir del escritor venezolano Arturo Uslar Pietri, "lo que vino a realizarse en América no fue ni la permanencia del mundo indígena ni la prolongación de Europa. Lo que ocurrió fue otra cosa y por eso fue Nuevo Mundo desde el comienzo".

Fundaciones y población

La arquitectura que se realizó en América se asentó sobre una concepción continental, la visión global y unitaria de un territorio extenso, de tal magnitud, que daba cabida a grandes imperios que no se conocían. El sentido imperial y permanente de España fue mayor y se tradujo, en breve tiempo, en una regulación urbana para todo el continente.

En 1573, el rey Felipe II promulgó las ordenanzas de descubrimiento, nueva población y pacificación de las Indias, documento que recogió la tradición de lo realizado hasta entonces en América y normaba, hasta en sus menores detalles, la acción pobladora en el Nuevo Mundo. Las ordenanzas de nueva población guiaron la elección de terrenos donde se fundaron ciudades, rigurosamente trazadas como tablero de ajedrez o damero, que tenían en el centro de su geometría una plaza mayor desde donde se proyectaban las calles, se formaban las manzanas y se repartían regularmente los solares. La ordenanza asignaba el sitio para templos, cabildo, casas reales, comercio, conventos, hospital, plazas menores y vecinos, y seguía luego ordenando los territorios aledaños al pueblo, proyectando el urbanismo a la geografía circundante en tierras de labor, ejidos y dehesas.

La cuadrícula de América tiene sus raíces en Roma y en los escritos de San Agustín, también en la historia de España, repitiendo la experiencia fundadora de los Reyes Católicos en Santa Fe de Granada, en la última campaña de la Reconquista. La Ordenanza de Nueva Población de las Indias dio un marco homogéneo a las fundaciones y trazas del continente, donde es todavía posible reconocer, después de cinco siglos, la unidad de su cuadrícula, la organización espacial que se estructura desde la plaza mayor, y la relación de los edificios públicos tradicionales.

Esta planta unitaria, que se asentó desde California a la Patagonia, permitió y desarrolló, sin embargo, diversidad en el alzado. "Procuren en cuanto fuere posible que los edificios sean de una forma, por el ornato de la población", expresa el capítulo 134 de las Ordenanzas de Felipe II. La ciudad fundada debía aspirar a la homogeneidad, a la regularidad como expresión de belleza, lo que fue dando a cada una identidad y armonía, ideales que hará suyos el neoclásico, siglos más tarde, marcando uno de los sellos más atractivos de la arquitectura americana. Es interesante destacar la unidad en la traza urbana de América y la diversidad de su alzado arquitectónico.

Es fundamental, complementando ambos aspectos, referirse a la magnitud del proceso urbanizador del Nuevo Mundo. El abad benedictino fray Gabriel Guarda, historiador chileno, refiere que, en 1789, en el continente habían iniciado la vida 8478 fundaciones. Considerando las dificultades de la geografía, las distancias, los pueblos, costumbres y lenguas diversos, el apremio por guerras y catástrofes de todo tipo, el constante desafío de recursos y brazos, el surgimiento de la extensa trama urbana de América es un fenómeno de asombro. Puede verse tras él un rigor y vocación espiritual que trasciende este mundo, la voluntad imperial de España y la notable capacidad de construir y habitar que tuvo, y tiene, el hombre de América.

Defensa y conquista

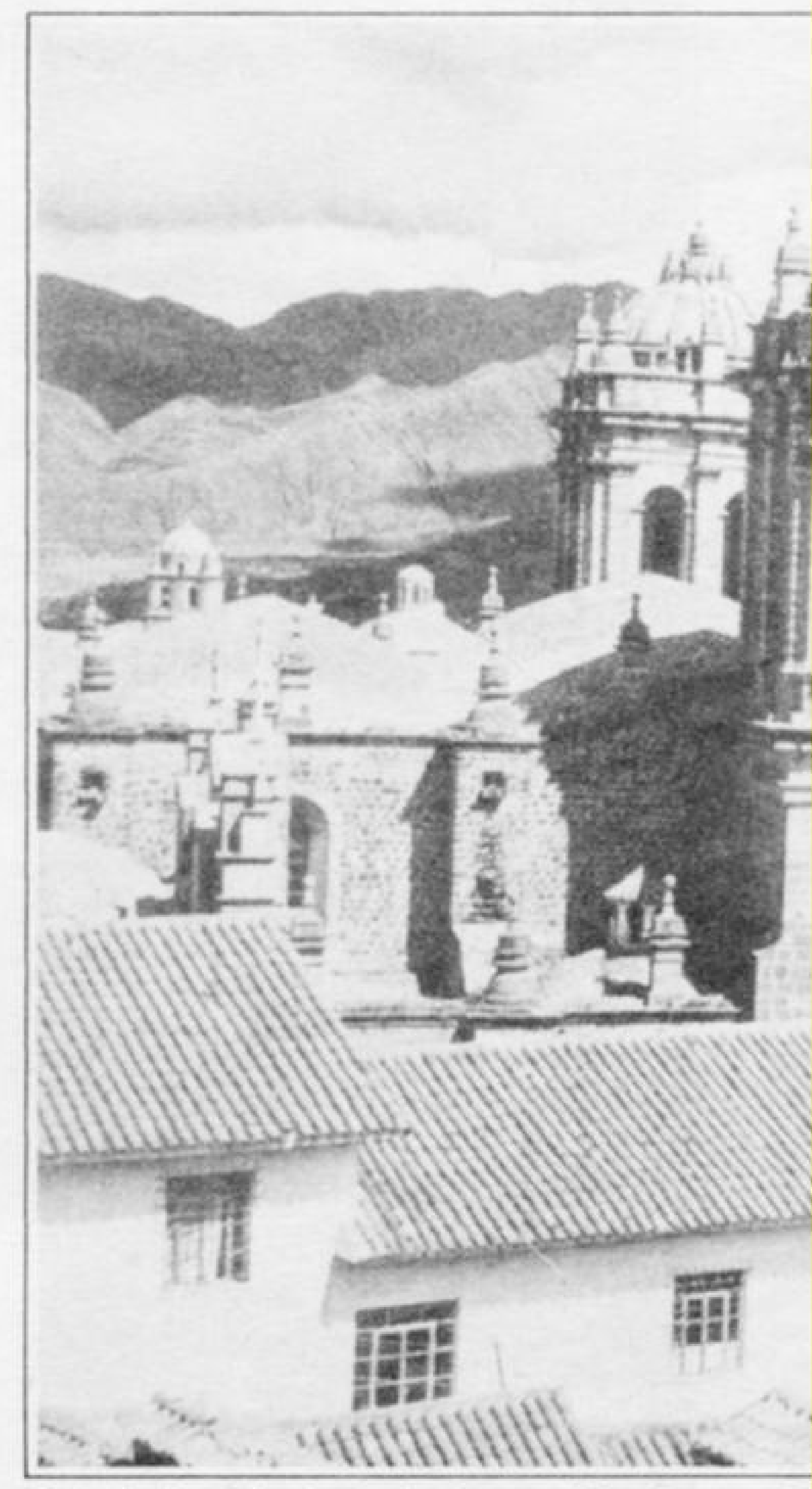
América era una isla en medio de océanos y para España el desafío de incorporarla a su territorio era cruzando el mar. El imperio español del Nuevo Mundo fue un imperio marítimo. La organización que se dio al continente, junto a las ordenanzas de fundaciones y poblamiento, tuvo que ver con su litoral, con el borde del mar y con los puertos, verdaderas puertas de América, donde, desde muy temprano, debió crearse un cordón de defensa de las ambiciones territoriales y comerciales de los reinos del Norte de Europa.

Los puertos y fortificaciones de América constituyen un fenómeno arquitectónico de notable valor tanto por la extensión que alcanzaron cuanto por la creatividad y diversidad de sus realizaciones. Como en el caso urbano, tienen también antiguos antecedentes. La tradición marinera del pueblo español y la de los pueblos precolombinos, especialmente en la de mayas y caribes. La tradición defensiva europea y la que habían alcanzado en este sentido aztecas e incas.

Muy temprano, en 1523, un armador de Dieppe interceptó en el Atlántico a una flotilla española procedente de América, iniciando una ininterrumpida carrera de piratería, de ambi-



Detalle de una de las puertas de la Iglesia de San Ignacio. Misiones



Catedral e Iglesia de la Compañía, Cuzco, P

ciones económicas y territoriales. Los piratas Drake y Oxenham fueron los primeros en atacar las posesiones españolas en el Nuevo Mundo, que pronto vio sus costas amenazadas por barcos ingleses, franceses y holandeses. España organizó entonces en América sus defensas móviles, en el mar, y fijas en los castillos de tierra. Se hizo un cordón de fuertes en el Atlántico y en el Pacífico, mientras que en ciertos lugares, en el interior del territorio se levantaron castillos para defensa y dominio de los naturales, como sucedió con los araucanos en el sur de Chile. En las islas del Caribe se proyectaron y construyeron castillos y murallas que se reflejaban en otras tantas defensas existentes en tierra firme, desde la costa de Venezuela hasta Florida, destacándose las inexpugnables plazas de Cartagena, Portobelo y Veracruz. Desde Acapulco hasta Chiloé, también el Pacífico fue un rosario de castillos y muros en Panamá, Guayaquil, Callao, Valparaíso, Concepción, Valdivia y Ancud, proyectándose para cautelar el Pacífico como mar de España una puerta fortificada que debía cerrar el paso al Estrecho de Magallanes, notable propuesta del tratadista Antonelli, que resume la erudición renacentista de Europa y la utopía mágica de América. Montevideo, Sacramento y Buenos Aires completaban en el estuario del Río de la Plata la coraza defensiva del Nuevo Mundo.

Las fortificaciones americanas tienen mayor mérito por su número, su extensa cobertura territorial y su notable diversidad conceptual. Se inician en el siglo XV con fortificaciones de espíritu medieval en Cuba y la Española. En el siglo XVI se produjo la transición hacia la fortificación moderna. Al siguiente siglo se da inicio al sistema abaluartado para concluir, en el siglo XVIII, con lo que el investigador español Juan Manuel Zapatero llamó Esplendor del Abaluartado, síntesis de la Escuela de Fortificación Hispanoamericana. Fueron abaluartados los numerosos castillos que se construyeron entonces, sistema con el que se reformó la casi totalidad del sistema defensivo de América.

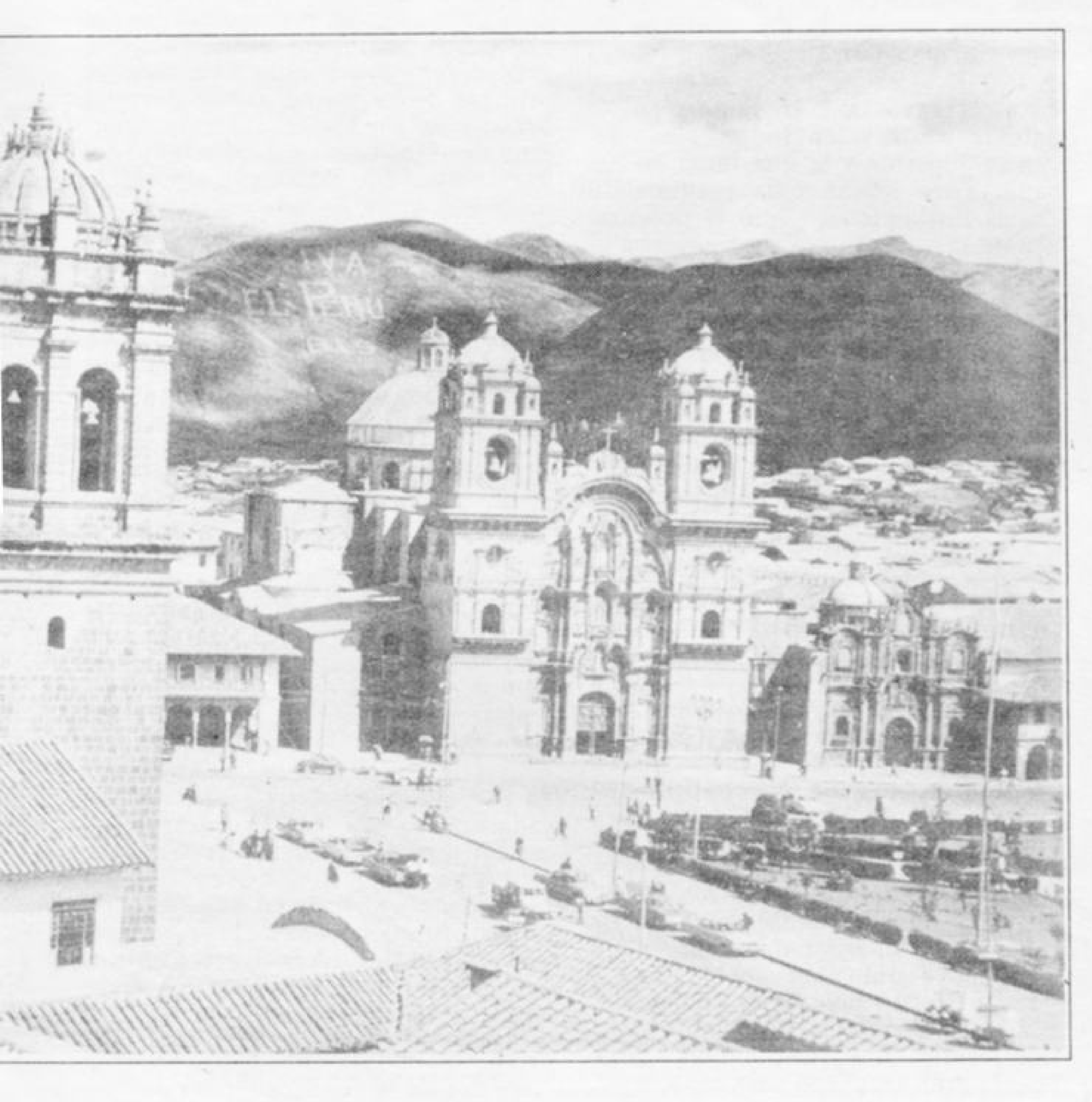
Difusión de la fe

En 1523 se levantó la catedral de Santo Domingo, primada de América. Se hizo con piedra del Nuevo Mundo pero su trazado fue similar a todas las iglesias del último gótico en España; el espacio cubierto con nervaduras ojivales y la fachada con decoración plateresca, nacida de la ornamentación que realizaban los plateros europeos al finalizar la Edad Media.

La catedral de Santo Domingo fue un modelo que pasó a tierra firme, fue retomado por las grandes órdenes monásticas que asumieron, durante el siglo XVI, la tarea de convertir a los naturales a la nueva fe: franciscanos, agustinos y dominicos. La arquitectura religiosa incorporó, en el continente, nuevos elementos que surgieron de su funcionalidad. La gran población nativa no tenía cabida en las estrechas naves góticas, ni tenía costumbre de culto en recintos cerrados. Eso incorporó, por ejemplo, el concepto de capilla abierta, a veces en altura, desde donde podía celebrarse ante multitudes el sacrificio de la misa. Incorporó grandes atrios o plazas, apropiados para las necesidades de una cristianización masiva, en los que el espacio religioso quedaba marcado con cuatro capillas posas en sus vértices. La inestable paz de la conquista convirtió muchas veces los muros de la iglesia en verdaderos baluartes defensivos, síntesis de templo fortaleza que se deseó en el primer encuentro entre dos mundos. Finalmente, la arquitectura religiosa fue la primera en acoger en su decoración, inicialmente europea, la sensibilidad del nativo y su gran capacidad interpretativa y creadora, que lo convirtieron en el mejor constructor y decorador de América.

Los bolivianos José de Mesa y Teresa Gisbert, investigadores del arte y la arquitectura sudamericana, se han referido extensamente a lo indígena y el ordenamiento del espacio externo, considerando que su expresión arquitectónica en los conjuntos ceremoniales de iglesia con atrio y posas es un aporte de América a la arquitectura universal. Si bien esta manifestación se dio en México y Centroamérica durante los siglos XVI y XVII, sus formas y funcionalidad no perduraron posteriormente. En el área andina, en cambio, esta modalidad aún pervive. Aunque no parece presente en la actualidad la necesidad de cristianizar a grandes multitudes, sigue siendo fundamental para la comunidad expresar su religiosidad al aire libre y sacralizar, al mismo tiempo, su entorno geográfico. También continúa utilizándose el ordenamiento religioso del espacio externo para llevar a cabo el culto a los muertos. Estas características de la arquitectura religiosa de la América hispana se hacen aún más valiosas al conocerse la magnitud que llegó a tener su difusión a través del continente y la envergadura de las construcciones y conjuntos que emprendió la Iglesia y el pueblo americano.

La acción colonizadora y fundadora del Nuevo Mundo se planteó como conquista de la fe. Los límites del territorio se marcaron con la cruz que reiteró definitivamente el templo. Este dominio divino y humano fue dirigido por los administradores del Rey y por hombres de la Iglesia, destacándose entre ellos los regulares de órdenes conventuales que guiaron almas y también extensos territorios. Fue el caso de la Compañía de Jesús, última de las grandes órdenes religiosas que llegó a América. Florida en 1565, Perú tres años más tarde y México en 1572. La compañía buscó unidad e identidad arquitectónica con modelos que vinieron de Roma, pero se adaptó al medio, a los materiales, a la sociedad y a la economía americana. No sólo tuvo importantes iglesias y casas en todas las ciudades del continente, también tuvo a su cargo extensos territorios, las misiones, en los que quiso desarrollar el modelo utópico de la Ciudad de Dios en Mojos, Chiquitos, Juli, el lejano Chiloé y, especialmente, en Paraguay.



Valorización

Hasta los comienzos de este siglo, nadie o casi nadie reparó en la arquitectura tradicional de Hispanoamérica. Parecía que se había mimetizado, que estaba naturalmente unida al paisaje, al territorio, mientras los modelos y la identidad se buscaba fuera del continente. La valoración de esta arquitectura surgió como resultado de la lucha que comenzó a darse contra la dependencia absoluta a los estilos y las modas de Europa. Surgió entonces el indigenismo, e intelectuales de toda América se volcaron al pasado precolombino buscando inspiración espiritual y estilística, que en arquitectura aportó sólo grecas mayas, estelas tiahuanaco o portadas incas. La búsqueda espiritual, en cambio, inició el desarrollo de una nueva relación con el continente.

El argentino Ricardo Rojas reconoció en América la existencia de Eurindia, al mismo tiempo que el mexicano Alfonso Reyes proclamó la necesidad de encontrar el alma nacional, y su compatriota José Vasconcelos lideró a un vasto sector que inició la revalorización de una cultura propia.

Desde 1910 aproximadamente, los arquitectos argentinos Martín Noel y Angel Guido difundieron en libros, artículos y conferencias "la restauración americanista", mientras levantaban en Buenos Aires o en Santiago construcciones inspiradas en el estilo renacimiento español o neocolonial, relacionando elementos de Andalucía con otros de Cuzco o Potosí. Comenzó a ser usual entre la burguesía culta coleccionar antiguas rejas, puertas, alacenas y bargueños, y levantar modernas residencias con portada y escudo en sus fachadas. En los Estados Unidos, los millonarios y el cine hicieron del estilo neocolonial, el "mission style", un modelo para barrios y ciudades modestas.

La arquitectura religiosa fue la primera en acoger en su decoración, inicialmente europea, la sensibilidad del nativo y su gran capacidad interpretativa y creadora.

Mientras cundía o desaparecía la moda neocolonial entre arquitectos, críticos, decoradores, inversionistas o vecinos, comenzó a surgir en toda América una generación de investigadores de su arquitectura tradicional, que documentó, analizó y valoró en su materialidad y significado los innumerables monumentos que se habían levantado en el continente desde la llegada de Colón. Nacieron diferentes teorías respecto a la arquitectura del Nuevo Mundo, que siguen debatiéndose. Algunos la consideran continuidad de la tradición hispana o sencilla variante provincial de modelos europeos. Otros defienden su identidad y creación peculiar, fusión hispanoindígena, arquitectura mestiza que hace un aporte al arte universal.

Sigue abierta la interpretación de nuestra arquitectura del pasado, la que continúa siendo un depósito inagotable de descubrimientos y modelos para nuestra geografía, cultura y sociedad. Cobra validez el pensamiento del argentino Ramón Gutiérrez, historiador de la arquitectura americana: "La comprensión del fenómeno colonial, y particularmente la interpretación del barroco americano, ha girado sobre premisas culturales preferentemente eurocéntricas, marginando las valoraciones de nuestra propia realidad. Hemos asumido como propia la historia de otros".

Es un signo de la vitalidad del continente que, cuando se conmemora medio milenio de su descubrimiento, podemos iniciar con entusiasmo el descubrimiento o redescubrimiento de quinientos años de su arquitectura.

(*) Chileno, historiador, director del Museo Histórico Nacional de Chile.

El derecho indiano

Por Antonio Dougnac Rodríguez (*)

DERECHO indiano es el conjunto de reglas jurídicas aplicables en Indias, o sea, los territorios de América, Asia y Oceanía dominados por España. En él se comprendían: las normas creadas especialmente para las Indias; el derecho indígena, propio de los aborígenes, y el derecho castellano, utilizado a falta de disposiciones especiales.

Si bien la mayor parte de las normas estaban contenidas en leyes, sería erróneo pensar que todo el derecho indiano fue creación de la legislación. Efectivamente, las conductas eran también regladas por las costumbres, el reiterado estilo de fallar de los tribunales (jurisprudencia) y, en medida muy importante, por la literatura jurídica, o sea, los estudios elaborados por expertos en derecho.

Contra lo que ha dicho con insistencia la leyenda negra antiespañola, la corona no acabó con las costumbres indígenas, salvo que éstas contrariaran la religión católica.

Cuando en 1635 Antonio de León Pinelo, ex alumno de la limeña Universidad de San Marcos, entregaba al Consejo de Indias la *Recopilación* que había llevado a culminación tras ímprobo trabajo, contenía ésta 7308 leyes (principalmente reales cédulas) que habían sido elegidas –y algunas de ellas refundidas– de entre las infinitamente más numerosas que la corona castellana había ido dictando para el buen gobierno del Nuevo Mundo. En 1680, a veinte años de la muerte de León Pinelo, sometido este proyecto a múltiples discusiones, revisiones y aun incorporándosele más disposiciones, fue promulgado por Carlos II para regir en todos los dominios de ultramar de la corona castellana. ¿Por qué era tan abundante esta legislación?

De entre las muchas razones que podrían explicarlo, dos son, a mi juicio, particularmente atendibles: por una parte, el estilo de legislar castellano, enormemente casuístico, y, por otra, la necesidad de la corona de organizar un mundo nuevo.

El casuismo como técnica para legislar era un sistema ampliamente utilizado desde la Edad Media castellana y tenía en su haber el procurar una solución justa para cada situación concreta. Incluso, después de dictada una disposición, si al confrontarla con la realidad se detectaban ciertos vicios, podía ser suspendida en su aplicación, suplicándose al rey su modificación o derogación, salvo excepciones.

Este sistema se adaptaba como anillo al dedo a la regulación de la pluralidad de realidades –raciales, culturales, económicas– que se presentaban en Indias.

El sistema reseñado permitió acometer con realismo las nuevas circunstancias.

Dictado de normas

Así, cuando la corona se dio cuenta de que se estaban cometiendo abusos con los aborígenes, empezó a dictar una normativa que los favoreciera. Ningún trabajador europeo del siglo XVI podía contar con un articulado que lo beneficiara tanto como a los indios las leyes de Burgos y Valladolid, de 1512 y 1513. Horario de trabajo, habitación, alimentación, protección a los menores y a la mujer embarazada fueron algunas de las fecundas conquistas sociales obtenidas por los naturales. A ellas se fueron agregando muchas más según pasaba el tiempo.



Juan de Solórzano Pereyra, autor de la obra "Política Indiana"

Desde los Reyes Católicos en adelante, la monarquía procuró crear en la *tabula rasa* que eran las Indias un sistema político, religioso y económico que correspondiera a su concepción absolutista del poder, lo que requería una abundante legislación. Ella se centró en el derecho público, lo que explica que el derecho privado fuera principalmente regido por el derecho castellano. Si se examina el contenido de la Recopilación de Leyes de Indias de 1680 puede llegarse fácilmente a la conclusión de que priva ahí el derecho público.

Pero también hay una legislación, muy abundante, producida en América, a la que actualmente se da el nombre de ley criolla. Todas las autoridades radicadas en Indias, cual más, cual menos, tenían facultades legislativas.

Hubo reales provisiones y autos acordados emanados de las Reales Audiencias; no menos importantes fueron las ordenanzas de virreyes y gobernadores; estos mismos solían dictar bandos, algunos de los cuales eran reiterados por sus sucesores perpetuándose; hasta en los corregimientos, sus autoridades máximas, llamados corregidores o alcaldes mayores (según la región de que se trate), dictaban bandos de sabroso color local.

La vida urbana estaba dirigida particularmente por las ordenanzas de los cabildos, que determinaban el trazado de calles y acequias, la limpieza de unas y otras, la utilización de las tierras de uso común (ejidos y dehesas), y los precios máximos que se podían cobrar por alimentos, productos y servicios, etcétera.

También hubo un derecho canónico indiano, reflejado primordialmente en los cánones de los concilios provinciales.

Los hubo a contar del siglo XVI con el objeto primitivo de adecuar las disposiciones de Trento a la vida americana; mas, logrado este intento, se legisló sobre otros puntos.

Entre los eminentes obispos que participaron en estas asambleas deben ser recordados el santo prelado de Lima Toribio Alfonso de Mogrovejo y el no menos santo –si bien éste no canonizado aún– Juan de Palafox, obispo de Puebla, en México. Al interior de cada diócesis, los obispos convocaban a asambleas de notables (que incluían laicos) para tratar cuestiones pastorales: eran los sínodos, recibiendo igual nombre las normas de ellos emanadas. La puesta en vigor de estas normas canónicas estaba sujeta a la atenta revisión de las autoridades civiles en virtud de los derechos concedidos a los reyes castellanos sobre la Iglesia en Indias, cuyo conjunto es conocido con el nombre de Real Patronato.

Además de la ley, tiene gran importancia jurídica la costumbre. Esta podía ser criolla o indígena. La costumbre criolla era la empleada por españoles y criollos en Indias. Como el derecho legislado no abarcaba, por su casuismo, todas las situaciones que podían plantearse, el común actuar de los hombres, concebido como jurídicamente obligatorio, constituía un patrón de conducta por seguir. Por otra parte, la tradición jurídica castellana daba tal preponderancia a la costumbre que ésta, llenando ciertas condiciones, podía hasta derogar la ley, como se advierte en el Código de las Siete Partidas (1, 2, 3).

Fue al través de la costumbre que el Cabildo adquirió en Indias una relevancia superior a la que tenía en España. Tuvo lozana vida reanimando añejas instituciones como el procurador de la ciudad, que representaba al común, a la "república de los españoles" y muchas más.

Frente a la "república de los españoles" existía la "república de los indios". Contra lo que ha dicho con insistencia la leyenda negra antiespañola, la corona no acabó con las costumbres indígenas, salvo en la medida en que éstas contrariaran la religión católica –v. gr. con ritos sangrientos, poligamia, incesto– o atentaran contra los derechos políticos del rey. El reconocimiento del derecho aborigen quedó consignado, en definitiva, en la Recopilación de Leyes de Indias 2, 1, 4 y 5, 2, 22. Fue a causa de la posición española frente al derecho indígena que subsistieron muchas instituciones prehispánicas, como el cacicazgo, el yanaconaje, las cajas de comunidad, sistemas de repartimiento de agua, de tributos, etcétera. Juan Polo de Ondegardo, asesor del virrey Francisco de Toledo, escribió en el siglo XVI una *Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros* cuyo título habla por sí mismo.

La jurisprudencia de los tribunales tiene, asimismo, una función de creación jurídica. Los jueces indianos gozaban de gran amplitud para sentenciar, siéndoles permitido salirse del marco de la ley si estimaban que ésta podía resultar injusta para el caso concreto. A esto se le llama arbitrio judicial, que era muy utilizado sobre todo en juicios criminales para morigerar algunas penas draconianas.

Uno de los aspectos de las fuentes del derecho indiano que suele ser desconocido es el de la literatura jurídica. Diversas investigaciones contemporáneas sobre bibliotecas revelan que los más selectos autores del derecho común europeo se encuentran ahí representados.

Pero los juristas radicados en Indias se dieron además a la tarea de escribir sus propios trabajos jurídicos. Abarcaron los temas más variados: comentarios a la legislación (como los de Juan Luis López, en Lima; Juan del Corral, en Chile, y otros); tratados sobre derecho canónico, entre los que puede nombrarse el *Gobierno Eclesiástico Pacífico* del obispo Gaspar de Villarroel; tratados de derecho financiero, de los que uno de los más relevantes es el *Gazophilacium Regium Peruvicum* del oidor Gaspar de Escalona y Agüero; de gran difusión fue el tratado sobre el derecho minero en México, de Francisco Xavier de Gamboa; hubo también tratados sobre derecho mercantil debido a Tomás de Mercado; Hevia Bolaños; Veitia Linaje, etcétera. Ocuparía páginas la sola mención de los estudios jurídicos realizados en Indias, muchos de ellos publicados ahí.

Un capítulo muy importante de la producción jurídica indiana es el vinculado con la polémica sobre los justos títulos, que originara descollantes disquisiciones sobre derecho natural de Francisco de Vitoria, a quien se considera hoy padre del derecho internacional, y fray Bartolomé de las Casas, el gran defensor del indio. Con todo, el príncipe de los tratadistas de derecho indiano es, sin dudas, Juan de Solórzano Pereira, oidor en el virreinato del Perú promovido más tarde al Consejo de Indias, autor de una excelente síntesis sobre este nuevo derecho que publicó con el título de *Indiarum Iure* (Madrid, 1629 y 1639), la que fue traducida al castellano como *Política Indiana* (Madrid, 1647).

Rubrica como una constante esta amplia producción legal, consuetudinaria, jurisprudencial y científica la preocupación por el indio y, sobre todo, por aquel aspecto de la vida a que se daba máxima prioridad, su salvación eterna.

La evangelización de los naturales es un mar de fondo siempre presente no sólo por la religiosidad imperante sino también porque la donación pontificia del Nuevo Mundo la había impuesto a los reyes castellanos. Isabel la Católica, en sus últimas disposiciones, encarga a sus sucesores "procurar inducir y traer a los pueblos de ellas (las Indias) y a convertir a nuestra Santa Fe Católica". Es por ello que Austrias y Borbones, cada uno en su estilo, procuraron hacer carne esta voluntad. El resultado se ofrece hoy a nuestros ojos: un mundo mestizo tanto en lo racial como en lo espiritual, fundiéndose en abrazo simbiótico ancestrales creencias aborígenes con el credo cristiano así como el derecho indígena con el hispánico.

(*) Chileno, universitario, miembro de la Academia Chilena de la Historia.

El folklore

Por Darío Chávez de Paz (*)

EN América vivimos entre dos culturas enfrentadas. Por un lado, la llamada "alta cultura", "cultura occidental" o "cultura académica", que es la cultura oficial y se imparte en las escuelas y colegios y recibe todo el apoyo del Estado. Por otro lado, la cultura de tradición oral o folklórica que se transmite de generación en generación, se imparte en el seno del pueblo y supervive no solamente olvidada o marginada sino también rechazada y hasta agredida por los organismos oficiales del Estado.

La cultura tradicional de América latina, la que hemos recibido como herencia ancestral de nuestros antepasados y que nos identifica como pueblos y naciones, parece continuar soportando la vieja práctica de la extirpación de idolatrías.

Las disposiciones legales que se han dictado en todas las repúblicas y también por los organismos multinacionales como la Unesco y particularmente la OEA sobre preservación y protección de las culturas autóctonas resultan, hasta cierto punto, letra muerta.

En el Perú, por ejemplo, el Art. 34 de la Constitución Política del 79 dice textualmente: "El Estado preserva y estimula las manifestaciones de las culturas nativas, así como las peculiares y genuinas del folklore nacional, el arte popular y la artesanía".

Sin embargo, no existe hasta hoy ningún plan de trabajo que se encamine a la protección, preservación, difusión y promoción del folklore. Por el contrario, los espectáculos folklóricos y las fiestas tradicionales que se realizan, durante el año, todos los domingos en Lima, promovidas por los propios folkloristas e instituciones provinciales, soportan una serie de trabas burocráticas para conseguir el permiso de las autoridades y poder presentarse.

Más aún, están afectadas a una tasa impositiva que muchas veces supera a la que pagan los espectáculos frívolos. El Teatro Municipal de Lima, una vez elegido el último alcalde, fue cerrado para los espectáculos folklóricos.

La regidora de cultura sostenía que, en primer lugar, se trata de un teatro destinado a espectáculos culturales como los que ofrecen el ballet, la ópera o los conciertos de la Orquesta Sinfónica Nacional y, en segundo lugar, remarcaba que no podía permitirse la presentación de espectáculos folklóricos en dicho teatro porque llevaban a la sala a gente del pueblo que vive en los barrios marginales y son generalmente provincianos residentes en Lima, lo que no debería permitirse por tratarse de un teatro de primera categoría. Lo que ocurre en el Perú es una muestra de lo que con variantes sucede en casi todos los países de América.

En esta coyuntura, la cultura de tradición oral se mantiene firme y en muchos casos floreciente. En 1980, en Lima, participaron diez elencos en el Primer Campeonato Nacional de Huaylarsh, danza de carnaval de los pueblos huancas. En 1992 han participado 60 conjuntos. En el Perú también, como en otros países, hay un gran desarrollo de la música vernácula. Día tras día aparecen nuevos temas y nuevos autores estrictamente populares.

Las disquerías obtienen más ganancias por sus entregas de música folklórica que por las de música internacional. Lima, como ya lo hemos dicho, por la gran afluencia de gente del interior que llega cargada de sus costumbres, se ha convertido en una gran vitrina dominical donde se expone la riqueza de la música y danzas del Perú.

Pero lo necesario es hacer comprender a las autoridades del Estado cuál es el valor que tiene el folklore como expresión de nuestra original cultura.

Debe entenderse que se trata de una sólida fuerza espiritual que cohesiona la vida de nuestros pueblos. La que da sentido a la nacionalidad.

Elementalmente muchas veces es la manifestación folklórica la que identifica a nuestros países. Cuando escuchamos una cumbia evocamos a Colombia, con el joropo a Venezuela, con la cueca a Chile, con el tango a la Argentina, con el pasillo al Ecuador, con la ranchera a México y con el huayno y la marinera al Perú, para citar los ejemplos más conocidos.

La importancia del folklore

La Unesco, desde hace algún tiempo, ha venido realizando estudios sobre la importancia del folklore como patrimonio de la cultura universal que es necesario preservar y contribuir a su desarrollo manteniendo sus características propias y genuinas. La Conferencia General en su 24° reunión de octubre-noviembre de 1987 decidió "que la cuestión relativa a la salvaguardia del folklore debe ser objeto de una recomendación a los Estados miembros".

Desde entonces son numerosos los valiosos documentos de la Unesco sobre la materia que deberían tomar en cuenta los funcionarios de la cultura en nuestros países.

> **En América somos dueños de una enorme cultura folklórica. Nuestros pueblos son muy ricos en tradiciones y costumbres. Sin embargo, se trata de una gran cultura que conocemos poco.**

Por lo demás, en América somos dueños de una enorme cultura folklórica. Nuestros pueblos son muy ricos en tradiciones, cuentos, leyendas, costumbres, música, danzas, creencias, relatos maravillosos, ritos, vestidos y comidas típicas y podríamos seguir mencionando los numerosos hechos folklóricos, tanto espirituales como materiales, que forman nuestra tradicional cultura. Sin embargo y acaso, por las razones expuestas, se trata de una gran cultura que conocemos muy poco. Necesitamos mecanismos nacionales e internacionales de difusión.

Bien podría ser que los medios de comunicación masiva como la televisión permitan tan importante conocimiento. Ojalá que nos hagan disfrutar de las múltiples manifestaciones de nuestra cultura tradicional, por ejemplo, del Carnaval de Oruro, en Bolivia; de la fiesta de los diablos de Yare en Venezuela; de la fiesta del Señor de Muruhuay, que se celebra durante todo mayo, con multitud de danzas, en Tarma, Perú; de la fiesta de la chicha el 8 de septiembre en Otavalo, Ecuador; de las fiestas de Las Tablas en Panamá; de las fiestas de la cumbia en Colombia; de la fiesta de Chichicastenango en Guatemala o de las fiestas de Santiago en Tezuitlán, México, para no citar sino solamente algunas de las numerosas, cada cual más hermosas e importantes que se dan a lo largo y ancho de todos los países de nuestra América.

Danza del folklore mexicano

(*) Peruano, folklorista.

LAS CIENCIAS Y LA TECNICA

De la teología a la experiencia científica

Por María Luisa Rivara de Tuesta (*)

AL referirnos al V Centenario del encuentro del mundo occidental con el mundo americano, y si se pone el acento en lo cultural, se hace evidente el enfrentamiento de dos mentalidades diferentes cuya conciliación o síntesis armoniosa no se ha logrado hasta el momento.

La cultura occidental estaba organizada y sistematizada por la ciencia principal de la época: la teología. Esto constituía una estructura de pensamiento abstracto, basado en un razonamiento lógico que procuraba la postulación de un principio único y verdadero y, por ende, una visión del cosmos, del mundo, la naturaleza, la vida y el hombre que procedían y se explicaban desde ese *uno* como una verdad inconmovible.

Si hasta el último decenio del siglo XV predominaba en la cultura occidental una concepción teológica del mundo, se abría paso un movimiento general de la filosofía representado por el pensamiento renacentista y que tendía hacia la observación y la experiencia.

El contacto de las antiguas hipótesis científicas con las realidades que ofrecían las Indias hizo comprender la necesidad de ampliar el viejo mundo de ideas.

A la vieja ciencia de griegos y romanos, que proporcionaba a los renacentistas un enorme caudal de novedades, habría que agregar el caudal de informaciones que se elaboran desde América y que hablan de ello como de lo contrario, lo antitético frente a lo conocido.

El renacentista recrea su ánimo ante estas informaciones. Estos son, por ejemplo, los términos con que Pedro Mártir de Anglería se dirige a su amigo Pomponio Leto: "Por tus cartas supe (...) que las noticias que te di del descubrimiento del mundo de los antípodas, hasta ahora oculto, causaron en ti tal gozo, que te embargaron la voz y arrancaron casi lágrimas de alegría (...) Porque ciertamente, ¿qué mejor manjar puede presentarse a los grandes ingenios? ¿Qué convite más agradable? De mí sé decir que cuando hablo con las personas discretas que han viajado por aquellas regiones, siento al decirlas un deleite inefable. Gócense los miserables con la idea de acumular inmensos tesoros; los viciosos con los placeres; mientras nosotros (...) recreamos nuestros ánimos con la noticia y conocimiento de cosas inauditas y singulares".

El interés del conocimiento se acrecienta a tal punto que descubridores, viajeros, exploradores, soldados, sacerdotes se convierten, en contacto con la realidad americana, en escritores con espíritu científico que fueron dejando consignadas sus observaciones e ideas sobre todo aquello que los sorprendía y que iban sometiendo, como dice Torquemada, "al trato palpable de los ojos".

Fue un proceso de relaciones con la naturaleza americana que lograría combinar, paulatinamente, la concepción teológica acerca de la naturaleza. El contacto de las antiguas hipótesis científicas con las realidades que se ofrecían a los primeros visitantes de las Indias fue haciendo comprender la necesidad de ampliar el viejo mundo de ideas ante las realidades y peculiares explicaciones que se ofrecían en el nuevo.

Proceso intelectual

En suma, las exigencias de noticias sobre las Indias fue un proceso intelectual que sólo podemos rastrear en las crónicas, documentos, comentarios, informes que los escritores del siglo XVI nos han dejado y que prueban esa lucha patética entre el prejuicio adquirido y el juicio propio que se ejercita en comparaciones que procuran cohonestar los nuevos hechos observados con la autoridad decretada por los antiguos.

Pero era un hecho que, en lo tocante al mundo exterior y a las relaciones del espacio, la faz de la Tierra se había duplicado y nunca se había ensanchado tan súbita y prodigiosamente el horizonte del conocimiento.

En esta lucha entre el prejuicio adquirido y el nuevo espíritu científico, triunfaría este último. Obras de información de lo que hoy llamamos física del globo están representadas y contenidas en la *Historia natural y moral de las Indias*, de José de Acosta, así como en la *Historia general y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo.

De otro lado, el afán de exactitud matemática de los navegantes se evidencia cuando señalan las leguas recorridas y el número de islas y lugares reconocidos; los conquistadores cuando consignan las fechas, incluso el día de la semana en que efectuaban sus avances de penetración en el continente.

Crónica indiana

El género literario, de naturaleza informativa sobre lo visto y acontecido a los pueblos conquistados, está constituido por las crónicas. En ellas ha quedado consignado mucho de lo que hoy sabemos de las culturas indígenas y del alto grado de saber alcanzado por los naturales, pero la crónica indiana no sólo proporciona información histórica de las culturas a punto de desaparecer por la implantación de la cultura occidental, sino que pone en marcha y desarrolla teorías empíricas, tanto en lo que respecta a las ciencias naturales –al ocuparse de la descripción de la naturaleza singular del mundo americano: la botánica y la zoología, la geografía y la cartografía– como a las ciencias humanas y sociales.

Las ciencias humanas y sociales tienen su punto de partida y su génesis en el interés de conocer a los aborígenes. Así, la teoría sobre su racionalidad se fue constituyendo en el debate teórico y apasionado entre Sepúlveda y Las Casas.

La antropología, en el estudio del entroncamiento de los naturales con la especie humana.

La psicología, en la observación y descripción de su especial comportamiento. La etnología, en el estudio de la diversidad de etnias que poblaban el continente, cada una de ellas con singulares ritos, costumbres, usos y lenguas.

El empeño puesto en el estudio de las lenguas aborígenes y su traslado a diccionarios y catecismos por evangelizadores y catequizadores convierte a clérigos en grandes lingüistas y filólogos. La explotación de las minas y utilización de los ingentes recursos naturales enviados de América a Europa originan una abundancia de riquezas que sistematizada genera una nueva teoría económica basada en la afluencia y acumulación de metales nobles.

Al interesarse en la organización de las sociedades indígenas inauguran los estudios sociológicos, más aún, en esas organizaciones se inspirarán las utopías del Renacimiento, cuya influencia se hará sentir en los cambios que la sociedad europea habrá de plantearse.

En lo que respecta a las sociedades indígenas, uno de los más sorprendentes hallazgos que produce este encuentro de los dos mundos está referido al caso de la civilización inca.

La cultura del Tahuantinsuyo, en contraste con la occidental, se había ido constituyendo en la praxis y en el manejo de la realidad circundante, hasta lograr un conocimiento del cosmos, la naturaleza y los seres que lo conformaban como sectores muy bien diferenciados, pero animados, es decir, con vida propia.

El conocimiento estaba intrínsecamente vinculado con la realidad concreta y desde ella, en una búsqueda de un principio explicatorio de todo lo existente, llegan a la postulación de una entidad ontológico-metafísica a la que atribuyen el *poder* y *mando de todo lo existente*: Viracocha.

Los himnos a Viracocha transcriptos por el cronista indio Santa Cruz Pachacuti Yamqui sintetizan el esfuerzo humano para ascender al estado de reflexión cuando el que se dirige a Viracocha manifiesta:

Señor a ti tus siervos, a ti, con sus ojos manchados desean verte. Cuando pueda ver, cuando pueda saber, cuando sepa señalar, cuando sepa reflexionar, me verás, me entenderás.

El ver, el saber, el señalar y el reflexionar, con respecto al conocimiento, implican categorías de sedimentación y ascenso; más aún, el reflexionar se da como condición que permite al hombre la posibilidad de acercamiento a esta entidad poderosa.

Pero también se hace evidente, a través del poema, que todo tipo de saber y reflexión ha partido de la realidad concreta.

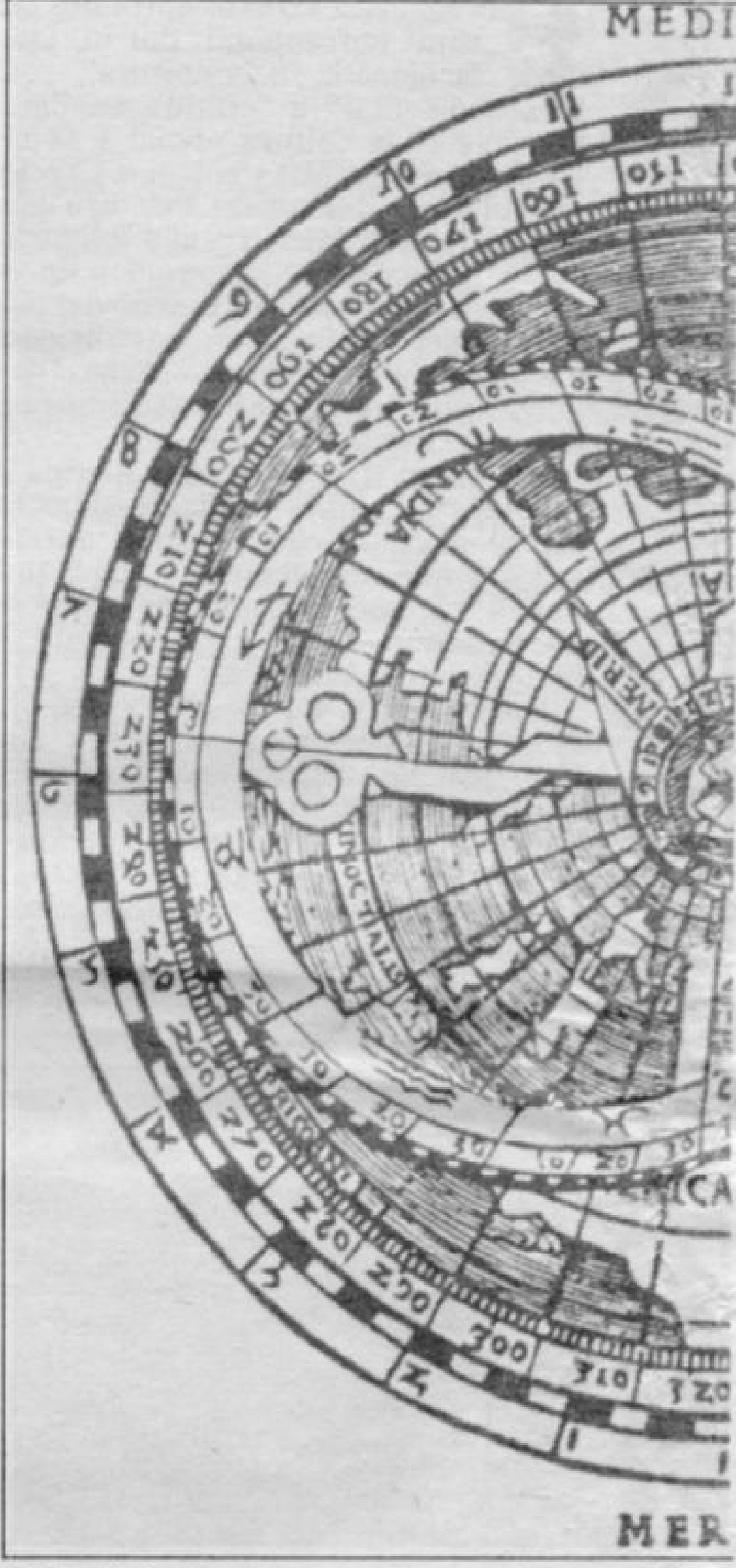
Del contacto y manejo de lo inmediato circundante se logran experiencias que, acumuladas, van a constituir el saber.

Es importante señalar que el concepto que tenemos de ciencia y tecnología no corresponde al que se daba en Europa en los siglos XV y XVI. La ciencia en nuestros días es una disciplina que puede alcanzar, en alta medida, un conocimiento sólido de los temas que estudia a partir de teorías constituidas por un conjunto de principios, axiomas o postulados sobre determinados caracteres de algún sector de la realidad.

Una teoría científica nos permite comprender o explicar determinados hechos, pero permite también predecir hechos con una seguridad de altísima probabilidad.

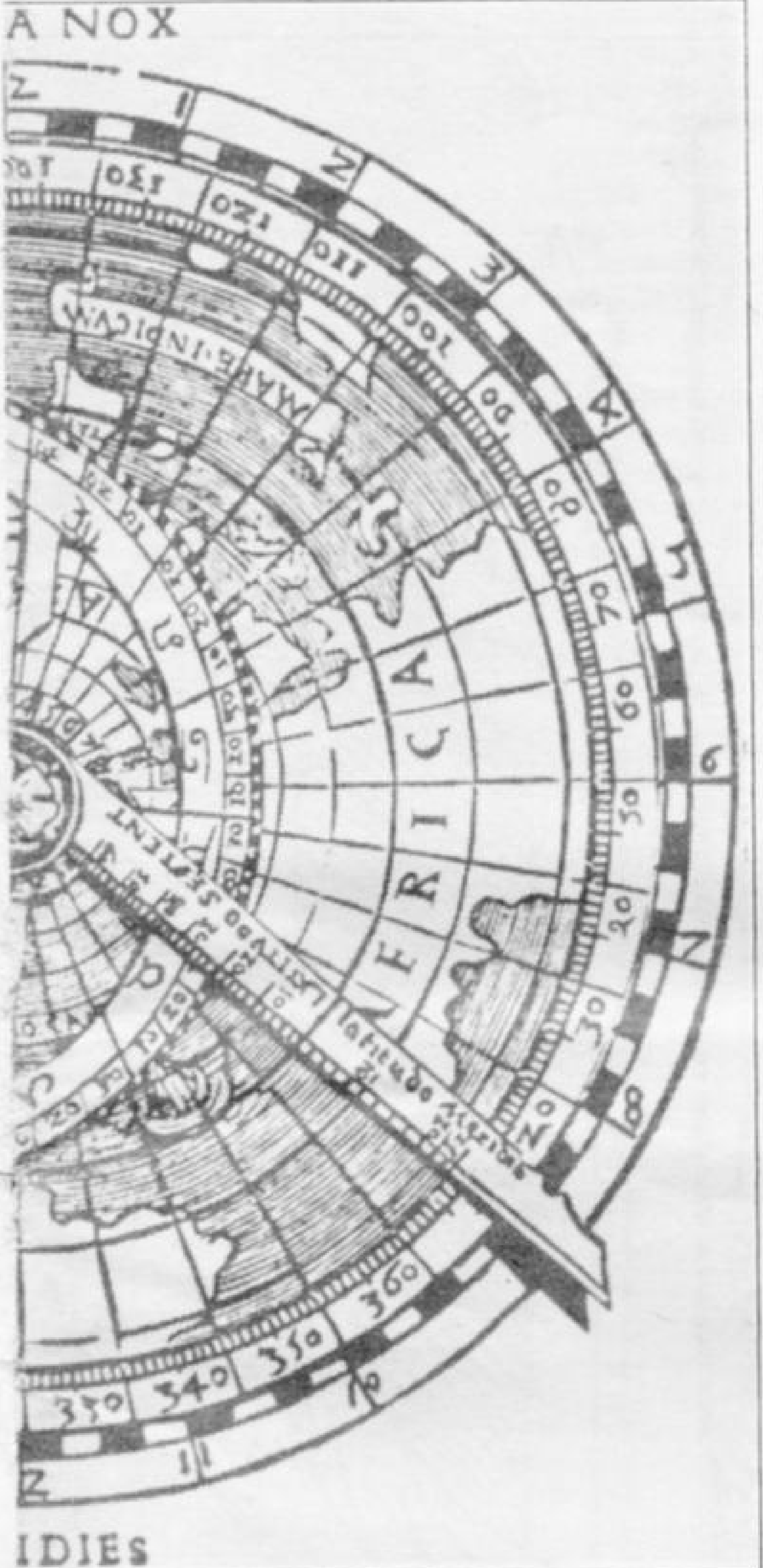
Para poner a prueba las teorías y leyes científicas se recurre a los laboratorios, lugares donde el avance tecnológico e instrumental permite se confronte la predicción con la experiencia.

La tecnología avanza en la medida de las exigencias de la ciencia, pero también se convierte en instrumento



Calendario de piezas superpuestas movibles, En Cosmographia de Petri Apiani, 1593


Américo Vespucio en su observatorio. Grabad



con indicación de horarios, latitud y longitud.



de Theodore Galle, 1581

para el más eficaz y rápido dominio del mundo por el hombre.

Con estos criterios no podríamos entender "la ciencia" de los antiguos peruanos, tenemos que considerarla como un conjunto de técnicas y conocimientos ciertos que al aplicarlos producían resultados positivos.

El ejemplo más ilustrativo es el del ayllu, que constituyó el germen organizativo de la vida en sociedad y la posterior formación del Estado.

Es un micromundo, una unidad geoeconómica de pequeños hábitat o residencias adecuadas para la vida del hombre.

El ayllu, forma de vida en comunidad, se perpetúa y perfecciona a través de Tiahuanaco, Chavim e indudablemente el Tahuantinsuyo, convirtiéndose en el fundamento o base de la organización social y del Estado.

Cuando llega la conquista, resistió el tremendo impacto de la invasión, cayó el imperio, pero la comunidad, de carácter netamente indígena, se mantuvo a lo largo del régimen colonial; lo disminuyó en número la acción destructora de la república, pero se mantiene vigente hasta nuestros días.

El conjunto de técnicas y conocimientos parece indicar que existía en esta parte del mundo un saber acumulado que sobrepasaba las posibilidades de transmisión oral, y, en efecto, las crónicas están saturadas de referencias a indios quipucamayoc que efectuaban sus relatos a los españoles sirviéndose de la ayuda nemotécnica de los quipus.

Sin entrar aquí a examinar este problema a fondo, diremos que existían quipus no solo numéricos o contables –que comprendían una gran variedad, de existencia en tambos, de censos y estados civiles, de tributos, etc.– sino históricos, de leyes, de ordenanzas, de ritos y ceremonias, de gobierno, de cada uno de sus señores, cronológicos o también llamados de "tiempo" y otros muchos más.

Estos quipus constituían, y hay que destacarlo, un sistema para la acumulación y transmisión del saber, conocimientos y experiencias adquiridas, que no pudo ser comprendida a cabalidad por el consquistador, habiendo sido suplantado por la escritura.

En fin, y para mencionar sólo a dos cronistas, diremos que, según Acosta, al referirse a los memoriales y cuentas que usaron los indios del Perú, dice: "Es increíble lo que en este modo alcanzaron, porque cuanto los libros pueden decir de historias y leyes y ceremonias y cuentas de negocios, todo eso suplen los quipus tan puntualmente que admiran... que así como nosotros de venticuatro letras convinándolas en diferentes maneras, sacamos tanto infinidad de vocablos así estos de sus nudos y colores sacaban innumerables significaciones de cosas", y que según Murúa, "todo lo tenían puesto con mucho orden y concierto en sus quipus y cuerdas por donde ellos se entendían con la facilidad que nosotros en nuestra lengua por nuestro papel y tinta y vivían con tanta cuenta de los dichos quipus que aunque pasasen muchos días se acordaban como si pasase en aquel instante", para agregar, por último, que "tanta razón hay que creer a sus antepasados y a sus quipus y memorias como a los mayores y antepasados de los cristianos".

Queremos por último y en estrecha síntesis mencionar algunos sectores del saber indígena y el estado en que se hallaba en el momento de su encuentro con la cultura occidental.

La astronomía, la agricultura y la hidráulica guardaban estrecha relación en cuanto conectaban los ciclos de actividad de una sociedad agraria con los ciclos astronómicos.

Las observaciones astronómicas desde el Intihuatana permiten la medición del año solar y su aplicación al calendario agrícola.

La naturaleza estaba dividida en sectores, especies y variedades perfectamente diferenciadas. Así plantas, animales y minerales de cada sector geográfico les eran ampliamente conocidos.

Son numerosas las plantas con virtudes curativas o tóxicas que sabían utilizar con toda propiedad. La transformación de las plantas silvestres en agrícolas es un aspecto importante de experiencia científica y agraria; tal es el caso del maíz y la papa que lograron contronto conectaban los ciclos de actividad de una sociedad agraria con los ciclosdades.

Los animales, centenares de ellos, desde insectos hasta mamíferos, tienen nomenclatura propia.

La domesticación de los auquénidos les permitió utilizarlos como acémilas además de aprovechar su carne, cuero y lana, y esta última en primorosos tejidos.

En el reino mineral, conocían muchas variedades de tierras de cultivo, lo que les permitía distinguir las fértiles de las infértiles. Es notable la creación de andenes artificiales dedicados a la ampliación de tierras de cultivo. Igualmente, seleccionaban las variedades de tierra para la fabricación de vasijas o alfarería.

La explotación del oro y plata también les permitió convertirse en notables orfebres que transformaban estos metales en primorosas y delicadas obras de arte.

La forma extraordinaria en que utilizaron el agua les permitió el trazado de grandes sistemas de regadío transformando campos estériles en productivos.

Podían, también, predecir lluvias abundantes, medianas o escasas mediante la observación de las nubes.

Además, conocían y eran materia de su observación el granizo, las tempestades, los hielos y vientos.

Aquí también se evidencia el estudio de los fenómenos atmosféricos para actuar con consecuencia en la vida agrícola. El trazo de las vías de comunicación, representadas en los dos famosos caminos que se extendían a lo largo del imperio, aparte de su admirable realización técnica, constituían las arterias centrales que permitían el intercambio de productos y la circulación en las más apartadas regiones del Tahuantinsuyo.

El conjunto de técnicas y conocimientos parece indicar que existía en esta parte del mundo un saber acumulado que sobrepasaba las posibilidades de transmisión oral.

El material utilizado para esta admirable obra del ingenio humano fue la piedra, que supieron emplear para monumentales edificaciones ensamblándolas herméticamente.

La utilización de los recursos naturales: piedra, arcilla, madera, fibras vegetales, junco, cuero, huesos, conchas, piedras finas, metales preciosos, etc., fueron creando técnicas adecuadas para la utilización de cada materia, pero no sólo eso, sino que se produjo un perfeccionamiento paulatino hasta lograr incorporar con sentido artístico la belleza en cada una de sus producciones.

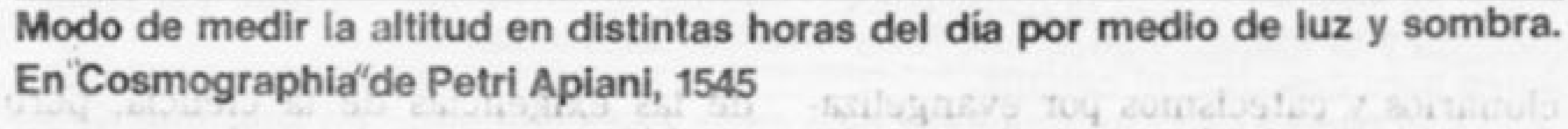
Nuestra final consideración quiere poner énfasis en que el encuentro de la cultura occidental con las americanas constituyó un verdadero enfrentamiento de mentalidades diferentes: la occidental, caracterizada por actuar desde principios ontológico-metafísicos, y las indígenas, sobre todo en el caso del Tahuantinsuyo, por accionar a partir de la realidad concreta, hasta lograr un principio explicativo de todo lo existente.

La penetración occidental en América, sin embargo, habría de representar un fenómeno realmente revolucionario frente al conocimiento de finales del siglo XV.

No creemos exagerar al sostener que la ciencia y técnica contemporáneas tienen su punto de partida y su génesis en el momento mismo del encuentro.

Modo de medir la altitud en distintas horas del día por medio de luz y sombra. En "Cosmographia" de Petri Apiani, 1545

(*) Peruana, investigadora.



LA NACION

Viernes 9 de octubre de 1992

LAS CIENCIAS Y LA TECNICA

Las nuevas patologías en la Conquista

Por Rodrigo Fierro Benítez (*)

NO es aventurado sostener que la conquista española de América pudo llevarse a cabo tan sólo porque en ella se dieron hechos y situaciones inéditos e insólitos, y que demoró en consolidarse hasta bien entrado el siglo XVIII. El de la Ilustración, el Siglo de las Luces, el de la presencia efectiva de la civilización europea con todo lo que de superior tenía en relación con las americanas.

Luego de casi trescientos años llega la hora en que el conocimiento empírico es arrollado por el científico. Ante el embate, la resistencia aborigen con posibilidades de futuro no da para más. Las fuerzas que la mantuvieron reciben el golpe de gracia.

Hasta entonces, maltrechas y todo, al menos en cuanto a las tres grandes culturas americanas –la azteca, la maya y la inca–, han logrado mantenerse en pie. Pero han resistido.

La inmunología es el campo en el cual el conquistador hispánico, bien plantado y sin temor a Dios ni al diablo, se manifiesta muy superior al aborigen.

Hecho tanto más admirable cuanto que los pueblos que las representan han sufrido la acción devastadora de las nuevas notas que se hicieron presentes el momento mismo del descubrimiento mutuo y de las primeras vinculaciones físicas.

Es así como, curiosamente, con la independencia los pueblos aborígenes pierden definitivamente toda posibilidad de protagonismo. Las nuevas repúblicas quedan comprometidas con el occidente cristiano y dominador. Llegaron, quizá, temprano a la historia.

A partir de entonces el futuro de la identidad americana recae en el producto de esos tres siglos de confrontación y coexistencia: el mestizo hispanoamericano. Es quien se salva del naufragio de todo un continente. Es verdad que le esperan cien años de soledad y otras vicisitudes. Sin embargo, tiene futuro. Ha ido adquiriendo las resistencias orgánicas y psíquicas que se requieren. Comienza a participar activamente en todas las modernidades que van sucediéndose.

Para el biopatólogo, al menos en la región altoandina, la que va de Colombia a la Argentina, lo dicho tiene su verdad y se fundamenta en el insomnio que sufrieron sus científicos por hallar explicaciones racionales a una historia cuyos textos oficiales no les satisfacían.

"Un puñado de españoles"

Sorprendente pero cierto resulta el hecho de que "un puñado de españoles" produjo el desquiciamiento de todas las estructuras que significaban el orden para el hombre de América. Aquel orden estaba dado por su adaptación a su circunstancia cósmica y una muy equilibrada relación con las fuerzas sobrenaturales que gobernaban su existencia, concretamente la relacionada con la situación de salud y enfermedad.

Que las culturas aborígenes no habían logrado descubrir la rueda, el arco, el molino, el arado, la fundición del hierro, es verdad.

Que no contaban con armas de fuego y con el caballo, el invalorable auxiliar del hombre en sus históricas aventuras, también es cierto. Esto no obstante, la "gesta ibérica" no puede explicarse por esas falencias. Tanto más que durante los primeros encuentros los cronistas españoles ponderan el valor, la resistencia y la superioridad de los guerreros aztecas e incas.

El hecho es que la imposición española en América, hecho histórico portentoso, se inicia el momento en que por razones extraordinarias se interrumpe la etapa bélica de la conquista. Es aquí en donde el historiador moderno y el biopatólogo actual intervienen para descifrar el enigma.

Es en el campo de la inmunología en el que el conquistador hispánico, sin lugar a dudas bien plantado y sin temor a Dios ni al diablo, es superior al aborigen en toda la línea.

Es portador de defensas para las enfermedades que con él llegan al continente: catarro, gripe, sarampión, escarlatina, viruela y peste bubónica. Estas nuevas patologías configuran la imagen de un auténtico jinete de apocalípticos efectos.

Pueblos enteros desaparecen de la faz de la tierra por obra de enemigos invisibles: virus y microbios. Las víctimas no les ofrecen la menor resistencia. Lo que produce la presencia española no es precisamente un genocidio –no se da la voluntad exprofesa que define al término–, aunque los resultados sean iguales.

Las grandes pestes de viruela y bubónica, especialmente, no sólo que diezman las poblaciones, por esta vía las debilitan en grados extremos, como aconteció con las antillanas, sino que además se convierten en noxas que afectan el alma y el ánimo de los nativos.

Constituyen pueblos primitivos en los que la enfermedad es resultado de pecados cometidos colectiva o individualmente. Quienes ejercen la medicina son intermediarios entre la persona enferma y los dioses y los demonios; son los encargados de extraer del cuerpo los elementos patógenos que han ingresado en respuesta a faltas cometidas.

El arsenal terapéutico, fundamentalmente sobre la base de maravillosas plantas medicinales, usualmente obra portentos. El tratamiento viene con secuencia lógica: primero la confesión de





Frontispicio del Lilio de medicina y Obra de la caridad: el cuidado de enfermos. Dibujos de Bernardo Gordonio Sevilla (1495) y de



Felipe Guamán Poma de Ayala, respectivamente

los pecados, la razón, pues, para el enojo de los dioses o la malquerencia de los espíritus malignos.

Enemigos invisibles

Ante las nuevas patologías que vienen porque sí, con rapidez y violencia extrema, y afectan a quienes tienen la conciencia tranquila, queda hecha pedazos toda una metafísica relacionada con la situación de salud y enfermedad. Los pueblos americanos son vencidos por ciegos enemigos invisibles.

Ante ellos, los dioses tutelares y los médicos prestigiosos se han demostrado ser menos que nada. Psicológicamente, el traumatismo es muy grande y el sentimiento de desolación cósmica y telúrica lleva a los pueblos aborígenes a una neurosis de angustia, caracterizada por depresión y apatía.

No se puede luchar contra un destino ciego y adverso, no se puede ofrecer resistencia a quienes cuentan con aliados invisibles y crueles. En quienes sobreviven a la viruela, las secuelas monstruosas que presentan en la cara son marcas que reflejan lo que también acontecía con las almas de las víctimas. Los pequeños grupos de españoles que iban incursionando por el continente, y se imponían, contaban, pues, con aliados poderosos.



Representación de un parto, tomado del "Codex Nuttall"

Pero hay algo más. En el grado de sometimiento al que llegaron los pueblos americanos también intervino la escritura, como elemento de supremacía cultural imponderable. Los españoles sabían leer y escribir. Hecho portentoso para quienes apenas contaban con los quipus incas o los jeroglíficos mayas.

Para los indios, el carácter sobrenatural de la escritura, el que los españoles transmitieran el pensamiento por medio de unas misteriosas "hojas de maíz", produjo verdaderos estados colectivos de estupor, desconcierto y desmoralización. Así lo recuerda la memoria ancestral en el drama que sobre la muerte de Atahualpa se representa todos los años en Chayanta, pequeño pueblo boliviano.

Numerosas leyendas que aún se cuentan en comunidades campesinas del Alto Perú también se refieren a la escritura como elemento de superioridad y de dominio. Son, pues, factores sobrenaturales los que explican la conclusión temprana del período bélico de la conquista.

Neuróticos, ciclotímicos, con prolongadas depresiones y ánimo apesadumbrado, y raptos de violencia extrema –auténticas fugas al desconcierto–, los pueblos aborígenes no hallan otro recurso que la resistencia pasiva, la única vía de supervivencia. Tanto más que continúan siendo blanco de crueles agresiones. Tanto en México como en el Perú, la mujer indígena se constituye, por lo general, y así lo señala Guamán Poma de Ayala, en una aliada de los superhombres, los venidos de ultramar, los viracochas.

A ellas las anima un afán desesperado de protección y amparo para los hijos. En éstos, si son mestizos, también es evidente un afán igualmente desesperado por identificarse, en alma y cuerpo, con el vencedor.

Son elementos que se suman al sentimiento de desolación y angustia que va minando la voluntad de los pueblos aborígenes. Sin embargo, resisten. Y tanto que cuando sus líderes habían aprendido ya a leer y escribir, se produce la rebelión de Gabriel Condorcanqui –Túpac Amaru– en pleno siglo XVIII.

Con él concluye la conquista, no solamente en los campos de batalla sino en el de las confrontaciones culturales. A la escritura, ya de valor mediatizado, se agregan los grandes descubrimientos científicos y tecnológicos del Siglo de la Ilustración. Son también elementos de dominio y supremacía, inalcanzables, para el indio de ese entonces.

A cuanto queda dicho como telón de fondo, vinieron a agregarse los efectos que para las masas campesinas tuvieron ciertas acciones impuestas por el conquistador español.

Resultados desastrosos

Como no podía ser de otra manera, éste se puso en el plan de hacer prevalecer sus puntos de vista, sus intereses y preferencias. Estos respondían a una circunstancia y a un proceso evolutivo del todo diferente del americano. Los resultados fueron desastrosos. Fue también el origen para que algunas patologías adquirieran dimensiones colosales: se volvieron endemias de efectos biológicos catastróficos.

Tales los desórdenes por deficiencia de yodo: el bocio, el cretinismo, el retardo mental, el hipotiroidismo neonatal y la sordomudez.

La experiencia sobre la base del conocimiento empírico hizo que los pueblos que constituían la columna vertebral del Imperio de los Incas buscaran las alturas, para residir y desde ahí desarrollarse y expandirse. Estudios recientes han demostrado que pasados los 3000 metros, y pese a la deficiencia de yodo, los mencionados desórdenes prácticamente desaparecen, pues los requerimientos de hormonas tiroideas son menores.

Por obvias razones, las nuevas fundaciones españolas fueron surgiendo en valles que para el español eran más aptos para la vida humana. Necesitados como estaban de quienes los sirvieran, comunidades enteras fueron trasladadas de las alturas a los bajíos: las famosas reducciones de indios. A esto vino a agregarse el desuso en que cayeron las "sales yodíferas de los Andes", según las denominó el científico francés Baussingault a comienzos del siglo XIX. También el conocimiento empírico llevó al aborigen a preferirlas para su consumo diario: gozaban de gran prestigio para prevenir y curar los cotos (los bocios).

Es verdad, como las define un cronista español del siglo XVII, que tenían un aspecto "ruin". Eran amarillentas, por su gran contenido en yodo. Por ello no gozaban de su preferencia. Como es natural, al conquistador lo que le venía bien era la sal del mar, la cristalina.

Es así como fue imponiéndose la sal que era elaborada en la costa del Pacífico, exactamente igual a la que en España le era familiar.

> **Los pueblos americanos son vencidos por enemigos invisibles. Catarro, gripe, sarampión, viruela, peste bubónica diezman a poblaciones sin defensas.**

Estos dos hechos contribuyeron a que los desórdenes por deficiencia de yodo "explosionaran" en el siglo XVIII, según observaciones documentadas de Greenwald. También, al respecto, están las del sabio neogranadino Francisco José de Caldas: estas terribles enfermedades se han propagado maravillosamente (es su expresión) en el nuevo reino de Granada.

Para concluir, y porque la nutrición tiene tanta relación con la salud y las defensas del organismo, no podemos dejar de mencionar el estado de miseria y de pobreza al que fue llegando el aborigen. "Los indios se van extenuando", es opinión del jesuita P. Bernando Recio, a mediados del siglo XVIII.

Aparte de la servidumbre y marginación en cuanto al goce de los frutos de la tierra, la alimentación defectuosa y la malnutrición proteico-energética de los indios también hallan sus explicaciones en el desconocimiento y poco sentido de observación del hábitat andino por parte del conquistador. El control vertical de los pisos ecológicos fue uno de los principios que le permitió crecer, desarrollarse e imponerse al Imperio de los Incas. Dicho control al aborigen altoandino prehispánico le supuso contar con una dieta variada y equilibrada.

La imposición de la propiedad privada, grandes extensiones que se asignaban al conquistador, por lo general no respondía a la racionalidad que significaba aquel principio. Desaparecidos los grandes rebaños de llamas –entre otras causas por las ya mencionadas reducciones–, la introducción en América de los invalorables animales domésticos que trajo el español poco le significaron al indio, por aquello que bien cantaba Atahualpa Yupanqui: "Las penas son de nosotros, las vaquitas del patrón".

(*) Ecuatoriano, periodista.

LAS CIENCIAS Y LA TECNICA

Una revolución alimentaria

Por Plutarco Naranjo (*)

HAY revoluciones que matan y otras que dan vida. En el campo alimentario, la revolución que siguió a los viajes de Colón fue de aquellas que permitieron mejorar sustancialmente la dieta, así en su calidad nutritiva como en su variedad, a los dos lados del Atlántico.

De haberse aprovechado mejor los efectos de esta revolución, el mundo entero podría hoy alimentarse incomparablemente mejor que en la época precolombina. De hecho, si hoy día existe hambre y desnutrición en proporciones alarmantes no es por culpa de los alimentos sino a causa de complejos factores económicos, políticos y sociales. Ahora bien, cada pueblo tiene su propia cultura alimentaria. En forma empírica y desde los albores de su civilización, cada pueblo descubrió el arte de balancear su dieta, condición imprescindible para su supervivencia y desarrollo.

Hasta la conquista de América, nunca antes se había producido una revolución alimentaria de la magnitud y características de la ocurrida después del trascendental acontecimiento.

Siglos y milenios atrás, el contacto entre pueblos de alejadas latitudes era excepcional. Pero cuando el contacto se produjo, tuvo en varios casos profundas repercusiones alimentarias y culinarias. Así, cuando los árabes, después de la Hégira invadieron el Asia Menor y llegaron hasta la India, "descubrieron" el arroz proveniente de la China.

Más tarde, al invadir el sur de España, introdujeron el arroz, que pasó a formar parte de los alimentos básicos de España. A su vez, los españoles lo trajeron a América junto con el trigo. Así también, mientras Marco Polo residía en la corte del Gran Khan, "descubrió" el arte de producir fideos y lo introdujo en Italia, de donde este arte partió a todo el orbe.

No obstante, hasta el siglo XVI, nunca antes en la historia del mundo se había producido una revolución alimentaria de la proporción e importancia de la ocurrida tras la conquista de América.

Ciertamente, la conquista española no tiene parangón en cuanto a su amplitud desde Utah, California y Texas hasta la Patagonia; se extendió a lo largo de millones de kilómetros cuadrados. Ni las conquistas de Alejandro Magno, Julio César, los árabes o Napoleón fueron tan extensas y salvo las conquistas árabes, las demás fueron de corta duración.

El maíz y la conquista

La conquista de América representó una auténtica revolución alimentaria. De entrada, sin el maíz y otros alimentos americanos, la misma conquista española hubiera sido casi imposible. Fue el propio maíz el que alimentó a las huestes de Hernán Cortés, especialmente después de que éste ordenara la destrucción de su flota y comenzara su ardua ascensión a la meseta mexicana. Lo mismo ocurrió con los hombres de Francisco Pizarro y otros conquistadores.

Desde entonces, no todas las variedades de maíz han corrido igual suerte. Quizá la más afortunada ha sido aquella de grano menudo, que revienta con facilidad. Esa que en inglés se denomina "pop corn" y que tiene diversos nombres de distintos países: canguil, rosetas, palomitas, crispetas, etcétera.

El maíz, ya sea como alimento humano, como base de alimentos balanceados para aves de corral y otros animales domésticos, o como materia prima de numerosas industrias, incluyendo la del buen aceite comestible, se cultiva en todo el orbe y continúa siendo el alimento básico para millones de americanos del Sur, del Centro y del Norte. Se ingiere como mazorca tierna (elote o choclo), asado o cocido o en forma de numerosas delicias: variedades de tortillas, tamales, ayacas, humitas, arepas, panes, bizcochos, buñuelos y más viandas. También se ingiere tras cocerlo con cal o lejía, y se lo utiliza en gran variedad de sopas.

La papa y una aclaración

Comencemos con una aclaración histórica. Los primeros españoles conocieron los nombres caribeños, usualmente en lengua taina, de diferentes alimentos y artefactos domésticos.

Así conocieron un tubérculo llamado *batata* por los nativos y que a los españoles les sonó *patata*. Más tarde aplicaron esta denominación a otro tubérculo que los aborígenes llamaban *papa*. La Academia de la Lengua consagró en su diccionario este equivocado nombre de *patata*, que pasó al inglés como *potato* y así a otras lenguas.

Poco a poco la papa conquistó el mundo y salvó a ciertos pueblos de la hambruna.

Ningún tubérculo se consume hoy en todo el planeta como la papa. Dos modalidades de papas fritas constituyen golosinas de grandes y chicos: las hojuelas o *potatoes chips* y las papas "francesas" o *french fried* o *french fries*.

La papa es tan versátil que se la puede comer simplemente cocida o asada, entera o en forma de puré y en una amplia variedad de formas culinarias. No hay mesa de rico o pobre en que la papa no sea la bienvenida. Es la reina de la buena mesa.

Los dones del tomate

Sin tomate no hay ensalada mixta. Color, gusto y sabor de una saludable y rica ensalada provienen del tomate. Sin él, la famosa pizza sería una simple tortilla de harina. Lo que le da vida es precisamente el "pomidoro" o tomate de los nahuas o jitomate de los actuales mexicanos. ¿Qué sería de los spaguettis sin el toque final de la salsa de tomate? ¿Y el Bloody Mary?

Numerosas comidas y bebidas serían imposibles sin este fruto americano. Quien haya visitado Japón o Australia, Israel o Rusia habrá podido saborear diferentes viandas preparadas sobre la base de tomate. Me atrevería a pensar que si un día desapareciera el tomate, en los Estados Unidos y en Italia se produciría una hecatombe alimentaria y culinaria.

El manjar de los dioses

Si los niños se relamen con fuición los dedos impregnados de chocolate, los adultos dejan que un bombón se disuelva lentamente en la lengua para saborearlo con mayor detalle. Bombón viene del francés *bon*, que quiere decir bueno, es decir, que esta golosina es buena a la segunda potencia. Ese famoso sueco, Carlos Linneo, que saboreó miles de plantas del mundo entero, al probar el chocolate comprendió que era el "manjar de los dioses". Por ello bautizó a la planta con el nombre latino de *Theobroma cacao*.

Desde entonces no hay país europeo que no se precie de producir los mejores chocolates del mundo. ¿Y qué sería de ese imperio económico que se llama Nestlé sin el delicioso chocolate?

Maní o cacahuate

Desde América, esta almendra conquistó el mundo. Unos cuantos granos tostados y salados son agradables acompañantes del cóctel. Para los niños, el maní salado o confitado es una apetecida golosina. La madre de familia obtiene el mejor beneficio al condimentar ciertos guisos con maní. De hecho, se producen millones de toneladas de maní al año y un conocido "manicero" llegó a la presidencia de los Estados Unidos.

La comida mala

Hay un dicho popular, "La comida mala con ají resbala". Los mexicanos lo llaman chile y en otras partes del mundo "hot pepper" o pimienta picante.

Sabemos que el propósito real del viaje de Colón fue el de establecer una nueva ruta para el comercio con Asia, sobre todo de las especias y condimentos. Sin pimienta, mostaza, paprica, canela o clavo de olor no había con qué "hacer resbalar" la insípida comida europea de la época. Pero Colón ni llegó a Cipango ni encontró las especias asiáticas.

En cambio, nuestros aborígenes aportaron con abundante variedad de especias y condimentos propios. El ají tuvo gran éxito. Se lo consume en todas partes. Una pizca de ají no va mal ni para los más delicados paladares femeninos. Pero también hay el *cariuchu*, es decir, el ají macho o ají para machos, según la lengua quechua que llama *uchu* al ají.

Un gran filón

Hemos mencionado unos pocos representantes de los alimentos de América. La lista completa va más allá de 200. Incluye raíces comestibles, como la ayuca o manihot, tubérculos, hortalizas y granos; numerosas frutas tropicales, como la papaya o fruta bomba, la piña o ananás, la chirimoya o anona, el maracuyá y el aguacate o palta.

En un mundo de injusticia social en que millones de niños mueren de hambre, la América andina tiene algunas maravillas alimentarias que ofrecer; entre ellas, la quinua o lágrima del sol (del dios Sol), el seudo cereal más nutritivo del mundo. Y también sus primos hermanos, los amarantos, que recientemente han despertado gran interés científico y sobre todo práctico.

La revolución culinaria

Los alimentos aborígenes de América no sólo revolucionaron la alimentación europea y mundial. En realidad volvieron mucho más variada y apetitosa la comida.

Por si fuera poco, revolucionaron el arte de los cultivos, el arte del procesamiento, las artes de cocinar y preparar conservas. Son innumerables las industrias que surgieron en torno de los alimentos americanos. A su vez, estas artes e industrias impactaron profundamente en las culturas culinarias de todo el orbe.

De hecho incidieron en la actual universalización de las formas alimentarias, revolucionaron las prácticas para alcanzar dietas balanceadas y, a la vez, apetitosas, y marcaron así la época actual.

Si Colón no logró establecer una nueva ruta interoceánica hacia China, abrió, en cambio, la puerta al riquísimo intercambio alimentario entre los dos mundos, gracias al aporte americano.



Paila de plata del siglo XVII trabajada a martillo.

(*) Ecuatoriano, académico e investigador.

La zoología

Por Antonio Pérez-Prado (*)

No tardaron en llamarlo Nuevo Mundo. Sin especias, pero con oro y plata, variedad de piedras y exceso de perlas. En tierras que ignoró Ptolomeo corre, repta, nada y vuela un bestiario exótico. En su tercer viaje Colón ve sirenas; en el cuarto lleva instrucciones que recibirán luego gobernadores y virreyes: describir todo.

La zoología era ciencia contemplativa. Se anotaban al azar formas y comportamientos. Lo hizo el curioso Plinio, muerto por asomarse al cráter del Vesubio.

En su *Historia natural* acepta relatos de viajeros gustosos de asombrar con sus quimeras. Borges puso al hastío como límite a una zoología fantástica; Plinio no pudo llegar a tan melancólica desgana. Esa erupción del año 79 termina con Pompeya y Herculano, y muchas historias que agrandarían la obra. En las Indias los cronistas usan a Plinio, Dioscórides y Aristóteles en la visión de la naturaleza. Faltan dos siglos para Linneo, quien pondrá orden en la vida.

En 1492 es joven Bartolomé de Las Casas, feroz crítico de la conquista, y es muchacho Gonzalo Fernández de Oviedo, quien describió al por mayor el escenario. Contemporáneos, escritores, no les resultó imposible la enemistad. El longevo Bartolomé dijo la última palabra y demoró la fama de Oviedo. Su *Historia general de las Indias*, acabada hacia 1535, aparece completa en 1851-1855. Quince tomos con notas de Amador de los Ríos, erudito insigne y mediocre poeta. Oviedo (1478-1557) fue paje del príncipe Don Juan y soldado en Italia. Los volúmenes de su *Historia* fatigan, pero no aburren; entre bambalinas asoma el autor, quien gusta de la música. Un *perico-ligero* (quizás el perezoso *Choleopus hoffmani*) desgrana su salmodia y el cronista reconoce: la-sol-fa-mi-re-ut... Un silencio y otra vez la desmayada secuencia. "¿No podríamos llamar al *perico-ligero, perico-músico*?", se pregunta. En la noche tropical cantan los ruiseñores; le parecen *de muy dulce melodía, aunque no hacen tantas diferencias como los de España*. Estas nostalgias lo persiguen. La carne de iguana, sentencia, es mejor que la del conejo, hasta los del Jarama, *que son los mejores del mundo*. No olvida la utilidad de los animales que anota. Valeroso, los prueba, aunque no a todos. No acepta sapos; una esclava se le murió luego de comerlos. Las ranas son otra cosa; le placen al César, guisadas. Así escribe Oviedo, a quien Las Casas achaca el no saber latín y servirse de traducciones.

Oviedo, a su vez, no tolera que un Pedro Mártir describa las Indias junto al brasero, en su biblioteca europea. Hay que hablar de lo que se ve y se come. ¿Qué puede saber don Pedro de culebras verdes cuya ponzoña usan los indios? ¿Y del ombligo que los pecaríes tienen en el lomo? En verdad es una glándula odorífera, útil al puerco montaraz *Tayassu tajacu*. El *encubertado* armadillo le parece un modelo para las defensas de un caballero.

Más al Sur hay una versión mayor, el *Periodontos giganteus*, o gran tatú; y aún más al Sur, siglos más tarde, Darwin quedó atónito por la semejanza entre los pequeños armadillos y sus enormes parientes fósiles, los gliptodontes.

Oviedo prefiere no llamar *danta* al tapir, ese *Tapirus terrestris* que ama el agua casi tanto como los hipopótamos –uno de los animales que no había en América– y tiene un aire de vaquilla mocha, en tierras donde faltan vacunos.

Los bovinos europeos, caballos y perros que han debido traer las naos escapan y se hacen cimarrones. Los puercos, en silvestre proliferación, vuelven al tipo primitivo, cercano al jabalí. Todo esto registra Oviedo y confirma, pulcramente, Joseph de Acosta.

Este fue apellidado el *Plinio de América*, título que, acaso no en el mejor sentido, merecía Oviedo. Nació en 1540 y desde 1571 pasó dieciséis años en Indias. Su *Historia natural y moral* aparece en 1590 y él se muere con el siglo. Fue acusado de plagio, injustamente; nunca lo acusaron de inopia en letras. Mucho va de Oviedo al P. Acosta, pero ambos aceptan el mundo geocéntrico y en él y en el dogma tratan de acomodar las maravillas indianas.

El jesuita vuela más alto y se pregunta de dónde llegaron los indios y esos animales nuevos; también por qué faltan muchos, y muy útiles, de los europeos. Sus preguntas y sus propuestas merecerán el homenaje del padre Feijoo y de Humboldt.

Quien fue soldado en Italia y el maduro sacerdote ven la biota indiana como turistas de la rareza. Leones rasos, sin melena; tigres como leopardos, bellamente manchados. El *león* es el puma *(Felis concolor)* y el *tigre* es el jaguar *(Panthera onca)*. Los osos hormigueros son estrafalarios –y mala comida, según Oviedo–. De la familia *Mymercophagidae*, su natural es devorar hormigas con una lengua inverosímil. Tienen la boca inerme y potentes garras que desbaratan un hormiguero, o algo peor. Pedro de Aguado relata la descomunal batalla entre el bravo capitán Tafur y un oso (seguramente un *Mymercophaga tridactylia*). El manatí es mansa bestia. Pare sus crías y les da de mamar, pero sin salir de las aguas. Un problemas para Cuaresma: ¿es carne o pescado? Acosta encontró su gusto parecido a la ternera y tuvo remordimientos de penitente al comprobarlo.

El colibrí es una joya que llaman *tominejo*. Vibran sus alas minúsculas y está inmóvil el largo pico, bebiendo en la flor. El vampiro es un horror en forma de murciélago, que sin despertar a sus víctimas les chupa la sangre. La zoología de las Indias es fantástica.

Aparecen los naturistas

Hacia el siglo XVIII, con academias y enciclopedias, es inevitable ordenar a los seres vivos luego de verlos a todos. Aparecen los naturalistas, tan bien representados por La Condamine, Azara, Humboldt o Darwin. Triunfa, rápidamente, la clasificación de Linneo; una nomenclatura binaria, género y especie, con regusto aristotélico.

El sabio sueco quiere un único y verdadero nombre para cada ser vivo. Linneo viaja, herboriza y colecciona, pero en el ancho mundo necesita corresponsales, sedentarios o trashumantes, que alimenten su voracidad taxonómica. El gabinete se llena de hojas prensadas, esqueletos, pieles y plumas, dibujos y cartas en latín forzoso.

Pródigo, astuto, bautiza especies nuevas con el nombre del corresponsal, latinizado e inmortalizado. Su gran contemporáneo es Buffon, tan de admirar en los saberes y en el estilo; tan gran señor en los salones. Madame Necker (né Staël) escribió: "El señor de Buffon nunca me habló de las maravillas de la tierra sin hacerme pensar que él era una de ellas".

Sabor a nuevo

Hay que clasificar a la Creación. En América lo que tiene más sabor a nuevo va desde las islas y tierras calientes mexicanas hasta la misteriosa Patagonia. Como lo hizo notar George G. Simpson, ese dilatado mundo es, precisamente, Hispanoamérica. Es el verdadero Nuevo Mundo, según parecen haber entendido los conquistadores, los cronistas y los científicos.

Con el otro, norteamericano, las diferencias son evidentes: dos floras y dos faunas distintas. En la zona boreal o neoártica los europeos encontraron menos novedades, en todo sentido.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca, infortunado e infatigable Ulises, describe búfalos o bisontes de la Florida, que ahora nos parecen los de Altamira, extinguidos en Europa luego de ser retratados por los artistas magdalenienses. Don Alvar los llama *vacas merinas*. Nada parecido en el Sur, donde a falta de cosa mejor algunos llaman vacas a los tapires.

Unión tardía

Hoy sabemos, por tectónica de placas, que las Américas del Sur y del Norte chocaron y se unieron tardíamente. El Sur había estado pegado al Africa y a otras tierras del Gondwana. El Norte fue parte de Laurasia y compartió especies con Europa.

Al unirse las masas continentales y al habilitarse –hace tres millones de años– el puente de América Central, hubo un gran intercambio biótico: el más grande imaginable, pero no tanto como para borrar diferencias que la historia se encargó de perfeccionar.

Para la ciencia, el descubrimiento iniciado en 1492 durará siglos. Culmina en el enciclopedismo razonado del XVIII y en una de las grandes síntesis del XIX, la explicación evolutiva.

Sin embargo y por definición, la ciencia no terminó ni terminará su trabajo; lo propio de sus teorías, paradigmas y hasta leyes es servir como escalón a las que sigan.

Sabemos que los avances de la botánica fueron más rápidos que los de la zoología. En América y para tiempos de asentamiento resultan útiles algunas hipótesis. No parecían tener gran valor económico los animales indianos.

No hay bestias de carga como los caballos y los trajeron al Nuevo Mundo –donde, hace millones de años, se habían originado–. Con ellos vacas, cerdos, ovejas. Los animales americanos llevados a la corte son para diversión o asombro. Algunas especies vegetales fueron introducidas en América, pero la nueva botánica era mucho más importante y su influencia en el mundo, decisiva: el maíz, la papa, el tabaco, el cacao, la quina, la coca...

No parecieron tener gran peso económico los animales indianos. No hay bestias de carga y las que se llevan a la Corte son para la diversión o para el asombro.

No hubo en América un zoólogo que se compare con el gaditano Celestino Mutis, quizás el más grande botánico de su época. Se correspondía con Linneo, quien le dedicó un género nuevo: *Mutisia*; recibió a Humboldt con una mezcla de boato y humildad que provoca divertidas anotaciones en el diario del barón.

Con mucho mayor interés en la zoología, pero con menor conocimiento taxonómico y relación con el mundo científico, exploró parte de América del Sur el laborioso Félix de Azara (1742-1821), de vida novelesca.

Escribió en español, detestó a Buffon, publicó en francés y fue traducido por Bernardino Rivadavia, exiliado en París. Florencio Varela firma la presentación de la obra en Montevideo, en 1845.

Azara fue admirado por Darwin, quien se demoró en América del Sur y recibió aquí, en la Argentina, buena parte de lo que necesitaba para su teoría de la evolución expuesta en *On the Origin of Species by means of Natural Selection*. Quien desee hallar ese sabor primero y novedoso que premia los esfuerzos del naturalista viajero debe leer a Darwin, pero en su clásica narración del viaje en el *Beagle*. Darwin, geólogo, botánico y, sobre todo, zoólogo, demoró al "Origen". Por fin tuvo la satisfacción y acaso la inquietud de vender la edición completa en un día: el 24 de noviembre de 1859.



De la fauna americana, según J. Cook

(*) Argentino, médico y ensayista.

LA HISTORIA

Tierra de los Bacalaos
Acadia
Tierra de los Bretones
Islas Azores
La Coruña
Valladolid
Oporto
Madrid
Lisboa
Palos
Cádiz
Tierra de Aylon
Florida
Corriente del Golfo
1493
1503
Madera
Mar de los Sargazos
1492
Is. Canarias
Yucatán
Cuba
1496
Jamaica
Española
San Juan
Honduras
1495
Mar del Norte
1502
1500
Islas de Cabo Verde
Varagua
Uraba
Corriente Ecuatorial Principal
Cumaná
Trinidad
Mar del Sur
1498

Los viajes de Colón 1492 / 1503

Primero 1492/3
Segundo 1495/6
Tercero 1498/1500
Cuarto 1502/3

Infografía: José L. Corsetti

12 de Octubre de 1492. Colón desembarca en la isla conocida por sus habitantes como Guanahaní y llamada San Salvador por el famoso navegante

AMERICA, HOY

Quinientos años después

Por Natalio R. Botana(*)

HACE casi doscientos años, Humboldt recorría las selvas del Orinoco y exploraba las alturas de los Andes en busca de "la unidad de la naturaleza". Humboldt se asomó con exquisita sensibilidad al pasado de aquel continente: caminó en populosas ciudades, describió el orden burocrático del Imperio Español que con sus funcionarios y misioneros llegaba hasta los confines de la tierra salvaje, escuchó, en fin, el rumor del descontento criollo. Pero cuando quiso conocer el porvenir americano se dirigió hacia el norte de México para encontrar a Thomas Jefferson. El tercer presidente de los Estados Unidos gobernaba una república recién nacida desde un villorrio de 5000 almas, con una casa de gobierno a medio hacer y un gabinete lleno de papeles oficiales, libros de filosofía y herramientas de jardinería.

Dos mundos. Treinta años más tarde, mientras nuestras naciones soportaban los desoladores efectos de las guerras de la Independencia, Tocqueville marcó a fuego estas diferencias. En los Estados Unidos la democracia vivía en feliz meridaje con la libertad; hacia el sur, en cambio, la anarquía devoraba endebles constituciones. Tierra de repúblicas efímeras, sin costumbres propicias ni magistrados virtuosos, los países del Sur daban materia a una leyenda que aún no ha muerto. En el imaginario colectivo, caudillos irresponsables y oligarquías voraces dominaban un espacio inerme frente a los poderosos y no por ello menos candoroso y frágil.

De esta encrucijada, ubicada en alguna frontera temporal entre fines del XVIII y las primeras décadas del ochocientos, nacieron varias tradiciones republicanas y dos trayectorias históricas. Son doscientos años que forjaron el perfil de las Américas que ahora celebran el Quinto Centenario.

Quizá la conjugación del plural nos ofrezca la pista más adecuada para ensayar un breve balance. Más allá de la leyenda y más cerca de la realidad, innumerables interpretaciones han postulado la hipótesis de la diferencia. La lengua, la religión, las tradiciones de la libertad, el peso de la desigualdad, el tipo de sociedad abierta y cerrada, la estabilidad de las instituciones en un lado y el desequilibrio en otro: todo parece converger para explicar por qué los Estados Unidos y el resto de nuestras naciones tienen pocos puntos en común.

Por otra parte, los estudios comparados han acentuado estos itinerarios opuestos. La teoría del desarrollo y subdesarrollo de mediados de este siglo, que recogía el viejo contraste entre tradición y modernidad, unificó a las naciones al sur del Río Grande en un estadio inferior donde el atraso coexistía con carencias básicas. Los Estados Unidos eran el Primer Mundo; América latina ocupaba los rangos del Tercer Mundo (las teorías de la dependencia de los años sesenta inyectaron en este esquema un sentido de militante reinvindicación).

A estas visiones dicotómicas no era ajeno el concepto de revolución que impregnaba ambas culturas. Mientras la historia de la revolución norteamericana fue en los Estados Unidos la gran hacedora de una legitimidad indestructible, en América latina adoptaba los rasgos de un proyecto frustrado. Si, como escribió Furet, el leninismo recuperaba en clave marxista la tradición fracasada de los jacobinos franceses para realizarla plenamente en la Unión Soviética, en nuestros países el castrismo pretendía consumar mediante el mismo registro ideológico una promesa de liberación definitiva, oculta y sin embargo viviente tras largos siglos de explotación colonial.


José Enrique Rodó


Domingo F. Sarmiento (1840)

América latina era pues un mosaico de experiencias. Las autocracias personalistas, el autoritarismo militar, la pasión revolucionaria y el incesante desfile de frágiles gobiernos civiles daban tono a una cultura política distante de la que transmitía la democracia norteamericana. Convertidos en república imperial, luego de que el triunfo en la Segunda Guerra Mundial despertara en ellos una vocación ecuménica, los Estados Unidos avanzaron en este medio siglo hasta superar sin apelación posible a su enemigo más tenaz y ambicioso. No hubo fuerza capaz de oponerse a esta asombrosa expansión.

De este modo, quinientos años después de la revelación del nuevo mundo, América es un genio bifronte. La potencia material y civilizadora de los Estados Unidos, a la cual se ha sumado Canadá en una zona de libre comercio, se destaca sobre un conjunto de naciones mucho más atrasadas. Acaso este punto de partida permita avizorar con más serenidad el porvenir que se avecina.

Durante un largo trayecto las dos Américas vivieron separadas y hasta ausentes (lo mismo podría decirse, aparte los discursos retóricos, de las naciones latinoamericanas). Ahora las culturas comienzan a interpenetrarse. El desplazamiento de las poblaciones y las relaciones entre las elites, cualquiera que sea su proveniencia, conforman el mapa de una América en movimiento. ¿Acaso señalan estos signos una unidad en escorzo, análoga, en muchos aspectos, a la que viene ensayando desde hace treinta años la familia europea?

No hay, por cierto, respuestas unívocas pues en gran medida la historia sigue mostrando, a cada recodo de los acontecimientos, su fascinante imprevisibilidad. Cuando luego de la Guerra del Golfo muchos proclamaron una suerte de imperio vigilante de los Estados Unidos sobre el resto del mundo, la crisis fiscal, el malestar de las minorías y la caída de la competitividad de su economía confrontan nuevamente a los norteamericanos con su identidad y destino.

Cuando en nuestra región los agoreros anunciaron un colapso inminente de las transiciones a la democracia en la década pasada, los esfuerzos por conservar ese débil ensayo dan prueba, al menos, de una adhesión más firme hacia las instituciones civiles, pese a las crisis que se advierten en Haití, Venezuela, Perú y Brasil. En todo caso, cometeríamos un grueso error si creyéramos que las dificultades son semejantes. Bastaría recordar, al respecto, la posición de un país acreedor frente a una región enteramente deudora.

La cuestión es sin duda más honda. Los Estados Unidos han padecido enormes dificultades en el curso de su historia, pero las han resuelto en el marco de una legitimidad invariable. La dialéctica que pusieron en marcha entre libertad e igualdad contó siempre con el auxilio de una constitución indemne a los embates de la guerra interna y externa. En alguna oportunidad la balanza se inclina en favor de la soberanía radicada en el Poder Legislativo; en otras, el pueblo alienta el liderazgo presidencial o aun, como ocurre en estos momentos, reconoce en el Poder Judicial la facultad de crear derechos. En todas las circuntancias, sin embargo, las interpretaciones acerca de la democracia y las libertades giran en torno de ese venerable depósito constitucional.

En América latina, ese diálogo entre libertad e igualdad es un conflicto abierto sujeto a ciclos de progreso y reacción. Comparados con nuestros países, los ciclos en la historia de los Estados Unidos –así los ha llamado un excelente historiador– son lineales y perfeccionan, aun en su diversidad, una misma tradición. Nuestra heredad se ha formado en cambio con culturas superpuestas. La república no ha surgido entre nosotros por imperativo de la tradición sino por exigencia de la voluntad. El mestizaje en América latina significa mucho más que un intercambio biológico entre negros, blancos e indígenas. Antes que nada, expresa una cultura mixta, heterogénea, de migraciones internas e inmigrantes de ultramar que se vuelca en las ciudades de fin de siglo con sus destellos de modernidad sobre el fondo oscuro de la pobreza.

Estas realidades no siempre inspiraron una percepción abierta y tolerante entre las Américas. Alguien las imaginó formando todas juntas una inmensa patria de instituciones, de saber científico y educación generalizada. Fue la visión de Sarmiento, que se vanaglorió hasta los últimos días de su amistad con Horace y Mary Mann. En la ladera opuesta, Rodó dibujó con ambas Américas una confrontación excluyente: materialismo y cálculo egoísta en el Norte, espiritualidad e inocencia en el Sur (hasta hubo discípulos lejanos en los Estados Unidos –abundan actualmente en exceso– que invirtieron esta relación y arrinconaron a nuestros países en un lugar sin destino en la historia).

Acaso estos sueños hayan cosechado muchos más adeptos que el deseo de fundir la diversidad en un molde común. No se trazan, empero, rumbos tan distantes. La ilusión del buen salvaje que redime un mundo corrupto ha muerto con los estertores de la revolución. Hoy quedan en pie protestas sociales, rebeliones populares y el terror del narcotráfico. Este último fenómeno, que reúne tras un mismo interés a millares de campesinos instalados en pequeñas plantaciones de coca y a los industriales y proveedores de droga para consumo de los norteamericanos, desafía el viejo ideal sarmientino de una unidad inspirada en el desarrollo de la democracia, en el libre intercambio de bienes y servicios y en las luces de la educación.

> **La potencia material y civilizadora de los Estados Unidos, a la cual se ha sumado Canadá en una zona de libre comercio, se destaca sobre un conjunto de naciones mucho más atrasadas.**

Asistimos pues a una pugna entre dos tipos de unidad. La primera alimenta con los deshechos de la pobreza y el poder de grandes organizaciones subterráneas a quienes buscan refugio en la droga; la segunda es espejo de una civilización aún pendiente. El subsuelo y el cielo: habrá que ver si somos capaces de hacer algo en la tierra y vencer con distintos emprendimientos regionales a las predicciones negativas del pasado. ¿Será posible abrir este cauce ignorado por tantas generaciones?

En el instante en que Colón tocó tierra americana tomó cuerpo el proyecto de una monarquía universal. La voz y el gesto de otros pueblos mostraron de inmediato a los recién llegados, aun cuando no lo reconociesen, que la particularidad existe y que las culturas van tejiendo una sociedad pluralista. Quinientos años después, América encierra en su realidad multiforme esa vocación universal. Reparó en el mundo la dignidad ultrajada de millones de seres humanos gracias a los beneficios de la legitimidad democrática y ahora explora el horizonte de un pluralismo más humano.

(*) Argentino, ensayista, historiador, politicólogo.

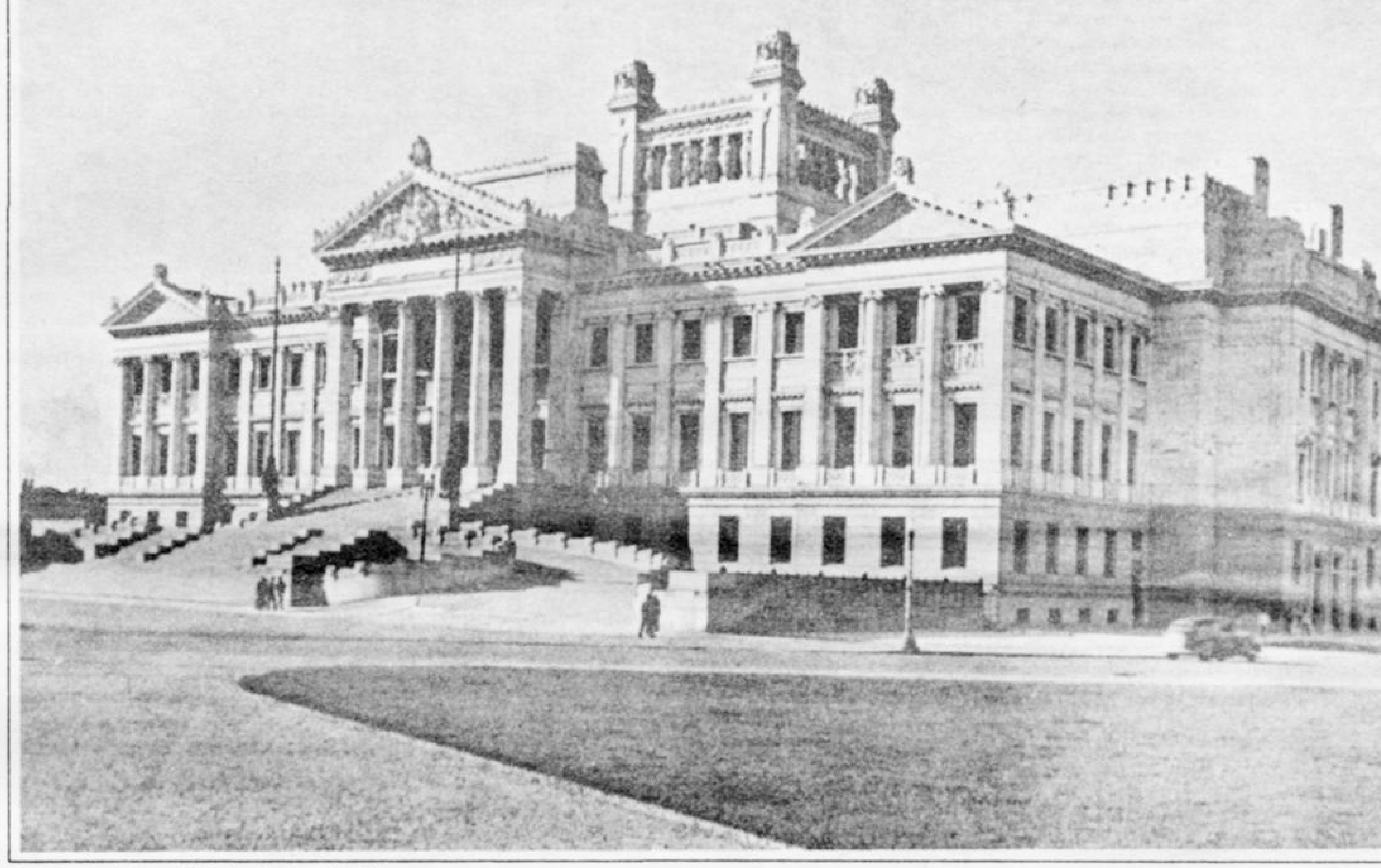
Nuevos problemas de la vieja democracia

Por Julio María Sanguinetti (*)

LA democracia es un proyecto siempre en evolución. La propia imaginación creadora de la vida humana y las sociedades le impone al sistema, al estar basado en la libertad, la necesidad permanente de una evolución que lo adapte a cada tiempo y lugar.

A diferencia de los autoritarismos, que trasladan un molde rígido a cualquier circunstancia, en la democracia debemos asumir el cambio como una acción permanente. De allí un estimulante impulso, pero a la vez un riesgo: los humanos requerimos a veces de mayores certezas, el riesgo nos llega a fatigar y en ciertos momentos de auge caemos también en el sueño paradisiaco, al imaginarnos haber alcanzado la perfección. La democracia, entonces, no acepta la actitud perezosa; el esfuerzo ha de ser permanente, guste o no. Y muy grave error cometen los que abandonan esa actitud pensando, simplemente, que el ciudadano se interesa más por los problemas económicos o sociales de su vida diaria; aun cuando ello pueda a veces ser cierto hay que mantenerlo alerta sobre la necesidad de vivir construyendo sus libertades. Hacer democracia es también construir.

En América latina los avatares han sido grandes. Pocas de las jóvenes repúblicas lograron consolidar realmente verdaderas democracias.



En Montevideo. El Palacio Legislativo

Europa y América

En América, la idea republicana tiene dos siglos. La revolución emancipadora, tanto en el Norte anglosajón como en el latino Sur, tuvo profundo contenido republicano. De hecho, la primera república moderna fueron los Estados Unidos de América, dato histórico no siempre recordado en toda su significación.

La lucha contra las aristocracias y la monarquía ofreció el sustento para el desarrollo de la idea democrática al instaurarse como principio la igualdad de los hombres ante la ley.

Naturalmente, aquélla reconocía un largo periplo en Inglaterra, donde se desarrolló en forma parlamentaria bajo la monarquía, pero es realmente en América donde pasa a ser no sólo un sistema político, sino una filosofía y forma de vida.

En América latina los avatares han sido grandes. Pocas de las jóvenes repúblicas lograron consolidar realmente verdaderas democracias. Costa Rica, Uruguay y Chile son las que disfrutaron de más largos períodos de estabilidad democrática.

La Argentina alcanzó tempranamente la configuración de una sociedad democrática, pero el siglo XX ha estado dominado por la inestabilidad en el sistema político. En el resto del continente encontramos todos los ejemplos, desde sociedades aún en vías de democratización, como las centroamericanas, hasta modernas democracias que sustituyen autoritarismos caudillescos.

El caso brasileño es diferente. Monarquía imperial hasta hace un siglo, la república nace de un pronunciamiento militar y no se desarrollan partidos nacionales estables. Una fuerte política estadual ofrece, en cambio, el riquísimo caleidoscopio de varios mundos políticos muy diferenciados, coordinados al sistema en un régimen federativo que adquiere sustancia sociológica por medio de una cultura brasileña singular y colorida que envuelve todo el espectro nacional.

Los 500 años son el momento de mayor desenvolvimiento del sistema democrático en la América latina. Los años ochenta saludan un proceso democratizador revolucionario, paralelo al que se daba a la vez en Europa del Este. El 92 marcó un retroceso en Perú y amenazas en Venezuela, pero el continente en su conjunto se afirma en el derrotero democrático: pasó la hora de las guerrillas maoístas, los partidos marxistas declinan más tarde que en el resto del mundo, pero declinan; los militarismos no están del todo superados, pero hay una mayor madurez para comprender la futilidad del recurso de las armas.

La América anglosajona ha disfrutado de una mayor estabilidad. El asesinato presidencial, sin embargo, ha constituido su fórmula violenta de ataque al sistema.

La Europa democrática de hoy, nacida de la tragedia de la 2a. Guerra Mundial, suele a veces actuar como si siempre hubiera sido democrática cuando, lejos de ello, recién logra consolidar sus instituciones después de la dura lección del arrasamiento. Es más, de ella nacieron en este siglo todas las ideas liberticidas, que allí encontraron primero su aplicación, extendiéndose luego a otras partes del mundo donde su influencia ha sido indudable: el fascismo italiano, el nazismo alemán, el falangismo español, el marxismo ruso. Todas esas ideas tuvieron su impacto en nuestra América y constituyeron una seria amenaza para la instauración democrática. Superados hoy en Europa, también América puede hacer su propia experiencia sin esta constante y perturbadora influencia exógena.

La gobernabilidad

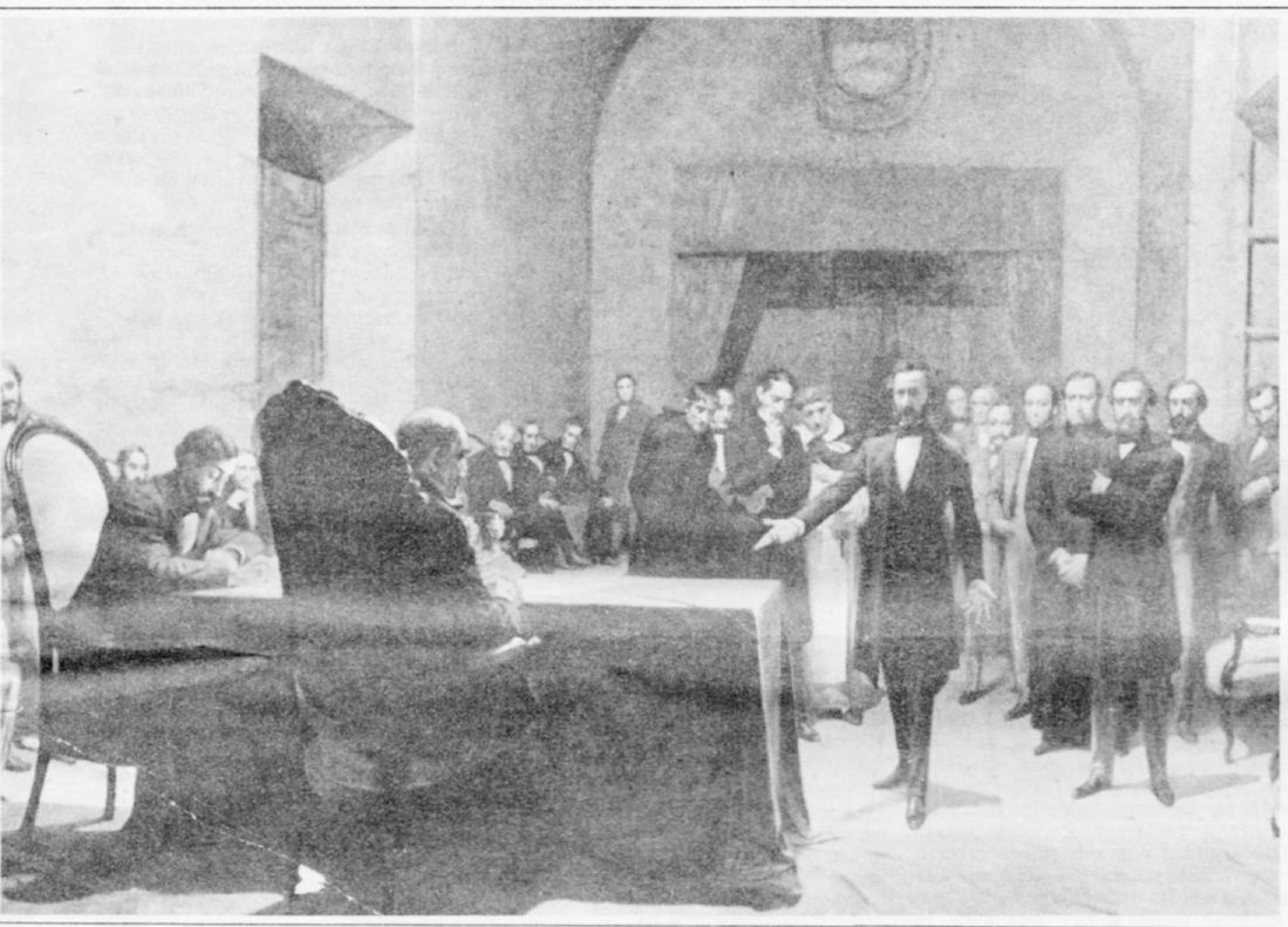
A nuevos tiempos, nuevos problemas. Estos años de democratización han planteado una renovada cuestión: la gobernabilidad, o sea, la capacidad del sistema para poder alcanzar estabilidad sin que las fuerzas ahora desatadas de la sociedad pudieran constituirse en una amenaza, luego de años de vida autoritaria.

La experiencia, hasta el presente, no ha sido mala, y ella muestra la gran diversidad de fórmulas. Las transiciones institucionales han transcurrido respondiendo a la especificidad de cada caso. Los más peculiares han sido el chileno y el nicaragüense, en los que gobiernos electos por el pueblo conviven con fuerzas armadas comandadas por los jefes de la vieja situación autoritaria, que son, además, cabezas de movimientos políticos importantes. Cada cual a su modo, todos los países han ido encontrando su camino de convivencia entre las fuerzas democráticas y armadas, entre el presente y el pasado violento, con su pesado lastre de tensiones y resentimientos.

En todos lados aparecen ahora nuevos temas. La reforma constitucional es una moneda corriente. Brasil y Colombia eligieron asambleas constituyentes que dictaron nuevos textos. En Venezuela se habla de reforma para superar los conflicos de los últimos tiempos. En la Argentina, unos proponen la reelección presidencial; otros, la parlamentarización. En Chile, se procura cambiar aspectos del texto heredado de la dictadura del general Pinochet. En Uruguay, se discute la necesidad de dar más eficacia a un sistema en que el sistema electoral hace muy difícil obtener mayorías.

Todas las cuestiones son, por cierto, válidas. De algún modo son temas recurrentes en la teoría y en todo el mundo. Lo preocupante es el abuso del reformismo constitucional como expediente para resolver problemas políticos circunstanciales. Allí la Constitución pierde dignidad institucional y de código máximo desciende a mero instrumento para la resolución de coyunturas. Cuando se empiezan a plantear el acortamiento del período del presidente en ejercicio o la reelección de quien está en el poder nos estamos saliendo de cauce y apenas tratando de dar vestimenta a decisiones aún inspiradas en los tiempos de la situación de facto. Desgraciadamente hemos visto –y seguimos viendo– replantear esta situación en un país y en otro.

La historia sin enmienda



En Buenos Aires. Los constituyentes de 1852/53 del Salón de los Pasos Perdidos

La democracia estable nos reclama una ética reformista. No se puede modificar la Constitución en favor o en contra de alguien. Ella debe discutirse siempre pensando en el futuro, en todos y en nadie en particular. Cambiar es bueno si se trata de adaptar a los tiempos y a los problemas; puede ser nefasto si es apenas el comodín de una baraja.

El parlamentarismo

En las universidades norteamericanas nació, como especulación teórica, la receta parlamentarista para mejorar la gobernabilidad de los sistemas democráticos latinoamericanos reinstaurados luego de las turbulencias guerrilleras y militaristas de los años setenta.

De allí emergió una consistente movilización académica que rápidamente prendió en muchos sectores políticos, especialmente minoritarios, que encontraron en esa vía el camino para acceder a alguna parcela de poder.

El debate está aún abierto y en curso. Los parlamentaristas insisten en que cuando median conflictos entre el Ejecutivo y el Legislativo el parlamentarismo ofrece mejores soluciones, mientras que el presidencialismo es muy rígido y no tiene respuestas para los desgastes de los gobiernos o la pérdida de mayorías. Los presidencialistas replican que el parlamentarismo no tiene tradición, que condena a los países a la inestabilidad, pues deja usualmente en manos de minorías el sostén de los gabinetes, que el reclamo de las sociedades es de gobiernos que gobiernen y no de coaliciones que el pueblo no ha votado y que, en fin, los Parlamentos están demasiado desgastados como para que sean el asiento básico del sistema.

Más allá de este debate, el Parlamento se ha transformado en un problema en sí. En unos países se le acusa de corrupción y a veces es cierto. En otros no hay corrupción pero igualmente aparecen con la imagen debilitada.

El tema no se observa sólo en América latina sino también en Europa, aun en Estados que viven momentos de cierta prosperidad. Da la impresión, entonces que los Parlamentos han devenido una institución necesitada de reformas: su estilo retórico, el constante ataque de los Ejecutivos que los acusan de obstaculizar la labor gubernamental, las divisiones que le son connaturales, su naturaleza predominantemente deliberante, los alejan de los problemas de la vida cotidiana que afectan al ciudadano común.

Institución imprescindible, no posee ya aquella majestad de representante directo de la ciudadanía; pese a que esta condición se invoque constantemente por los legisladores, se lo observa como un circo romano donde las facciones rivalizan en torneos de gladiadores mucho más que como un efectivo órgano de gobierno.

La propia función de contralor que, en definitiva, es esencial para la publicidad del gobierno, lo hace aparecer como un factor de conflicto y no un instrumento de soluciones.

Una nueva dimensión del cuestionamiento democrático es el fenómeno de la corrupción. Por cierto, él no es nuevo en ninguna parte, pero en los últimos tiempos ha adquirido una peligrosa revigorización. El narcotráfico, también otra desgraciada novedad, parece haber sido el estímulo fundamental para esta cuestión que ya venía de atrás y que, al democratizarse los sistemas políticos, como es natural, adquieren la ventilación propia de la libertad. El problema es más profundo que el sistema político: cuando aparece en él es porque ella está instalada en la sociedad misma; a la inversa, una vida civil y comercial honesta no presiona al sistema político en favor de la corrupción, aun cuando siempre pueda aparecer un caso excepcional.

Frente a la corrupción, el gran antídoto es la transparencia que garantiza la libertad de prensa, hoy fundamental en tiempos en que, además de la prensa propiamente dicha, la radio y la televisión tienen una enorme influencia en la sociedad.

La cuestión está en que se va entrando en una pugna distinta entre el poder y los medios de comunicación. Estos se sienten amenzados y es verdad, porque siempre hay una tentación gubernamental a atribuir sus males a la prensa y no a los problemas que ésta recoge.

A su vez los medios, que han pasado a ser un enorme negocio comercial, viven la tentación del sensacionalismo, que en busca de ventas exageran noticias, deforman verdades o aderezan la realidad con algunos condimentos que más que informar alimentan la morbosidad de un público que disfruta con las intimidades de los personajes de fama y sus posibles defectos.

El tema ha pasado a un primerísimo plano y a esta altura hace a la sobrevivencia misma de la democracia. Las soluciones de tipo legislativo son siempre peligrosas, pues afectan normalmente libertades esenciales. Es preciso desarrollar entonces los remedios éticos, de muy lenta y difícil inserción en la sociedad.

Los medios deben abstenerse de cultivar el sensacionalismo y atenerse con rigurosidad a una tarea informativa que no puede sembrar la incredulidad en el sistema solamente transmitiendo mensajes negativos; los gobiernos, a su vez, asumir que no pueden hacerse los distraídos con sus problemas internos y que más vale atacarlos de raíz que enojarse con quienes los divulgan, y los políticos, especialmente los norteamericanos, pero también los nuestros, que no deben emplear los medios para atacar adversarios porque mañana serán ellos las víctimas.

Una nueva dimensión del cuestionamiento democrático es el fenómeno de la corrupción. No es nuevo, pero en los últimos tiempos ha adquirido una peligrosa revigorización.

En este escenario se libra quizás el más profundo debate sobre la futura democracia. El hombre moderno ve el mundo a través de una pantalla; lo que allí ocurre es la realidad, lo que no pasó por allí no ha ocurrido. Esa pantalla a su vez está influida por el pensamiento escrito que difunden diarios y revistas, únicos instrumentos para afirmar las ideas capaces de anclar aquellas imágenes, darles contenido, ubicarlas en su dimensión.

Sin este auxiliar, el ciudadano pasa a ser apenas un teleespectador constantemente agredido por imágenes fugaces que ofrecen más impresiones que información y apuntan a su estado de ánimo más que a su razón.

La democracia necesita del debate de ideas y el permanente ejercicio de la capacidad de razonar del ciudadano. No acepta la intolerancia. El progreso de las sociedades, el acceso de clases medias a niveles de consumo relativamente elevados, ponen otros ingredientes en la tensión dialéctica del poder.

Una fuerte tendencia al hedonismo hace al individuo más indiferente, como se aprecia hoy en las sociedades desarrolladas. Más que nunca, entonces, debemos cuidar de la democracia tanto en sus formas como en su espíritu.

Las formas son las únicas que ofrecen garantía a todos, ellas deben estar al servicio de su espíritu, que es la libertad y la igualdad de oportunidades de las gentes. Ambas deben conjugarse siempre al mismo tiempo. Cada vez que se intentó otra cosa se fracasó.

(*) Ex presidente de la República Oriental del Uruguay.

La historia sin enmienda

Por Fernando Savater (*)

ES ocioso insistir en que nuestras categorías de lo real están perturbadoramente alteradas por ese cetro embriagador que confiere el vértigo de la omnipotencia: me refiero al mando a distancia.

Sentado frente al televisor, cuya pantalla se contempla con una atención inquieta hasta lo desapacible, el sujeto avanza y retrocede por sus pistas de video, zigzaguea entre la oferta de las distintas cadenas, detiene la imagen o la acelera. En cuanto espectador, ha perdido el sentido de lo *irreversible*. Quizá también en los otros aspectos de su vida, como aquel niño de un chiste publicado hace bastantes años por el New York Times: en una autopista batida por la lluvia, en plena noche, un padre chorreante trata de cambiar la rueda del coche mientras le grita a su hijo de ocho o nueve años que lo mira con impaciencia: "Pero, ¿no te das cuenta? ¡Estamos en la vida real, esto pasa ahora de verdad! ¡No puedo cambiar de canal!".

Conmemoramos y celebramos la ganancia cultural obtenida, pero ¿no tiene algo de impío olvidarse a la hora de las felicitaciones de la también evidente barbarie?

En la historia, desde luego, tampoco hay *zapping*. Si estamos intentando desesperadamente cambiar la rueda en la autopista, no hay posibilidad de volver siglos atrás para revocar las decisiones que nos empujaron hasta la incómoda situación actual, en la desapacible intemperie. Ningún propósito de la enmienda puede rescatar el pasado; incluso cabe dudar de que pueda modificar positivamente el futuro y ahorrarnos venideros sobresaltos.

Aún más: los recuerdos de las fechorías pueden incluso enturbiar el disfrute de los beneficios logrados a partir de ellas. Nietzsche advirtió que no hay posibilidad de entrega al presente sin olvido, porque todo presente implica la memoria de la desdicha y de los desdichados que lo permitieron. Por eso Charles Peguy pretendía desterrar de su ciudad ideal a los historiadores, que son compiladores y memorialistas del atroz precio irreversiblemente pagado.

La conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América por Europa, como las celebraciones recientes del bicentenario de la Revolución Francesa, hacen reflexionar de nuevo sobre estas turbadoras características de la historia. "Conmemorar" o "celebrar" es algo así como *felicitarse* por lo ocurrido.

De inmediato, junto a los oficiales parabienes destinados a dar grandiosidad al presente a costa del pasado, surge el remordimiento por los damnificados en aquellos acontecimientos. Siempre los hay y en gran número. Como bien señaló Walter Benjamin, "todo documento de cultura es también un documento de barbarie". Conmemoramos y celebramos la ganancia cultural obtenida, pero, ¿no tiene algo de impío olvidarse a la hora de las felicitaciones de la también evidente barbarie? Cierta visión ingenua del progreso, que hoy sólo comparten los más obtusos, supone que lo mejor, a fin de cuentas, se ha ido siempre abriendo paso y ha resultado victorioso. Pero los escépticos arguyen que sólo puede creerse en la victoria sistemática del bien en la historia a costa de aceptar que la victoria es el único índice fiable de lo bueno...



Lucha abierta entre los españoles y los indios. Representación de Theodor de Bry

Tanto la buena como la mala conciencia que suscita la conmemoración de la historia despierta entonces una tentación *teatral*. Ya que el pasado ha sido tan duro que no ha dejado supervivientes, somos nosotros los que hoy tenemos que repartirnos los papeles del drama irrepetible: unos tomaremos el papel de jacobinos y otros el de las víctimas del terror, unos tendremos que representar la voz de los europeos conquistadores y otros encarnaremos a los indios aniquilados en la conquista.

Y, claro está, por mucho que nos penetremos del papel histórico elegido, nuestras voces hablarán más de ambiciones e inquietudes presentes que de las que movieron en su día a aquellos ausentes supuestamente representados.

Tal es el sentido de la afirmación de Benedetto Croce cuando sostuvo que en el fondo no hay más historia que la historia contemporánea.

Dramatización conmemoratoria

En el caso del Descubrimiento de América (aunque sospecho que también en lo concerniente a la Revolución Francesa) lo que hace menos verosímil esa dramatización conmemoratoria es que todos los papeles han sido escritos a partir de los conceptos acuñados por los vencedores.

Las mismas palabras que representan a las víctimas confirman su derrota en lugar de rescatarlas de ella, y así la misma expresión de la rebelión certifica el asentamiento definitivo de la ley del otro. Como lúcidamente afirma el venezolano Briceño Guerrero en su "Discurso salvaje": "El memorial de agravios y el lamento que acabamos de oír son estrictamente occidentales.

La igualdad de los derechos, la justicia social, el considerar inicua la explotación del hombre por el hombre, el repudio a la opresión son temas típicos occidentales.

En otros ámbitos culturales, lo que aquí se siente como agravio, como humillación insoportable, ha sido considerado normal durante siglos como parte de la naturaleza humana, del inexorable destino, y no como resultado histórico contingente y cambiable".

Lo más netamente "occidental" –para manejar la terminología de Briceño– es empero la propia perspectiva histórico-nacional, la obligación para cada cual de compartir no sólo una identidad colectiva sino también una memoria común, convenientemente aderezada de orgullo reivindicativo.

La noción misma de *tiempo*, en cuanto devenir histórico, fue llevada a América por sus depredadores europeos: el lingüista Benjamin L. Whorf constató que la lengua de los indios hopi, a cuyo estudio se dedicaba, "no contiene ninguna referencia al *tiempo*, ni implícita ni explícitamente.

La celebración de la invención y conquista de América por Europa se ha convertido de este modo en un debate sobre los logros y fechorías de la modernidad. Pero ese debate no adopta un punto de vista equidistante entre conquistadores y conquistados, sino que es en sí mismo un esfuerzo polémico netamente moderno, o posmoderno, si se prefiere una terminología hace poco al uso.

La modernidad es hazaña técnica, empresa de la voluntad instrumental, disciplina laboral, igualdad jurídica, constitucionalismo político, desmitificación científica de lo real, apertura a lo nuevo... pero también explotación feroz de la mano de obra, genocidio, destrucción ecológica, etc.

Sin embargo, incluso el cuestionamiento de la modernidad es necesariamente moderno: los depredadores del Nuevo Mundo le llevaron como dote un espíritu crítico que ha servido para discutir sus logros y reivindicar derechos de lo que antes de la invasión europea nadie había oído hablar.

En el fondo, los que hoy adoptan la postura más declaradamente censora del descubrimiento y colonización de América permanecen fieles a la dimensión de utopía progresista que constituyó el motor ideológico de la modernidad: implícitamente, solicitan que se perfeccione (es decir, que se cumpla positivamente del todo) lo empezado con mucha sorpresa y pocos miramientos en 1492.

Gonzalo Fernández de Oviedo escribe en su *Historia General de las Indias* que "la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias".

Este tono hagiográfico difícilmente se compagina con la sensibilidad actual, ya escarmentada y convencida del precio trágico de tantas "victorias" históricas de la modernidad.

Lo que de positivo puede haber en el balance de la América actual se salda con una ancha caterva de atrocidades y desafueros; pero,¿podemos decir algo diferente de la actual Europa, por no referirnos a Asia o Africa? La única forma lícita de "celebrar" el Descubrimiento de América no puede ser la autosatisfacción de los fuertes ni el lamento masoquista que no reconoce sus propios orígenes en lo que denuncia: ha de consistir en el propósito racional de que todos esos niños (*gamines* colombianos, guatemaltecos o rehenes de las *favelas* brasileñas, etc....) lleguen también a disfrutar las ventajas educativas y emancipatorias de una modernidad que sólo conocen por su reverso más negro, cuyo coste aún siguen pagando con sangre.

Por lo demás, la historia como tal no conoce la moviola ni la enmienda. Intentamos cambiar la rueda pinchada en la carretera, mientras llueve y reina la noche, sin que ningún mando a distancia no permita mudarnos a otro canal más risueño.

Quizá por eso haya tanto de obsceno en cualquier "celebración" satisfecha de lo irremediable. Las grandes ocasiones de lo colectivo, por ventajosas que hayan podido ser luego para algunos grupos a largo plazo, siempre comportan innumerables sufrimientos individuales de los atropellados por esos acontecimientos majestuosos.

Es primordial lección también de la modernidad haber llegado a ser consciente de esto y tratar de hacernos responsables hacia el futuro. Incluso somos ya capaces de comprender el amargo dictamen de Gottfried Benn, inconciliable con cualquier conmemoración entusiasta del pasado: "Dentro del mundo histórico no hay bueno y malo. Sólo existe lo malo, pienso yo. Quien no lo ve así tiene la carne débil y el espíritu inmaduro".

(*) Español, ensayista.

Dificultades para la integración

Por Rafael Caldera (*)

LA necesidad de la integración americana no la discute nadie. La existencia de numerosas iniciativas y esfuerzos para tratar de realizarla no se puede negar. La facilidad con que hoy se reúnen a cada rato no sólo los funcionarios técnicos encargados de los distintos problemas económicos, culturales, deportivos o ambientales, o de cualquier otra índole, sino los propios jefes de Estado, es un hecho indudablemente positivo.

Los presidentes se encuentran con frecuencia, se tutean, se conocen mejor (hasta el punto de familiarizarse con sus respectivas debilidades) y firman documentos en los cuales se reitera el propósito de unir esfuerzos para el beneficio común de nuestros pueblos.

Lentitud

Pero también es innegable que en el balance de la integración las apreciaciones no son demasiado optimistas. Los programas de integración subregional marchan con relativa lentitud. Ya la integración centroamericana y el Pacto Andino llevan un número de años mayor del que fue necesario en Europa para obtener resultados más efectivos.

Da la impresión de que el Mercosur se hubiera desenvuelto en sus primeros momentos con mayor rapidez, pero la verdad es que al llegar al punto de las decisiones concretas es difícil encontrar en cualquiera de nuestros mecanismos integracionistas la claridad programática y la determinación precisa para que el proceso de integración marche en la forma sólida y veloz en que desearíamos verla marchar.

La verdad es que el proceso de integración latinoamericana, a pesar de tener tantos factores en favor, tiene también dificultades que no se han querido ver o no se han podido sobrepasar. Y sin querer caer en aquello que se nos achaca con frecuencia de que pretendemos echarles a otros las culpas de nuestras propias faltas, lo cierto es que el factor exógeno, lejos de constituir un estimulante para la marcha de la integración, ha sido un obstáculo o, por lo menos, una rémora para que las cosas marchen en la forma en que deberían hacerlo.

Cuando en 1973, como presidente de Venezuela, hice una gira por los países hermanos de América del Sur y en todas las declaraciones y discursos afirmé la tesis de la solidaridad pluralista de América latina, el embajador de los EE. UU. MacClintock fue a la Cancillería a preguntar en nombre del Departamento de Estado "contra quién era la solidaridad latinoamericana que el presidente Caldera propagaba". Por supuesto, nuestra respuesta era fácil: no era *contra* nadie sino *en pro* de América latina y de su mayor presencia en el mundo; pero parece que esto a nuestro vecino del Norte le resultaba difícil de entender.

La política de los EE. UU. frente a las naciones latinoamericanas se ha orientado siempre hacia las negociaciones bilaterales. No se han dado todavía cuenta de que una negociación con un interlocutor más importante que cada país aislado, como lo sería una América latina unida, tendría mayor significación e importancia para el futuro.

La deuda

En el problema de la deuda se observó esa determinación inquebrantable de no negociar con el grupo de países deudores. La posición fue fime: "caso por caso" debía realizarse la negociación, y los gobiernos latinoamericanos no insistieron en la necesidad de acordar parámetros comunes. Porque algunos de ellos preferían la negociación individual. Una vez dije, en Washington, que más peligrosa que una actitud imperialista por parte de los EE. UU. es una actitud colonialista por parte de algunos países latinoamericanos.

Hemos debido, en lo relativo a la deuda, actuar conjuntamente. Esa habría sido una actitud verdaderamente integracionista. Cuando se discutió la Ley de Comercio en los EE. UU. (Omnibus Trade and Competitiveness Act 1988) faltó una acción solidaria de los países deudores para realizar un lobby exitoso que lograra mantener lo que la Cámara de Representantes había establecido: la creación de una agencia especial para el manejo de la deuda externa, la cual tendría como función comprar en el mercado secundario las obligaciones de nuestros países por el precio que realmente tienen y negociar después con cada uno la mejor manera de solucionar el problema, pero ya sobre la base del monto real y verdadero y no del valor nominal de las acreencias. No nos dimos o no quisimos darnos cuenta.

Pero no todo lo debemos atribuir a factores exógenos. Dificultades de diversa índole han venido retardando el proceso de integración. A pesar de tener un idioma común (o idiomas muy parecidos, como es el caso de Brasil), una historia común, un mismo componente étnico y una serie de valores comunes, lo cierto es que las rivalidades y diferencias han venido prevaleciendo.

Es inexplicable que América Central no hubiera podido mantenerse por algún tiempo como una sola unidad política y que la Gran Colombia de Bolívar no hubiera podido llegar siquiera a los 10 años de existencia, a pesar del poderoso influjo de su brillante personalidad y de la fundamentación racional de la concepción bolivariana.

La verdad es que el proceso de integración latinoamericana, a pesar de tener tantos factores a favor, tiene dificultades que no se han querido ver o no se han podido sobrepasar.

Por otra parte, hemos tendido a ver la integración como un simple proceso de unión aduanera.

Pocos pasos hemos dado más allá de este manejo de tarifas cuyas consecuencias, frecuentemente mal programadas y mal estudiadas, pueden producir efectos de orden negativo mayores que las de orden positivo.

Y los sistemas de comunicación en tre nuestros países llevan muchos años de atraso en relación con el avance tecnológico moderno.

Un ferrocarril de los Andes, una carretera marginal de la selva, idea acariciada con tanto fervor por el presidente Belaúnde Terry; una vía fluvial Orinoco-Amazonas-Plata, en pro de la cual pusimos de nuestra parte el mayor entusiasmo, no han logrado despertar la conciencia comprometida y solidaria de los países de América latina para emprender su realización, necesaria para una unión hemisférica sana, constructiva y justa.

Muchos y muy hermosos discursos se han pronunciado en las reuniones de los dignatarios de América latina. Muchos y muy valiosos documentos se han elaborado sobre nuestros problemas y nuestras necesidades. Pero se han reducido a puro verbalismo.

Ha llegado el momento de ver las cosas con seriedad. Abriguemos la esperanza de que esta década de los noventa, iniciada con tantas ilusiones y sacudida por tantos estremecimientos, nos lleve a dar los pasos efectivos para remover obstáculos y para afianzar propósitos en el objetivo irrenunciable de la integración latinoamericana.

Integrarnos, ¿para qué? Para ser más justos, para ser más felices, para ser más respetados en el concierto de las naciones. La integración no es un fin en sí misma, pero es condición indispensable para alcanzar un satisfactorio desarrollo.



Mercosur. Apretón de manos de Lacalle, Collor, Rodríguez y Menem, en diciembre de 1991

(*) Político, ensayista, ex presidente de Venezuela.

LA NACION

Visión desde Europa tras cinco siglos

Por Luis Suárez Fernández (*)

CUANDO el viajero retorna de América a España, tierra de su nacimiento y ámbito vital para su actividad, su mente se halla más preocupada por el futuro que a ese Mundo aguarda, que por el pasado que evoca, lleno de emoción. Mundo que sigue siendo nuevo, es decir, joven, como revelan los rasgos que delimitan su contextura y son su fundamento.

Ningún futuro se encuentra inexorablemente determinado ya que la Historia es reino de la libertad. Importa mucho que no nos equivoquemos al vivirla; quienes escribimos historia por oficio podemos ayudar, y no poco, a evitar algunos errores, pero no pasar de ahí. Nuestro saber proporciona instrumentos para entender el presente que vivimos, pero nadie se engañe ni pretenda engañarnos con el mito del "hombre final", inexorable resultado de un proceso de evolución. Cada generación es primeriza, se encuentra al comienzo de algo y lo que ella haga tendrá consecuencias que ni siquiera será capaz de imaginar.

Hubo un tiempo prolongado en que el trasvase desde Europa era más abundante, pero ahora, por el contrario, es mucho más lo que los europeos están recibiendo.

Hoy el futuro ha comenzado a escribirse sobre una página inédita, la del Pacífico, que muchos europeos todavía no perciben. No me parece que debamos explicar este hecho en términos hegelianos como una marcha natural de Oriente a Occidente. Hubo un tiempo, larguísimo, en que el Mediterráneo fue eje casi exclusivo de cultura y nos proporcionó el helenismo, el judaísmo y el cristianismo.

Otro, de más de cuatrocientos años, en que el Atlántico alcanzó primacía, aportando consigo la modernidad. Ahora el Pacífico, en sus dilatadas riberas, toma el relevo, sin que eso signifique el olvido de lo que significan los otros espacios. Hay, eso sí, un fervoroso entusiasmo de vida que parece faltar en muchos lugares.

Patrimonio común

América está ahí, como puente entre los dos océanos y los dos tiempos: no remonta su pensamiento a una tradición venerable aunque muerta, sino que se halla inserta en las fuertes corrientes vitales que le proporcionan un patrimonio común con Europa. De dimensiones heredadas pero aprehendidas, apropiadas, convertidas en suyas. Hubo un tiempo en que el trasvase desde Europa era más abundante, pero ahora es mucho más lo que los europeos están recibiendo. Los abuelos de Buenos Aires o de Santiago, hace un medio siglo, recomendaban conocer Europa. Los de París o Madrid hoy presentamos como una exigencia de educación completa, conocer América.

Algunas veces el historiador se ve asaltado por propuestas que vienen de la política: ¿debemos decir Hispanoamérica, Iberoamérica, Latinoamérica...? Hace años esta cuestión se debatió en un coloquio celebrado en Santa María de la Rábida, en Huelva, lugar escogido con premeditación pues de allí partieron los barcos de Colón: se descubrió que cada uno de esos adjetivos llevaba consigo una limitación y por tanto contribuía a separar. Se impuso la más simple de las conclusiones: digamos, simplemente, América, abriendo el pensamiento y evitando las limitaciones que encasillan.

Desde entonces me he acostumbrado a decir América, descubriendo el lirismo de una palabra que alegra el ánimo. La de las grandes dimensiones, la de los horizontes sin límites, crisol inmenso en el que pueblos y gentes de todas clases han venido a contribuir, de distinta manera, para la edificación de una nueva postura cultural, un orden de valores antiguo y nuevo, que es el que proyecta hacia el futuro.

Las sociedades humanas, naciones, no construyen el futuro desde la nada, el vacío inicial, sino partiendo de un bagaje que, por ser heredado, constituye un patrimonio. Lo reciben independientemente de su voluntad. Pero, como advertía muy seriamente Jacobo Burckhardt, las respuestas que pueden darse se mueven en tres posiciones muy diferentes: rechazar la herencia, idolizarla o asumirla como plataforma para la etapa siguiente.

Las dos primeras, que son las asumidas por los revolucionarios o los tradicionalistas a ultranza, respectivamente, pueden considerarse como enfermedades que conducen a la muerte. Ahora podemos decir con formación de causa que todas las revoluciones están condenadas a fracasar. Pero también advertimos que Francis Fukuyama, el autor de *El fin de la Historia* es un tradicionalista comparable con Bossuet.

Nadie, en su sano juicio, rechaza el patrimonio heredado –aquí está la postura suicida que invalida tantas generosidades como se han visto implicadas en las "teologías de la liberación"– ni puede despojarse tan radicalmente de esperanza que piense que todo está hecho, que no hay "más allá", que las generaciones nuevas están condenadas a repetir miméticamente aquello que han recibido.

América es hoy dueña de un patrimonio que ni siquiera las insuficiencias políticas (producto en gran medida por el empeño en copiar lo que otros inventaron en lugar de investigar cuál debiera ser su sistema propio, original) ni las inestabilidades económicas provocadas por los manes maléficos de Bretton Woods, pueden diluir. En ese patrimonio los principales elementos constitutivos vinieron desde Europa, aportados por los emigrantes que iban a crear un mundo menos imperfecto que el que dejaban atrás, donde los hechos respondieran a las grandes palabras.

España sabe mucho de eso: también ella fue descubierta y recibió de griegos y latinos las bases de la racionalidad, lengua, derecho, pensamiento y cristianismo, sobre las cuales edificó su propio ser.

Insensatos

Hay que mostrarse bastante insensato para preferir Viriato a Séneca; las naciones que hacen caso de los insensatos lo pagan en su propia carne. Que nadie, allende los mares, tome ahora ejemplo de nosotros; hay quienes prefieren al triste Boabdil a Isabel la Católica. Hemos perdido el amor de los buenos esposos.

A veces se nos formula la pregunta de qué cosas viajaron desde España a



Caballero español. Dibujo de Felipe Guamán Poma de Ayala


Llegada de Colón a La Rábida

América, y la respuesta es muy sencilla: el caballo y el Padre Nuestro. El caballo significaba entonces una forma de vida superior, hecha de exigencia y deberes, identificada con el sentimiento de la caballería, con la nobleza de la conducta, la hombría de bien y el respeto a la palabra dada, en definitiva, la que todavía denominamos caballerosidad.

Está aún presente en el alma de todos: el Quijote americano, que se llama Martín Fierro, la comparte con el gran manchego. De ella se puede hacer exageración, pero negarla, nunca. Si hacemos la prueba, fácilmente descubriremos cómo se esponja el alma de nuestros semejantes cuando les decimos que son "todo un caballero".

Las huellas remotas de esa simiente, testimonios vivos, están todavía ahí: los llamamos charros en México, gauchos en La Pampa o huasos en Chile, pero son los mismos, forman esa amplia y dilatada estirpe. Estuvieron en Otumba y también en Ayacucho.

Padre Nuestro quiere decir cristianismo, esto es, reconocimiento para el hombre de esa condición prodigiosa y única de llegar a ser hijo de Dios, lo que le libera de las ataduras de la carne y la eleva a la vida del espíritu. No importa la raza ni la naturaleza biológica; sólo tiene valor la fe y ésa se recibe después de nacer. He ahí lo que importa.

Estaríamos autorizados a decir que la gran empresa de creación de América constituyó un fracaso si no se hubiera logrado esa profunda raigambre de la cristianización. El santuario más visitado del mundo no está en Lourdes o en Fátima, sino en México, junto a la Virgen guadalupana. Se puede exhumar una lista de violencias y abusos; siempre, en todo caso, absolutamente, en número y cualidad inferiores a los que paralelamente se produjeron en Europa. Las guerras han sido allá bien poca cosa, comparadas con las de acá.

Sobre esta plataforma patrimonial que abrió cauces al mestizaje, se ha edificado la plural nación americana: a veces nos recuerda las formas europeas, a veces nos descubre el calor colorista de lo indígena. Pero no es ni lo uno ni lo otro ya que, al cabo de medio milenio constituye la gigantesca creación de algo nuevo. Poderoso e incipiente al mismo tiempo porque las naciones americanas, en su vasta comunidad, todavía se encuentran en la primera etapa del desarrollo histórico. Queda mucho camino por andar. Tendrán que hacerlo con buen pie.





Virgen de Guadalupe

La modernidad ha llegado a sus últimas consecuencias. Se habla de posmodernidad, un término que nadie entiende pero que parece resolverlo todo porque equivale a un enigma como el que la Esfinge proponía a Edipo. Hay que resolver el enigma.

América cuenta con los elementos necesarios, pero aun queda por averiguar si será capaz de emplearlos en la forma adecuada. Del mundo que muere quisiéramos borrar muchas injusticias, muchas desigualdades aberrantes, en definitiva, mucho odio. Sólo una cosa importa: el amor del ser humano hacia sus semejantes, el respeto por su dignidad, la fuerza espiritual necesaria para construir en lugar de destruir. Pero todo ello sin incurrir de nuevo en Utopías: el hombre es como es, pleno de contradicciones, capaz de grandes hazañas y, también, de grandes miserias.

La modernidad ha llegado a sus últimas consecuencias. Se habla de posmodernidad, un término que nadie entiende pero que parece resolverlo todo.

En el mundo que ahora agoniza se descubre, aunque haya esfuerzos todavía muy fuertes por ocultarlo, el fracaso de los dos materialismos, tanto del económico como del histórico, también llamado dialéctico. La URSS no ha sido derribada por ninguna fuerza venida del exterior: bastaron sus íntimas contradicciones internas y el viento sutil de las palabras que venían del Espíritu. Eso mismo anuncia las características de la nueva etapa.

Un Humanismo integral e integrador, colocando en primera fila los valores espirituales, trata de abrirse camino entre el desierto de sequedad que permite que haya zonas de profunda miseria y desamparo, zonas en donde la palabra amor del hombre por el hombre casi parece una burla.

América es hoy, a pesar de sus problemas muy serios, a la vez como el escenario en donde esa miseria también se manifiesta y como el mundo posesor de las mayores reservas espirituales. De ellas puede salir un impulso generoso y fuerte que permita construir un modo de vida mejor que el que ahora dejamos en herencia. Se trata de descubrir en el hombre dos valores complementarios, masculino y femenino, huyendo de la promiscuidad, de comprender que el trabajo es esencial en la vida y pertenece al modo de ser y no al de comprar, que la riqueza no consiste en acumular dinero sino en proporcionar bienes a los hombres para una vida más digna, y, en definitiva, que progresar no es tener más, acumulando lo que es material y perecedero, sino ser más, crecer en la estatura moral.

América es el futuro inmediato, que aún no está escrito. De lo que allí suceda en las dos generaciones próximas dependen muchas cosas importantes. Después de medio siglo, ahí está el desafío.

(*) Español, ensayista.

Las Españas

Por Julián Marías (*)

Es el viejo nombre que prefiero: las Españas. Y lejos de ser un nombre orgulloso o imperialista, es modesto, porque implica que mi país es sólo *una* de las varias Españas: como decía Felipe IV, una parte moderada de la monarquía.

La mayor parte de las naciones de Europa son *intraeuropeas;* algunas son *transeuropeas,* como lo es Europa en su conjunto, que siempre se ha interesado, a veces hasta la pasión, por lo que no es ella. España no se puede comprender si se olvida esta condición.

Llegó a ser una verdadera nación en el sentido moderno de la palabra poco antes de 1480. La reconquista de Granada, el 2 de enero de 1492, fue el final del largo esfuerzo hacia la unidad cristiana –y esto quería decir europea, occidental– rota en 711 por la invasión islámica que destruyó la monarquía visigoda, lo que se llamó "la pérdida de España", considerada como algo inaceptable, como un contratiempo pasajero; el proyecto histórico de los españoles que habían escapado al dominio musulmán fue la reconquista de la "España perdida". La polaridad entre Cristiandad e Islam, argumento de la Europa medieval, fue en España permanente e inmediata, y permitió la experiencia esencial del Otro.

España sola es algo incompleto y aislado. Los países de América, sin sus raíces españolas, su lengua y su historia común se desvinculan y empobrecen.

Apenas conclusa la unión de los reinos españoles y la recuperación de la España perdida, la nueva nación proyecta su realidad sobre América. Ha habido dos formas enteramente diferentes de presencia europea en América: la más tardía, la del Norte, fue un *trasplante* de sociedades europeas a suelo americano, para fundar en él sociedades igualmente europeas; la española, mucho más antigua, había sido un *injerto* de elementos europeos en las sociedades americanas, que siguieron siéndolo, modificadas, transformadas por la aportación de una nación europea renacentista, con una lengua, una religión, una cultura, un sistema de usos, una organización política y social. El resultado fue una América *hispanizada,* como fue romanizada gran parte del mundo antiguo.

Esto fue lo que propiamente se llamó las Españas: una monarquía en los dos hemisferios, compuesta de diversos países, en Europa, América, Asia –las Filipinas son el único país cristiano de Oriente–, incluso las islas del Pacífico, descubiertas y exploradas temprano, desde la expedición de Magallanes y Elcano, que tras la muerte del primero completó la vuelta al mundo en 1522, treinta años justos después del primer viaje de Colón, cincuenta y ocho antes de la segunda circunnavegación, la de Francis Drake en 1580.

Esta monarquía hispánica o católica estaba compuesta por provincias o reinos, gobernados por virreyes en nombre de un rey común, pues pertenecían a la misma corona; también, entre 1580 y 1640, bajo los tres Felipes, el Brasil, lo que le permitió la extraordinaria expansión hacia el Oeste, más allá de los límites del Tratado de Tordesillas, aceptada por tratarse de la misma corona.

La monarquía hispánica ya no existe. Los territorios americanos que formaban parte de ella son naciones independientes. España tiene las fronteras de 1512, tras la incorporación final de Navarra. ¿Puede hablarse hoy de "las Españas"? Ciertamente no se trata de una comunidad política, ni siquiera económica. No se puede pensar en una comunidad étnica, ya que las personas de origen español eran una fracción y se mezclaron con millones de indios –la versión más real, incluso biológica, del injerto–, con los africanos que llegaron después, con los inmigrantes de todo el mundo que se han establecido durante los siglos XIX y XX. Por esto, el nombre "América Latina", propagado desde 1861 por Michel Chevalier para justificar la intervención francesa y la invasión a México, no tiene sentido –y ni siquiera se piensa en Quebec, lo que tendría alguna mayor justificación.

Mundo hispánico

Lo que ahora existe es el mundo hispánico, la comunidad de más de trescientos millones de personas cuya lengua propia es el español. Y es un verdadero *mundo* –un repertorio de usos, de lengua, religión, costumbres, formas de vida: con un pasado común, una literatura que data de un milenio y que todo el mundo puede comprender. Los españoles y los naturales de los diversos países de América están *en casa* allí donde se habla su lengua propia. Los escritores tienen un público que no se reduce a la nación a que pertenecen, sino que comprende todo el ámbito en que son leídos y comprendidos.

El español es la lengua propia de esa vasta comunidad humana. No se trata de la lengua oficial o de las minorías cultas o de los funcionarios o de los comerciantes; es la lengua real, la única, la gran mayoría. Por esto hubo en América escritores creadores desde el siglo XVI. Escribían la lengua que hablaban en su casa, en que leían a los autores españoles o de sus países americanos. Por eso es una comunidad *integramente transparente,* lo cual es un extraordinario privilegio; y si se piensa en Portugal y Brasil, es un mundo al menos "traslúcido".

Por desgracia, la presencia del mundo hispánico ante sí mismo tiene limitaciones. Es primariamente *vital;* en segundo lugar, lingüística, literaria, cultural. Muchas dimensiones de la vida quedan fuera, reducidas a cada uno de los países. La consecuencia más enojosa de la independencia de América fue la *fragmentación* de los elementos que integraban la antigua monarquía, empezando por España. Este fue el origen de las inferioridades respecto de América del Norte, que no existían hasta fines del siglo XVIII, sino más bien al contrario.

Cada país quedó aislado, reducido a un territorio, a una población limitada, a recursos insuficientes. La comunicación real entre los diversos territorios americanos era muy difícil, a causa de las enormes distancias y de los obstáculos geográficos, apenas superables con las técnicas de la época. Había comunicación entre España y cada uno de los territorios del Nuevo Mundo, simultánea y homogénea: Leibniz hubiera podido hablar de una *armonía preestablecida* sin comunicación directa.

La imprenta se estableció en México hacia 1530; un poco después en el Perú (en América del Norte, un siglo más tarde). En 1551 había una Universidad en México y otra en Lima (Harvard se fundó en 1636, Yale en 1701). En el siglo XVIII había gran número de universidades hispánicas en América, donde se formaron las minorías que habían de construir las naciones independientes.

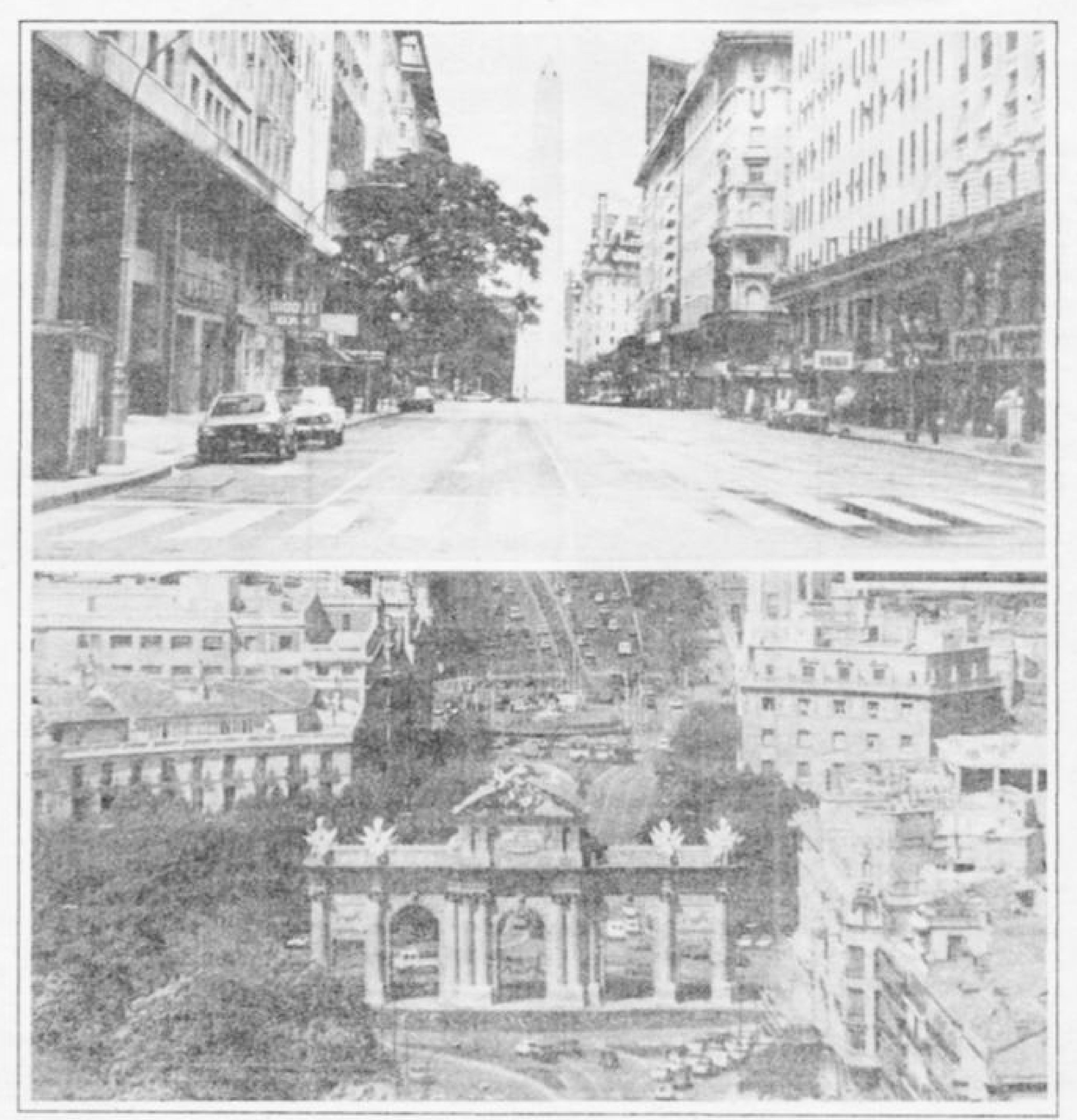
Ciudades extraordinarias y de gran belleza cubrieron las tierras americanas. Santo Domingo –esa ciudad a la cual llegó el gótico–, La Habana, México, Veracruz, Guadalajara, Cholula, Oaxaca, Guanajuato, Mérida, Cartagena, Lima, Cuzco, Arequipa, Quito, Buenos Aires, Salta, Santiago... Había formas de vida de gran refinamiento en esas ciudades, llenas de construcciones de gran valor artístico. La arquitectura, la escultura, la pintura, el urbanismo no podían compararse con las modestas ciudades del Norte.

Un mexicano como Juan Ruiz de Alarcón era un gran autor dramático en Madrid; una religiosa del mismo país, Sor Juana Inés de la Cruz, publicaba sus poesías en Madrid a fines del siglo XVII y era admirada por los poetas de España; el peruano Olavide ocupaba como español los más altos puestos en Sevilla. El hijo de un ilustre capitán español y de una princesa inca, el Inca Garcilaso de la Vega, era capitán de los ejércitos de Felipe II, tradujo los *Diálogos de amor,* de León Hebreo y escribió los *Comentarios Reales de los Incas,* la gran crónica de su ascendencia materna, de la que se sentía tan orgulloso como de la paterna y de su condición de cristiano y de súbdito de Felipe II.

Hace cinco siglos del comienzo de todo lo que acabo de recordar. Hay gentes que quisieran anular este tiempo y volver a 1490 –dudo mucho de su sinceridad–. Lo que parece claro es que el blanco al que apuntan no es sólo ni principalmente España, sino sobre todo el Occidente y el hecho de haber llevado el cristianismo al otro extremo del mundo.

¿Puede hablarse de las Españas? España sola es muy poca cosa, algo incompleto y separado de la mayor parte de su realidad. Si a los países americanos se les quita su raíz española, su lengua, su historia común, ¿qué les queda? Y sobre todo ¿qué tienen que ver entre sí? ¿No podríamos enriquecernos con esa extraña totalidad de las Españas? Pienso que todos respiraríamos mejor y podríamos llegar más lejos.

(*) Español, ensayista y filósofo.



El Obelisco y la Puerta de Alcalá, símbolos de Buenos Aires y de Madrid

ESPACIO DE PUBLICIDAD



ESPACIO DE PUBLICIDAD

EX LIBRIS Scan Digit



The Doctor